

CRISTINA PRADA

MANHATTAN
EXCITING
LOVE



Autora de la exitosa trilogía
«Todas las canciones de amor que suenan en la radio»

zafiro[♥]

Lectulandia

Lara es una chica normal y corriente. Quizás se parezca un poco más de lo que le gustaría a una ratoncita de biblioteca, sobre todo si se compara con sus amigas Sadie y Dylan.

Por eso, cuando estas le proponen dejar temblando la MasterCard y pasar un fin de semana a todo trapo en Atlantic City, al principio duda muchísimo, aunque finalmente acepta.

Sin embargo, Lara no contaba con que su mirada se cruzaría con la de Connor Harlow en mitad de un exclusivo club. Reconocería esos ojos verdes sin dudarlo, pues lleva bochornosamente enamorada de él ¡desde los trece años! Connor es guapísimo, elegante, sencillamente perfecto. Su sueño hecho realidad.

La vida de Lara se convertirá en un auténtico viaje de descubrimiento. Entenderá lo que significa la palabra indomable, cuántos sentimientos se pueden describir a través del sexo más salvaje y, sobre todo, lo que significa enamorarse de verdad.

Lectulandia

Cristina Prada

Manhattan Exciting Love

Manhattan Love - 02

ePub r1.0

Titivillus 08.03.16

Título original: *Manhattan Exciting Love*
Cristina Prada, 2016

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

1

—Lo siento, lo siento —repito cerrando mis libros de derecho internacional y guardándolos en el bolso.

Me levanto como un resorte y atravieso el pequeño salón.

—Pero ¿qué es lo que pasa, Lara? —pregunta Michael.

Yo me encojo de hombros sintiéndome muy culpable. Es un buen chico, inteligente, prudente, y siempre me ha tratado muy bien; no quiero hacerle daño por nada del mundo, pero no puedo.

—No lo sé —le confieso deteniéndome a unos pasos de la puerta.

—Pues entonces no te vayas.

Eso es lo único que tengo claro.

—Es que tengo que irme.

Estoy nerviosa. El corazón me late de prisa. Tengo la boca seca y me sudan las manos. Sólo quiero marcharme.

—¡Explícame por lo menos por qué!

—¡Eso intento!

Los dos hemos alzado la voz y ahora los dos nos hemos quedado en silencio.

—Lara, llevamos estudiando juntos cada día durante casi un año y ahora te he pedido una cita. ¿Qué tiene de malo?

—No tiene nada de malo, pero no puedo.

—¿Por qué?

Respiro hondo tratando de coger aire. En el fondo no sé por qué. No hay un motivo que me haga huir de Michael, pero tampoco alguno que me diga que él es el adecuado. No siento nada de lo que se supone que debería sentir. No hay deseo, ni electricidad y, por supuesto, no hay amor.

—Lo siento mucho, Michael —respondo al fin.

Salgo de su apartamento y atravieso el rellano con el paso acelerado hasta llegar a las escaleras. Mis manoleínas negras resuenan en todo el edificio.

—Lara, para —me llama.

Me detengo en mitad del segundo tramo y escucho sus pasos acercarse hasta que aparece por el hueco de la escalera, agarrándose con tesón a la barandilla.

—Sólo es una cita —dice malhumorado—. Tienes que crecer y madurar de una vez o vas a ser una ratoncita de biblioteca toda tu vida.

Yo le mantengo la mirada unos segundos y finalmente bajo los seis tramos de escalera que me quedan sintiéndome aún más culpable y, lo que es peor, muy avergonzada. Sé que tiene razón.

En la calle hace un calor insoportable. ¿Cómo es posible que siga haciendo este bochorno tan pegajoso? Ya estamos en septiembre. Esquivo a un par de estudiantes cargados con media docena de libros cada uno y cruzo la calzada con la mirada fija en mis pies. Me siento muy mal, y no sólo por haberle dicho que no a Michael. Tengo

veintiún años; debería estar divirtiéndome, tener al menos un par de novios e ir a un número escandaloso de conciertos entre semana. En lugar de eso, estoy a punto de hacer mi último examen en mi máster en derecho internacional en Columbia después de haberme licenciado en Derecho y Económicas en Harvard con dos años de adelanto y ya llevo más de un año trabajando en la Oficina del ejercicio bursátil analizando inversiones. Mi vida debería parecerse a una canción de Taylor Swift y, en lugar de eso, es una pieza clásica de esas que los psicólogos aconsejan para relajarte hasta dormirte.

Lara Archer: 0; Taylor Swift: 1.

Ni siquiera hablando conmigo misma me concedo la ventaja.

Entro en The Hustle, nuestro bar preferido, y busco a las chicas con la mirada. Están en la mesa de siempre, tomando Cosmopolitans.

Camino con el paso decidido quitándome el pequeño bolso negro que llevo cruzado, pero debe de haberse enganchado con alguna presilla de mi pantalón capri negro.

—Hola, encanto —me saluda Sadie.

Me siento malhumorada.

—Hola —añade Dylan con una sonrisa.

Sigo peleándome con el bolso. Tiro, me revuelvo en el sillón y finalmente, tras un par de intentos, logro desengancharlo, pero, no sé cómo, consigo que, en lugar de estar cruzado, se quede rodeando mi cintura y tengo que acabar encogiéndome para sacarlo por los pies. Por suerte no vuelve a engancharse.

—Hola —refunfuño dejando al fin el bolso sobre la mesa.

—Estamos de muy buen humor —comenta Dylan socarrona.

—¿Qué ha pasado? —continúa Sadie en el mismo tono de voz—. ¿No te ha cuadrado un balance? ¿Se te resiste un contrato mercantil? ¿O por fin te has dado cuenta de que es realmente triste que tengas tantos libros y que en ninguno salgan fotografías de hombres desnudos?

—Ja, ja —río mordaz—. Muy graciosa.

Alzo la mano y le indico al camarero que quiero un Cosmopolitan. Todavía no es hora punta, así que aún sirven en las mesas.

—Michael me ha pedido una cita y le he dicho que no —confieso.

—¿Sabes que alguna vez tendrás que decirle a algún chico que sí? —replica Sadie.

Yo finjo no oírla y suspiro con fuerza.

—Déjala en paz —me defiende Dylan—. ¿Por qué le has dicho que no?

Me encojo de hombros.

—Deja de lamentarte —la interrumpe Sadie—. ¡Estamos solteras! —sentencia dejando absolutamente claro que es el momento más memorable en la vida de cualquier mujer mientras mueve los brazos con tesón al ritmo de *Boys wanna be her*,^[1] de Peaches.

—A no ser que no quiera estarlo —interviene Dylan observándome con la mirada perspicaz a lo Sherlock Holmes.

—¿No quieres estar soltera? —pregunta Sadie escandalizada—. ¿A quién has conocido, maldito zorrón? —añade golpeándome en el hombro.

—No he conocido a nadie —respondo como si fuera obvio.

¿Y es obvio? Por desgracia, creo que sí.

—¿Entonces? —continúa—. Michael es mono y pasabais juntos muchas horas.

—La virginidad vuelve a crecer —apunta Sadie mordiendo la cañita de su cóctel. Por mí bien, espero que no sea verdad.

—Michael no es lo que quiero.

—¿Y qué quieres?

—No lo sé.

Sí lo sé, pero no me atrevo a decirlo en voz alta.

El camarero deja mi copa sobre la mesita. Le doy las gracias y me la llevo inmediatamente a los labios.

—Sí lo sabes —replica Sadie.

—Claro que lo sabe —conviene Dylan.

—Creo que necesito amigas nuevas —protesto dando otro sorbo a mi copa.

—Suéltalo de una vez.

—Vamos.

Sólo tengo dos amigas, pero son sencillamente incansables y las conozco lo suficiente como para saber que no me dejarán tranquila hasta que confiese la última palabra.

—Quiero encontrar a alguien —claudico al fin—, y no quiero que sea práctico, ni alguien con quien se supone que deba estar sólo porque tiene los mismos intereses que yo o es bueno para mí. Quiero sentir de verdad. Quiero la adrenalina recorriéndome entera, que él sólo pueda pensar en tocarme. Quiero que me cueste trabajo respirar —suelto todo de un tirón, sin pensar, sólo describiendo lo que me muero por tener.

Cuando alzo la mirada, Dylan y Sadie me observan prácticamente boquiabiertas.

—Oh, por Dios —me lamento abochornada centrándome en remover la sombrillita de mi Cosmopolitan al ver que pasan los segundos y ninguna de las dos reacciona.

—Creo que me he puesto cachonda —sentencia Sadie sin más.

No tengo más remedio que reírme ante semejante afirmación, pero sigo avergonzada. Creo que ahora un poco más avergonzada.

—¿Sabes qué? Brindo por ti —pronuncia Dylan alzando su copa.

Sadie en seguida levanta también la suya con una sonrisa enorme y yo no tardo en acompañarlas. Siempre consiguen que me sienta mejor.

Brindamos y las tres damos un trago.

—Has descrito al hombre de tu vida —continúa Dylan—; enhorabuena, porque

ahora lo difícil es encontrarlo.

Mi sonrisa se borra al instante.

—Esto es Nueva York —trato de defender mi postura—. Hay millones de hombres.

—Meeec —responde Dylan imitando el sonido de los concursos de la tele—, hay millones de gilipollas. Encontrar al pervertido adecuado, guapo e inteligente es como dar con un mirlo blanco.

—Me estás deprimiendo —me quejo.

—Deprímete —me reta Sadie sin piedad—. Tú estás buena —protesta.

Bufo indignada.

—No es verdad —me defiendo—. Tú eres mucho más guapa que yo.

—Tienes unos ojos marrones enormes y preciosos.

—Que me ocupan la mitad de la cara —vuelvo a quejarme—. Por el amor de Dios, eres rubia.

—Estoy muy por encima de mi peso ideal —replica—. Es más, ya casi no veo dónde está mi peso ideal.

—Adiós, peso ideal de Sadie —comenta burlona Dylan.

—Zorra —contraataca.

—Culo gordo —defiendo a Dylan.

—Dientes de conejo —me llama ella defendiendo a Sadie.

—Tetas planas —se burla Sadie de Dylan ahora defendiéndome a mí.

—Lo que tú llamas mechass californianas —le recuerdo a Sadie tan impertinente como divertida—, yo digo que es que necesitas volver a teñirte el pelo urgentemente.

—Cállate —me dice Dylan— y busca algún libro que leer, ratón de biblioteca.

Las tres nos miramos un segundo y en ese mismo instante nos echamos a reír. La mejor terapia anticomplejos es reírte de ellos y de los de tus amigas.

Llego a casa a las tantas de la madrugada pero sintiéndome mucho mejor. Me tiro en la cama aún vestida, incluso con el bolso todavía colgado, y estiro los brazos y las piernas. Giro el cuello y paso del impoluto techo blanco del viejo dormitorio de mis padres al impoluto cielo de Manhattan. El cielo es de un precioso azul marino. Suspiro hondo y dejo que la suave sensación de euforia provocada por el alcohol lo ocupe todo. Sé lo que quiero. No voy a conformarme con menos.

Sé lo que quiero.

Sé a quién quiero.

—Connor Harlow —murmuro luchando porque no se me cierren los ojos y fracasando estrepitosamente.

Tengo clarísimo lo que quiero.

El sábado me levanto temprano. Todavía tengo mucho que hacer en la vieja casa de mis padres para convertirla en un lugar habitable. Lo primero y más urgente:

comprarme una cama. Voy a Oly Atelier, una coqueta tienda a poco más de cinco manzanas del apartamento. No tenía ni idea de que existía hasta que hace unos días Dylan me enseñó una revista donde la mencionaban como uno de los mejores sitios en Nueva York donde ir a comprar espejos. En una de las fotos del reportaje aparecía una cama *vintage* de madera blanca absolutamente increíble. Espero que esté en venta.

De camino me detengo en una ferretería y compro pintura. Decidí dejar la pared principal del salón con ladrillo visto, me gusta el estilo que da y, además, me ahorro pintar, pero no puedo hacer lo mismo con todo el piso.

Ya en casa, con una sonrisa de oreja a oreja por saber que el lunes por la tarde tendré mi cama nueva, pongo música, me visto con la ropa vieja que siempre uso para pintar y tapo con plásticos todos los muebles que no soy capaz de mover. Sólo paro para comer y a media tarde miro más que satisfecha el dormitorio pintado de un impoluto blanco. Ha quedado genial. Atrapa toda la luz y hace un perfecto juego con los muebles *vintage* de madera. La semana pasada los limpie y les di una nueva capa de barniz. Tienen unos tonos violeta, apenas unos toques difuminados sobre la madera de haya, y grandes tiradores de latón labrado. Nunca pensé que sería capaz de atornillar tiradores, ni siquiera estaba segura de que los tiradores se atornillarían, así que estoy muy orgullosa del resultado.

Llevo todo el verano trabajando en esta casa, pero sin lugar a dudas está mereciendo la pena. No vivía en ella desde los siete años, pero, después de darle muchas vueltas, supe que aquí era donde quería estar. Esta casa es muy importante para mí.

Estoy lavándome las manos cuando llaman a la puerta. Salgo del baño y miro confusa hacia el recibidor. No espero a nadie, pero, antes de que pueda siquiera tratar de imaginar quién es, llaman de nuevo, aún más insistentemente. ¿Quién será?

—¿Quién es? —contesto al telefonillo.

—Abre, nenita —responde Sadie como si acabase de escaparse de un guateque de 1959.

Pulso el botón del intercomunicador y la espero al otro lado de la puerta con una sonrisa.

—Vístete —me ordena en cuanto me ve.

—Hola a ti también, Sadie —contesto burlona mientras la observo entrar en mi apartamento.

—No hay tiempo para formalismos, Lara Archer —contraataca fingidamente seria—. ¡Nos vamos a Atlantic City! —grita entusiasmada.

Yo sonrío y camino hasta ella. Definitivamente se ha vuelto completamente loca.

—Me encantaría, pero no puedo.

Si me voy a Atlantic City, será absolutamente imposible que termine todo lo que tengo que hacer en el apartamento.

Sadie me observa con atención durante unos segundos.

—No te he oído —responde al fin a la vez que se encoge de hombros y se dirige a mi habitación.

—No puedo —repito saliendo tras ella.

—Sigo sin oírte —me recibe.

Frunzo el ceño cuando veo mi mochila sobre el viejo colchón que temporalmente uso de cama y a Sadie rebuscando en mi armario.

—Acabo de terminar de pintar, estoy cansadísima, y aún me queda mucho que organizar aquí.

Además, quiero releer un par de libros sobre reinterpretaciones del código civil, aunque ese detalle prefiero guardármelo para mí.

—Hoy es sábado —me interrumpe.

Tuerzo el gesto conteniendo una sonrisa ante su clamorosa indignación.

—Me encantaría, pero no puedo —sentencio.

—¡Dios santo! —grita Sadie sorprendiéndome—. Lara, no hay discusión posible. Me niego en redondo a que la haya. Vas a coger esta mochila, vas a meter tus mejores bragas, tu vestido más corto y tus taconazos más altos y nos vamos a ir a Atlantic City.

Empiezan a sonar los primeros acordes *Never been in love*,^[2] de Cobra Starship e Icona Pop.

Lo pienso un instante.

¡Qué demonios!

Subo la música.

—¡Nos vamos a Atlantic City! —grito.

—¡Sí!

Las dos empezamos a dar saltitos y palmaditas, incluso nos marcamos un baile digno de la disco de moda.

—Va a ser increíble.

—Va a ser legendario —me corrige con los labios fruncidos y el índice en alto.

Yo no puedo hacer otra cosa que sonreír y giro sobre mis pies para ir hasta la cómoda.

—No te olvides de las bragas de putón —me recuerda.

—¿Bragas de putón? —pregunto al borde de la risa.

Ella asiente, se gira para enseñarme el culo y se marca una raya a través de la nalga derecha.

—Rojas, negras, encaje, seda... esas cosas.

Mi sonrisa se ensancha mientras saco un bonito conjunto azul marino y lo tiro sobre la mochila. Sadie vive completamente obsesionada con el catálogo de primavera de La Perla. Si las contara, me apuesto todos mis libros a que constataría que Sadie tiene más bragas que Sarah Jessica Parker zapatos.

Justo antes de cerrar la puerta, entro de nuevo en mi apartamento, corro hasta la estantería del salón y cojo mi libro *Externalización directa del comercio en países*

subdesarrollados. Sólo por si tengo algo de tiempo.

«Sin comentarios».

Mi voz de la conciencia no me entiende en absoluto.

Sadie ha aparcado su viejo Cinquecento rojo o Doc, como lo llama, a un par de manzanas de mi edificio. Ese coche me trae un montón de recuerdos. Lo paseamos por todo Boston cuando estuvimos en la universidad y, al descubrir que era el escenario del tórrido romance de Sadie con el ayudante del guardia de seguridad del campus, Dylan y yo estuvimos riéndonos durante semanas.

Pasamos a recoger a Dylan y nos dirigimos a Atlantic City. Son dos horas y cuarto de camino o, lo que es lo mismo, unas treinta canciones cantadas a todo volumen con más tesón que tono. Por la vieja radio de Doc desfilan los grandes éxitos de John Newman, Taylor Swift o Nicki Minaj y una decena de veces el *All night*^[3] de Icona Pop. Según Dylan, nuestro himno oficial para este fin de semana.

Ya a pocos kilómetros de la ciudad, los edificios a escasísimos metros de la costa nos hipnotizan. ¡Parecen salir del propio océano Atlántico! Nos desviamos de la carretera principal y tomamos la que nos lleva directa al hotel más deslumbrante de todo el paseo marítimo. Son cincuenta plantas llenas de luz.

—¿Nos hospedamos en el Borgata? —pregunto sorprendida.

Sadie frunce los labios divertida con la mirada fija en la calzada. ¡No me lo puedo creer!

—Una noche y dos días —responde Dylan—. La MasterCard para emergencias que me dio mi padre nos ha venido de perlas.

Sadie ralentiza la velocidad y atravesamos la entrada. Este lugar no tiene nada que envidiarle al mejor hotel de Las Vegas. Lo miramos todo con los ojos como platos, incluso el cartel de «Bienvenidos al Borgata». Nadie diría que venimos de la ciudad de los rascacielos.

Nos registramos en recepción y subimos a nuestra habitación en el piso veinte. Lo primero que hago cuando entramos es mirar a mi alrededor tratando de familiarizarme con la estancia. Desde que hemos puesto un pie en el hotel, me he fijado en cada pequeño detalle. Es mi manera de dejar a un lado la ansiedad. Odio los lugares desconocidos.

—¡Chicas, mirad lo que he traído! —llama nuestra atención Dylan con una sonrisa de oreja a oreja.

Deja su pequeña maleta sobre la inmensa cama *queen size*, la abre y saca una bolsa llena de pelucas. Sadie y yo nos acercamos con el paso titubeante y, sorprendidas, empezamos a curiosear. Un par de minutos después, Sadie ha sustituido su pelo rubio por una larga peluca color azabache, Dylan es pelirroja y yo escondo mi melena castaña de lo más común bajo una morena a los felices años veinte.

No tardamos en intercambiárnoslas y empezamos a probarnos vestidos. Antes de que nos demos cuenta, las camas y todos los sillones están llenos de ropa, hemos sido rubias, morenas y pelirrojas y nos estamos pintando las uñas mientras escuchamos

música. Nos adaptamos rápido.

El plan es cenar en la avenida principal y después regresar al hotel. En el inmenso y exclusivo club que ocupa toda la planta baja del Borgata se organizan unas fiestas increíbles y, según Sadie, tienen un DJ impresionante.

Delante del espejo empiezo a agobiarme un poco. El vestido que me ha prestado Dylan es corto, ¡cortísimo! Si lo viera en una revista, me parecería precioso: negro, con diminutas piezas de pedrería que lo hacen brillar y las mangas asimétricas. Ideal para una *celebrity*; creo que Lauren Conrad lo luciría a las mil maravillas, pero tratándose de mí no sé qué ocurrirá antes: si me caeré de estos taconazos o si directamente me daré de bruces contra el suelo. En cualquier caso, acabaré enseñando el culo y las preciosísimas bragas de encaje negro que Sadie me ha obligado a ponerme. No es un vestido para mí.

—No me convence —digo girando sobre mis pies para verme por detrás.

—Estás guapísima —replica Dylan acercándose al espejo y retocándose el rímel con el reverso del índice—, y aún queda lo mejor.

Camina hasta la cama con toda seguridad sobre sus botines de infarto y regresa con la primera peluca que me probé, la morena de corte años veinte. La freno alzando las manos. Ese gesto está universalmente reconocido como una inmensa bandera blanca.

—Ya me siento un poco intimidada por el vestido y los taconazos... y las bragas —añado a punto de olvidarme de ese detalle.

—Precisamente por eso —interviene Sadie saliendo del baño y apagando la luz al tiempo que guarda su barra de labios en su *clutch* de Edie Parker—. Dale un disfraz a un hombre y hazlo libre.

—¿Esa frase no es «dale una armadura a un hombre y hazlo libre»? —contraataco confusa.

—¿Para qué queremos una armadura cuando estamos así de increíbles? —replica girando sobre sí misma para enseñarnos el vestido desde todos los ángulos—. No se nos verían las piernas —sentencia resaltando lo obvio.

Las tres rompemos a reír. No podría tener más razón.

Me pongo la peluca y me acerco a otro de los espejos de la habitación para ver el resultado final. No sé si Sadie se ha inventado esa frase o no, pero lo cierto es que funciona. Me siento como si estuviera protegida por un cristal antibalas. Soy otra Lara. La ratoncita de biblioteca está perfectamente escondida bajo este disfraz.

Salimos imaginando que estamos viviendo nuestra propia versión de *Resacón en Las Vegas*. Vamos a darlo todo. No hemos avanzado más que unos metros cuando nos cruzamos con tres chicos bastante guapos. Los tres nos miran de arriba abajo, pero nosotras continuamos caminando. Estamos siendo de lo más sexys y misteriosas hasta que, como vaticiné, me tropiezo con mis propios zapatos, me apoyo en Sadie para no caerme y ella se da de bruces contra una inmensa planta decorativa. Automáticamente nos miramos, miramos a los chicos que lo han visto todo y, antes

de pensar en el ridículo que hemos hecho, volvemos a estallar en risas.

Sadie tenía razón. ¡Esta noche va a ser legendaria!

Comemos algo en un pequeño gastropub con tantos letreros de neón que por un momento parece que estamos en mitad de una calle de Hong Kong y regresamos al hotel.

Ya en los pasillos que conducen al club, vemos a muchísima gente. El ambiente es sorprendente. Dos porteros enormes hacen una criba, que por suerte pasamos, y otro con la misma cara de pocos amigos nos abre la última puerta. Las tres suspiramos alucinadas. ¡Es increíble! Centenares de personas bailan en la pista al ritmo del *Happy call*^[4] de Thrust. Los láseres de colores atraviesan el ambiente y se mezclan con las manos de los que bailan. Hay muchísima gente y todos parecen estar pasándoselo en grande.

Dos mujeres altísimas y guapísimas nos dan un bonito antifaz a cada una. Las tres nos miramos sorprendidas y en ese instante nos damos cuenta de que todos en el club los llevan. Los chicos, en tonos oscuros. Las chicas, en tonos dorados. La noche promete.

Estoy perfectamente protegida: la peluca, el vestido y ahora la máscara. Me siento completamente a salvo y a la vez, en mitad de la acción, incluso consigo dejar toda mi ansiedad a raya y, tratándose de mí, es un absoluto triunfo.

Nos sonreímos absolutamente encantadas y echamos a andar decididas, dispuestas a cruzar la pista para conseguir unos Cosmopolitan. Sigo a las chicas pero no puedo evitar mirar distraída cada rincón. La sala es enorme. Hay varias barras, cada una un par de escalones más alta que la anterior, y en el centro se levanta la cabina del DJ. Cubriéndola por completo cuelga una especie de tela de vinilo negra donde se proyectan dibujos y formas geométricas al ritmo de la música. Es imposible no quedarse embobada. Cuando vuelvo mi mirada hacia la multitud para localizar a las chicas, no las veo. Tuerzo el gesto y echo un nuevo vistazo girando sobre mis tacones. El local está prácticamente rozando el aforo máximo. Es imposible encontrar a nadie.

Y entonces nuestras miradas se cruzan. Distingo sus ojos verdes en mitad de la multitud. De pronto ni siquiera soy capaz de moverme. Un láser cruza el ambiente entre los dos y por un momento sus ojos brillan aún más. Llevaba un año sin verlo.

Es imposible encontrar a nadie y yo lo he encontrado a él.

El ritmo de la música se ralentiza y el juego de los láseres lo hace con él. Todo se vuelve extrañamente íntimo. Connor Harlow sigue siendo igual de guapo; un pelo de infarto y una cara perfecta, que, gracias a que se ha quitado el antifaz, puedo disfrutar sin ningún estorbo. Otro chico le toca en el hombro. Sin dejar de mirarme, él ladea la cabeza y escucha lo que le dice. Cuando termina, sonrío y yo me derrito un poco más.

La canción cambia. Un ritmo electrónico sacude mis oídos y al fin logro reaccionar. ¡No puedo quedarme embobada mirándolo! ¡Ya no tengo trece años, por el amor de Dios! Niego con la cabeza un par de veces para autoconvencerme y giro

sobre mis pies para huir del escenario del crimen.

No me sentía así desde hace un maldito año.

Al fin llego a una de las barras y consigo encontrar a las chicas. Ya me han pedido una copa. Gran idea.

—¿Dónde te habías metido? —me pregunta Sadie levantándose el antifaz.

Las dos la imitamos. Necesito oxígeno casi tanto como esa copa.

—¿Ya has ligado? —añade.

Sonrío nerviosa y le doy un trago a mi Cosmopolitan. Creo que debería marcharme. Dylan me observa una milésima de segundo, alza la mano y me quita la copa de la mía.

—¿Qué ocurre, Lara?

—Acabo de ver a Connor, Connor Harlow —confieso al borde del colapso nervioso.

Dylan intenta contener una sonrisita de lo más impertinente y yo me llevo las palmas de las manos a la cara. Sé exactamente lo que está pensando. Tendría que haberme quedado en casita leyendo mis libros de derecho internacional, con el derecho internacional nunca tengo la sensación de estar pasando el rato más bochornoso de mi vida.

—Me he perdido —admite Sadie.

Yo suspiro hondo y aparto las manos.

—¿Estamos hablando de Connor Harlow? —continúa—. ¿El mejor amigo de Allen? Espera un momento —se apresura a interrumpirme—: Allen Colton.

Juraría que ha saboreado cada letra. Sadie está coladísima por mi hermano desde la primera vez que lo vio.

Suspiro de nuevo. Es mejor soltarlo todo de un tirón.

—Con trece años me colé por Connor, el mejor amigo de mi hermano mayor.

Al decirlo en voz alta, automáticamente recuerdo cómo me escondía en lo alto de la escalera para verlo charlar con Allen en los inmensos sofás o cómo me empeñaba, sin ningún éxito, en parecer mínimamente mayor cuando estaba cerca. Por Dios, creo que, si me pasase la lengua por los dientes, todavía podría sentir los brackets.

—¿Pero fue algo elegante? —inquire Sadie de nuevo.

Le doy un sorbo a mi cóctel y miro el techo buscando una respuesta con la que salir airosa, es decir, que mágicamente mi cerebro sufra una autolobotomía y no recuerde mi adolescencia.

—Fue bochornoso —claudico al fin—, mucho.

—Bueno —trata de animarme Sadie—, te colaste por un amigo de tu hermano cuando tenías trece años. ¿Dónde está el problema?

—Que todavía lo está —se apresura a contestar Dylan.

Yo la fulmino con la mirada y le dedico mi peor mohín, que ella me devuelve entre risas.

—¿Y? —repite Sadie como si no consiguiese ver la pila de problemas que

asoman justo detrás de las palabras *colada*, *Allen* y *Connor*.

—Tengo veintiún años y él, treinta y cuatro. Estoy segura de que ni siquiera sabe que existo. Por no hablar de que a Allen no le haría la más mínima gracia. Ya sabéis lo sobreprotector que es. —Guardo silencio un momento—. Además, me siento culpable.

—Eres muy dramática —me riñe Sadie girándose hacia la barra y haciéndole un gesto al camarero para que le sirva otra copa—, como de educación católica irlandesa. ¿Quién no se ha enamorado de alguien mayor con trece años? —continúa dispuesta a animarme.

—Yo con trece años estaba colada por mi profesor de literatura, el señor Memphis —nos confiesa Dylan.

—Qué típico y qué truculento. Me encanta.

—Espera un momento —digo cayendo en la cuenta de algo—. Fuimos juntas a clase. Nuestro profesor de literatura era el señor Williamson. Memphis nos daba arte.

Me mira confusa y hace memoria unos segundos.

—Es cierto —admite—. Es que también estaba enamorada del señor Williamson.

—¿Cómo? —pregunto al borde de la risa.

—Era joven —se defiende a punto de echarse a reír ella también— y en mi imaginación había sitio para los dos.

Las tres estallamos en risas.

—¿Ves? —me dice Sadie—. No tienes nada de qué preocuparte. Estuviste pillada por él hace ocho años. Está claro que no eres la peor en ese aspecto —añade señalando a Dylan fingidamente escandalizada.

—Oye —se queja divertida.

—Además, ni siquiera creo que te haya reconocido —sentencia.

Eso me hace respirar más tranquila. La peluca, el vestido y el antifaz juegan claramente a mi favor.

—Apenas te reconozco y te veo todos los días. Él hace un año que no te ve. Podría ser tu oportunidad de dar rienda suelta a un par de fantasías.

Abro la boca dispuesta a decir algo, un discurso de lo más serio y elaborado con todos los motivos por los que no hacer algo así, pero, antes de que pueda pensarlo con claridad, acabo cerrando la boca sin soltar una palabra. El discurso sencillamente se ha esfumado.

Sadie sonrío.

—Si te pregunta, te llamas Celeste —propone Sadie.

—Me gusta —comenta Dylan removiendo el Cosmo—. Suena a telenovela de la ABC.

—No. No pienso ligar con él —les aclaro entre risas— y, si tuviese que cambiarme el nombre por uno de telenovela, claramente sería Montana. Me va muchísimo más.

Las tres nos echamos a reír.

La idea es tentadora, no voy a negarlo, pero no puedo hacerlo, aunque eso signifique ignorar esa parte descerebrada y kamikaze de mí misma que no para de gritarme que es el destino. Connor Harlow es mi destino. ¡Suena de maravilla!

—Vamos a bailar —les pido con mi mejor sonrisa, saliendo de mi ensoñación.

Nos colocamos los antifaces de nuevo y rápidamente nos hacemos un hueco en el centro de la pista y comenzamos a movernos. La música es genial. Un chico se acerca a mí. Trago saliva y mi cuerpo se tensa al instante. No me gustan los desconocidos.

—Hola —me saluda sin dejar de bailar.

Tiene una sonrisa enorme y unos bonitos ojos marrones. Trato de fijarme en esos detalles para dejar de pensar que es un extraño.

—Hola —respondo obligándome a sonreír.

Miro a mi alrededor y en realidad no sé por qué. Sadie y Dylan ya están regresando a la barra. Imagino que creen que lo que necesito para olvidarme de Connor Harlow es un chico guapo.

—¿Bailas? —me pregunta.

—Creo que ya estamos bailando —replico algo nerviosa.

Él sonríe de nuevo y se acerca un poco más. Alza la mano y la coloca en mi cintura. El gesto me sobresalta, pero contengo el primer impulso de apartarme. Se supone que es en estos momentos en los que tengo que respirar hondo y dejarme llevar.

Lo intento. La tensión vuelve. No lo conozco.

—Esta canción es increíble —digo con una sonrisa incómoda, dando un paso atrás.

No puedo dejarme llevar. Mi cuerpo no quiere hacerlo.

El chico me observa un segundo y sonríe otra vez. Por lo menos no lo he espantado.

—¿Cómo te llamas? —me pregunta.

Estoy a punto de decir mi nombre cuando una mano me agarra con fuerza de la muñeca. Alzo la mirada confusa y sorprendida y todo mi cuerpo vibra al encontrarme con sus ojos verdes a través de su antifaz azul oscuro, casi negro, justo antes de que se gire y comience a andar llevándome con él, guiándome con decisión entre los centenares de personas que abarrotan la pista de baile.

Su mano desprende pura electricidad, traspasa mi piel y me calienta por dentro de una manera que no había sentido antes.

Subimos las escaleras y accedemos a la parte superior del club. Apenas nos hemos separado unos pasos del último peldaño cuando Connor me lleva contra la pared, destruye la distancia que nos separa y me besa con fuerza. Una de sus manos avanza desde mi cadera con la misma seguridad con la que me sacó de la pista de baile y se ancla al final de mi espalda posesiva y sexy mientras la otra se pierde en mi pelo, agarrándolo con fuerza.

No hay incomodidad. No hay sobresalto. No hay ganas de huir. Me gusta. Me

gusta mucho.

—No podía dejar de mirarte —susurra contra mis labios con la voz más ronca y sensual que he oído en todos los días de mi vida.

Dios, es increíble.

Sonríe y creo que estoy a punto de sufrir un colapso nervioso. Es una sonrisa *sexy*, atractiva y arrogante.

Sus labios descienden hasta perderse en mi cuello. Su cálido aliento se impregna en mi piel, pero no me besa. Continúa torturador su camino y me calienta de lado a lado. Suspiro. Estoy en el paraíso... y me muerde con fuerza. Mi aliento se transforma en un gemido. Aprieta los dientes hasta que el placer y el dolor se difuminan y después me regala un beso húmedo y caliente para calmar mi piel.

Voy a derretirme en cualquier momento.

Sube. Mi cuello, mi mentón, y vuelve a estar muy cerca de mis labios, estrechándome contra su maravilloso cuerpo. Me demuestra de nuevo toda esa seguridad aplastante, toda esa arrogancia. Parece llamarme, atarme, como si todo el magnetismo del mundo se hubiese traducido en una sola persona.

Tira de mi pelo obligándome a alzar la cabeza y nuestras bocas se acoplan a la perfección.

Todo me da vueltas.

Es la primera vez en veintiún años que me besan de verdad.

2

Me da un beso más corto, más dulce, y, sin más, se aleja de mí, dejándome con la respiración acelerada y el cuerpo fabricado de gelatina húmeda y caliente.

Quiero salir tras él, pedirle que no se vaya o que, por lo menos, me explique qué acaba de pasar, pero mis piernas se niegan a cooperar. Cuando al fin reacciono, bajo las escaleras a toda velocidad pero me es imposible encontrarlo. La sala principal del club está aún más abarrotada que cuando subimos hace unos minutos.

La canción cambia una vez más. Resoplo. Puede que ni siquiera esté ya en el club, pero ¿por qué besarme así y después marcharse? Me quito la máscara algo aturdida y camino de vuelta a la barra con la esperanza de encontrar a Sadie y a Dylan. Odio sentirme así de confusa. Soy una chica de respuestas. Siempre lo he sido.

Last Friday night,^[5] de Katy Perry, está sonando. Abro los ojos y menos de un segundo después los cierro girándome y acurrucándome al otro lado de la cama. La canción no deja de sonar. Frunzo el ceño. Hay muchísima luz. Está claro que no voy a poder seguir durmiendo. Me giro de nuevo y clavo la mirada en el techo. Todavía llevo la ropa de ayer. ¿A qué hora nos fuimos a dormir?

—Quieres apagar ese maldito móvil —gruñe Sadie desde la otra cama.

—Voy, voy —contesta Dylan saliendo del baño y corriendo hacia la mesita para recuperar su *smartphone* y rechazar la llamada.

Fuera quien fuese el que quisiese hablar con ella, lo estaba haciendo con insistencia. Katy Perry ya iba por la tercera estrofa.

—Chicas, ¿bajamos a la piscina? —propone Dylan sentándose en la cama.

—Tengo resaca. Quiero dormir —protesta Sadie.

—Ya dormirás después —replica Dylan—. Vámonos a la piscina o, mejor aún, a la playa.

—No quiero ir a ningún sitio contigo.

Las oigo discutir de fondo mientras mi adormilado cerebro, aún sumergido en *Cosmopolitan* y rodajas de naranja, trata de poner orden en los recuerdos de anoche. Sin embargo, no es una cuestión de orden, sino de lo que pasó y con quién pasó. Connor Harlow me besó. ¡Me besó!

—Connor Harlow me besó anoche en el club —digo en voz alta como si necesitara hacerlo para creérmelo del todo.

—¿Qué? —pregunta Dylan incrédula—. ¿Y no nos lo cuentas hasta ahora?

Me encojo de hombros algo culpable.

—Ni siquiera tengo la más mínima idea de lo que ocurrió —me defiendo.

Sadie se levanta como un resorte y corre hacia el baño.

—¿Qué haces? —pregunta Dylan.

—Necesito ir al baño urgentemente —confiesa— y después me voy a dar una ducha y vamos a bajar al bar de la piscina. Está claro que la noche de ayer dio para mucho.

Aunque en teoría íbamos a esperar a estar cómodamente sentadas en una mesa de la terraza con un café y unas tortitas delante, no hemos llegado al ascensor cuando ya lo he soltado todo acerca de Connor y del espectacular beso. Las chicas, por primera vez desde que nos conocemos, parecen tan sorprendidas como yo.

—Este es el plan —nos informa Sadie sentándose y extendiendo un mapa de Atlantic City sobre la mesa de metal brocado blanco—: hablaremos con la recepción de cada hotel hasta encontrar el de Connor. Después te vestirás con unas bragas de putón y una gabardina e irás a verlo.

—A ese plan le veo lagunas —replico tan divertida como socarrona.

Ella le hace un mohín al aire y finge no oírme.

—Pues a mí me parece un plan genial —comenta Dylan—. Es muy de película de los ochenta.

—Gracias —responde Sadie encantadísima por el apoyo.

—De nada.

Yo tomo mi zumo de naranja con sombrillita y las miro a través de mis gafas de sol con una sonrisa de lo más impertinente. Pueden conseguir que me ponga un vestido minúsculo, pero no pienso presentarme en ningún hotel sólo con unas bragas.

Sadie parte el mapa en tres trozos más o menos iguales y nos entrega uno a cada una antes de dirigirse muy decidida a la piscina. Allí estableceremos nuestro campamento base.

Desde nuestras respectivas tumbonas llamamos a todos los hoteles de la ciudad. No hay rastro de Connor. Quizá vino con algún amigo y fue este quien reservó la habitación o tal vez esta mañana a primera hora regresó a Nueva York.

—No te rindas —trata de animarme Dylan acomodándose en su asiento—. Si te besó, es porque le gustas. De eso no hay ninguna duda.

—Y si le gusto, ¿por qué no ha venido a buscarme? ¿Por qué no me dijo que quedáramos?

No logro entenderlo.

—Lara, para —replica—, no seas tan «la línea recta es el camino más corto». Probablemente ayer te vio, le gustaste, te besó y ahora esté planteándose si quiere algo más o no. Las relaciones no son te veo, me gustas, te quiero. No todos son tan prácticos —sentencia socarrona.

—Ja, ja —replico con sorna.

—Oficialmente se lo ha tragado la tierra —gruñe Sadie dejando su BlackBerry sobre la pequeña mesita entre tumbonas.

Era el último hotel que nos quedaba por comprobar.

—Debe de haber regresado a Nueva York —respondo decepcionada.

—Quizá conozca a alguien aquí —apunta Sadie.

Me encojo de hombros. Supongo que esa hipótesis es tan buena como cualquier otra.

—Ey —llama nuestra atención Dylan—, ¿ese no es Jackson?

Las dos nos giramos y miramos hacia donde ella ya lo hace, embobada. Automáticamente frunzo el ceño. Era la última persona que esperaba encontrar aquí. Está al otro lado de la inmensa terraza, hablando con dos hombres. Sigue exactamente igual. Alto y delgado, pero con un cuerpo perfectamente definido; un pelo increíble, castaño oscuro, suavemente rizado y algo revuelto, como si acabase de echar un polvo de infarto, y unos espectaculares ojos verdes. En una palabra: guapísimo; mejor en dos, porque también derrocha atractivo. Pero seguro que sigue siendo igual de arrogante, exigente y arisco.

Alza la mano y se retoca los dobles de su camisa impolutamente blanca a la altura del antebrazo en un gesto muy *sexy* y lleno de masculinidad. Una chica se acerca a ellos. Está nerviosa y, cada dos segundos, una boba sonrisa se cuelga en sus labios. Sin ni siquiera molestarse en dedicarle una sola palabra, Jackson se marcha mientras la chica, muy guapa, lo sigue contemplando como si estuviese recubierto de chocolate fundido. Él ni siquiera sabe que existe y ella está a punto de lanzarle sus bragas. Debe de ser la historia de la vida de Jackson Colton.

Camino del lujoso edificio del hotel, Jackson pierde su vista en la terraza y nuestras miradas se encuentran. Se detiene en seco y frunce el ceño imperceptiblemente. Me pregunto si sabe quién soy, si me reconoce. Durante unos segundos, y a pesar de la distancia, sus ojos siguen atrapando los míos, resultan magnéticos. Finalmente rompe el contacto entre los dos girando la cabeza a la vez que se humedece el labio inferior breve y fugaz y echa a andar de nuevo.

—Está como un maldito tren —murmura Dylan admirada.

Yo tuerzo el gesto y vuelvo a dejarme caer en mi tumbona. Puede que Jackson Colton sea endiabladamente atractivo, pero toda su belleza está única y exclusivamente en la parte exterior.

—Explícame una cosa —me pide Sadie—, ¿por qué dices «mi hermano Allen» pero jamás te he escuchado decir «mi hermano Jackson»?

—Porque no es mi hermano —contesto sin asomo de dudas.

La respuesta no podía ser más simple.

Mi amiga me mira como si me hubiese salido una segunda cabeza y yo tomo aire y me preparo mentalmente para soltar la historia de Lara Archer, la pequeña huerfanita.

—Ya sabes que, cuando mis padres murieron, Easton y Erin Colton, sus mejores amigos, me acogieron. —Sadie asiente—. Y también sabes que tienen dos hijos: Allen y Jackson. —Ella vuelve a asentir—. Cuando llegué a la mansión, yo tenía siete años y Jackson, dieciocho. Se estaba preparando para marcharse a la universidad y apenas coincidimos unos días. Cuando regresó, habían pasado cuatro años. Yo tenía

once y él, veintidós. Pasó un par de semanas en la mansión y se marchó de viaje, primero con Allen, que por entonces tenía veinticuatro, y después con sus amigos de la universidad. Ese septiembre se fue a estudiar un posgrado a Londres, encontró trabajo allí, más tarde en París, y la siguiente y última vez que lo vi yo tenía diecisiete años y esa misma tarde me marchaba a Harvard. Conclusión: nos hemos visto tres veces en catorce años, literalmente.

Yo me he criado con los Colton, para mí son mis segundos padres, y Allen es mi hermano. Me enseñó a montar en bici, me llevaba a patinar al Rock Center y me ayudaba a hacer los deberes. Sin embargo, Jackson nunca ha tenido demasiado trato con su familia y, por extensión, conmigo. Siempre ha tenido planes o ha estado demasiado absorbido por el trabajo para venir en Navidad y ese tipo de fechas. Además, tampoco tengo muy buenos recuerdos de las pocas veces que hemos coincidido. Nunca hemos intercambiado más de un par de palabras de puro compromiso. Él parece estar montado en un pedestal construido a base de arrogancia y exigencia, como si los pobres mortales no nos mereciéramos compartir su tiempo y sus palabras.

—Conclusión —repite Dylan imitándome—: el buenorro de Jackson Colton no es tu hermano.

Le dedico un mohín y vuelvo a colocarme mis gafas de sol. Estoy de malhumor y lo odio. Me hice demasiadas esperanzas con que el plan funcionaría y encontraría a Connor.

—Siempre nos quedará el buenorro de Allen Colton —replica encantadísima Sadie.

—Si vuelves a contarme algunas de tus fantasías con él, me voy a Nueva York, andando —la amenazo.

Sadie sonrío de oreja a oreja. Me temo lo peor.

—Hoy he soñado con él —confiesa en absoluto arrepentida.

—Me voy al agua —sentencio enérgica, levantándome de la tumbona.

—Yo necesito una copa —argumenta Dylan siguiéndome.

—Chicas... —se queja Sadie.

—Tus sueños son demasiado vívidos para mi gusto —replica Dylan socarrona—, y eso que estoy entre el treinta y cinco por ciento de mujeres que consume porno.

No lo puedo evitar y me echo a reír.

—¿Ves porno? —pregunto.

—Yo no veo porno, yo aprendo con el porno —me corrige.

La observo divertida y boquiabierta. No me esperaba esa respuesta.

—¿Y qué aprendes exactamente?

—Mucho. —Dylan pone los ojos en blanco, se detiene a unos pasos de la piscina y me obliga a hacer lo mismo—. No te imagines a un tío gordo, medio calvo y con bigote tirándose a una mujer que preferiría no estar allí. Ahora los chicos están muy buenos y las chicas se lo pasan realmente bien. ¿No verías una película porno

protagonizada por Jackson Colton? —inquire levantando las cejas, perspicaz.

Resoplo.

—Necesito amigas nuevas —replico burlona echando a andar de nuevo.

—¡Abre tu mente! —me grita.

El resto del fin de semana lo pasamos realmente bien. Nos quedamos en la tumbona hasta la hora de almorzar y subimos a la habitación a ver una peli. Llamamos al servicio de habitaciones y disfrutamos de una hamburguesa con queso mientras vemos *St. Elmo, punto de encuentro*, una joya de los ochenta y una de nuestras películas preferidas.

Después de dejar el hotel, guardamos las maletas en el viejo Cinquecento de Sadie y damos un paseo por la playa antes de irnos.

Es la hora de cenar cuando llegamos a Nueva York, pero no me apetece probar bocado. Tan pronto como subo a mi apartamento, me pongo el pijama, saco de la mochila mi libro *Externalización directa del comercio en países subdesarrollados* y me tumbo en el viejo colchón a leer. Mañana a esta misma hora podré estar haciéndolo en mi nueva cama. Sonrío. Me encanta haber vuelto a esta casa.

Estoy a punto de quedarme dormida cuando mi mente, actuando por libre, comienza a revivir el maravilloso beso que me dio Connor en el club. Suspiro como una idiota olvidando todas las preguntas que me gustaría hacerle y me zambulló de nuevo en esa sensación. Ha sido un gran fin de semana.

El despertador suena impasible a las seis y media. Odio mi despertador y odio las seis y media. Me levanto a regañadientes con el pelo alborotado y el pijama retorcido y encogido como si hubiese estado durmiendo en un hexágono de artes marciales mixtas en lugar de en un colchón.

Antes de salir, giro sobre mis tacones negros delante del espejo de la entrada y sonrío al ver cómo me queda mi falda de tubo de pata de gallo y mi blusa roja sin mangas. Estoy muy lejos de ser experta en moda, así que, cuando empecé a trabajar en una oficina, tuve que ponerme manos a la obra, buscar información sobre lo que era apropiado en un atuendo de trabajo y salir de compras. Sadie y Dylan estuvieron riéndose de mí durante semanas por comprarme varios libros de moda y estudiármelos a conciencia, pero esas son mis herramientas: los libros. En cualquier caso, me siento mucho más cómoda con mis manolequinas y mis vaqueros favoritos. Los tacones y las faldas lápiz son mi uniforme.

Recojo mi bolso y salgo de mi apartamento. Siempre me despierto de mal humor, pero me recupero rápido. Tener el ceño fruncido es demasiado aburrido.

Estoy a poco más de diez manzanas del trabajo, así que tardo apenas veinte minutos en llegar. Un punto más a favor de la vieja casa de mis padres. Además, vivir en TriBeCa es increíble.

Saludo al guardia de seguridad y me monto en el ascensor revisando los correos

en mi iPhone.

—Buenos días, Carrie.

—Buenos días, señorita Archer —me devuelve el saludo desde detrás del inmenso mostrador de madera maciza en la aún más inmensa recepción. El que construyó el edificio de la bolsa de Nueva York a principios del siglo xx ya se imaginó que aquí se harían las cosas siempre a lo grande.

Recojo los mensajes que me tiende en una decena de papelitos rosas y continúo por el gigantesco pasillo. ¿Abrillantarán este suelo todos los días? Sospecho que cualquier día me verá reflejada en él.

—Señorita Archer —me llama Carrie saliendo tras de mí—, el nuevo agente que ha enviado el señor Sutherland está esperándola en su despacho.

Asiento y dejo caer el móvil en mi bolso. Había olvidado que hoy llegaba un nuevo analista al departamento y, la verdad, agradezco la ayuda. Cada día revisamos alrededor de quinientas operaciones bursátiles en busca de indicios de delito. Un par de ojos más nos vendrán bien.

Acelero el paso y alcanzo un nuevo pasillo más estrecho y discreto que lleva directamente al departamento de Estudios y estadísticas de la Oficina del ejercicio bursátil, o, como me gusta decir, la policía de Wall Street.

—Buenos días —saludo al aire serpenteando entre las decenas de mesas perfectamente ordenadas.

Llevo más de tres meses siendo jefa de departamento y tener empleados sigue siendo la parte que menos me gusta, incluso me da un poco de miedo. Prefiero estar en mi despacho con mis contratos y mis números.

Entro en mi oficina, rodeo mi mesa y enciendo el Mac.

—Buenos días —dice una voz frente a mí.

Me llevo la mano al pecho sofocando un grito de lo más ridículo y doy un respingo. ¿Quién es? ¿Qué hace aquí?

No me gustan los desconocidos.

—Siento haberla asustado —se disculpa levantándose de la silla y tendiéndome la mano un hombre de unos setenta años con el pelo canoso y un amable traje—. Soy Lincoln Oliver, el nuevo empleado.

Doy un paso atrás y carraspeo a la vez que trato de controlar el ritmo de mi corazón. Estoy en mi despacho. Mi despacho es un lugar seguro. Él me ha dicho su nombre. Se llama Lincoln Oliver. No es un desconocido. Respiro hondo. Mi cuerpo va relajándose. Respiro de nuevo. La tensión poco a poco desaparece.

—Bienvenido —digo al fin estrechando su mano.

Más tranquila, lo miro de arriba abajo esperando no ser muy indiscreta. Por su aspecto, parece pertenecer más al mármol y las acciones al otro lado del gigantesco pasillo y, por su edad, creo que debería estar jubilado.

Él también me estudia a mí. Supongo que una jefa de veintiún años era lo último que se esperaba.

—Gracias —responde profesional—, y perdóneme de nuevo por haberla sobresaltado. Me dijeron que la esperara en su despacho.

—No se preocupe. Supongo que el señor Sutherland le habrá explicado qué hacemos aquí. —Hago una pequeña pausa—. ¿A qué se dedicaba antes?

Soy increíblemente curiosa y no puedo callarme una sola pregunta. Otra prueba más de que las habilidades sociales no son lo mío.

—Era agente de bolsa. —Lo sabía. Wall Street los marca a fuego—. Lehman Brothers.

Tuerzo el gesto un segundo. La empresa Lehman Brothers significaba muchas cosas por aquí y ninguna buena. No se puede jugar con la economía de decenas de países y pretender salir inmune. Terminó como se merecía.

—Notará que nosotros hacemos algo diferente —comienzo a explicarle algo distante, incluso un poco antipática. No puedo evitarlo. No me gustan los brókers. No me gustan los ejecutivos en general—. No invertimos ni tampoco autorizamos inversiones. Aquí comprobamos todos los números de Wall Street. Estudiamos todas las operaciones en busca de malversaciones, desviaciones de fondos, cualquier tipo de práctica ilegal. ¿Se sentirá cómodo con eso?

—Sí, sin duda. No todos los que trabajábamos en Lehman Brothers somos unos ladrones despiadados —añade mordaz y con un punto de perspicacia.

Sonrío breve e incómoda. Me lo he ganado.

—Lo siento si le ha parecido... —trato de disculparme.

—No se preocupe —responde—. No tendrá quejas de mi trabajo.

Nunca juzgues a las personas, Archer. Se te da fatal.

—Puede ocupar su mesa. —Mejor no alargar más la agonía—. Hoy trabajará con Scott Matthews. Él le pondrá al día. Quiero que se familiarice con el sistema antes de empezar a analizar números.

El señor Oliver asiente a la vez que agarra con fuerza el asa de su impecable maletín de piel negra y sale de mi despacho.

Lara Archer: 0; habilidades sociales: 1.

¿Dónde estaba el día que las repartieron?

«Probablemente leyendo un libro».

Me pongo los ojos en blanco a mí misma y me siento dispuesta a hacer lo único que se me da bien: enterrarme en una montaña de papeles. Aún no he abierto la primera carpeta cuando el teléfono de mi mesa comienza a sonar.

—Lara Archer —respondo.

—Buenos días, Lara. Tengo un trabajo muy importante para ti.

Es mi jefe, el señor Mark Sutherland; prepotente, vago y muchísimo menos brillante de lo que se piensa. Creo que, oficialmente, sólo me dio el puesto de directora de departamento para poder presumir de las oportunidades que la Consejería de Economía le da a las mujeres jóvenes y así asegurarse la reelección como consejero. Extraoficialmente, creo que me ascendió porque no me importa quedarme

horas de más revisando números y haciendo el trabajo que él debería hacer.

—¿En qué puedo ayudarlo?

—Necesito que prepares toda la información que tengamos disponible sobre Benjamin Foster.

Hago memoria mientras me levanto y camino hacia el mueble archivador. Estudiamos a Benjamin Foster no hace mucho.

—Alguien de la nueva empresa de inversiones que ha contratado el señor Foster pasará a buscarla esta misma mañana —me explica.

—Lo tendré listo —respondo jugueteando con el cable del teléfono.

Es absolutamente injusto. Tendré que dejar todo lo que estoy haciendo, cosas realmente importantes, para preparar un dossier para un estúpido agente de bolsa de una estúpida empresa de inversiones. Sólo porque el señor Sutherland querrá ganar puntos con Benjamin Foster, la empresa en cuestión o el propio agente de bolsa. Por Dios, es un cargo público electo. No debería admitir esta clase de favoritismos, mucho menos provocarlos.

—Perfecto, Lara.

Cuelgo el teléfono a la vez que tuerzo el gesto. Cuanto antes empiece, antes lo tendré listo.

Estoy inmersa en los documentos de Foster cuando mi teléfono vuelve a sonar.

—Lara Archer —respondo con el lápiz entre los dientes, colocando el auricular entre mi mejilla y mi hombro, más pendiente de los documentos que reviso que del teléfono en sí.

—Señorita Archer, el señor Sutherland está aquí.

Frunzo el ceño y miro el reloj en la esquina inferior del ordenador. Sólo han pasado dos horas.

—Cinco minutos y salgo.

Cuelgo y cuadro los hombros. Mando unos archivos a imprimir, me acerco el teclado, hago unas últimas anotaciones en una tabla de inversiones y reviso cada línea calculando mentalmente cada cifra. Cojo una carpeta nueva del penúltimo cajón de mi escritorio y me levanto de un salto. Espero el último papel de la impresora, los cuadro, los meto en el dossier y listo. Definitivamente los papeles son lo mío.

«Ojalá la vida en general fuera lo tuyo». Desde luego, mi voz de la conciencia no es mi mejor aliada.

El señor Sutherland no suele venir casi nunca. Atravieso el pequeño pasillo y salgo al principal, mucho más grande. Sea quien sea a quien intenta impresionar, debe ser una persona realmente importante.

Freno en seco mis tacones sobre el reluciente suelo de mármol. No puede ser. Es imposible. Él alza la mirada, me observa un par de segundos y sonrío increíblemente impertinente antes de volver a su conversación con mi jefe.

Frunzo el ceño y me cruzo de brazos muy enfadada.

¿Qué hace Jackson Colton aquí?

3

Jackson está apoyado en la mesa para consultas frente al mostrador de recepción, hablando con el señor Sutherland, que ordena unos papeles y los firma inclinado sobre la misma mesa. Carrie lo observa embelesada. Cuando se agarra con las dos manos al borde de acero oscuro de la mesa, la chaqueta de su impecable traje a medida negro se abre y su impoluta camisa blanca se tensa y reluce en contraste con su corbata también negra. El señor Sutherland dice algo que no alcanzo a escuchar y él sonrío. Recordaba esa sonrisa. Está fabricada con manuales sobre cómo desarmar a las mujeres y sexo salvaje. Puede que coincidiéramos poco, pero he visto a demasiadas chicas caer presas de ese simple gesto. Ahora mismo Carrie le daría todo su dinero a cambio de que se acercara, se inclinara sobre su mostrador y le sonriese de cerca.

Es tan injusto...

Pillándome por sorpresa, Jackson vuelve a reparar en mí. De nuevo me observa durante unos segundos y, con la misma media sonrisa algo arisca y muy impertinente, se cruza de brazos. Está imitándome. Se está riendo de mí. Eso me enfurece. Automáticamente descruzo los brazos y cuadro los hombros. Jackson ladea la cabeza sin levantar su mirada de la mía y, aunque es lo último que quiero, su magnetismo y esos increíbles ojos verdes me sacuden. ¿Por qué tiene que tener esa mirada tan extraordinariamente intensa?

¡Reacciona, Archer!

Sacudo la cabeza y echo a andar de nuevo. Si cree que va a tenerme a sus pies, se equivoca muchísimo. Ni siquiera me cae bien.

—Buenos días, señor Sutherland —saludo a mi jefe deteniéndome frente a él—. No esperaba verlo aquí.

—Bueno, el señor Colton me comentó que vendría él mismo a por la documentación Foster y no quería perder la oportunidad de saludarlo en persona.

Le dedico una mirada fugaz a Jackson y vuelvo a encontrarme con su sonrisa. ¿Piensa dejar de sonreír en algún momento?

—Claro —respondo.

¿Por qué será que no me sorprende que Jackson Colton tenga al consejero de Economía comiendo de su mano? ¿Alguien es capaz de decirle que no a algo?

En ese momento Jackson vuelve a atrapar mi mirada. Si no fuese una locura, diría que me está contestando un cristalino «no» a la pregunta que acabo de hacerme mentalmente.

—Aquí tiene el dossier —digo tendiéndole la carpeta, alegrándome como nunca de que mi voz suene firme.

—¿Y los archivos adicionales? —pregunta Jackson sin molestarse en abrir los que ya tiene entre las manos.

Lo miro confusa. Los archivos adicionales son otras tres carpetas más. Lo lógico

es que se conforme con ver un resumen.

—Supongo que sabrá lo que son. Al fin y al cabo, es la directora del departamento —comenta mordaz otra vez con esa sonrisa en los labios.

¿Por qué tengo la sensación de que esa sonrisa es lo que más me molesta de todo? Aprieto los dientes. Por supuesto que sé lo que son.

Estoy licenciada en Derecho y Economía por Harvard, maldito imbécil.

Furiosa, giro sobre mis salones negros, alcanzó el mostrador de Carrie y telefoneo a Scott. Mientras espero, repaso mentalmente sus palabras. Mala idea. Me enfado todavía más.

—Trae todos los dossiers de Foster a recepción —ordeno.

Cuelgo y suspiro hondo. Funciona mínimamente, pero, cuando llevo mi vista hacia Carrie y la veo a punto de suspirar, no puedo evitar poner los ojos en blanco. ¡Sólo es un hombre guapo! Vale, extraordinariamente guapo, pero también es la maldad personificada. ¿Cómo es posible que una sonrisa, por muy espectacular que sea, y una cara de canalla les haga ignorar todos sus instintos de supervivencia?

—Todo arreglado —comento girándome.

La última palabra la murmuro por inercia y con el ceño fruncido mientras observo cómo Jackson se aleja por el pasillo destilando toda esa masculina seguridad. ¿Adónde va?

—Pensé que venía a buscar la documentación Foster —pronuncio confusa.

—El señor Colton ha creído, y yo estoy totalmente de acuerdo —me aclara mi jefe—, que lo mejor será que llevemos esa información a sus oficinas. Así podrá compararla con las próximas inversiones del señor Foster y revisarlas adecuadamente con una persona de este departamento. Una buena manera de evitar futuros malentendidos. ¿No te parece? —concluye con una estúpida sonrisa.

No, no me lo parece. Si quiere la información, que espere por ella. O lo que es aún mejor, que pida cita y se pase dos horas en nuestra biblioteca revisando carpetas como hacen todos los demás.

¡Qué injusto!

—No me parece bien que malgastemos el tiempo de un empleado del departamento en hacerle la vida más fácil al señor Colton —me quejo.

¿Protestaría igual si no fuera Jackson Colton el beneficiario de la falta de ética de mi jefe?

No es el momento de hacerme esa clase de preguntas, es el momento de aprovechar toda esta ira.

—Ni siquiera creo que sea algo justo —añado—. Cada persona del departamento es un especialista cualificado, no un mensajero ni un asistente personal para el señor Colton.

Sonrío. No ha estado mal. Estoy orgullosa de mi discurso a lo abogada laboralista de serie de la NBC.

—No te preocupes, no vamos a malgastar el tiempo de ninguno de los empleados,

porque vas a ir tú, Lara.

Enarco las cejas sorprendida. ¡Por encima de mi cadáver! No pienso hacerlo.

—Señor Sutherland, tengo mucho, muchísimo —específico— trabajo que hacer aquí. No puedo perder el tiempo...

—Lara —me interrumpe—, estoy seguro de que podrás hacer un hueco. —Alza la mano frenando mi futura nueva protesta—. Tengo que marcharme a una reunión con el gobernador. No me decepciones.

Y ahí está el verdadero motivo por el que sigo en esta oficina a pesar de que lo que realmente me apasiona es el derecho y mi sueño es trabajar en el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados. Hace un año creé un proyecto de ayuda al refugiado basado en la construcción de microcomunidades autosuficientes. Llevo trabajando en él cada día y hora libre que he tenido durante meses. Es mi sueño, lo que siempre he querido hacer. La ONU sólo aceptará incluirlo en su programa y llevarlo a cabo en las zonas más deprimidas del Tercer Mundo si encuentro financiación externa, y ahí es donde entra el señor Sutherland. Unos meses atrás le hice ver que era muy positivo para la conserjería que destinara el dinero que recauda a través de las astronómicas multas que impone a los inversores a programas de organizaciones no gubernamentales, entre ellos mi proyecto. A falta de unos días para mi reunión con Nadine Belamy, la directora del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, no puedo permitirme enfadar al señor Sutherland y que retire su apoyo al proyecto. Estoy demasiado cerca de conseguir ayudar a toda esa gente. Así que no me queda otra que tragarme mi orgullo y llevarle los archivos a Jackson.

El karma me debe una enorme.

—Carrie, consígueme la dirección de la oficina del señor Colton —le pido a regañadientes antes de volver a mi despacho.

Sencillamente no me lo puedo creer.

Recojo todos los documentos, dejo organizado el día en la oficina y regreso al mostrador de recepción. Carrie me tiende un papel con la dirección. Tuerzo el gesto y resoplo de nuevo. Está en la parte alta. Voy a tener que cruzar toda la maldita ciudad en hora punta.

Opto por el metro. Me niego a pasarme una hora montada en un taxi y quedarme atrapada en la Sexta Avenida. Si llego tarde, me importa bastante poco. Ni siquiera tendría por qué ir. A unos pasos del 1375 de la Sexta, noto cómo mi enfado no sólo no se calma, sino que crece aún más.

Subo hasta la planta número sesenta y accedo a un entramado de oficinas con paredes de cristal. Camino despacio y me detengo delante de Colton, Fitzgerald y Brent; su apellido e imagino que el de sus socios en discretas letras blancas en la puerta de cristal es el único identificativo de la empresa.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarla? —me saluda una chica desde detrás de un mostrador.

Trago saliva. No me gustan los desconocidos. No me gustan los lugares desconocidos.

La chica sonrío amable esperando una respuesta. Tiene el pelo castaño y es muy guapa, en perfecta consonancia con la oficina.

Yo respiro hondo discretamente tratando de tranquilizarme.

—El señor Colton me está esperando —me obligo a decir.

—La señorita Archer, ¿verdad?

Asiento confusa. ¿Cómo sabe mi nombre? ¿Tan claro tenía Jackson que vendría yo? ¡Maldita sea! Ha sido idea suya. ¡Ha sido idea suya que viniese justo yo! Aprieto los dientes conteniendo mi monumental enfado.

Me las vas a pagar.

La chica busca entre los papales de su mostrador y me entrega una identificación con mi nombre.

—Debe tenerla visible en todo momento —me comunica.

Asiento de nuevo y me cuelgo la identificación del cuello. Podría pegarle. Quizá tirarle un tacón a la cabeza. Me miro los zapatos discretamente. Me gustan y son demasiado fáciles de combinar como para estropearlos con la cara de ese malnacido.

La recepcionista coloca un último papel sobre la madera de diseño y lo desliza hasta dejarlo frente a mí en compañía de un bolígrafo. Cuando leo «Acuerdo de confidencialidad», mi expresión se llena de desconcierto. Ella debe de notarlo, porque su sonrisa se ensancha y se tiñe con algo de malicia.

—Todos, tanto empleados como clientes o visitas de cualquier índole, deben firmarlo —me explica—. Tratamos con personas muy importantes, así que la discreción es fundamental para los jefes.

Lo leo de prisa. No hay nada extraño. Parece un acuerdo estándar para que sea firmado sin darle demasiadas vueltas. Aun así, ¿a qué demonios se dedican aquí para que un acuerdo de confidencialidad sea el primer paso a completar?

Finalmente firmo y se lo entrego a la chica.

—Sígame —me pide saliendo de detrás del mostrador y adentrándose en la oficina.

Aprieto el puño incómoda. Seguirla implica alejarme del ascensor y de la calle. Trago saliva y me obligo a caminar.

Sólo un paso tras otro, Lara.

No me gustan los desconocidos. No me gustan los lugares desconocidos.

Accedemos a una luminosa estancia. La observo tratando de memorizar todos los detalles, buscando desesperadamente convertirla en un sitio familiar. Hay dos pares de sillones con esqueletos de reluciente metal y almohadones blancos con una pequeña mesita entre ellos. No sé el nombre del diseñador, pero, después de pasarme meses viendo revistas de decoración, tengo claro que son caros, y mucho, y probablemente exclusivos. ¿Quizá de Ora-ito?

Tras ellos se levanta un inmenso ventanal del suelo al techo con unas increíbles

vistas de Manhattan. Automáticamente la panorámica llama mi atención, pero no puedo fijarme mucho más, ya que la recepcionista continúa avanzando. La sigo por un pasillo también acristalado en uno de sus lados y desde el que puede verse el ascensor. Ver el ascensor me da seguridad.

Respiro hondo.

Entramos en una nueva sala. El ventanal se mantiene y hay un bonito escritorio de madera. Imagino que es la mesa de una secretaria, pero no hay secretaria alguna tras ella.

—Espere aquí —me pide la recepcionista amablemente—. Avisaré al señor Colton.

La chica llama con suavidad a la puerta cerrada a unos pasos de ella y, tras unos segundos, abre y entra con muchísima cautela. Yo sonrío fugaz. Apuesto a que Jackson es un auténtico tirano. Es demasiado arrogante para no serlo.

Estoy esperando cuando oigo unos pasos cada vez más rápidos acercarse por el pasillo. Todo mi cuerpo se tensa un poco más y mi respiración se acelera sin que pueda evitarlo. Busco el ascensor con la mirada tratando de tranquilizarme, pero desde aquí no consigo verlo. El corazón comienza a latirme muy de prisa.

Tranquilízate, Archer. No va a pasar nada.

De pronto una chica pelirroja con los ojos azules y grandes irrumpe en la estancia con el paso algo patoso. Me ve e inmediatamente me dedica una amplia sonrisa.

—Hola, soy Katie —se presenta tendiéndome la mano.

Yo la observo sin saber qué decir. No ha hecho nada fuera de lo común, pero las orejas de gato que lleva en la cabeza me roban toda la atención y, al mismo tiempo, por algún extraño motivo, hacen que me relaje.

—Soy Lara —respondo algo confundida, estrechándosela.

Ella comprende automáticamente lo que me pasa y se señala las orejas a la vez que tuerce el gesto y asiente. Abre la boca dispuesta a darme una explicación, pero en ese instante la puerta del despacho se abre. La recepcionista sale discretamente y de ese mismo modo abandona la sala. Tras ella aparece Jackson y nuestras miradas vuelven a encontrarse de inmediato. Los ruidos se multiplican y desde el pasillo entran dos chicos perfectamente enchaquetados. Toda la tensión vuelve. Doy un paso atrás. No los conozco. Estoy demasiado nerviosa.

—Trampa —dice uno de ellos acercándose a Katie.

Tiene el pelo castaño y unos ojos de un color indescifrables. No sé si son verdes o azules.

—Donovan —gimotea ella.

Él se encoge de hombros absolutamente impasible a la vez que se cruza de brazos sin levantar su mirada de Katie. La chica hace un par de pucheros tratando de ablandarlo, pero no parece obtener ningún resultado. Finalmente resopla malhumorada y se lleva la mano a la diadema. Aprieta algún botón y las orejas se iluminan intensamente.

Sonrío, no puedo evitarlo, y automáticamente miro a los dos hombres. Uno lucha por contener una sonrisa que ese tal Donovan no se molesta en disimular. Deben de rondar los treinta. Los dos son guapísimos, aunque de maneras completamente diferentes.

—Mucho mejor, Pecosa —responde satisfecho—. Lola te está buscando.

Ella lo fulmina con la mirada y se marcha por el pasillo. Él la observa hasta que desaparece y poco a poco su mirada se va llenando de un amor indisimulable, como si sólo se permitiese mirarla así cuando ella no se da cuenta.

—¿Se puede saber qué te ha hecho para que la tortures? —pregunta el segundo chico.

—Quiere un gato —bufa Donovan indignadísimo—, y no uno cualquiera. Pretende meter en mi ático de lujo de Lenox Hill un gato moribundo de un refugio de animales del Bronx.

—¿Y por qué del refugio?

—¿Y yo qué coño sé? —se queja arisco—. Le irán las causas perdidas.

—Eso está claro —replica burlón.

Donovan suelta una única carcajada de lo más sardónica mientras el otro sonrío encantado con su propia broma.

—Le dije que no, que yo ya tenía una gatita que se sentaba en mi regazo cada vez que quería. —El segundo chico enarca las cejas dedicándole un claro «te hiciera lo que te hiciese, te lo tenías bien merecido»—. Me gané una bofetada, que no me hablara en toda la noche y, además, me quedé sin club.

—Ooohhh, cuánto debiste sufrir —comenta socarrón.

—El caso es que hicimos un trato —continúa ignorando las palabras de su amigo—. Yo me las ingenié para que perdiese y esto, amén de otras cosas que no pienso compartir contigo, es parte de mi premio.

Sin darme cuenta sonrío de nuevo y en realidad no sé por qué. Está más que orgulloso de habérsela jugado a la que imagino que es su novia.

—Ella es tu premio, capullo, y no te la mereces —lo desafía divertido.

—Claro que me la merezco —protesta.

El otro sonrío impertinente como respuesta y finalmente reparan en mí. Al hacerlo, se acercan un par de pasos y yo me contengo para no dar uno nuevo hacia atrás.

—¿Quién eres? —pregunta algo arisco el responsable de las orejas de gato.

—Soy Lara Archer.

Vuelvo a ponerme nerviosa, mucho.

Es Donovan. Su novia se llama Katie. Viven en Lenox Hill. No es un extraño.

Inquieta, llevo mi mirada hasta Jackson. Él ya me estaba observando y eso me desconcierta.

—Yo soy Colin Fitzgerald —se presenta obligándome a mirarlo—. Y no te fíes de este —continúa divertido en clara referencia a Donovan—. Es un embaucador.

—¿Que soy un embaucador? —replica ignorándome y prestándole toda su atención a su amigo—. Pues, todo lo que sé, lo he aprendido de vosotros dos, criminales.

—Este es Donovan Brent —me explica Colin haciéndome partícipe de nuevo de la conversación.

Donovan levanta la mano sin mucho entusiasmo. No parece muy simpático.

—¿Y qué haces aquí? —me pregunta Colin.

Un ruido atronador fuera de la oficina lo interrumpe. Ninguno de los tres parece darle la menor importancia, pero mis nervios y toda mi ansiedad aumentan hasta casi el infinito. ¿Qué era? ¿De dónde ha venido? Mi cuerpo se engarota y un sudor frío recorre mi espalda. Veo el ascensor. El ascensor es mi vía de escape.

Tranquilízate, Archer.

Donovan Brent, Colin Fitzgerald. Donovan Brent, Colin Fitzgerald. Conozco sus nombres. No son extraños. Odio a los extraños.

Los dos me miran esperando a que explique qué hago aquí o, por lo menos, por qué los estoy mirando con cara de susto. Trago saliva e intento hablar, pero las palabras se niegan a atravesar mi garganta.

Habilidades sociales: 2; Lara Archer: -2568.

—Es de la Oficina del ejercicio bursátil —responde Jackson a mi espalda—. Trae la documentación de Foster.

Su seguridad es atronadora. Inmediatamente me giro y lo miro de nuevo. Es abrumador cómo puede hacerse con una habitación, con una situación en general, sólo con un par de palabras.

—Entra en mi despacho, Lara —me ordena con sus ojos verdes atrapando por completo los míos.

Yo frunzo el ceño imperceptiblemente. Mi nombre en sus labios ha sonado completamente diferente, como si lo hubiese inventado para mí, como si le perteneciese.

Me obligo a dejar de mirarlo y asentir y giro sobre mis talones.

—Encantada de conoceros —murmuro justo antes de entrar.

A solas en su despacho, clavo la mirada en mis propios zapatos y respiro hondo. También es un lugar extraño, pero, sin saber por qué, me siento más reconfortada, incluso protegida. Suspiro con fuerza y cabeceo avergonzada.

No puedes perder el control así, Archer. Ya no tienes siete años. Eres una mujer adulta.

Vuelvo a respirar hondo, despacio. Mi corazón va calmándose. Entonces algo llama mi atención. Alzo la cabeza y contengo un suspiro al ver ante mí una increíble librería. Ocupa toda la pared del fondo y es de una suave madera envejecida. Admirada, doy un paso hacia ella. Un simple vistazo me hace encontrar grandes joyas del derecho internacional o el comercio exterior, ¡y en su idioma original!

En ese momento Jackson entra en el despacho. Borro la sonrisa de mis labios y

me alejo del mueble. La ratoncita de biblioteca se queda embobada con una librería. Eso sería darle munición para que esté riéndose de mí durante meses. Sin embargo, al pasar junto a mi lado, puedo ver de reojo una impertinente sonrisa en sus labios.

Llegas tarde, Archer.

«La ratoncita de biblioteca llega tarde».

Lo mejor será darle las carpetas y acabar con esto lo antes posible, pero, cuando me giro, lo que me encuentro al otro lado me deja sin habla. El enorme ventanal continúa en su despacho y el edificio Chrysler se levanta majestuoso a la espada de Jackson. El día no es especialmente luminoso y el sol escurridizo hace que su rostro y todo su cuerpo queden entre sombras, aún más misterioso. La perfecta fotografía del emprendedor lleno de éxito y el edificio que mejor representa esa idea en la ciudad de Nueva York.

Uau.

Cabeceo de nuevo y trago saliva. Todo esto es una estupidez. Cuadro los hombros y, por fin, dejo los dosieres sobre su mesa.

—Estudiamos las inversiones del señor Foster del 12 de enero, el 26 y 27 de marzo y el 30 de junio. Los fondos SICAV, en los que invirtió 11,7 millones de dólares, rozan la ilegalidad. Además, la oficina tiene como política investigar todas las inversiones que recaen o nacen en cuentas en Suiza —sentencio.

Juraría que ni siquiera he tomado aire.

Jackson me observa pero no dice nada. Sus ojos verdes son impenetrables.

No se merece ser así de guapo, así que no pienso mirarlo un segundo más. Asiento y doy un paso atrás dispuesta a marcharme. No quiero estar aquí y tampoco tengo por qué.

—¿Adónde vas? —pregunta, y su voz, una vez más, suena increíblemente exigente.

—A mi oficina, Jackson, donde trabajo —respondo displicente.

—Para ti soy el señor Colton.

Frunzo el ceño. ¿A qué ha venido eso?

—¿Tengo que recordarte lo que el señor Sutherland te ha pedido que hagas? —inquire arisco.

—Supongo que lo tienes tan claro porque fue idea tuya.

—Tener a una cría de veintiún años jugando con su calculadora en mi despacho no fue exactamente idea mía.

Qué imbécil.

—Soy directora de departamento.

—Y apuesto a que estás muy orgullosa —replica mordaz, dedicándome una falsa sonrisa.

¡Otra vez se está riendo de mí!

Voy a decirle exactamente todo lo que pienso de él y voy a hacerlo con todo lujo de detalles.

—Jackson...

—Siéntate —me ordena sin ninguna amabilidad, interrumpiéndome.

Me cruzo de brazos y entorno la mirada. No es nadie para darme órdenes. Ahora, aparte de decirle todo lo que pienso de él, quiero tirarle algo a la cara, algo macizo; por ejemplo, ese pisapapeles de ahí.

—No te lo estoy pidiendo —me aclara impaciente.

Nos mantenemos la mirada en un absurdo duelo. Nunca he sido buena en las confrontaciones, pero él ha conseguido que un cristalino enfado tome mi cuerpo de pies a cabeza. Sigue siendo igual de arrogante, igual de arisco e igual de exigente. Un maravilloso cóctel al que apuesto que ahora hay que sumarle que es un auténtico tirano en la oficina y un adicto al trabajo. Todavía estoy muy cabreada por cómo se largó de mi oficina. Seguro que piensa que todos los habitantes del planeta Tierra nacemos, vivimos y morimos para complacerlo, sobre todo, las mujeres. ¿Cómo puede ser tan engreído?

—¿Vas a sentarte de una maldita vez o voy a tener que soportar que te sigas comportando como una cría mucho más tiempo? —comenta displicente y malhumorado, revisando unos documentos—. Algunos tenemos trabajo más allá de pasearnos con carpetitas por toda la ciudad, Lara.

Suspiro hondo con la mirada clavada en el pisapapeles. Si hago que su hijo acabe en el hospital, probablemente Easton se enfade conmigo. Trato de calmarme. Sólo tengo que responder a sus estúpidas preguntas y largarme de aquí. Con un poco de suerte no volveré a verlo hasta dentro de otros cuatro años. El universo habrá sido justo y será calvo y gordo. Sonrío con malicia mentalmente.

Es lo que te mereces, Jackson Colton.

A regañadientes, camino los pocos pasos que me separan de su mesa y me siento frente a él.

—Para ti soy la señorita Archer —siseo—. No recuerdo haberte dado permiso para que me tutees.

Jackson alza su mirada y la clava en la mía. Involuntariamente me resulta muy sexy y al mismo tiempo logra intimidarme, pero lucho contra todos mis instintos para no permitirle ver ninguna de las dos cosas.

Finalmente toma la carpeta principal de la documentación Foster, la que no quiso llevarse cuando estuvo en mi oficina, y comienza a revisarla. Yo me aseguro de estar lo más erguida posible en la silla y me cruzo de brazos. Sólo quiere tenerme aquí como una estúpida demostración de poder. Pasa la primera página muy de prisa. Frunzo el ceño y centro mi mirada en él. O sólo está ojeando los documentos o es increíblemente rápido revisando números.

—Hay un fallo —concluye sin ninguna amabilidad, cerrando la carpeta y dejándola caer en el escritorio—. Solúcnalo.

—No hay ningún fallo —sentencio.

El departamento tiene un sistema muy estricto precisamente para evitarlos. Cada

inversión susceptible de delito es estudiada tres veces por tres analistas distintos. No hay ningún fallo. Sencillamente no puede haberlo.

—Una de las cuentas está mal —me explica cortante, centrando toda la atención en la pantalla de su ordenador.

—¿Cuál?

—Averiguarlo; es tu trabajo, no el mío.

Lo asesino con la mirada, pero él ni siquiera se da por aludido. No hay ningún fallo, ¡lo sé! Sin embargo, puede ser mi excusa para largarme de aquí sin ponerle en bandeja a Jackson la posibilidad de que llame al señor Sutherland quejándose de mí.

—Está bien —digo levantándome, luchando por sonar amable—. Regresaré a mi oficina, analizaré de nuevo toda la documentación y te la enviaré revisada por mensajero.

Jackson se recuesta sobre su asiento y cruza las manos sobre su estómago. Todo, sin levantar sus ojos de mí.

—No, creo que no —responde arrogante, de nuevo con esa media sonrisa en los labios—. Prefiero que hagas esa revisión aquí. Me corre algo de prisa.

¡Maldita sea!

—Si le corre algo de prisa —replico apoyando las palmas de mis manos en su mesa e inclinándome ligeramente hacia delante—, utilice el informe que ya tiene. Si hay algún fallo, cosa que dudo, será mínimo. No le entorpecerá a la hora de proyectar futuras inversiones.

Jackson se levanta, se retoca los gemelos y rodea la mesa despacio, tomándose su tiempo, como si quisiera que fuese su espectadora. Se apoya en la madera a mi lado y agarra el borde con fuerza. Está muy cerca, tanto que la manga de su traje a medida roza mi brazo desnudo y un suave estremecimiento me recorre todo el cuerpo.

—Yo no acepto las cosas a medias, Lara. —Saborea cada letra de mi nombre recordando perfectamente que le he pedido que me llame señorita Archer—, nunca —sentencia con su voz ronca, ladeando la cabeza para que sus labios casi rocen el lóbulo de la oreja.

No puedo más y al fin lo miro, apartando mi mirada del ventanal donde tanto me he esforzado en mantenerla. Sus ojos verdes brillan aún más intensos. ¿Por qué tengo la sensación de que él y toda su maldad están disfrutando con todo esto?

—No estoy a tu disposición —le espeto.

—¿Crees que alguna vez me ha importado eso? —responde sin asomo de dudas, aún más arrogante.

Yo ahogo un suspiro absolutamente escandalizada. Ha sido demasiado... y también realmente *sexy*. ¡No es justo!

¡Reacciona, Archer!

—Revisaré el informe, comprobaré que está perfecto y lo traeré de vuelta. Lo hago porque el señor Sutherland me lo ha ordenado, pero no pienses ni por un momento que mi oficina o yo estamos a tu disposición.

Cojo las carpetas y salgo de su despacho destilando una rabia monumental. De reojo puedo ver cómo su estúpida sonrisa sigue ahí. ¿Quién se cree que es? ¿Y por qué no le he tirado el maldito pisapapeles? Seguro que Easton sabe perfectamente la clase de bastardo malnacido que tiene por hijo. A lo mejor hasta me felicitaría. Una sonrisa por cada punto de sutura que le hubiese hecho en esa preciosa cara. ¡No le soporto!

Avanzo unos metros por el perfecto parqué hasta que me doy cuenta de que no sé adónde ir. No es mi oficina. No sé dónde hay un despacho ni si podré usarlo en caso de encontrarlo. Oigo unas voces en el vestíbulo y, a través de la pared de cristal del pasillo, veo a la recepcionista, y a Katie, la chica de las orejas de gato.

Suspiro con fuerza y echo a andar hacia ellas.

Las conoces, Archer. No pasa nada. No montes una escena.

—Perdonad —me disculpo.

Katie se gira para atenderme. Las orejas iluminadas llaman poderosamente mi atención, pero hago un esfuerzo titánico por no mirarlas.

—Tengo que revisar unos informes —les explico alzando las carpetas suavemente — y me pregunto si hay algún despacho que pueda usar; en realidad, no necesito un despacho, con una mesa y una silla será suficiente.

Katie asiente con una sonrisa enorme.

—Puedes usar la pecera —me informa echando a andar—. Ven conmigo.

Avanzamos por el mismo pasillo de antes y nos detenemos frente a un despacho con las paredes de cristal.

—Era mi antigua oficina —añade abriendo la puerta y encendiendo la luz—. Es la mejor de todas. Tiene las paredes de cristal, así que puedes cotillear cualquier cosa que suceda en Colton, Fitzgerald y Brent.

—¿Trabajabas aquí? —pregunto con curiosidad.

Katie vuelve a asentir con una sonrisa, aunque es completamente diferente a la anterior.

—Lo dejé poco antes de primavera. Ahora trabajo en una cafetería y en unos días empezaré a estudiar Económicas en la Universidad de Nueva York.

—Eso es genial.

—Gracias.

La observo y me muerdo el labio inferior nerviosa. Katie podría darme mucha información, pero no quiero parecer indiscreta.

«¿Cuándo te ha preocupado eso?».

—¿Qué tal son los chicos como jefes? —me envalentono a preguntar al fin, aunque técnicamente sólo siento curiosidad por uno de ellos.

Katie lo piensa un instante.

—Yo trabajé sobre todo para Donovan. —Al pronunciar su nombre, una sonrisita absolutamente enamorada se cuela en sus labios. Definitivamente son novios—. Como jefe... es un auténtico cabronazo.

Su sonrisa se transforma en una sincera y automáticamente se contagia en mis labios.

—No has dudado —replico divertida.

—No hay por qué —sentencia sin dejar de sonreír—. Colin tiene más mano izquierda, pero es un auténtico embaucador. Acabas haciendo lo que él quiere y dándole las gracias por ello antes siquiera de darte cuenta.

Sonrío de nuevo cuando la escucho mencionar la palabra que ellos mismos usaron esta mañana. Desde luego, Colin tiene una sonrisa y una mirada con la que parece decirte que acabarás metida con él en un lío del que probablemente no querrás salir.

—Jackson es diferente —continúa captando toda mi atención—. No como jefe, sino como persona. Siempre parece estar un escalón por encima del mundo y no es una cuestión sólo de arrogancia. Con él da la sensación de que así es exactamente como tiene que ser.

Me sorprendo asintiendo. Jackson Colton es así. Siempre ha sido así.

—Los tres son brillantes —afirma—. Trabajé poco tiempo aquí, pero aprendí muchísimo de ellos.

De pronto enarca las cejas y sonrío impertinente.

—¿Te estás planteando trabajar aquí?

—No —respondo alarmada prácticamente antes de que termine la pregunta—. No —repito en un tono más normal y adulto.

Ella se encoge de hombros y se dirige hacia la puerta.

—Es una pena. Parece que te gustan los números.

Sonrío. Tiene razón, pero no podría trabajar para Jackson aunque fuese el último hombre sobre la tierra.

—Si necesitas cualquier cosa —continúa antes de cruzar el umbral—, no dudes en buscarme. Si no estoy por aquí, me encontrarás en la oficina de enfrente.

Señala hacia el vestíbulo y, al hacerlo, su muñeca derecha queda al descubierto y con ella un pequeño tatuaje de un unicornio. Apenas la conozco, pero creo que le va mucho.

—Muchas gracias —me despido.

Katie cruza el vestíbulo y, cuando está a punto de salir de la oficina, Donovan aparece a paso acelerado desde el pasillo, chista a la recepcionista para que no lo descubra y asusta a su novia agarrándola por la espalda. Ella da un respingo, pero él no le deja tiempo para protestar. La gira entre sus brazos y la besa con fuerza llevándola contra la pared. Katie se queja enfadada, pero él no tarda en convencerla. Después de un beso espectacular, Donovan le dice algo que no logro oír y ella niega con la cabeza con la misma sonrisa que tenía cuando pronunció su nombre en este despacho. Él le repite la proposición y parece que la convence de nuevo, porque la toma de la mano y tira de ella, que lo sigue fingidamente displicente los primeros pasos y encantadísima todos los demás.

—No te quites las orejas de gato —le ordena en un susurro camino de su

despacho.

Yo sonrío y me obligo a apartar la mirada. Ha sido intenso y romántico a la vez, absolutamente perfecto. Exactamente como tiene que ser. Resoplo y me dejo caer contra la silla. Sólo espero poder sentir una química así alguna vez.

«¿Con Connor Harlow, por ejemplo?».

Por ejemplo.

Sonrío de nuevo y abro la primera carpeta. En cuanto ojeo el primer documento, el gesto me dura poco en los labios. Son cuatro tandas de inversiones, es decir, más de trescientas líneas de operaciones matemáticas que examinar. Me gustan los números y mi trabajo, pero no me apetece tener que revisar algo que ya he revisado; sobre todo, cuando sé que no hay ningún error.

Tres horas después, dejo caer la carpeta sobre la mesa absolutamente desesperada. He estudiado poco más de la mitad de las operaciones y no hay una sola coma mal colocada. Malhumorada, saco mi iPhone y llamo a la oficina. Compruebo que todo está bien y le pido a Scott que me envíe por *email* las revisiones que se van cerrando. Debería estar allí, en mi despacho, no aquí.

Igual de enfadada, dejo el *smartphone* sobre la mesa y doy un largo suspiro mientras echo un vistazo a esta singular pecera. Katie tenía razón y, gracias a las paredes de cristal, puede verse prácticamente cualquier rincón de Colton, Fitzgerald y Brent desde aquí.

Estoy a punto de volver a centrarme en mis números cuando Jackson aparece desde el pasillo que lleva a su despacho. Camina concentrado en unos documentos y se detiene a unos pasos del vestíbulo. Se humedece el labio inferior discreto y acto seguido se pasa la mano por el pelo. Por un momento mi mirada se pierde en sus movimientos y un calor frenético y sincero se concentra en mi vientre. ¿Qué me pasa?

Cierra el dossier de golpe, sacándome de mi ensoñación. Echa a andar otra vez y se detiene frente al mostrador de recepción. Al verlo, su empleada cuadra inmediatamente los hombros, pero al mismo tiempo no puede evitar pestañear absolutamente embobada con cada palabra que él dice, como si fuesen las dos caras de una misma moneda: el jefe tirano y el dios griego. Jackson continúa hablando sin importarle lo más mínimo que esa chica esté a punto de tatuarse su nombre. Debe de ser increíble tener toda esa seguridad, poder manejar así la situación, poder resultarle tan irresistible a alguien.

Se aleja del mostrador y yo clavo mi vista en la carpeta que tengo delante.

Seguro que nunca le han dicho que no a nada.

—Nunca, jamás —murmuro.

La puerta se abre y me sobresalta. Alzo la cabeza. ¡Maldita sea! ¡Es él!

—Parece que has encontrado un sitio donde instalarte —comenta impertinente.

—Sí —respondo aturdida. Gracias a Dios, no me ha oído—. No —rectifico cuando racionalizo su pregunta.

Frunzo los labios y él sonríe arrogante, encantadísimo con la situación.

Cálmate, Archer. Es imposible que sepa en lo que estabas pensando.

—No tengo que instalarme en ningún lugar porque no trabajo aquí. En cuanto termine de revisar un informe que sé de sobra que está perfecto, me marcharé.

Jackson asiente, pero esa arrogante sonrisa no desaparece de sus labios.

—Alguien que se equivoca sumando no debería ser tan presuntuosa —sentencia.

¡Cabronazo!

—Disfruta de la pecera —se despide.

Quiero decirle algo. Gritar. Estrangularlo. Pero estoy tan enfadada que no soy capaz de reaccionar. ¿Cómo puede conseguir enfurecerme así?

Sacudo la cabeza y pierdo la cuenta de cuántas veces respiro hondo. Necesito urgentemente terminar con esta documentación y salir de aquí.

Cuando vuelvo a levantar la mirada de los documentos, ya son más de las cuatro. Tuerzo el gesto. Supongo que sólo los ratoncitos de biblioteca pueden olvidarse de la hora de comer delante de libros y papeles.

Decidida, me levanto y salgo de la oficina. Compraré algo de comer y regresaré a la pecera para terminar con el asunto Foster. No es sólo que quiera perder de vista a Jackson, quiero llegar pronto a casa para repasar todos los archivos de mi proyecto. Mañana tengo la reunión con Nadine Belamy en Naciones Unidas. Tengo que tenerlo todo bien atado. Es mi única oportunidad.

Encuentro un pequeño gastropub a unas manzanas. Estoy haciendo cola para pagar mi sándwich de ensalada de pollo y mi botella de agua cuando caigo en la cuenta de que no he visto que Jackson saliese para comer. Resoplo y niego con la cabeza mi propia idea. No se merece que sea amable con él. Sin embargo, antes de que me dé cuenta, estoy volviendo sobre mis pasos y cogiendo otro sándwich y otra botella de San Pellegrino sin gas. Problemas de tener complejo de buena samaritana.

Regreso a la oficina, dejo mi comida sobre mi mesa y voy hasta el despacho de Jackson, el único a este lado del pasillo. Observo el sándwich. No sé lo que acostumbra a comer, pero el recuerdo de un veinteañero que devorada la comida me viene a la mente. Han pasado muchos años de aquello, pero imagino que algunas cosas nunca cambian.

Llamo suavemente a la puerta. Espero a que me dé paso y entro. Jackson está sentado a su mesa. Se ha quitado la chaqueta y aflojado la corbata. También se ha desabrochado los primeros botones de la camisa y remangado las mangas. No puedo evitar quedarme mirándolo durante unos segundos. El brillo de sus gemelos de platino sobre el escritorio resplandece y otra vez vuelve a formarse frente a mí la imagen del empresario triunfador.

Siempre he odiado esa imagen. No entiendo por qué entre estas cuatro paredes me resulta tan tentadora, incluso seductora.

—Te he traído algo de comer —comento dando un paso en su dirección y ofreciéndole el sándwich y la botellita.

Jackson observa la comida un segundo y vuelve a centrarse en la pantalla de su Mac.

—Si quisiera algo de comer, te lo habría pedido —responde arisco.

Archer, eres idiota.

—Claro —siseo.

En realidad, no sé por qué he respondido eso. Lo único que me apetece es tirarle el sándwich a la cara.

Salgo del despacho, cierro la puerta y tiro su comida en la primera papelera que encuentro, pagando mi enfado con ella. Me lo merezco por haber sido tan estúpida de pensar que necesitaba comer cuando está claro que se alimenta de almas humanas, preferiblemente de veinteañeras rubias con el pecho operado seguramente.

Vuelvo a la pecera y a mis documentos. Ya ha anochecido cuando llego a una de las últimas líneas de la última tanda de inversiones.

—No puede ser —murmuro.

Rápidamente saco un pequeño cuaderno de mi bolso y copio el algoritmo que estoy leyendo. Lo resuelvo. Reviso las cifras. ¡Maldita sea! Ese bastardo engreído tiene razón. Hay un error.

Apoyo los codos en la mesa y me froto los ojos con las palmas de las manos. No puede ser. No puede ser. ¡No quiero tener que darle la razón! Ya me imagino la sonrisita que pondrá.

Cabeceo y me levanto. Soy una profesional. Puedo con esto. Cojo la carpeta en cuestión y salgo de la pecera. Dirijo un departamento brillante en el que simplemente por pura estadística alguna vez puede darse algún fallo. Atravieso la recepción y me encamino a su despacho.

Vamos, Archer.

A unos pasos de su oficina, mi móvil comienza a sonar. Miro la pantalla. Es Sadie. Sonrío a la vez que deslizo el pulgar por la tecla verde.

—¿Qué pasa, nenita?

—Eso mismo te preguntará el buenorro en cuya cama vas a despertarte mañana por la mañana después de la juerga que te propone tu amiga.

Sonrío.

—Mañana tengo la reunión con Nadine Belamy, así que, aunque es un plan indudablemente bueno, tengo que pasar.

—Prohibido pasar —me interrumpe.

—Prohibido insistir —replico divertida.

Bufa indignada.

—Prohibido ser tan aburrida —contraataca.

—Prohibido ser tan perra.

—Recuerda que en Atlantic City decidimos insultarnos siempre en francés. Tiene más estilo.

Me contengo para no echarme a reír.

—¿Hicimos eso? —pregunto.

—No sabes beber —se lamenta.

—Otro motivo para no salir esta noche.

Qué gran abogada se está perdiendo el mundo judicial.

—Te doy por imposible.

—Hoy me merezco un respiro, llevo todo el día trabajando con Jackson.

—¿Colton?

Hago el mohín que él se merece y asiento varias veces hasta que me doy cuenta de que no puede verme.

—Sí.

—¿Lo has visto desnudo?

Ahora la que bufa soy yo.

—¿Te crees que trabajo de masajista erótica? —me quejo conteniendo la risa—. Estamos en una oficina. —Recapacito un segundo sobre su pregunta. Verlo desnudo tiene que ser espectacular... ¡Maldita sea!—. No tengo ningún interés en verlo desnudo —sentencio refunfuñando.

—Perra mentirosa. Perdón —se corrige rápidamente. La escucho trastear con el teléfono unos segundos—. *Chienne mensonge*.

Otra vez tengo que luchar por no echarme a reír.

—¿Lo has mirado en el traductor del móvil?

—Por supuesto —responde como si fuera obvio—, y es exactamente lo que eres. ¿Qué chica no querría ver desnudo a Jackson Colton?

—Yo.

Echo un vistazo a mi alrededor. Esta oficina es impresionante.

—No te creo.

—Créeme.

Fijo mi mirada en las vistas. De noche son aún más espectaculares.

—¿Por qué? —me desafía, como si fuese imposible que alguna mujer en algún rincón del planeta tuviese un solo motivo para no babear por él.

Doy un par de pasos hacia los ventanales.

—Jackson Colton es un arrogante malnacido, estirado, exigente y cortante. Un tirano arisco al que jamás querría ver desnudo.

La última palabra prácticamente la murmuro en un hilo de voz con cara de susto. Jackson me está observando desde su puerta. Tiene la mirada fija en mí, oscurecida, y al mismo tiempo absolutamente impenetrable. No sé si está enfadado, muy enfadado, o simplemente acabo de confirmarle todo lo que piensa de mí.

Me llevo un labio contra otro, nerviosa. Puede resultar tan intimidante... Mi respiración se acelera. Juraría que la suya también y, aunque sea una completa locura, tengo la sensación de que la atmósfera se intensifica entre los dos. ¿Qué está pasando?

La voz de Sadie llamándome a gritos irrumpe en el ambiente.

—Tengo que colgar —musito a toda velocidad.

Jackson no dice nada, sólo me observa. Yo carraspeo un par de veces tratando de reunir valor y camino hacia él tendiéndole la carpeta, usándola como si de repente fuese el escudo del mismísimo Capitán América.

—Tenías razón —digo.

Mi voz suena temblorosa, pero, curiosamente, admitir que había un fallo ahora ya no me preocupa tanto.

Él no coge la carpeta. Ni siquiera la mira.

—En la última inversión, uno de los logaritmos aplicados no está bien resuelto. Hay un margen de error del 0,000...

—4 —me interrumpe.

Asiento confusa y, sobre todo, muy sorprendida. ¿Cómo pudo averiguar incluso el margen exacto de error con sólo echarle un vistazo al informe? Es realmente brillante. Suspiro discretamente tratando de reconducir mis pensamientos.

—Mañana te enviaré el informe corregido. Podrás trabajar con él a primera hora.

Jackson niega con la cabeza.

—Te dije que era algo urgente —me recuerda cortante, exigente.

No puede estar hablando en serio.

—Son casi las seis —protesto.

Ni siquiera trabajo aquí y ya estoy haciendo horas extra. No es la primera vez que me quedo trabajando hasta tarde; de hecho, es lo más común, pero él no es mi jefe. No puede exigirme nada.

—Puedo pedirte lo que quiera cuando quiera —me advierte sin la más mínima intención de sonar amable, replicando con arrogancia mis protestas y llenando mi cuerpo con la kamikaze sensación de que no sólo se refiere al trabajo—. No tengo por qué darte explicaciones.

—Tengo un horario —siseo.

Tengo que reconducir la conversación y a mi cuerpo traidor.

—Que actualmente decido yo —contesta aún más borde.

—Eso es injusto.

—La diferencia entre tú y yo es que a mí no me importa lo más mínimo —afirma.

—Eres un tirano, Jack.

Creo que simplemente va a ignorar mis palabras y volver a su despacho, pero, en lugar de eso, atraviesa la distancia que nos separa con un único paso firme y seguro y,

sin levantar sus ojos de los míos, despierta en contra de mi voluntad ese calor incendiario mezclado con toda esa curiosidad. Trago saliva. Nunca me había sentido así.

—Lo soy, no te quepa duda —sentencia inclinándose sobre mí—, y puedo ser muchísimo peor. Y te recuerdo que, sobre todo para ti, soy el tirano del señor Colton. ¿Queda claro?

—Clarísimo.

Ha sido casi un tartamudeo, pero, a pesar de todo, no me acobardo. Jackson saca toda la rabia que llevo dentro.

Giro sobre mis bonitos salones y me dirijo hacia el pasillo. Antes de salir, vuelvo la cabeza y, malhumorada, lo contemplo un segundo más. Es la persona más horrible que he conocido jamás.

A punto de entrar en la pecera, oigo un portazo que retumba en toda la oficina. Ha sido Jackson. Estoy segura. No pienso preocuparme un solo segundo por esa idea. Yo también estoy enfadada y, sobre todo, tengo más motivos para estarlo.

Me siento a la mesa y comienzo a reelaborar el informe. Me lleva un par de horas. Estoy dándole los últimos retoques cuando alzo la cabeza y no me puedo creer lo que veo. Jackson está cruzando el vestíbulo con la mirada perdida en su móvil y la chaqueta sobre el antebrazo. ¡Se está yendo a casa! Se está marchando sin ni siquiera preocuparse de si he acabado o necesito algo. ¿Cómo ha podido ser capaz? Sobre todo cuando estoy aquí por expreso deseo del tirano.

Maldito malnacido.

Cierro la carpeta de golpe, recojo mis cosas todo lo rápido que puedo y salgo flechada de la oficina. Acelero el paso y entro en el ascensor justo antes de que las puertas se cierren. Jackson alza la mirada de su iPhone último modelo y me recorre con ella de arriba abajo, pero no se molesta en decir nada. Mi respiración acelerada por la carrera parece cortárseme de golpe cuando sus ojos verdes se clavan en los míos, pero me recupero justo a tiempo.

—Tu informe —siseo dejando el dossier sin ninguna delicadeza sobre su teléfono—. Ese que era tan increíblemente urgente como para tenerme atrapada aquí todo el día.

Jackson atrapa ágil la carpeta a la vez que se incorpora.

—Si tantas ganas tenías de pasar el día encerrada en la biblioteca, haber hecho mejor tu trabajo, Ratoncita.

Corona la frase con su media sonrisa arisca, arrogante y *sexy*, ¡y yo tengo ganas de estrangularlo!

Las puertas se abren a mi espalda, pero no salgo. Estoy escandalizada, conmocionada.

—No soy ninguna ratoncita, capullo —me quejo.

Él me observa sin decir nada, pero sin que esa estúpida sonrisa se borre de sus labios. ¡No lo soporto! ¡Dios! ¿Nunca se baja de su maldito pedestal?

Salgo del ascensor, acelero el paso y, al fin, dejo atrás este condenado edificio de oficinas. El aire fresco me sacude. Literalmente estoy hirviendo en mi propia rabia.

—Te llevo a cenar.

Su proposición y, sobre todo, su voz me hacen detenerme en seco y girarme despacio con la mirada confusa. No puede hablar en serio.

—Tómalo como una obra de caridad —añade impaciente.

¿Cómo se ha atrevido a decir algo así?

—¿Quién te crees que eres para decirme algo así? —rujo.

—Tengo la sensación de que no te sacan a comer muy a menudo —comenta ignorando por completo mis palabras—. ¿Cuándo fue la última vez que tuviste una cita?

Abro la boca dispuesta a contestar. Quiero decirle que tengo decenas de ligues y una vida sexual que escandalizaría al mismísimo marqués de Sade, pero algo en su mirada me intimida. Creo que puede leer en mí y eso resulta abrumador.

—Tengo citas... Todo el tiempo —me defiendo.

Jackson vuelve a sonreír de esa manera tan arrogante y a la vez tan *sexy* mientras se mete las manos en los bolsillos del pantalón. Maldito engreído. Ni siquiera se ha molestado en disimular que no me cree.

Tengo que devolvérsela.

—La diferencia es que yo salgo con otro tipo de chicos y hacemos otro tipo de cosas —replico insolente alzando la barbilla de nuevo. No pienso achantarme.

Eso es, Archer. Utiliza tu inteligencia para el mal.

Sus mirada se llena de curiosidad. Parece intrigado.

—¿Y qué tipo de chicos son esos? —pregunta frunciendo suavemente el ceño.

—Ya sabes —respondo como quien no quiere la cosa—, de mi edad.

La sonrisa desaparece de sus labios y por un microsegundo pierde su vista en el desenfrenado tráfico de la Sexta Avenida.

Ja, esta batalla la he ganado yo.

—El problema de salir con críos de veintiún años —comenta atrapándome con sus espectaculares ojos verdes una vez más— es que no saben hacer bien las cosas en ningún sentido.

Ha sido arrogante. Ha sido exigente. Ha sido *sexy*. Uau.

—Eso es un poco presuntuoso, ¿no crees? —inquiero intentando sonar desenfadada, luchando porque mi voz no se esfume y acabe mirándolo embobada.

Lo consigo por muy poco.

—Puede ser.

En realidad me está diciendo «sí, soy arrogante porque puedo permitirme serlo» y, maldita sea, estoy segura de que puede.

Sin más, echa a andar hacia un elegante Jaguar negro junto al que espera un profesional chófer.

—Y me gusta que no tengas citas, Lara —comenta sin ni siquiera volverse.

Lo miro boquiabierta. Acaba de dejarme fuera de juego. ¿A qué ha venido eso?!

—Sube al coche —me ordena deteniéndose junto a él.

Yo lo observo un momento sin saber qué contestar. Sigo enfadada, mucho, pero, antes de que el pensamiento cristalice en mi mente, doy el primer paso hacia el vehículo. En ese mismo instante mi sentido común vuelve abriéndose paso entre todo lo que, en contra de mi voluntad, despiertan en mí esos ojos verdes y me detengo en seco.

—Me importa muy poco lo que te guste o lo que no, Jack —mascullo.

Y sin esperar respuesta por su parte, me alejo de él con el paso acelerado en dirección a la boca de metro de la Séptima.

Tengo que salir de aquí.

De reojo puedo ver que su impertinente sonrisa sigue colgada de sus labios mientras observa cómo me alejo.

Oficialmente odio a Jackson Colton.

Regreso a mi apartamento, me pongo el pijama y comienzo a trabajar en la reunión de mañana. Cuando me veo rodeada de papeles, libros, notas, delante del portátil y con una taza de café en la mano, tuerzo el gesto. No soy ninguna ratoncita de biblioteca y nunca me había importado tanto parecerlo hasta que él me lo ha llamado hoy. Resoplo y, malhumorada, dejo la taza sobre el escritorio.

—Maldita sea —murmuro.

El despertador suena, pero esta vez no me quejo ni refunfuño. Hoy es mi reunión con Nadine Belamy. Si sale bien, el esfuerzo del último año habrá merecido la pena.

Me doy una ducha y me pongo un bonito vestido que compré hace semanas con Erin pensando en esta reunión. Necesito dar la imagen más profesional posible. Me seco el pelo con el secador moldeando con los dedos cada una de mis ondas castañas y me pongo uno de los pasadores de pelo de mi madre, uno con una pequeña flor plateada. Sé que no tiene ningún valor y ni siquiera es particularmente bonito, pero le tengo un cariño muy especial. Cada vez que lo miro, recuerdo cómo mi madre me peinaba de pequeña y cómo, si insistía mucho, me ponía este pasador. Sonrío a mi reflejo en el espejo. Estoy segura de que va a traerme buena suerte.

No desayuno. Estoy demasiado nerviosa. Cojo un taxi y voy hasta la orilla del East River. Me paro en una cafetería a unas manzanas y, con un café para llevar entre las manos, reviso toda la documentación que quiero presentarle a la señora Belamy. En el iPhone compruebo los datos que tengo sobre ella y memorizo por decimoquinta vez todo el organigrama del departamento que dirige. Lo tengo todo bajo control.

Con el primer paso que doy en el *hall* del edificio de Naciones Unidas, una sonrisa de lo más asombrada se cuela en mis labios. Siempre que vengo a este lugar me ocurre lo mismo. Estoy feliz. Este es mi sitio. Lo sé. Alzo la cabeza y pierdo mi vista en el techo y el piso superior que puede adivinarse desde donde estoy.

Cuando vuelvo al mundo real, me encuentro con la mirada sonriente del guardia de seguridad. Imagino que, trabajando donde trabaja, debe de estar acostumbrado a que las visitas se queden absolutamente embobadas.

Paso los diferentes controles de seguridad y Helen, la persona del departamento de relaciones públicas con la que concerté la visita, me guía hasta el despacho de la señora Belamy.

Suspiro hondo una decena de veces. Veo desconocidos, pero estoy tan feliz que por una vez mi ansiedad se queda en un segundo plano.

La reunión va exactamente como tenía planeado. Todo lo que había oído sobre Nadine Belamy es verdad. Es exigente y muy dura, aunque supongo que no habría llegado a dirigir toda un área de la ONU si no lo fuese. Mi proyecto parece gustarle de verdad. Opina, como yo, que hay que dar el siguiente paso y no sólo construirles escuelas y hospitales, sino también pequeñas fabricas adecuadas a su entorno sobre las que puedan cimentar su economía. Sin embargo, no ve nada claro que toda la financiación del proyecto esté sujeta a una única persona. Si el señor Sutherland decidiese retirar su apoyo, todo el proyecto caería. Así que me informa oficialmente de que sólo dará su visto bueno e incluirá mi trabajo en el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados si encuentro a más inversores dispuestos a financiarlo. Me habla de algunas personas que suelen respaldar este tipo de iniciativas y también me da una fecha; el programa se votará en Asamblea General el 6 de octubre. Si para entonces no he logrado la financiación, habré perdido mi oportunidad. Tengo exactamente cuatro semanas.

Al salir de la reunión, lo primero que hago es buscar información sobre los nombres que me ha facilitado. Sonríe al comprobar que uno de ellos, Adam Monroe, es socio administrador del Club de Campo de Nueva York. Easton y Erin son socios de ese mismo club y pasamos muchas tardes allí. Esta noche iré a la mansión de los Colton para celebrar el cumpleaños de Easton. Le pediré que comamos en el club mañana. Así podré fingir un encuentro casual con el señor Monroe y convencerlo para que se sume a mi buena causa.

El resto de la mañana pasa bastante rápida. Como algo con Dylan en una pequeña cafetería a un par de manzanas de mi oficina. Ella y Sadie también irán a la fiesta de Easton. Los Kendrick, los padres de Dylan, son amigos de los Colton y, desde que nos conocimos en la universidad, Erin siempre invita a Sadie.

Además, la fiesta tiene un espectacular aliciente extra: Connor estará allí.

Antes de marcharme de la oficina con al menos quince carpetas entre las manos, compruebo por enésima vez que todo está bien organizado. He aprovechado uno de los días libres que me prometió el señor Sutherland por venir a trabajar dos domingos seguidos para no presentarme en la oficina mañana. Así no tendré que preocuparme de cómo llegar al trabajo desde la mansión de los Colton y podré pasar la mañana con Erin.

Camino de la salida veo a Lincoln Oliver revisando unos papeles en su mesa.

¿Por qué seguirá trabajando? Es obvio que ya tiene edad de estar jubilado. Quizá sea uno de esos empleados que invertían su propio dinero confiados en la seguridad de Lehman Brothers y lo perdió todo. Tuerzo el gesto y vuelvo a sentirme muy culpable por lo que le dije en mi despacho.

Lara Archer: 0; capacidad para juzgar mal a las personas y quedar como una auténtica estúpida: 1.

Llego a mi apartamento con el tiempo justo de dejar todos los dossieres sobre mi escritorio y coger la mochila que preparé anoche. Sadie pasará a recogerme en unos minutos.

—Sube tu culo aquí, chica —grita mi amiga asomándose por la ventanilla del viejo Doc—. Glen Cove nos espera y, no sé tú, pero yo pienso salir de allí con un novio tan viejo como rico.

Sonrío y rodeo el coche para subirme al asiento del copiloto.

—¿Lo llevas todo?

Suena *Lush life*,^[6] de Zara Larsson.

—Sí.

Me quito los tacones y apoyo los pies en el salpicadero al tiempo que busco el móvil en mi bolso. ¿Por qué, independientemente del tamaño del bolso, nunca consigo encontrarlo a la primera?

—¿Por qué no te has pintado las uñas? —me pregunta sorprendida con la vista posada negligentemente en mis dedos de los pies.

—No tuve tiempo —contesto encogiéndome de hombros.

No creo que tenga la menor importancia.

—¿Qué chica de veintiún años no tiene tiempo de pintarse las uñas? —protesta.

—Llevo zapatos cerrados.

—¿Y si un hombre quiere quitarte los zapatos?

—Sadie —gimoteo apoyando la cabeza contra el sillón y ladeándola fingiendo mi mejor cara de pena.

No quiero tener esta conversación otra vez.

—Eres guapa, tienes un tipo genial y unas buenas piernas que enseñar.

—No podría ser más común —contraataco—. Ojos marrones, pelo castaño, estatura y peso medios. Soy un metro sesenta de pura normalidad.

—Disculpa... eres guapa. Puede que no seas Gisele Bündchen, pero eres guapa —repite a modo de sentencia—. Tú no te das cuenta, pero los chicos sí lo hacen y, cuando eso pasa, es normal que quieran quitarte los zapatos.

—Si me pinto las uñas ahora mismo, ¿me dejarás en paz? —comento fingidamente hostil, disimulando una sonrisa.

Asiente entusiasmada.

—Tengo laca de uñas en el bolso —me informa—. ¿Qué color?

—No lo sé —dudo—. ¿Rojo?

—¿De qué color es tu vestido?

La respuesta no va a gustarle nada.

—No lo sé. Erin compró el vestido que llevaré. Aún no lo he visto.

Sadie cabecea mientras chista una y otra vez.

—Lara Archer, eres un desastre.

Yo finjo no oírla y opto por el rosa pálido, un color que pega con el noventa por ciento de los colores restantes. Ante todo soy una chica práctica.

Unos cuarenta minutos después dejamos aparcado a Doc en el garaje de la mansión y rodeamos la enorme casa de ladrillo visto hasta la puerta principal. Hemos acordado que, en cuanto vea a Allen, trataré de sonsacarle discretamente información sobre Connor y su viaje a Atlantic City. Según Sadie, la palabra clave es *discretamente...* y *Allen*, esa siempre es su palabra clave.

—Aquí está mi chica —comenta Allen orgulloso bajando las escaleras.

Me acerco a él y me da su patentado abrazo de oso.

—¿Todo listo para la fiesta, capitán? —pregunto fingidamente seria.

—Hasta el último cabo atado —responde con una sonrisa.

—¿No os parece raro que siempre estéis usando símiles náuticos cuando ninguno de los dos se ha montado en un barco en su vida? —inquire Sadie.

—Lo importante no es la veracidad, sino el estilo que nos da —replica Allen divertido.

—Lo mismo digo —añado contagiada de su humor.

Allen se despide de las dos con un gesto de mano y cruza el vestíbulo hacia el ala oeste de la mansión.

—Algún día será mío —comenta sin perder la sonrisa con la vista aún fija en el camino que ha tomado Allen.

Mi sonrisa se ensancha y, divertida, pongo los ojos en blanco. Allen es su amor platónico desde que lo conoció hace cuatro años.

Ella me mira y me hace un gesto acelerado y exigente con las dos manos indicándome que vaya tras él. Echo a andar, casi a correr, y lo alcanzo antes de que llegue al comedor principal, donde las chicas del servicio están terminando de preparar la casi interminable mesa.

—Allen, ¿podemos hablar?

Una de las criadas deja caer una copa y el sonido nos distrae a los dos.

—Claro, peque —responde volviendo a la conversación.

Mi hermano me observa tratando de discernir qué me pasa. Le encanta hacer de hermano mayor, especialmente las partes que a mí no me hacen tanta gracia, como la sobreprotección y el ser un auténtico metomentodo. Yo, dispuesta a parecer lo más inocente posible, le dedico mi mejor sonrisa.

—Sólo quería preguntarte qué tal tu fin de semana —comento fingiéndome indiferente—. Me llegaron rumores de que te fuiste a Atlantic City.

Arqueo las cejas perspicaz y él se echa a reír. Ha bajado la guardia. Una buena noticia para mí.

—¿Cómo lo sabes? —inquire entre risas.

¡Mierda!

Piensa, Archer.

—Erin.

Allen me mira confuso.

¡Di algo más, idiota!

—Sabes que tiene espías en los lugares más insospechados —me explico misteriosa.

Mi hermano me mira unos segundos que se me hacen eternos y finalmente, como si ya no pudiese disimularlo más, sus labios se curvan en una sonrisa.

Uff... Me he librado de milagro.

—Iba a ir con algunos amigos —me cuenta—, pero no pude escaparme del trabajo a tiempo.

—Seguro que te perdiste una buena juerga.

Puede que sea una completa negada en cuanto a habilidades sociales y que casi me haya descubierto a mí misma hace menos de dos minutos, pero durante mi adolescencia me convertí en una experta en preguntar y obtener información sobre Connor Harlow sin que se notase.

—Ninguno ha contado nada interesante, así que imagino que no hubo artillería pesada —me explica.

—¿Así que nadie se quedó encerrado en la azotea, no robaron ningún tigre, ni los detuvo la poli? —bromeo tratando de disimular que no me ha dado la respuesta que esperaba.

—Parece que tienes muy claro lo que nos gusta hacer a los tíos en las fiestas.

Los dos nos echamos a reír y yo comienzo a andar de vuelta al vestíbulo.

—Ponte guapo, capitán —me despido ya a unos metros de él.

—Lo mismo digo, marinera —responde señalándome.

Alcanzo las escaleras y las subo veloz. Estoy molesta. Tenía claro que Allen no me diría que Connor regresó montando en una nube de pura felicidad, pero por lo menos esperaba un «conoció a alguien». El beso fue increíble. Estoy convencida de que también tuvo que significar algo para él.

Entro en la habitación y sonrío confusa al ver a Sadie pensativa delante de mi armario. Me coloco junto a ella y observo también el vestido azul klein que está colgado de la puerta del mueble.

—Es bonito, pero no me convence —le confieso.

—La verdad es que no.

Lo dejo caer sobre la cama y abro la puerta de madera de haya. Cada una por un extremo comenzamos a revisar prenda por prenda.

—Uau, Lara —me llama admirada Sadie—. ¿Por qué no te pones este?

Miro confusa el extremo de gasa roja que sostiene. No sé a qué vestido se refiere. Erin es una apasionada de la moda; hasta hace unos años trabajo para *Vogue*, y es ella quien se encarga de comprar mi ropa para este tipo de fiestas.

Sadie toma la percha, lo saca del armario y las dos nos quedamos asombradas. Es un vestido realmente espectacular. Mi sonrisa se ensancha. La verdad es que es perfecto. Dos tramos de gasa roja se cruzan y suben por los hombros delimitando la espalda hasta la frontera con el trasero, donde comienza el vuelo hasta los pies. No tiene escote, pero sí deja la espalda sensualmente al descubierto. Es sencillamente precioso.

—Te comunico oficialmente que tienes que volver a pintarte las uñas —me informa Sadie entre risas.

Asiento entusiasmada. El vestido lo merece.

Una hora después estamos terminando de maquillarnos en el baño de mi habitación. Como esta mañana me sequé el pelo con el secador, puedo permitirme llevarlo suelto. Las ondas castañas caen hasta mis hombros y no negaré que me siento un poco *sexy*.

—Con todo el lío del vestido he olvidado preguntarte —se disculpa Sadie separándose el carmín grosella de los labios.

—Allen no sabe nada y estoy un poco molesta —me sincero concentrándome en guardar el rímel y sacar el colorete—. Connor no le ha contado nada, ni siquiera un mísero «conocí a alguien».

—Quizá no quiso contárselo precisamente a Allen —trata de animarme.

—O quizá no significó nada para él.

Al decirlo en voz alta suena todavía peor.

—Lara...

—Connor no es como yo. Él no se ha acostado sólo con una persona tres míseras veces y apuesto a que ha tenido más de una novia. Tiene experiencia... por eso nunca se encapricharía de alguien sólo por un beso.

Dejo con rabia el colorete sobre el neceser y suspiro con fuerza.

—Soy tan ridícula —sentencio.

Sadie me observa a través del espejo unos segundos, deja la barra de labios sobre el lavabo y gira todo su cuerpo para tenerme de frente. Yo finjo que no me está mirando. No quiero seguir hablando. Me siento avergonzada.

—Lara —me reprende.

Lara, no está, gracias.

—Oye —continúa, obligándome a volverme—, Connor te besó y tú te has emocionado un poco. No es tan horrible.

—Ni siquiera sé si me reconoció.

Sadie me observa un par de segundos más. Abre la boca dispuesta a decir algo, pero inmediatamente la cierra. Yo tuerzo el gesto y resoplo, todo a la vez. Verme a mí misma como a la persona más ridícula de la tierra es una cosa; que me vean así los

demás, otra muy diferente.

—Seguro que te reconoció —vuelve a animarme.

—No lo sabes —replico.

—¿Eres una ratoncita de biblioteca o no? —pregunta de repente enérgica.

—Claro que no —me quejo.

—Pues entonces no te comportes como una. Un chico te besó y tú probablemente le dejaste clarísimo que era el mejor beso que te habían dado en tu vida. No pasa nada. Supéralo. ¿Sabes cuántas veces me ha ocurrido eso a mí?

Recapacito sobre sus palabras mientras jugueteo con el *gloss*. Supongo que el mundo no va a acabarse.

—Por lo menos yo llevaba máscara —comento burlona.

Sadie ríe mordaz y, sin previo aviso, me pellizca en el hombro. Yo me quejo entre risas y las dos seguimos maquillándonos.

—Cambiando de tema: ¿qué tal te fue con Jackson ayer? —inquire.

Me encojo de hombros sin saber muy bien qué contestar. He estado bloqueando cualquier pensamiento mínimamente relacionado con Jackson desde ayer. Me niego a dedicarle un solo segundo de mi vida y, sobre todo, me niego a volver a tener que admitir que tampoco sé qué pensar.

—Jackson Colton es un arrogante engreído que cree que todo el mundo está a su completa disposición —suelto esperando a que el desdén tape todo lo demás.

—Entonces bien, ¿no? —replica burlona.

—Es un auténtico tirano. Me tuvo en su oficina durante horas sólo para demostrarme que podía hacerlo y no perdió una sola oportunidad para reírse de mí. No lo soporto —concluyo.

Creo que ni siquiera me he parado a coger aire para pronunciar semejante retahíla. Resoplo y trato de tranquilizarme. Jackson Colton también puede conseguir que me hierva la sangre sin ni siquiera estar en la misma habitación.

—Pues yo he buscado fotos tuyas en Google —me confiesa con una sonrisilla en absoluto arrepentida.

—¿Qué? —pregunto separándome el *gloss* de los labios.

—Fotos Jackson Colton Hot Desnudo —responde completamente en serio—. No he encontrado ninguna, pero había unas con un traje y camisa negros que casi consiguen que cayese desmayada delante del portátil.

Ya no puedo evitarlo y rompo a reír.

—No voy a negar que está como un tren, pero debajo de eso no hay nada más.

No me siento del todo cómoda con esa frase.

—¿Vendrá esta noche? —pregunta.

—No lo creo. No es muy familiar y normalmente no suele acudir a este tipo de cosas.

—Una lástima. Hubiera estado bien verlo de esmoquin —replica Sadie con una sonrisa.

En ese momento llaman a la puerta.

—¿Se puede? —pregunta Allen desde el pasillo.

—Claro —respondo saliendo del baño.

Entra concentrado en sus gemelos y, cuando alza la cabeza, sonrío sorprendidísimo.

—Enana, estás fantástica.

—Tú tampoco estás mal —replico.

Lo cierto es que está fabuloso con su esmoquin de tres piezas. Sadie se reúne con nosotros y Allen la saluda con una sonrisa que estoy segura que dará que hablar.

—Pues, si todos estamos ya guapísimos —sentencia Allen—, la fiesta nos espera.

Desde el pasillo ya puede oírse la música francesa tan suave y evocadora que Erin hace sonar en todas las celebraciones. Giramos y quedamos a los pies de las inmensas escaleras. Allen me ofrece su brazo y yo lo tomo encantada con una sonrisa. Como siempre, Erin no ha dejado un detalle al azar. No es sólo la música, todo el salón está elegantemente decorado y lo más selecto de la *jet set* neoyorquina charla amigablemente.

Sadie se detiene para colocarse bien el vestido. Parados en mitad de la escalera, paseo mi vista por el salón y sencillamente no me lo puedo creer cuando, en el centro de la estancia, charlando con su padre y otros hombres con carísimos esmóquines, le veo a él, al mismísimo Jackson Colton.

Está espectacular.

—¿Qué hace aquí? —murmuro confusa sin poder dejar de mirarlo.

Jackson alza la cabeza y sus increíbles ojos verdes me atrapan por completo a pesar de que nos separan un puñado de metros y decenas de invitados. Su magnetismo parece haberse multiplicado por mil y ha vuelto a hechizarme en contra de mi voluntad.

—¿Seguimos? —me pregunta Allen sacándome de mi ensoñación.

—¿Qué? —Sacudo la cabeza suavemente—. Sí, claro.

Allen sonrío al tiempo que reemprendemos la marcha y yo me encojo de hombros a modo de disculpa.

La ratoncita de biblioteca sin ninguna habilidad social está aquí.

Nada más poner un pie en el suelo de mármol, Sadie se pierde con discreción. Estoy segura de que en busca de la chica que lleva las copas de *champagne*. Yo también me tomaría una ahora mismo, pero Allen me guía inexorablemente a través de los invitados hasta Easton, y, por tanto, hasta Jackson.

—Papá, mira a quién te traigo —le anuncia.

Todos se giran hacia mí y yo me siento algo intimidada. Jackson deja su copa sobre la bandeja de una de las camareras, que lo mira con cara de adoración, y se retira sin excusarse. ¿Por qué habrá venido? No lo recuerdo en uno solo de los cumpleaños de su padre.

Easton me sonrío orgulloso, una sonrisa idéntica a la que Allen me ha dedicado

arriba.

—Mi pequeña —me llama acercándome a él—. Queda absolutamente prohibido que te pongas ese vestido fuera de estas cuatro paredes —continúa fingidamente serio.

Sonrío y me aliso la falda con el único motivo de hacer algo con mi mano.

—Feliz cumpleaños, señor Colton.

Me giro hacia la voz. La reconocería en cualquier parte. Es Connor.

—Gracias, hijo —le responde Easton estrechando la mano que le tiende.

Está guapísimo. Ese esmoquin acaba de unirse automáticamente a mi lista de fantasías, justo por encima de Connor en bañador en los Hamptons y detrás de Connor con un perfecto traje y los primeros botones de la camisa blanca desabrochados en la fiesta de Nochevieja de hace dos años.

—Easton nos ha contado que hoy te has reunido con Nadine Belamy —comenta uno de los hombres del corrillo, uno de los asociados del bufete de Easton—. Esa mujer es un hueso duro de roer —replica.

—Lo sé —respondo con una sonrisa—. Sólo espero que le guste mi proyecto y acepte llevarlo a cabo.

—Seguro que sí. Aunque sigo pensando que deberías dedicar todos esos esfuerzos a jugar en la bolsa y dejar de analizarla.

Sonrío de nuevo a la vez que niego con la cabeza. La bolsa no es para mí.

—Mi pequeña acabará trabajando en Naciones Unidas —dice Easton orgulloso volviendo a la conversación.

Mi sonrisa se ensancha y, disimuladamente, observo cómo Connor se pierde entre los invitados hasta que un hombre con el pelo canoso lo para y lo saluda.

Easton rodea mis hombros con su brazo y me obliga a caminar alejándonos también del grupo.

—Ahora, dime, ¿qué tal estás?, ¿cómo va esa casa?

—Muy bien —contesto entusiasmada—. Está quedando de maravilla.

Easton frunce el ceño malhumorado y permanece unos segundos en silencio. Aunque me apoyó cuando le dije que quería reformar el viejo apartamento de mis padres y mudarme a la ciudad para estar más cerca del trabajo, sé que le gustaría que me quedara a vivir en Glen Cove con Erin y él en la mansión de los Colton.

—Sabes que puedes cambiar de opinión cuando quieras, ¿verdad? —me recuerda muy serio, esperando a que suelte el «sí» más rotundo de la historia.

—Y tú recuerdas que prometiste que me apoyarías, ¿verdad?

Se echa a reír.

—Serías una abogada excelente. Contraargumentas de fábula.

Como con la casa, aunque haya aceptado que quiero trabajar en la ONU, le encantaría que un día me presentase en su bufete pidiéndole un puesto de abogada júnior y siguiese sus pasos y los de Allen.

—¿Preparado para esta noche? —pregunto socarrona con el firme propósito de

cambiar de tema—. No se cumplen sesenta y dos años todos los días. Quizá deberíamos tener en sobre aviso a una ambulancia.

—La ambulancia la hubiese necesitado todos estos días atrás. Erin me ha vuelto completamente loco. Jamás habría pensado que una fiesta de cumpleaños daba tanto trabajo.

Los dos sonreímos. Erin se toma las fiestas muy en serio y acaba consiguiendo que cualquier cosa que organice se convierta en un evento social. Easton siempre se queja entre risas, pero es más que obvio que está orgulloso de ella.

—Quería pedirte algo —le anuncio transformando mi sonrisa anterior en una de oreja a oreja para asegurarme un sí.

Easton asiente.

—¿Podríamos comer mañana en el club de campo?

—A ti no te gusta el club —me recuerda perspicaz.

—No especialmente —respondo encogiéndome de hombros.

—¿Entonces?

Es uno de los mejores abogados de Nueva York. No voy a conseguir engañarlo. Será mejor que sea sincera.

—Necesito que vayamos al club porque necesito que coincidamos casualmente con Adam Monroe. Tengo que hablar con él de mi proyecto.

Easton rompe a reír sincero.

—No lo conozco, pero da por hecho esa comida.

Yo sonrío. Sabía que podía contar con él.

Easton me estudia unos segundos. Su expresión cambia suavemente.

—Estoy muy orgulloso de ti, pero no hay nada malo en pedir ayuda ni en volver a casa —me recuerda.

Yo suspiro resignada con la sonrisa todavía en los labios mientras me preparo para el discurso de siempre acerca de que soy una ratoncita de biblioteca que necesita dejar de leer libros y aprender a tratar con el resto de la humanidad.

—Me preocupa que no estés preparada.

—Estoy preparada —replico—. Puede que no se me dé muy bien desenvolverme, pero puedo hacerlo.

Easton sonrío lleno de ternura.

—Estoy seguro.

Conozco perfectamente ese tono de voz. Ha decidido concederme una tregua.

—¿Me acompañas? —inquire en referencia al grupo de abogados con el que charlaba.

Niego con la cabeza con una sonrisa. Easton me la devuelve y echa a andar. Pierdo mi vista entre la sala abarrotada de hombres de negocios, políticos y alguna que otra estrella de cine cuando sencillamente creo que dejo de respirar. Connor está al otro lado del inmenso salón, ¡mirándome! Me sonrío y yo tengo que morderme el labio inferior para no hacerlo como una idiota.

Finalmente aparta su mirada y, ahora que no puede verme, suelta la sonrisa que engarrotaba mis labios. Es guapísimo, con un pelo rubio perfectamente peinado, los ojos verdes y un rostro absolutamente perfecto. Sus rasgos marcados y esbeltos me recuerdan los de un vikingo, sólo que sin esa fiereza. Supongo que me recuerda a un modelo fingiendo ser un vikingo.

En ese momento las chicas se acercan. Le doy un sorbo a la copa de *champagne* que Dylan me ofrece y trato de contener las mariposas que revolotean en mi estómago. Aún no he bajado el cristal de mis labios cuando mis ojos se encuentran con otros verdes, esta vez los de Jackson. Me mira por encima de su copa. No sonrío. Simplemente me observa y creo que puede leer en mí como si fuera un libro abierto. La sensación vuelve a abrumarme y las mariposas se multiplican por mil.

—No sé vosotras, pero creo que no he visto a nadie al que le quede tan bien un esmoquin —comenta Sadie como si hubiese decidido que ya no puede luchar más contra semejante evidencia.

—¿Hablas de Allen? —inquire Dylan socarrona.

—Habla de Jackson —murmuro.

Aparto mi mirada sin llegar a entender del todo la suya y, cuando me armo de valor y vuelvo a alzarla, Jackson ya no está. Al devolver mi atención a las chicas, las dos me miran con el ceño fruncido. Automáticamente imito su gesto. ¿Por qué me miran así? ¿Qué es lo que he dicho? Cuando lo comprendo, mi confusión aumenta un poco más. ¿Por qué lo he hecho? Debería haber dicho Connor. Connor es el más guapo de esta fiesta.

—En cualquier caso, la chica con dislexia nominal de tíos buenos, ya que imagino que ella hablaba de Connor, tiene razón —continúa Sadie.

Le dedico mi mejor mohín tratando de disimular una sonrisa.

—El más bueno de esta reunión es Jackson Colton —añade—, y me apuesto los veintisiete dólares que llevo en el bolso a que ese esmoquin es de Valentino. Valentino —repite cayendo en la cuenta de algo—, ¿se puede tener más clase?

Las tres asentimos. Tiene razón. Puede que sea un auténtico imbécil, pero es evidente que desprende atractivo y clase a partes iguales. No me extraña que todas las mujeres lo contemplen embobadas y que mi subconsciente me haya traicionado.

—¿Con cuántas chicas creéis que se habrá acostado Jackson? —pregunta Dylan sin dejar de observarlo.

Involuntariamente vuelvo a llevar mi vista hacia él. Está de pie, con una mano en un bolsillo y la otra sosteniendo una copa de *champagne*. Está junto a Allen, pero no participa de la conversación. Es tan frío, tan arrogante, como si no hablase porque tuviese clarísimo que los pobres mortales no tienen derecho a oír sus palabras. Debería odiar esa actitud y, sin embargo, por un motivo que ni siquiera entiendo y absolutamente en contra de mi voluntad, me parece de lo más atractiva. Creo que es ese halo de inaccesibilidad que lo envuelve.

—No tengo ni idea —respondo indiferente, apartando mi mirada.

Mis ojos se cruzan con los de Sadie. Ella me observa perspicaz un par de segundos, pero no dice nada y finalmente le da un sorbo a su copa.

—Yo podría adivinarlo —comenta Sadie.

—¿Ah, sí? —la reta Dylan.

—Trabajo en el departamento de sociología de la Universidad de Columbia — replica cuadrando los hombros profesional—. Me gano la vida observando a la gente y sacando conclusiones sobre ello.

Sadie escruta la sala con más rigor científico que disimulo.

—Por ejemplo, tenemos a la chica del vestido rosa que mira a Jackson como si tuviera entre las manos al cachorrito más adorable del mundo y fuese a regalárselo con un lazo rojo gigante y bañado en algodón de azúcar. —Dylan y yo la buscamos con la mirada y asentimos—. Ella se acostó con él no hace mucho, diría días, y todavía piensa que va a pedirle matrimonio en cualquier momento.

—Seguro que ya se ve de luna de miel en París —añade Dylan.

Sadie le devuelve una sonrisa algo amarga. Sabe tan bien como ella que es la pura verdad.

—Después tenemos a la rubia que charla con la señora Kendrick. —Intentando resultar mínimamente discretas, nos giramos para observarla—. Mira al cachorrito como si fuera suyo y asesina a la primera. Probablemente Jackson las simultaneó. Un claro conflicto de intereses.

Las tres asentimos como si las palabras de Sadie fueran una obviedad científica.

—A vuestra derecha.

Dylan y yo nos volvemos ya sin ningún disimulo.

—Chicas, control —se queja Sadie—. Ahora mismo somos como tres reporteras del National Geographic. Si somos bruscas, las gacelas dejarán de admirar al león y se marcharán.

Las dos nos disculpamos divertidas y Sadie se prepara para continuar.

—Como os decía, ahí tenemos a nuestro tercer objeto de estudio. La chica del vestido palabra de honor morado y el peinado griego. La que mira con odio a las otras dos jóvenes y se ha sacado un permiso de armas para matar al cachorrito con un fusil de mira telescópica.

Estoy a punto de soltar una carcajada, pero Sadie me advierte divertida con la mirada.

—Y por último, el ejemplar más interesante. La chica con el chal sobre los hombros que bebe con desgana el carísimo *champagne* francés. La que mira con amor y distancia al cachorrito, pero secretamente ha vendido el fusil y ha comprado una cachorrita para el cachorrito porque tiene la firme idea de que Jackson Colton sólo necesita tiempo y aventuras para darse cuenta de que ella es la única a la que ama.

Dylan y yo aplaudimos suavemente y Sadie nos hace una discreta reverencia.

—Veo que tu beca del departamento en Columbia es totalmente merecida —la

felicito socarrona.

—Si todo fuera investigar la vida sexual de hombres como Jackson, mi vida sería mucho más interesante. Lo que debéis tener claro es que cualquiera puede ser la siguiente víctima —nos advierte divertida con aire misterioso—, incluso yo.

—¿Tú? —pregunta Dylan al borde de la risa.

—Sí. ¿A quién pretendo engañar? —continúa resignada—. No soy para nada su tipo. —Hace una pequeña pausa—. El cabrón arrogante puede permitirse hasta tener un tipo —concluye indignadísima.

No puedo más y estallo en risas junto a Dylan.

—Decidido. A partir de ahora me declaro miembro del equipo Allen —continúa mirándolo descaradamente.

—Como si alguna vez te hubieras bajado de ese barco —le recrimino burlona.

—Le dejaría utilizar todos los términos náuticos que quisiera conmigo —comenta absolutamente embelesada.

Dylan y yo volvemos a reír por su franqueza. Sadie nunca ha sido el colmo de la discreción, pero, cuando se trata de Allen, se desata.

Oímos el característico tintineo de algo metálico sobre una copa de *champagne* e inmediatamente nos giramos en busca del sonido.

—Por favor, si sois tan amables —comenta Erin desde los primeros escalones de la majestuosa escalera—, pasemos al comedor. Una deliciosa cena nos espera.

Poco más de dos horas después estamos saliendo a la inmensa terraza mientras los invitados regresan al salón. Cada palabra del pequeño discurso de Erin ha sido verdad, la cena estaba realmente exquisita.

Apenas llevamos un par de minutos en el balcón cuando empiezan a sonar los primeros acordes de una canción de Édith Piaf. Todo exquisitamente francés, como siempre.

Disimuladamente, Sadie saca una cajetilla de Marlboro *light* de su bolso.

—Estás loca —le advierte Dylan—. Si Allen te ve...

—Allen no es mi hermano —se queja Sadie poniendo los ojos en blanco—, y tiene que aprender a relajarse un poco.

El sonido metálico del mechero inunda toda la terraza como si de pronto hubiera sonado mil veces más fuerte de lo que en realidad lo ha hecho. Involuntariamente todas miramos a las puertas de cristal esperando ver a Allen —consecuencias de la sugestión colectiva, supongo—, y las tres suspiramos aliviadas al comprobar que no ha sido más que eso: sugestión.

Dean, el padre de Dylan, la llama. Imagino que quiere bailar con ella. Cuando nos quedamos solas, Sadie frunce los labios y me observa durante unos segundos.

—¿Estás bien? —pregunta con retintín.

—Sí, claro que lo estoy —respondo algo incómoda.

¿A qué viene esto?

—¿Segura? —inquire de nuevo con una sonrisa impertinente.

—Segura —me reafirmo.

—¿De verdad?

—De verdad.

—Humm —Sadie me mira tan divertida como perspicaz—, te creo.

—Vaya, gracias —protesto sonriendo.

—Para eso están las amigas —responde con sorna.

En ese momento Allen sale a la terraza y Sadie tira el cigarrillo atropelladamente. Me parece que no va a ser hoy cuando le diga eso de que tiene que relajarse un poco.

—Lara —me llama—, papá te está buscando. Quiere bailar contigo —añade sonriendo.

Le devuelvo el gesto y me dirijo hacia él.

—¿Y qué pasa con Sadie? —pregunto pícaro.

Allen disimula una nueva sonrisa y la mira.

—Creo que podré sacrificarme y bailar con ella.

No la veo, pero sé que ahora mismo está sonriendo como una boba. Allen se acerca ofreciéndole su brazo. Yo me vuelvo justo antes de salir y le guiño un ojo a Sadie, que, como vaticinaba, está más que encantada.

Giro de nuevo sobre mis salones para cruzar definitivamente las bonitas puertas de cristal, pero, cuando apenas he dado unos pasos sobre el elegante mármol, otra vez me detengo con una sonrisa al ver a Easton ensayando un paso de baile delante de Erin, que sonriente acepta la mano que le tiende. Creo que acaba de encontrar otra pareja.

Doy un largo suspiro y me encojo de hombros dispuesta a volver a la terraza.

—Lara —me llaman justo cuando estaba a punto de echar a andar.

Sonrío. Sé perfectamente quién ha pronunciado mi nombre.

—Hola, Connor.

Él me devuelve el gesto y, nervioso, se lleva las manos a la espalda.

—¿Te estás divirtiendo? —me pregunta.

Yo asiento y mi sonrisa se ensancha.

Tengo que plantearme dejar de sonreír en algún momento. Parezco idiota.

—Sí, claro.

—Genial —responde.

Me mira de arriba abajo nervioso, incluso de una manera algo torpe. Las mariposas se despiertan en mi estómago. Tengo que llenar a Erin de besos por comprarme este vestido.

—¿Quieres bailar?

Sonrío por enésima vez y me muerdo el labio inferior acelerada.

—Claro.

Connor da un paso hacia mí. La sonrisa va a partirme la cara en dos, ¡va a cogerme la mano!... pero, en lugar de eso, extiende el brazo dándome paso. Yo lo miro, asiento y empiezo a caminar. Connor me sigue a una distancia prudencial y yo

me giro un par de veces para asegurarme de que lo hace. También estoy nerviosa, mucho. ¡No puedo creerme que vayamos a bailar! Sin embargo, a la tercera vez que me vuelvo, me sorprende al encontrarlo quieto a unos pasos de mí, mirando ceñudo el teléfono.

—Lo siento —se disculpa—. Tengo que cogerlo.

—Claro —respondo decepcionada, aunque me esfuerzo en sonreír para que no se me note. Yo tuerzo el gesto.

Sin decir nada más, gira sobre sus talones y se pierde entre las decenas de parejas que bailan. Yo frunzo los labios y miro a mi alrededor. Era demasiado bonito para ser verdad.

—Comienza a sonar *La vie en rose*.^[7]

Doy el primer paso para marcharme, pero en ese preciso instante unos dedos firmes y seguros rodean mi muñeca y me obligan a girarme tirando de mí. Sorprendida y confusa, observo cómo Jackson me estrecha contra su perfecto cuerpo y comienza a mecernos al ritmo de la música. No sé qué hacer, qué decir, ni siquiera entiendo qué está pasando, pero no quiero que me suelte por nada del mundo.

Clava sus indescifrables ojos verdes en los míos y despacio, casi agónicamente, libera mi muñeca, deslizando su mano contra la mía hasta entrelazar nuestros dedos.

Mi corazón se acelera y todos los músculos de mi cuerpo se tensan deliciosamente.

Ha sido brusco, incluso arrogante. No ha preguntado. No ha pedido permiso. Y toda esa seguridad puede llegar a resultar embriagadora.

Jackson se humedece el labio inferior y desliza su mano hasta el final de mi espalda, deteniéndola justo en la frontera que marca la tela de mi vestido. Una punzada de placer se despierta en mi vientre, íntima y seductora.

No puedo dejar de mirarlo. No quiero.

De pronto se detiene y siento como si me hubiesen sacado de un sueño. La canción ha acabado y ni siquiera me he dado cuenta. Aparta su mano de mi piel y todo mi cuerpo se estremece como protesta.

—Adiós, Lara —susurra con su voz ronca.

Sus ojos verdes me atrapan de nuevo. Otra vez mi nombre en sus labios suena diferente. Otra vez siento que lo ha inventado para mí.

Jackson se separa definitivamente de mí y se aleja caminando entre las parejas que se preparan para bailar la nueva canción.

—Adiós —murmuro.

¿Qué acaba de pasar?

Llego hasta los inmensos sofás, donde me esperan las chicas, hecha un auténtico lío. ¿Por qué se ha comportado así conmigo? Ayer fue tan arisco, tan exigente, y ahora ha sido... completamente diferente y al mismo tiempo todo lo que Jackson siempre es. Ni siquiera soy capaz de describirlo.

Genial, Archer.

Me dejo caer en uno de los tresillos junto a Dylan, y ella golpea mi pierna con el dorso de su mano llamando mi atención.

—¿No es Connor el que está saliendo a la terraza?

Yo miro hacia donde ella ya lo hace y efectivamente veo a Connor salir decidido. Vuelvo mi vista hacia Dylan y ella me observa esperando a que reaccione.

—¿Debería ir a hablar con él?

No sé por qué, pero estoy un poco confusa.

—Sí, yo diría que sí.

Me levanto y me aliso la falda del vestido a la vez respiro hondo para tomar fuerzas. No quiero acosarlo, pero tampoco quiero perder una oportunidad perfecta para que deje de verme como la hermanita de su mejor amigo.

—Hola —lo saludo en un murmullo entrando en la terraza.

—Hola —responde mirando su móvil por última vez y guardandoselo en el bolsillo interior de la chaqueta.

Está apoyado de espaldas contra la enorme baranda de piedra. Finalmente alza la mirada y me sonrío. Una sonrisa infinita y perfecta.

—¿Todavía por aquí?

Asiento y llevo mi mirada a la inmensa arboleda a unos pasos de nosotros. Estoy muy nerviosa.

—Estás muy guapa. —Sus palabras me hacen volver a mirarlo—. Ese vestido te queda muy bien.

—Gracias.

Los dos sonreímos y las mariposas de mi estómago se disparan. No soy muy buena haciéndolo, pero juraría que estamos coqueteando.

Connor da un paso hacia mí a la vez que se mete las manos en los bolsillos. Mi sonrisa se ensancha y bajo la cabeza para ocultarla.

—Connor, estás aquí —comenta Allen entrando en la terraza—. ¿Nos volvemos a la ciudad? Aún estamos a tiempo de tomarnos un par de cervezas con Lucas.

Lo miro suplicando internamente que ponga alguna excusa y se quede conmigo. Él me observa un segundo y asiente de inmediato.

—Claro —responde.

—Genial —sentencia mi hermano dando una palmada.

Sigo mirando a Connor, pero tengo la sensación de que el momento ha terminado para él y simplemente ha pasado a otra cosa.

Allen se acerca a mí. Se despide con un beso en la mejilla y los dos se marchan.

Ya a solas, tuerzo el gesto y me llevo las manos a las caderas. Tengo el hermano más inoportuno de todo el planeta Tierra. Si no llega a aparecer, puede que me hubiese invitado a cenar o quizá me hubiese besado.

«Y quizá ahora te despiertes».

Suspiro decepcionada y regreso a las escaleras. Por lo menos he coqueteado.

A la mañana siguiente desayuno con Erin y la ayudo con el trabajo del comité benéfico que preside. Tiene una reunión muy importante a la hora del almuerzo. Dentro de poco más de tres semanas darán una fiesta en la Sociedad Histórica de Nueva York para recaudar fondos y, por supuesto, está prohibido escabullirse.

Después de una ducha, cojo las llaves de Doc y pongo rumbo al club de campo. Sadie me lo ha dejado para el almuerzo y ella volverá con Dylan.

Conducir este coche es genial. Me siento como en una vieja comedia italiana. Incluso creo que, con unos cuantos como este, podría robar un banco. Sonrío ante mi alocada idea y comienzo a cantar a pleno pulmón *Sugar*,^[8] de Maroon 5. Me encanta esta canción.

En la hora que dura el camino hasta el club de campo en Spring Valley, tengo mucho tiempo para pensar, sobre todo, en Connor. No he dejado de darle vueltas a lo que habría pasado si Allen no llega a interrumpirnos. Sin embargo, sin querer,

también pienso en Jackson. Al imaginar su mano al final de mi espalda, todo se vuelve un poco borroso. La canción cambia. *Powerful*,^[9] de Major Lazer con Ellie Goulding y Tarrus Riley, comienza a sonar. ¿Por qué hizo eso? ¿Por qué me sacó a bailar? Muchas preguntas y cero respuestas. Jackson me descoloca y eso es algo completamente nuevo.

Cabeceo enérgica y suspiro bruscamente a la vez que cambio la canción de un manotazo.

La noche de ayer y el espectacular vestido rojo dieron para mucho.

Atravieso la enorme cancela del club y me detengo delante del edificio principal. El aparcacoches mira con el ceño fruncido al viejo Doc y tarda un segundo de más en acercarse. Yo salgo del vehículo con una sonrisa. Este chico se pasa el día viendo Ferraris, Jaguars y Mercedes, y le deja impresionado un Cinquecento de edad indefinida. Por eso adoro este coche.

Atravieso el vestíbulo y llego al bar. Me pongo de puntillas sobre mis bailarinas y busco a Easton con la mirada. No tardo en verlo en la barra junto a Allen, disfrutando de un Martini seco.

—Hola —los saludo cuando llego hasta ellos.

Le doy un beso en la mejilla a cada uno.

—¿Qué tal el camino?

—Bien, Sadie me ha dejado su coche.

Allen aprieta los labios.

—No me gusta que conduzcas ese trasto —me recuerda por enésima vez.

—Pues a mí me encanta —replico con una sonrisa.

—Papá, por Dios, haz algo —se queja Allen.

—No quiero un coche —les amenazo a ambos antes de que ninguno de los dos pueda decir nada.

Easton alza las manos en señal de tregua y los tres sonreímos. Le hace un gesto al camarero indicándole que nos trasladamos a la terraza y empezamos a caminar.

—Quizá se lo compremos a Sadie y así se acaben todos los problemas —contraataca en cuanto bajo la guardia.

Yo lo miro escandalizada disimulando una nueva sonrisa y Allen sonrío satisfecho por las palabras de su padre.

—Sois imposibles —me quejo al borde de la risa, aunque por otra parte creo que a Sadie le encantaría.

Cruzamos las gigantescas puertas de madera maciza y accedemos a la coqueta terraza. Es mi parte favorita del club, la perfecta traducción del verano: mesas y sillas de madera blanca sobre una tarima clara, manteles de lino y un espeso bosque de plátanos de sombra al otro lado de una baranda de madera también blanca pero majestuosamente envejecida por los más de cien años de historia del club.

Estamos a unos pasos del atril del *maître* cuando el teléfono de Allen comienza a sonar. Mira la pantalla, resopla y se aleja unos pasos. Easton y yo continuamos

caminando, pero mi hermano no tarda más de unos segundos en golpear suavemente el hombro de su padre reclamando su atención y deteniéndonos de nuevo.

—Es Brodie Stears —anuncia—. Llama en nombre de su jefe. Esos contratos al alza vuelven a dar problemas.

Easton asiente profesional y se gira hacia mí.

—Adelántate tú, pequeña. No tardaremos.

Ahora soy yo la que asiente y los dos vuelven al edificio. Cubro el par de metros que nos separan y al fin llego hasta el atril del *maître*.

—Buenas tardes, ¿mesa para uno? —me pregunta.

—En realidad, para tres.

—¿Tenía alguna reserva?

Tuerzo el gesto. Lo cierto es que no lo sé, aunque imagino que sí.

—Colton —pronuncia una voz impaciente a mi espalda—, y seremos cuatro.

El *maître* asiente y yo me giro sorprendida. ¿Qué hace él aquí? ¿Qué hace Jackson aquí? Nunca, jamás, ha venido a una comida al club de campo.

—Parece que alguien le ha comido la lengua a la ratoncita —comenta burlón.

—Deja de llamarme ratoncita —protesto.

Jackson sonrío absolutamente impertinente, dejándome claro que no le importa lo más mínimo lo que quiera o no; y yo, literalmente, comienzo a hervir de rabia.

Genial. Sólo ha necesitado una frase y dos minutos para enfadarme como nunca lo he estado.

—Por favor, si son tan amables de seguirme —dice el *maître* saliendo de detrás de su atril—. Su mesa está lista.

Jackson da un paso hacia mí y se inclina lo suficiente como para que sus labios casi rocen el lóbulo de mi oreja.

—Al final no vas a tener más remedio que comer conmigo —susurra.

Sin darme oportunidad a responder, se separa y da un paso atrás esperando educadamente a que yo pase primero, con sus ojos verdes desafiándome en silencio. ¡Qué capullo! Entorno la mirada y lo asesino con ella. Sin embargo, mis intenciones caen en saco roto cuando me fijo en su indumentaria. Lleva el uniforme de polo: botas de montar marrones, pantalones blancos ajustados y una chaqueta deportiva azul marino que sin duda esconde un elegante polo del mismo color. De repente me sorprende a mí misma con mi propia lista de fantasías de Jackson. El pantalón de polo está justo por encima de Jackson con traje a medida negro y por debajo de Jackson con esmoquin de Valentino. Ese esmoquin es difícil de olvidar.

El *maître* y el propio Jackson me miran esperando a que empiece a caminar. Yo resoplo y, malhumorada, echo a andar. No quiero comer con él, quiero estrangularlo.

El empleado aparta mi silla. Se lo agradezco con una sonrisa y tomo asiento. Jackson lo hace frente a mí. Nos entrega la carta y la abro inmediatamente, escondiéndome tras ella. ¡Estoy muy enfadada!

—¿Puedo traerles algo de beber?

—Vino —responde Jackson—, un Charmes-Chambertin del 88.

El *maître* asiente y, cuando da un paso para retirarse, yo carraspeo suavemente llamando de nuevo su atención. Jackson alza la mirada de la carta y me observa sin ninguna amabilidad en su mirada.

—Para mí, agua, por favor —pido.

—¿Evian, San Pellegrino, quizá con gas?

—San Pellegrino sin gas estará bien.

Asiente de nuevo y se retira definitivamente.

Jackson todavía me observa.

—Prefiero comer con agua —respondo sin amilanarme— y prefiero pedir mi propia bebida. Si hubieses preguntado, lo hubieras sabido.

Jackson se humedece el labio inferior discreto y fugaz sin levantar sus ojos verdes de mí. Otra vez me está estudiando. ¿Qué es lo que quiere saber? ¿Por qué está aquí? Después de la fiesta, ¿no debería estar despertándose rodeado de piernas y lencería de encaje de La Perla? Tuerzo el gesto y aparto mi mirada concentrándola en la carta. Me da igual lo que haga y con cuántos pares de piernas lo haga.

Llega el camarero. Sirve el agua y, ceremonioso, abre la botella de vino. Se lo da a probar a Jackson y, ante su gesto afirmativo, sirve las copas. En cuanto la botella se separa de la mía, la cojo con dedos temblorosos y me la llevo a los labios. Lo necesito.

—¿Desean que les traiga algún entrante mientras esperan a los otros comensales?

—Tomaremos *carpaccio* de ternera —vuelve a responder Jackson por los dos— y endivias salteadas con miel y nueces.

—Muy bien, señor. ¿La señorita desea algo más?

Reviso la carta rápidamente. Lo último en lo que estaba pensado era en comida. Jackson se acomoda en la silla y se pasa la mano por su pelo suavemente rizado y revuelto.

—¿También vas a pedir tu propia comida para ignorarla y comer lo que yo haya elegido? —comenta arrogante, impertinente, impaciente.

Por un momento no sé a qué se refiere, pero entonces me doy cuenta de que aún tengo la copa de borgoña en la mano mientras el agua está sola y olvidada. ¡Maldita sea!

Automáticamente dejo la copa sobre la mesa, malhumorada.

—Eso será todo, gracias —le digo al camarero, que asiente y se retira.

Jackson sonrío satisfecho y le da un sorbo a su copa de vino. El movimiento hace que mi mirada se pierda inmediatamente en sus labios.

Mala idea. Muy mala idea.

—Easton me ha contado que te has reunido con Nadine Belamy.

Asiento sin prestarle más atención, concentrándome de nuevo en la carta.

—Está muy preocupado, pero también muy orgulloso. Me dijo que esta especie de reto te vendría bien, porque eres una ratoncita de biblioteca que necesita conocer

un poco de mundo. Me pregunto hasta qué punto será verdad.

Alzo la mirada de nuevo. ¿A qué ha venido eso?

—No soy ninguna ratoncita de biblioteca —me defiendo.

—¿Tienes novio? —pregunta ignorando por completo mi comentario.

—Sí —miento.

Ni siquiera tendría que haberle contestado. Esa pregunta está totalmente fuera de lugar.

—Me estás mintiendo.

—¿Cómo lo sabes? —lo desafío impertinente—. No eres tan inteligente como seguro que te dices por las noches antes de irte a dormir.

Le dedico mi mejor sonrisa fingida. Estoy claramente a la defensiva, pero no me importa. Todo es culpa suya.

—Porque ninguna chica que esté acostumbrada a que un hombre la vea desnuda se pone tan nerviosa con otro, ni siquiera una ratoncita de biblioteca como tú.

—¿Por qué siempre tienes que ser un capullo conmigo? —me quejo exasperada.

No es justo.

—*Siempre* es un poco exagerado, ¿no te parece? —comenta apoyando los brazos en la mesa y echándose ligeramente hacia delante.

—Primero en tu oficina y ahora aquí; para mí, eso es siempre —me reafirmo.

—Siento que tu triste vida se limite únicamente a mí —comenta encogiéndose de hombros—, pero puedo asegurarte que eso no es *siempre* —añade con un impertinente retintín en la última palabra y sonriendo una vez más. ¿Alguna vez piensa dejar de hacerlo? Yo abro la boca dispuesta a llamarle de todo—. Además —me interrumpe—, ¿se te ha olvidado que ayer también coincidimos?

Su pregunta me deja fuera de juego.

Atrapa mi mirada y yo carraspeo y aparto la mía. No le puedo permitir leer en mis ojos todo lo que estoy pensando ahora mismo.

—No se me ha olvidado —musito a regañadientes.

—Entonces, ¿entra en tu definición de *siempre*?

—No.

Se inclina un poco más y ya no tengo escapatoria a esos ojos verdes. Tampoco tengo claro que la quiera.

—Pero apuesto a que te encantaría —susurra.

Lo miro sin tener la más remota idea de qué decir y por un momento sólo hacemos eso, mantenernos la mirada. Su expresión cambia, sigue habiendo arrogancia, impertinencia, pero ahora también hay otra cosa y, si no fuera una completa locura, diría que es... deseo.

—Ya estamos de vuelta, pequeña.

La voz de Easton nos distrae, sacándonos de esta especie de burbuja que se había creado a nuestro alrededor.

—Genial —respondo obligándome a mirarlo y a sonreír.

Jackson exhala todo el aire de sus pulmones a la vez que pierde su mirada en los inmensos jardines. Allen le toca en el hombro reclamando su atención y padre e hijo toman asiento.

La comida avanza y nos sirven los primeros. Jackson adopta su actitud habitual y ni siquiera se molesta en integrarse en la conversación.

—¿Has conseguido hablar con Adam Monroe? —le pregunto a Easton.

Él da un sorbo a su copa de vino y se limpia suavemente con la servilleta.

—Va a ser más complicado de lo que creía, pequeña —responde—. Ese hombre es muy escurridizo.

Yo hundo los hombros algo apesadumbrada. Easton y el club eran mi mejor baza para encontrarme con él.

—No te preocupes, hallaremos la manera —sentencia Easton.

Asiento y sonrío. Estoy segura.

Mi mirada se encuentra un instante con la de Jackson, pero no dejo que me atrape, no delante de Allen y Easton.

—¿Y cómo es que hoy has decidido acompañarnos? —le pregunta Allen a Jackson.

Este se encoge de hombros restándole importancia.

—Tengo un partido de polo —responde sin más.

—Supongo que tendré que conformarme con eso —replica Easton encantado de que su hijo esté sentado a su mesa—. Por lo menos estás aquí.

Jackson le devuelve una tenue sonrisa y toma un sorbo de vino. No deja de sorprenderme lo poco que se parece a Allen o a Easton. Todos tienen el mismo aire familiar, pero lo cierto es que hablamos de bellezas completamente diferentes. Easton y Allen tienen una belleza serena, la misma que puedes apreciar en un modelo de revista. El atractivo de Jackson, dibujado en su hermética mirada, traspasaría la revista, haría añicos el papel y calentaría tu piel.

Resoplo mentalmente.

«Concéntrate en tu plato de raviolis, Archer. Es mucho más inteligente».

No tardamos en terminar de comer. Aún estamos esperando los postres cuando Allen se levanta para atender una llamada de teléfono.

Un camarero se acerca y deja frente a mí una porción de tarta de cereza y galleta realmente deliciosa. Me contengo para no relamerme y miro a Easton con una sonrisa de oreja a oreja.

—Deja a este pobre viejo darte un capricho.

Mi sonrisa se ensancha. Si tiene que ver con cerezas, puede darme caprichos todos los días.

Un par de segundos después, es su móvil el que comienza a sonar. Mira la pantalla y se disculpa a la vez que se levanta. Es trabajo. Debe atender la llamada.

Lo observo alejarse e, incómoda, devuelvo mi mirada a la mesa. He vuelto a quedarme a solas con Jackson.

Estoy preparándome para un segundo asalto cuando ahora es mi teléfono el que empieza a sonar. Rebusco en mi bolso más tiempo del que me gustaría y al fin lo encuentro. Cuando miro la pantalla, sonrío de oreja a oreja. Es Connor. ¡Connor me está llamando!

—Hola, Connor —respondo.

—Hola, Lara.

Mi sonrisa se ensancha. ¡Me está llamando!

Jackson clava sus ojos verdes en los míos. Parece enfadado. Sé que no estoy siendo el colmo de la educación atendiendo una llamada en la mesa y, si hubiese alguien más, me levantaría para no molestarlo.

—Te llamaba para ver cómo estabas y también para saber si, bueno... —parece nervioso— si, quizá, te apetecería que fuésemos a tomar un café.

¡¿Qué?! ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

—Sí, me encantaría tomar una café contigo —respondo tratando de que no se note que acaban de darme la noticia de mi vida.

Cierro los ojos y asiento felicísima. Cuando vuelvo a abrirlos, me encuentro otra vez con la mirada de Jackson. Ya no hay ninguna duda de que está enfadado. ¿Tan estricto es con los modales a la mesa?

—Si te parece, podemos vernos mañana. Podría pasar a recogerte a las cinco y media.

—Mañana será perfecto. Vivo en el 88 de la calle Franklin.

—Estupendo —sentencia—. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Cuelgo y sonrío encantadísima. ¡Tengo una cita con Connor Harlow! Dejo el teléfono suavemente sobre la mesa y me muerdo el labio inferior bajo la atenta mirada de Jackson. No pienso dejar que me arruine este momento. Además, esta es mi venganza por haberse reído de mí con aquel «me gusta que no tengas citas, Lara».

Jackson mira mi iPhone y a continuación me mira a mí. Su mirada se llena de una genuina maldad y un escalofrío helado me recorre la espalda.

—Mi padre te mimaba mucho —comenta desde su pedestal.

Si la arrogancia tuviese nombre, se apellidaría Colton.

—¿Celoso? —inquiero a mi vez hundiendo la cucharilla en la tarta y llevándome un trozo pequeño a la boca.

Estoy nerviosa, incluso un poco intimidada, pero no pienso demostrárselo.

—No, por Dios —responde con una sonrisa maliciosa en los labios—. El azúcar como sustituto del sexo se lo dejo a las ratoncitas de biblioteca.

Hi-jo-de-pu-ta.

Empujo el plato con la tarta hacia delante suavemente a la vez que dejo caer la servilleta sobre la mesa. Todo, concentrándome en la misma idea: no puedo asesinarlo. Soy abogada. Matar a alguien es delito, incluso matar a Jackson Colton es delito; todas las leyes tienen lagunas.

—Imagino que tienes algo urgente que hacer —comento y le dedico una sonrisa fingida y tirante—; no sé, un partido de polo, tirarte a alguna rubia que no esté segura de cómo se escribe su nombre... así que no te quedes sólo por ser educado. No me importa esperar sola a Allen y a Easton.

Muy bien, Archer. Esa ha estado buena.

—No hace falta que lo jures —replica mordaz—. Pareces muy cómoda en la mesa de los Colton.

—Me encanta pasar tiempo con ellos —respondo sin achantarme—. Son muy agradables, así que imagino que a ti debieron de recogerte en un parque de bomberos.

—Anda —continúa con esa misma sonrisa llena de malicia—, como a ti.

Alzo la mirada y la conecto directamente con la suya. ¿Cómo ha podido atreverse a decir algo así?

—Eres un gilipollas —siseo.

Arrastro despacio la silla y me levanto.

—Me marchó —anuncio, sintiendo cada centímetro de mi cuerpo llenarse de rabia.

—De eso nada —responde sin asomo de duda, captando toda mi atención con esas tres únicas palabras.

—No necesito tu permiso.

—No te lo estaba dando.

Esa frase tiene una clara intención que no se me escapa. No se refiere a que soy una mujer adulta e independiente a la que nadie tiene por qué decirle adónde o no ir; más bien es todo lo contrario. Realmente me está diciendo que no me había dado permiso para alejarme de él.

No digo nada pero me esfuerzo en mantenerle la mirada. No soy la chica torpe y asustadiza que él ha dado por hecho que soy y pienso demostrárselo.

—Jackson.

Un hombre se para junto a nuestra mesa, pero ninguno de los dos le presta atención, sumidos en nuestro particular duelo de miradas.

—Jackson —repite.

Suavemente se deja caer hacia atrás en su silla a la vez que se humedece el labio inferior. Alza la cabeza en dirección al hombre que lo llama y por inercia yo también lo hago. ¡Dios mío! Abro los ojos como platos. ¡Es Adam Monroe!

—Adam —lo saluda Jackson levantándose y estrechando la mano que le tiende.

No me lo puedo creer. Conoce a Adam Monroe y, por lo que veo, tienen una buena relación. ¿Por qué no dijo nada en la comida?

Comienzan a charlar de cosas triviales, cómo va el trabajo, sus respectivas empresas, el polo. Yo los observo esperando a que Jackson reaccione de una maldita vez y nos presente. Sabe que es lo que estoy esperando y está disfrutando torturándome. Lo sé.

—Perdóname si te he interrumpido —se disculpa el señor Monroe.

—No te preocupes —responde Jack—. No tiene la menor importancia.

Me mira y creo que va a presentarnos, incluso estira la mano como si fuese a señalarme, pero en el último instante me dedica su media sonrisa más arrogante y vuelve a prestarle toda su atención a su interlocutor. ¡Maldito cabronazo!

Resoplo mentalmente y cuadro los hombros. No tengo por qué esperar a que el gran Jackson Colton me haga ningún favor. Adam Monroe está aquí. Sólo tengo que hablar con él y presentarme. Estoy a punto de echar la silla discretamente atrás e incorporarme cuando las manos me tiemblan engarrotadas.

No es un desconocido, Archer. Sabes quién es. Sabes a qué se dedica. Si apareciese en Internet, sabrías hasta el nombre de su perro.

Llevo estudiando a este hombre desde que salí de mi reunión con Nadine Belamy.

Cuando finalmente me incorporo y alzo la cabeza, Jackson me está observando mientras el señor Monroe le explica algo de sus negocios. Algo ha cambiado en su mirada. Yo carraspeo y me obligo a continuar con el plan.

—Señor Monroe —lo interrumpo con una sonrisa—, soy Lara Archer.

El hombre me mira un par de segundos y finalmente me tiende la mano. Yo respiro hondo y se la estrecho.

No es un desconocido. No es un desconocido.

—Sé que le va a parecer un atrevimiento por mi parte, pero Nadine Belamy me habló de usted. Estaba muy interesada en conocerlo.

Y el cabronazo que tiene justo enfrente, con un uniforme de polo que le queda injustamente bien, lo sabía perfectamente pero ha preferido que me las apañe sola.

Monroe asiente con una sonrisa.

—He diseñado un eficiente plan de ayuda a las comunidades de refugiados y países del Tercer Mundo. Naciones Unidas estaría interesado en él si encontrara la financiación adecuada.

Su sonrisa se ensancha, pero se vuelve más tensa. ¿Qué he hecho mal?

—Estoy seguro de que será un gran proyecto —replica cortés—, pero quizá Nadine se precipitó. Hemos recortado los gastos en políticas sociales en Monroe Media.

Cambio de estrategia.

Piensa, Archer. Piensa.

—La señora Belamy no me habló de su empresa, sino de usted —contraataco.

—Me temo que mi empresa soy yo, señorita Archer.

Aprieto los labios. Me está dando una negativa elegante, pero es un «no» al fin y al cabo. Necesito algo, lo que sea, que lo anime a escuchar por lo menos los detalles del proyecto, pero sencillamente no se me ocurre nada. Monroe me sonrío por cortesía una última vez y da un paso hacia atrás dispuesto a despedirse. ¡No puedo dejar que se vaya!

—Te estás equivocando.

La voz de Jackson me sorprende, pero al mismo tiempo me llena de un

inexplicable alivio. Se está haciendo cargo de la situación y una cálida sensación de protección me inunda por dentro.

Monroe lo mira sorprendido, pero no le interrumpe. Jackson comienza a hablar de ventajas fiscales, de capitalización de riesgos, aunque en realidad podría estar hablando de manzanas y naranjas y lo encandilaría igual. Palabra a palabra, se lo está llevando a su terreno con una seguridad y una elegancia increíbles.

—¿Qué tal si nos reunimos en mi despacho mañana a primera hora y me explica su proyecto en profundidad? —me ofrece el señor Monroe.

—¡Genial!

Sonrío, pero inmediatamente un frío sordo y cortante me recorre la espalda. Su despacho: un lugar extraño lleno de personas extrañas. Me obligo a continuar sonriendo, pero no sé si está funcionando. Jack me observa un momento y otra vez soy plenamente consciente de que hay algo diferente en sus ojos verdes.

—Mejor en mi oficina —sentencia Jackson.

—¿Tu proyecto está en manos de Colton, Fitzgerald y Brent? —Monroe me lo pregunta con cierto aire burlón, pero es obvio que le agrada que sea así.

Yo miro a Jackson sin saber qué contestar. Este proyecto es muy importante para mí. Llevo trabajando en él más de un año. Nunca he dejado que interfieran terceras personas, porque no quería que lo convirtieran en una manera más de sacar beneficios y se olvidaran de los millones de personas a las que pretende ayudar. Sin embargo, es más que probable que, si digo que no, Monroe se replantee incluso escucharme.

—Ya nos conoces —se adelanta Jackson demostrando de nuevo quién tiene el control de la situación—. Estamos en todo lo que merece la pena.

Monroe sonrío y yo vuelvo a sentirme mínimamente relajada. Mi proyecto aún tiene una oportunidad y, aunque me pese, se la debo a Jackson Colton.

Nos despedimos del señor Monroe y los dos contemplamos al hombre alejarse serpenteando las mesas antes de entrar en el cuidado edificio de piedra.

A pesar de que ya no tengo nada que observar, sigo con la vista clavada al fondo de la terraza. No quiero tener que mirar a Jackson y, mucho menos, tener que darle las gracias. Ni siquiera entiendo por qué me ha ayudado.

Compórtate como una adulta y di lo que tienes que decir, Archer.

Me pongo los ojos en blanco a mí misma y me giro a regañadientes. ¿Por qué no podré ser una de esas personas que hace lo que quiere y no lo que se supone que debe hacer? Es un auténtico coñazo.

Jackson está exactamente a dos pasos de mí. Tiene una media sonrisa colgada de los labios y las manos metidas en los bolsillos en esa pose tan arrogante con la que parece decir que el mundo está a sus pies sin ni siquiera esforzarse, simplemente porque así es como tiene que ser. No me está poniendo las cosas nada fáciles.

—Creo que tengo que darte las gracias —digo obligando a las palabras a atravesar mi garganta.

—Crees bien —responde arisco.

Resoplo. Es un canalla.

—¿Por qué te has puesto tan nerviosa? —inquiérese exigente.

La pregunta me pilla por sorpresa. No me gusta hablar de eso. Nunca hablo de eso.

—No me gustan los lugares extraños —respondo lacónica.

—Ni los desconocidos —añade—. Me di cuenta en mi oficina y me lo has confirmado hoy. ¿Por qué?

No está siendo amable, ni siquiera especialmente considerado. Quiere saber algo y quiere saberlo ya.

Yo respiro hondo, dejando que mi cuerpo se relaje poco a poco y me inclino sobre mi silla para recoger mi bolso.

—Mañana a primera hora estaré en tu oficina para preparar la reunión —le informo.

Jackson me observa de nuevo con esa mirada tan perspicaz, otra vez con la intención de leer en mí. ¿Por qué lo hace? Es mi problema, no el suyo, y de todas formas nunca conseguiría que se lo contase.

Sin decir nada más, comienzo a andar hacia el interior del club.

Esa misma noche quedo con Sadie y Dylan en The Hustle. Aún no he alcanzado el cruce de Lafayette con Canal Street cuando mi móvil ha sonado como quince veces. No he podido contenerme y, en cuanto salí del apartamento, les conté a las chicas vía WhatsApp todas las novedades, incluida mi cita con Connor. ¡Tengo una cita con Connor!

—¿Y esa sonrisa? —pregunta Dylan observando cómo tomo asiento junto a Sadie en una de las pequeñas mesitas de nuestro local favorito.

Suena *Run away with me*,^[10] de Carly Rae Jepsen.

—¿Qué sonrisa? —pregunto como si no tuviese ni la más remota idea de qué me habla.

—Esa que amenaza con partirme la cara en dos.

Sadie deja de prestar atención a su teléfono y se inclina para poder mirarme.

—Es verdad —pronuncia fingidamente alarmada—. Tienes cara de tonta enamorada a punto de bailar sobre su propio arcoíris.

Yo me encojo de hombros intentando poner mi cara de póquer, pero una vez más no lo consigo y vuelvo a sonreír, casi reír.

—No puedo dejar de pensar que voy a tomarme un café con Connor.

Agito las manos a medio camino entre el nerviosismo extremo y la felicidad extrema. Dylan y Sadie no tardan en imitarme. Qué raro.

—¡Qué guay! —grita Sadie—. ¿Y para cuando te mudas a *Connorlandia*? —añade fingiéndose aún más entusiasmada.

Efectivamente se está riendo de mí. Dejo de sonreír al instante y frunzo los labios.

—¿Un café? —continúa al fin—. La gente queda para follar, Lara Archer, para hacer orgías rociados de Dom Pérignon Rosé.

Dylan y yo nos miramos disimulando una sonrisa. Se avecina una de las teorías sobre la vida y el amor de Sadie Hadley.

—Os lo aseguro —dice golpeando la mesa con el índice—. En este momento, en algún lugar de la ciudad, hay un matrimonio de Hoboken, Nueva Jersey, echando sus llaves del coche en un sombrero *vintage* tratando de adivinar qué otra pareja *swinger* les tocará en el intercambio... y tú vas a quedar para tomar café.

Vuelvo a encogerme de hombros divertida. No me importa lo que diga. El beso que Connor me dio en Atlantic City fue increíble. Me despertó, me encendió, me hizo sentir viva. Si eso es lo que me espera en *Connorlandia*, me mudo mañana mismo.

Sadie chista y cabecea fingiéndose increíblemente decepcionada. Imagino que la cara de felicidad que he puesto recordando el beso no casa mucho con su teoría.

—Cada uno lleva su ritmo. Estaba nervioso cuando me llamó —les cuento encantadísima—. Fue muy mono.

Dylan asiente y sonrío llena de complicidad. Ella sí me entiende.

—Y muy educado —añado.

—¡Connor es un soso! —protesta Sadie—. ¿Te imaginas a Paul Newman nervioso? ¿Siendo educado? ¿Mono? —Dylan niega con la cabeza. Parece que acaba de bajarse de mi barco—. No. Él se levanta, te toma brusco por las caderas, te lleva contra la pared y te roba tu dulce pájaro de juventud.

—Muy bien traído —la felicita Dylan apuntándola con su *Cosmopolitan*.

—Vi esa peli ayer en el Canal Clásico de la tele por cable —responde orgullosa.

Yo la miro al borde de la risa pero sin poder creer lo que estoy oyendo. He de reconocer que con Sadie me pasa mucho eso.

—No es verdad. Connor es perfecto —le defiendo.

Las dos niegan con la cabeza.

—Cuando son perfectos, automáticamente dejan de serlo —me replica Sadie inclinándose hacia mí—. Los hombres tienen que ser indomables —sentencia.

No quiero hacerle caso, me niego en rotundo, pero todo mi cuerpo se tensa con esa sola palabra, porque comprendo que abarca muchas más: *arrogante, salvaje, valiente, duro, brusco*. Sé quién se ajusta a esa descripción, aunque habría que añadir muchos otros detalles, como que es la maldad personificada. Sacudo la cabeza y aparto inmediatamente esa idea de mi mente. Connor es perfecto, punto. Le doy un trago a mi *Cosmopolitan* y decido dar a mi amiga por imposible.

—Además, estoy un paso más cerca de conseguir que mi proyecto forme parte del programa de Naciones Unidas —comento buscando cambiar de tema.

Las dos me sonrían orgullosas.

—Bien hecho, Archer —brinda Sadie levantando su copa.

Dylan y yo la imitamos y nuestras sonrisas se ensanchan.

No tengo ni la más remota idea de a qué hora llego a casa. Es tarde, de eso estoy segura, y también de que estoy un poco borracha.

El despertador, más que sonar, se ríe de mí a las seis y media. Siempre odio mi vida por las mañanas, pero hoy la odio un poco menos porque ¡hoy tengo una cita con Connor!

Me levanto de un salto, pero me arrepiento inmediatamente. Los Cosmos que tan alegremente me bebí ayer me están pasando factura con una resaca en toda regla. Sin embargo, no puedo quedarme acurrucada en mi cama nueva. Tengo mucho que hacer.

Bajo el chorro de agua caliente, caigo en la cuenta de algo y sonrío encantadísima. Una ratoncita de biblioteca no tendría resaca un día entre semana.

Chúpate esa, Jackson Colton.

Me pongo los ojos en blanco. ¿Cómo es posible que ya lo tenga metido en la cabeza a primera hora? Resoplo con fuerza y continúo lavándome el pelo. Hoy va a ser un día genial. Convenceré a Monroe para que subvencione el proyecto, Nadine Belamy dará el sí definitivo y después me tomaré un café con Connor.

—Co-nor Har-low —comienzo a repetir mientras me muevo animadísima y, antes de darme cuenta, estoy cantando a pleno pulmón el *Teenage dream*^[11] de Katy Perry.

Aún envuelta en la toalla de algodón, llamo a la oficina para asegurarme de que no hay ningún imprevisto. El señor Sutherland ha sido bastante amable dejándome que me tome el día libre, aunque sospecho que encontrará la manera de cobrarse el favor.

Delante del armario, busco y rebusco el vestido perfecto. No sé si tendré tiempo de venir a cambiarme para mi cita con Connor, así que tengo que prepararme ya.

S sonrío cuando me veo con mi vestido blanco. Es muy sencillo, pero creo que también muy elegante. Lo mejor para parecer profesional en la reunión con Monroe y sentirme cómoda en mi cita.

Me guiño el ojo delante del espejo para darme confianza y salgo de mi apartamento.

Cruzo la ciudad hasta llegar a la Sexta esquina con la 56 Oeste. Ya conozco el edificio, así que logro dejar la ansiedad a raya sin problemas.

Subo a la planta sesenta y recorro el pasillo hasta empujar la enorme puerta de cristal de Colton, Fitzgerald y Brent y cambiar el suelo enmoquetado por el parqué.

—Buenos días —me saluda la recepcionista.

—Buenos días. El señor Colton...

—Sí. El señor Colton me explicó esta mañana que trabajará con nosotros algún tiempo —me interrumpe.

Frunzo el ceño. ¿Algún tiempo?

—¿Necesita pase de aparcamiento?

No pienso trabajar aquí. Yo ya tengo un trabajo y una oficina. Esto es temporal y limitado a hoy. Sólo hoy.

—No —murmuro aún confusa.

Ella asiente.

—El señor Colton me pidió que fuese a su despacho en cuanto llegase y que le recordase que el acuerdo de confidencialidad sigue vigente. Me llamo Eve —concluye tendiéndome la mano.

—Yo soy Lara —replico estrechándosela.

Cruzo el vestíbulo y me encamino al pasillo que conduce al despacho de Jackson mentalizándome para ver al tirano; perdón, al tirano del señor Colton. Una sonrisilla se me escapa encantadísima con mi propia broma.

Aún estoy a unos pasos de su puerta cuando se abre y Jackson sale con la mirada clavada en un iPad reluciente. La visión me pilla por sorpresa y por un momento me quedo embobada con lo bien que le sienta el traje color carbón, la camisa blanca y la corbata delgada y gris. Qué espectáculo.

Jackson alza la cabeza. Yo carraspeo y cuadro los hombros. Mi vestido llama inmediatamente su atención y me recorre con la mirada hasta posarse de nuevo en mis ojos marrones. Una parte de mí se muere por saber si le gusta lo que ha visto, la otra está preparando las maletas para que nos mudemos al Polo Norte. ¡Es Jackson Colton, por el amor de Dios!

—Buenos días —lo saludo fingiendo que no ha ocurrido absolutamente nada.

Él se pasa la mano por el pelo y se dirige hacia el pasillo, dándome la espalda.

—¿Esto es para ti primera hora? —pregunta arisco.

Yo me detengo en seco y abro la boca dispuesta a responder. Son las siete y cuarenta y dos minutos. ¿Qué queja puede tener?

—Tenemos mucho que hacer —me anuncia. Reemprendo la marcha—. He estado revisando el proyecto.

Frunzo el ceño de nuevo y me detengo otra vez.

—¿Cómo? No tienes el proyecto.

Jackson resopla impaciente a la vez que se detiene y se gira para que volvamos a estar frente a frente. ¿Por qué tiene que ser tan condenadamente atractivo?

¡*No te distraigas, Archer!*

—Ahora sí —dice sin más.

—Esa respuesta no me vale.

—Tu recepcionista es capaz de hacer cualquier cosa si la llamas *cariño* —replica dando un paso hacia mí—. ¿Te vale esa repuesta? —sentencia dedicándome su media sonrisa más *sexy* y arisca.

¡Ni siquiera está arrepentido!

Lo miro boquiabierto, absolutamente escandalizada. ¡Es un cabronazo!

—No vuelvas a mi oficina —le advierto furiosa.

—El texto es flojo, pero lo que vende son los números —continúa ignorando por completo mis palabras—, así que nos centraremos en eso. Las tablas de inversiones que propones son insuficientes, poco claras y llenas de matices que no conducen a ninguna parte. Necesitamos algo que funcione más y mejor. Desglosa las tablas y llévalas a mi despacho.

—No trabajo para ti, Jackson. Es mi proyecto. Llevo trabajando en él más de un año. No puedes comportarte como si fueses mi jefe, ordenarme trabajo, criticar el mío y presentarte en mi oficina a robar documentación privada.

—¿Has acabado? —inquire exigente.

—¿Qué? —respondo confusa—. Sí —sentencio malhumorada cuando entiendo a qué se refiere.

Jackson se inclina sobre mí. Su olor me sacude y, aunque es lo último que quiero, todo me da vueltas. ¿Por qué tiene que oler tan bien? Eso también me parece muy injusto.

—Desglosa las tablas de inversiones, llévalas a mi despacho y no te equivoques sumando como la última vez.

¡Qué gilipollas!

Sin esperar respuesta, se vuelve y continúa avanzando por el pasillo. Yo frunzo los labios furiosa sin levantar la vista de él. Quiero abofetearlo y gritarle que no puede tratarme como a una cría, que no puede hacer y deshacer a su antojo... ¡Y no estaría mal que le atropellara un autobús!

—¡Deja a mi recepcionista en paz! —grito, pero él finge no oírme y sigue su camino.

Me llevo las manos a las caderas y resoplo. Ahora mismo le odio como no he odiado a nadie en toda mi vida.

Me instalo otra vez en la pecera y comienzo a desglosar las tablas de inversiones. No lo hago porque Jackson me lo haya ordenado, sino porque me parece una buena manera de repasar todo el proyecto y preparar la reunión con Monroe, que es por lo único que estoy aquí.

La tarea es sencilla. Aprovecho para añadir algunos retoques y alargar o acortar algunas partes para mejorar el resultado final. Más o menos una hora después, estoy caminando de vuelta al despacho de Jackson.

Llamo suavemente y entro sin esperar a que me dé paso. Yo no soy su secretaria y él no se lo merece. Decidida, camino hasta su escritorio y, malhumorada, dejo la carpeta sobre la madera y me cruzo de brazos. Cuando al fin alzo la mirada y Jackson entra en mi campo de visión, vuelvo a apartarla rápidamente. Es como una tortura medieval. Sólo ha sido un segundo y ya he podido hacerme una deliciosa idea de ese pelo castaño tan increíble, suavemente rizado, perfectamente alborotado, como si acabase de hacer llegar al orgasmo a media docena de azafatas de American Airlines, y de esos espectaculares ojos verdes. Si el Robert Redford de 1972 fuera un color de ojos, sin duda alguna sería ese. ¡Qué injusto!

—Ya he desglosado las tablas y he hecho algunos cambios. ¿A qué hora es la reunión? —pregunto esforzándome en ser hostil.

Él puede ser muy guapo, pero yo estoy muy enfadada. A ver quién se sale con la suya.

—A qué hora es la reunión, ¿qué? —inquire levantándose y cogiendo una

carpeta de una de las estanterías a unos pasos de él.

Entorno la mirada. No puede ser capaz.

—No trabajo para ti —repito.

—Me importa bastante poco —sentencia dejando caer la carpeta sobre la mesa.

Aprieto los labios con rabia y mi reacción vuelve a hacerle sonreír. ¡Le odio!

—¿Tienes que sonreír todo el tiempo? —me quejo.

—¿Te molesta? —inquire a su vez, y algo me dice que sabe perfectamente la respuesta a esa pregunta.

Devuélvesela, Archer. Tienes un cociente intelectual de 149.

—Ni me molesta, ni me gusta, ni siquiera pienso en ello, pero estaría bien que por lo menos en la oficina dejaras de comportarte como un niño malcriado y arrogante.

¡Bien dicho!

Jackson se humedece el labio inferior, deja que sus dedos acaricien la madera de su escritorio y lo rodea despacio. No puedo evitarlo y toda mi atención se centra en su mano. Cuando llega hasta mí, la separa de golpe y un breve suspiro se escapa de mis labios. Otra vez tengo la sensación de que me han sacado de un sueño.

—Puede que me comporte como un niño arrogante y malcriado —susurra inclinándose sobre mí, dejando que nuestras mejillas casi se toquen cuando su cálido aliento acaricia mi oreja—, pero te tengo exactamente donde quiero.

Un suspiro escandalizado se escapa de mis labios, pero soy incapaz de moverme.

—La próxima vez que quieras demostrarme lo dura que eres, no te quedes embobada con ninguna parte de mi cuerpo, Ratoncita.

Su voz grave y sensual se entremezcla con el calor que desprende su cuerpo y se convierte en algo adictivo. Estoy enfadada, mucho. ¿Por qué no soy capaz de reaccionar?

—Debería sumar *engreído* a la lista de antes —me obligo a decir, obligándome también a dar un paso hacia atrás y separarme de él.

—La reunión es en una hora —responde lleno de seguridad, como si dejara descolocadas a decenas de chicas todos los días.

Lo peor es que probablemente sea así.

Giro sobre mis pies y salgo de su despacho cerrando de un portazo.

Regreso a la pecera, cierro la puerta y comienzo a dar paseos recorriendo la pequeña estancia una docena de veces en un par de minutos. Jackson Colton es... es... Finalmente me freno en seco. No soy capaz de entenderlo y tampoco soy capaz de entenderme cuando estoy con él. Resoplo a la vez que me revuelvo el pelo, tratando de sacar toda esta confusión de mi cabeza. Trabajo. Lo mejor que puedo hacer es trabajar y no darle una vuelta más a este asunto. Ya ni siquiera tiene nombre. Ahora sólo es un *asunto*. «El asunto Colton». «El asunto ojos verdes Colton». «El asunto increíblemente atractivo Colton».

«El asunto Lara Archer eres idiota».

Totalmente de acuerdo, voz de la conciencia.

Me siento a la mesa y repaso cada dato del proyecto. Nunca me ha gustado dejar ningún cabo suelto. La clave del éxito está en tenerlo todo bajo control. Si te anticipas a las preguntas aportando las respuestas, hay menos posibilidades de acabar haciendo un espantoso ridículo.

No llevo más de unos minutos con mis notas cuando Jackson irrumpe en la estancia. Ni siquiera se molesta en llamar.

—Memorízalo —me ordena dejando una hoja de papel sobre la mesa—. Será nuestra apuesta principal.

Con el ceño fruncido, miro el documento y lo frunzo aún más al comprobar que es el mismo documento que yo le entregué, sólo que con una veintena de correcciones manuscritas. Las observo un segundo: son brillantes y no ha tenido más que unos minutos.

—Este trabajo es increíble —digo más admirada de lo que me hubiese gustado.

Había escuchado que Jackson era brillante, Easton está orgulloso de él, pero nunca pensé que hasta este punto.

—La reunión se ha adelantado —comenta ignorando por completo mi comentario. Mejor. No creo que necesite que le hinchen más el ego—. Tienes veinte minutos.

Lo miro con cara de pánico. No me gustan los imprevistos. Además, tengo que estudiar la nueva tabla.

—¿Por qué se ha adelantado?

—Además de Monroe, vendrán otros tres posibles inversores.

No. No. No.

Mir respiración se acelera. Todo mi cuerpo se tensa. Sé que es algo bueno, pero no puedo hacer una presentación que no me he preparado en una sala que nunca he visto con tres desconocidos. No puedo. Sencillamente no puedo.

—Jackson, señor Colton —rectifico. Ahora mismo ni siquiera me importa prometer que se lo llamaré cada vez que lo vea si acepta encargarse de la reunión—, ¿por qué no haces tú la presentación del proyecto?

Me observa un momento. Su mirada vuelve a parecerme diferente, pero, antes de que pueda preguntar, da media vuelta y se dirige de nuevo hacia la puerta.

—Tienes veinte minutos —me recuerda impasible—. En la sala de conferencias.

Sin más, sale y yo lo observo hasta que se pierde en el pasillo. Automáticamente mi mente vuela hacia el ascensor.

Salir de aquí. Salir de aquí. Salir de aquí.

Respiro hondo. Trato de calmarme. No soy capaz.

Me agarro al borde de la mesa con ambas manos y empujo la silla hacia atrás al tiempo que me inclino hacia delante. Mi respiración está hecha un absoluto caos. Intento llenar mis pulmones, recuperar el oxígeno.

—Tienes que hacerlo, Archer —murmuro en un hilo de voz.

Podría ir hasta la sala de conferencias e inspeccionar el terreno, pero no sé si ya

estarán allí.

Respiro hondo de nuevo y me obligo a incorporarme.

—Tú puedes, tú puedes —me animo.

Cojo la hoja que ha traído Jackson con dedos temblorosos y me concentro sólo en ella. Las anotaciones son precisas y exactas hasta el último decimal. Inexplicablemente, voy relajándome y perdiéndome un poco más en el inteligente entramado que ha creado en un tiempo récord.

Respiro hondo. Me relajo. Lo consigo.

Sin embargo, cuando miro el reloj y me doy cuenta de que ya han pasado quince minutos y tengo que dirigirme a la sala destinada para la reunión, toda la tensión vuelve de golpe y agarrota mi cuerpo.

No puedo.

—Sí puedo —vuelvo a murmurar.

Cojo mis notas, y tras preguntarle a Eve dónde está, me dirijo a la sala de conferencias. Trato de que un pie simplemente siga al otro, concentrarme en tareas pequeñas, cosas pequeñas, intentar mantener la ansiedad a raya, pero, a unos pasos de la puerta, mi cuerpo se detiene en seco. No puedo hablar delante de un grupo de desconocidos.

Me miro las manos. Tiemblan.

Oigo pasos acercándose y rápidamente entrelazo mis manos tratando de disimular cómo se mueven.

Mi respiración vuelve a acelerarse.

—Entremos —dice Jackson pasando junto a mí.

—No —musito rápidamente.

Estoy nerviosa, casi desesperada.

Mi única palabra lo detiene de golpe. Jackson se gira despacio y me estudia una vez más. Apenas han pasado unos segundos cuando, tomándome por sorpresa, me agarra del codo y me lleva contra la pared, alejándome de la sala de conferencias y de cualquier mirada indiscreta.

Se queda frente a mí, cerca, muy cerca. Su cuerpo tapa el mío e involuntariamente su calidez vuelve a despertarme. Aturdida, alzo la mirada y la suya está esperando para atraparme. Tiene los ojos verdes más increíbles que he visto nunca y por primera vez no hay rastro de frialdad en ellos. Sigue siendo una mirada arrogante, pero tengo la peligrosa sensación de que en este preciso instante no me está mirando como mira a las otras chicas.

Jackson me coge la mano engarrotada, cerrada con fuerza en un puño, y, sin desatar nuestras miradas, la coloca sobre su pecho. El gesto me sorprende. No lo entiendo. Trato de apartar la mano, pero él me chista a la vez que la mantiene sujeta con decisión.

Suspiro suavemente y simplemente dejo de luchar.

6

Sus dedos se deslizan contra los míos, suaves y perezosos, hasta que logra que mi mano se abra.

Una sonrisa tenue y sexy se apodera de sus labios a la vez que su masculino agarre aprieta mi mano contra la parte izquierda de su pecho. La calidez se hace más grande, inunda mi piel y viaja hasta el último rincón de mi cuerpo.

—¿Lo sientes?

Su voz es ronca, salvaje, sensual.

Los latidos de su corazón retumban en la palma de mi mano y comprendo a qué se refiere con su pregunta.

—Sí —murmuro.

Jackson vuelve a regalarme una maravillosa sonrisa, una completamente diferente, serena y preciosa. En mi lista de sonrisas favoritas de Jackson Colton, esta acaba de alcanzar el primer puesto.

—Respira a su ritmo —me ordena.

Entreabro los labios y atrapo una bocanada de aire. Jackson me observa y sus ojos se centran en mi boca. Respiro de nuevo. Su corazón se acelera suavemente bajo mis dedos y el sonido de sus latidos vibra dentro de mí. A él también le afecta. Me relajo. Me tenso. Todo da vueltas y ni siquiera sé por qué.

—Sólo estamos tú y yo —susurra con la voz aún más grave.

—Tú y yo —musito.

—Tú y yo —repite.

Sin quererlo, mis ojos bailan de los suyos a sus labios. ¿Cómo será besarlo?

Me suelta la muñeca y sus dedos avanzan por mi mano.

—Vas a hacerlo muy bien, Lara. Lo sé.

Mi nombre es sus labios suena completamente diferente y algo dentro de mí capta el mensaje de que, si él cree que puedo hacerlo, podré.

—Entra —vuelve a ordenarme con suavidad.

Jackson libera mi mano lentamente y yo la retiro aún más despacio. Me observa sin moverse un ápice, esperando a que yo lo haga primero. Mis piernas cobran vida propia y le obedecen sin darme la oportunidad de pensármelo y entro en la sala de conferencias. Jackson se pasa la mano por el pelo y me sigue.

Sentados a la enorme mesa de sequoia californiana están Colin Fitzgerald y Donovan Brent, los socios de Jackson, y cuatro hombres perfectamente enchaquetados, entre ellos Adam Monroe. Todos charlan y sonríen animadamente. Jackson atraviesa la sala y se sienta junto a Monroe, justo frente a mí.

Los hombres poco a poco reparan en mi presencia y van guardando silencio hasta que el suave murmullo se disipa por completo. Yo respiro hondo y doy un paso al frente.

Si hay un momento para ser valiente, Archer, es este.

Alzo la cabeza y mis ojos se encuentran inmediatamente con los de Jackson. Me mira como lo hizo hace unos minutos y la corriente de electricidad y confianza me sacude de nuevo.

—Buenos días. Soy Lara Archer y estamos aquí para hablar de un proyecto muy interesante, él más interesante, de hecho —me obligo a sonreír—: vamos a llevar agua, tendido eléctrico y fábricas de primera necesidad a todos los rincones del mundo.

Todos sonríen. Vamos por buen camino.

Después de casi una hora, me despido con una sonrisa y un «hagamos un mundo más justo» que suena un poco a cliché pero todavía remueve un par de conciencias.

Todos se levantan y asienten satisfechos, y yo doy el suspiro de alivio mental más largo de la historia. Busco a Jackson con la mirada y la sonrisa en los labios, esperando algún gesto por su parte, pero él ya se ha levantado y se ha unido a la especie de corrillo improvisado que se ha formado a un lado de la mesa.

¿Qué esperaba? ¿Qué tuviera la misma boba sonrisa que tengo yo?

Me humedezco el labio inferior tratando de poner cada cosa en su sitio dentro de este desastre de cabeza y echo a andar hacia el señor Monroe.

—Ha estado increíble. —Me recibe dando una suave palmada.

—¿Eso significa que le he convencido? —pregunto con una sonrisa.

Él me devuelve el gesto.

—Casi —me anima—. Necesito ver desarrolladas algunas de esas tablas de inversiones. Son realmente buenas.

Asiento. Tiene razón.

—Jackson me había contando que su especialidad era el derecho internacional, pero veo que en economía no se queda atrás.

¿Jackson le habló de mí?

—Me gustaría llevarme el mérito —apunto sonriendo de nuevo—, pero esas tablas de inversiones fueron otras después de que el señor Colton las revisase y mejorase.

Nunca me he apropiado del trabajo de otros y no voy a empezar ahora.

—Jackson es brillante —sentencia.

—Desde luego.

Sin quererlo, esas dos palabras me hacen buscarlo otra vez con la mirada. Tengo que admitir que es sencillamente impresionante.

Monroe y yo continuamos hablando sobre el proyecto. ¡Está realmente interesado! Y yo no puedo dejar de sonreír.

Naciones Unidas, ya estoy un paso más cerca.

Otro hombre se acerca a nosotros y la sobremesa de la reunión se alarga casi otra hora. Involuntariamente, de vez en cuando, busco a Jackson con la mirada, pero él, enfrascado en las conversaciones que mantiene, no repara en mí. Sin embargo, mientras se están repartiendo los últimos apretones de manos, alzo la mirada sin

ningún motivo en especial y sus ojos verdes me están esperando. Si no fuera imposible, diría que se siente orgulloso.

—Lara Archer —me llama Colin divertido cuando ya se han marchado todos los invitados, recordando cómo me presenté cuando nos conocimos—, eres un tesoro nacional. Has estado realmente bien.

Sonríó algo incómoda. No se me da muy bien encajar los halagos.

—No es para tanto —me defiendo.

—¿Que no es para tanto? —contraataca—. Los tenías embelesados.

—Lo has hecho muy bien —sentencia Donovan.

—Las tablas de inversiones los han convencido. El mérito es de Jackson, quiero decir, del señor Colton —rectifico.

—¿Señor Colton? ¿En serio? —inquire Donovan socarrón, pero no me lo pregunta a mí, sino a Jackson.

Él le dedica su media sonrisa e ignora por completo su comentario.

—Hay que volver a desarrollar cada punto del proyecto —me ordena reparando al fin en mí— y buscar otras inversiones parecidas para ejemplificarlas en los anexos.

Tengo la tentación de recordarle que no soy su secretaria, pero me muerdo la lengua. Supongo que, después de todo, se lo debo.

—Estaré trabajando en la pecera —le informo.

Me despido de los chicos y voy hasta mi despacho provisional. Comienzo a trabajar y sólo paro para bajar a almorzar. No repito la estupidez de llevarle algo de comer a Jackson. Hoy me cae bien y no quiero ganarme otro «si quisiera algo de comer, te lo habría pedido»; me lo dejó bastante claro. Además, después de todo lo que ha pasado hoy, una parte de mí no deja de gritarme que es mejor que mantenga un poco las distancias con él.

De vuelta al trabajo, acelero el ritmo. A las cinco y media Connor pasará a buscarme por mi apartamento y me gustaría tener tiempo de subir y arreglarme un poco.

A eso de las cuatro y media despejo la mesa y cojo los distintos dossiers en los que he estado trabajando. Los revisaré con Jackson y esta noche en casa seguiré a partir de este punto.

Llamo a la puerta del despacho de Jackson y entro. La librería vuelve a llamar mi atención y la miro mientras avanzo los primeros metros. Es espectacular. Sin embargo, me obligo a apartar la vista a la vez que carraspeo discretamente y camino hasta su mesa.

El primer paso para no ser una ratoncita de biblioteca es no parecerlo.

Jackson está sentado a su sofisticado escritorio. Alza la cabeza y, al ver mi bolso, frunce el ceño imperceptiblemente.

—Me marchó ya y quería que pusiésemos en común el trabajo que he hecho...

Niega con la cabeza.

—No vas a marcharte —me interrumpe.

Me observa un segundo más y se lleva el reverso del índice a los labios a la vez que devuelve su mirada a la pantalla de su Mac. ¿Acaba de dar la conversación por terminada?

Yo me cruzo de brazos insolente. Otra vez ha conseguido que esté en pie de guerra. ¡Con una sola frase!

—¿Por qué? —inquiero.

—Porque ahora es cuando empieza el trabajo de verdad. La tabla de inversión es sólo una portada bonita. Tenemos que preparar los contratos, profundizar en todos los detalles y desarrollar cada línea del proyecto.

Por favor, Jack, no me hagas esto. Me merezco tener esta cita. Llevo años esperando esta cita.

—Lo sé —respondo—. Trabajaré toda la noche y mañana a primera hora podremos revisar más de la mitad de lo que queda pendiente.

Jackson resopla impaciente.

—Lara, empezará ahora —sentencia impasible.

—No. —Jackson me fulmina con la mirada—. No puedo, de verdad. Tengo algo muy importante que hacer —añado tratando de conmovirlo.

Obviamente no funciona. Para que eso ocurriese, Jackson Colton debería tener algo parecido a sentimientos.

—¿Más que conseguir que este proyecto salga adelante?

—No, claro que no —me apresuro a responder.

—¿Entonces?

Agarra con fuerza el brazo de su sillón de ejecutivo. ¿Tanto le molesta que me tome un par de horas? Cuando se da cuenta de que lo observo, lo suelta.

Sé que no puedo arriesgarlo todo por una cita, pero, en realidad, tampoco creo que lo esté haciendo.

—Entonces supongo que anularé mi cita —claudico.

Ha logrado que me sienta culpable. Es un malnacido.

Jackson sonrío fugaz y malhumorado.

—Sigue trabajando en los contratos de inversión —me ordena.

No respondo, simplemente giro sobre mis pies y me dirijo hacia la puerta. Ha arruinado mi sueño de ocho años en dos malditos minutos.

—Trabajamos juntos. Esto no es algo unilateral, Jackson —digo justo antes de cruzar el umbral de su puerta. Ahora mismo le odio más que nunca—. Más te vale recordarlo. Me quedo porque lo decido yo, no porque tú me lo ordenes.

Jackson continúa observándome con la arrogancia brillando en sus ojos verdes. Está furioso, lo sé, y, si no fuera totalmente imposible, diría que tiene clarísimo a qué me ha hecho renunciar y no se arrepiente en absoluto.

—No me cuentes cómo decides consolarte, no me interesa —replica arisco—. Ahora este proyecto también lleva mi nombre y no pienso permitir que algo no salga exactamente como tiene que salir sólo porque tú tengas ganas de marcharte a casa a

leer libros de derecho internacional. Más te vale recordar a ti eso.

Sus palabras logran intimidarme, pero aun así le mantengo la mirada.

—Eres la peor persona que conozco.

No espero respuesta, pero, justo antes de salir, le veo torcer el gesto imperceptiblemente. Mis palabras han tenido un eco en él. Me alegro.

Regreso con paso acelerado, prácticamente corriendo, a la pecera. Antes de que pueda controlarlo, estallo de rabia o, quizá, de frustración, y le doy una patada a la silla. De pronto una idea cruza por mi mente y la atrapo al vuelo. Él no es mi jefe y yo tengo que dejar de comportarme como si lo fuera. Esta especie de absurda y, por otro lado, más que obvia revelación, me ilumina. Puedo hacer lo que quiera y lo que quiero ahora mismo es tomarme una hora libre.

Cojo un taxi y le doy mi dirección. Estoy a punto de pedirle al conductor que se salte los semáforos en rojo, pero me contengo. Llego a las cinco y diez. Frenética, busco el móvil en el bolso. Sé perfectamente que no ha sonado, pero necesito comprobarlo. Miro a mi alrededor y el karma parece querer devolverme que siempre cierre el grifo mientras me lavo los dientes porque veo a Connor alejándose apenas a una manzana de mi apartamento.

¡Reacciona, idiota!

Echo a correr y cruzo la Avenida Broadway desafiando el tráfico.

—Connor —lo llamo tratando de disimular que casi me quedo sin aliento por la carrera.

—Lara —pronuncia sorprendido a la vez que se gira—, has venido.

Sonrío nerviosa. Es hora de echarle valor.

—Siento muchísimo haber llegado tarde. El trabajo fue una locura. Tuvimos una reunión y Jackson insistió... —me freno a mí misma. Estoy divagando. Tomo aire y estiro las manos tratando de expresar que lo importante viene ahora—. Tenía muchas ganas de tomar ese café contigo.

Connor me observa durante unos segundos que se me hacen eternos.

—Y yo, Lara —dice al fin.

Vuelvo a sonreír. ¡Él también!

—Genial, porque creo que aún estamos a tiempo —le propongo animada por su respuesta.

—En realidad tengo que marcharme. He recibido una llamada y debo coger un vuelo a Atlanta en unas horas. Trabajo.

Asiento y me obligo a volver a sonreír, aunque es un gesto decepcionado.

—Tendremos que dejarlo para cuando vuelvas —comento encogiéndome de hombros.

Connor aprieta los labios y se mete una mano en el bolsillo de su pantalón de traje negro.

—Lara... —hace una pequeña pausa. Vuelve a estar nervioso—... creo que, que no nos hayamos tomado ese café, es lo mejor. Hubiese sido un error.

¿Qué? ¡No! ¿Por qué?

—He estado pensándolo mucho —continúa—. Eres la hermana pequeña de Allen. Eres una niña, Lara.

Quiero decirle que no soy ninguna niña, que tengo veintiún años y puedo tomar mis propias decisiones. No necesito que nadie las tome por mí. Pero, cuando abro la boca dispuesta a empezar mi discurso, Connor da un paso hacia mí, interrumpiéndome.

—No saldría bien —sentencia.

Se inclina despacio sobre mí y me da un suave beso en la mejilla. No lo alarga más de lo estrictamente necesario. Supongo que no quiere que me haga ilusiones. Demasiado tarde. Hace ocho años que imaginé el nombre de nuestros hijos: Axel y Liv, los dos de origen vikingo. No podía ser de otra manera.

Connor se separa definitivamente de mí y se aleja sin volver la vista atrás mientras yo lo observo perderse entre neoyorquinos y turistas.

Regreso a la oficina con un enfado de mil demonios. No puedo dejar de pensar que, si Jackson no me hubiese complicado las cosas, podría haber llegado a mi cita a tiempo y, quizá, Connor no habría tenido tiempo para pensar, nos habríamos tomado un café de lo más agradable y, por supuesto, se habría dado cuenta de que lleva años enamorado de mí en secreto. En lugar de eso, aquí estoy, en esta maldita pecera.

Me dejo caer derrotada en mi asiento y miro la montaña de carpetas apiladas en una esquina del escritorio.

—Odio mi vida —murmuro.

—¿Mira quién ha decidido volver por aquí?

Su voz sobresale por encima del sonido de un par de dosieres que deja caer sin ninguna amabilidad sobre la mesa.

—Ya iba siendo hora de que aparecieras, Ratoncita —sentencia cortante.

¡Maldita sea!

—Yo no soy la ratoncita de nadie y mucho menos la tuya —prácticamente le grito, levantándome.

—Sé más profesional, Lara —ruge con su voz más suave y a la vez más peligrosa, dejándome clavada en el sitio.

—Se tú más profesional, Jackson.

¡Estoy muy cabreada!

Se pasa la mayor parte del tiempo tratándome como si fuese una niña idiota que no sabe el suelo que pisa, una cría que no tiene ni voz ni voto pero a la que le encanta susurrar cosas al oído sólo para reírse de su reacción. Puede que de verdad sea una ratoncita de biblioteca, pero tengo mi orgullo y no pienso permitirle que haga conmigo lo que le dé la gana.

—¿Alguien te ha dicho lo impertinente que puedes llegar a ser? —inquieta dando un paso hacia mí.

—¿Te lo han dicho a ti? —replico desafiante.

—Lara —me reprende.

Está a punto de estallar. No me importa. Yo también.

—Lara, ¿qué?

No me importa lo más mínimo.

Jackson exhala con fuerza todo el aire de sus pulmones y aprieta los dientes tensando la mandíbula, dando un nuevo y peligroso paso hacia mí.

—Me importa muy poco la estupidez que te haya pasado para que estés tan cabreada. Estás en mi oficina y la próxima vez que pienses siquiera en olvidarlo voy a encargarme de que «encantada de ser su ratoncita, señor Colton» se te quede grabado a fuego. ¿Entendido?

No ha sido lo que ha dicho, ha sido cómo lo ha dicho, con todo su cuerpo en perfecta tensión y al mismo tiempo sin una pizca de inquietud, de nerviosismo. Jackson Colton es el control y algo me dice que es capaz de mantenerlo en cualquier circunstancia.

—Entendido —siseo.

—Vuelve al trabajo —masculla.

Ni siquiera llega a gritar. No lo necesita.

Yo aprieto los labios.

—Vuelvo al trabajo, pero en mi apartamento. —Jackson frunce el ceño imperceptiblemente—. Me marchó y me llevo mi proyecto conmigo —sentencio tratando por todos los medios de que no me tiemble la voz—. Mándame una factura por el trabajo que has hecho y te enviaré un cheque.

No tengo claro que sea lo mejor para el proyecto, pero ya lo he dicho y no voy a echarme atrás. Siempre he pensado antes de actuar, pero con Jackson sencillamente no puedo hacerlo. Despierta una rabia y una indignación en mí que soy incapaz de controlar.

Recojo las carpetas todo lo de prisa que puedo y salgo de la pecera y de Colton, Fitzgerald y Brent bajo su atenta y fría mirada. En el ascensor, suspiro hondo tratando de tranquilizarme, pero obviamente no lo consigo. Un peso muerto en el fondo de mi estómago lo aprieta y tira de él. ¿Por qué me siento así? Y lo más absurdo y kamikaze: ¿qué esperaba que pasase? ¿Qué me rogase que me quedase? ¿Que me dijese que esta oficina no es lo mismo sin mí? Cabeceo. No me importa lo que Jackson piense de mí. Él me ha arruinado mi cita con Connor.

¡Maldita sea! Odio sentirme así de confusa.

No he dado más que un par de pasos en el vestíbulo principal cuando mi móvil comienza a sonar. Me vendría de miedo que fueran Sadie o Dylan diciéndome que han preparado un maratón de pelis de los ochenta y una jarra de Cosmopolitan, pero no podría estar más equivocada. Es Easton. Frunzo el ceño a la vez que deslizo el pulgar por la pantalla.

—Hola —lo saludo.

—Lara, dime que no es verdad que acabas de renunciar a que Jackson te ayude

con el proyecto. ¿Te haces una idea de cuánto podría beneficiarte que ellos estuvieran involucrados?

Su voz me atraviesa y todo mi cuerpo se tensa. Está enfadado, mucho.

—Creí que eras más responsable —continúa—. Las cosas, los trabajos —rectifica haciendo hincapié en la última palabra— no se abandonan. Llevas trabajando en ese proyecto más de un año.

Decepcionarlo es lo último que quiero.

—No ha sido un capricho —me disculpo—. No puedo trabajar con Jackson.

Aprieto los labios hasta convertirlos en una fina línea al pronunciar su nombre. ¿Cómo ha podido hacerme esto?

—Tonterías —replica exasperado.

—No lo son.

¡No lo son!

—Lara, cariño, eres fuerte, lo sé, pero tienes que demostrarlo y tienes que hacerlo en el mundo real. No siempre vas a estar en la comodidad de tus libros o tu despacho.

La descripción perfecta de una ratoncita de biblioteca. Al final parece más que obvio que todos me ven así, entonces, ¿por qué me enfada sobremanera que sea Jackson quien lo diga?

—Prométeme que vas a trabajar con Jackson y que vas a hacer que tu proyecto llegue lo más lejos posible.

Cierro los ojos y me llevo la mano libre a la frente. No puede pedirme eso... y yo no puedo negarme.

—Lo haré.

—Mucho mejor, pequeña. Sé que harás que me sienta muy orgulloso de ti.

Asiento varias veces.

—Lo intentaré —respondo al fin.

Nos despedimos y cuelgo. Quiero pensar las cosas con calma, volver a ser la chica analítica que siempre he sido. Easton tiene razón. Los contactos que se mueven en la oficina de Jackson son sencillamente asombrosos y él realmente brillante, laboralmente hablando, pero no podemos estar siquiera en la misma habitación. No sólo se trata de que sea un maldito arrogante, un tirano exigente y un adicto al trabajo que cree que todo el mundo debería serlo, se trata de cómo me siento cuando estoy con él. Además, ¡ha llamado a Easton! Después de ponerme las cosas increíblemente difíciles, lo llama para asegurarse de que va a poder seguir haciendo lo que quiera conmigo.

Se ha pasado de la raya.

Salgo disparada e irrumpo en su despacho como un ciclón.

—¿Cómo has podido atreverte? —bramo furiosa.

Jackson me fulmina con la mirada.

—No tengo que darte explicaciones —sisea a un único paso de mí.

—Me importa muy poco lo que tú creas. ¡Has llamado a Easton!

No tenía ningún derecho a hacer lo que ha hecho. Ha sido mezquino y ruin. Tenía clarísimo la posición en la que me colocaría.

Jackson da el último paso que nos separa a la vez que exhala con fuerza y el verde de sus ojos se vuelve aún más brillante.

—No iba a dejar que te marcharas de aquí.

—¿Por qué? —grito exasperada.

—Eso no es asunto tuyo —sentencia arisco, cortante, exigente.

Es obvio que no me quiere cerca. ¿Por qué se empeña en seguir con esto?

—Claro que es asunto mío.

Por un momento la atmósfera entre nosotros cambia, se hace más intensa, más fuerte... se llena de electricidad.

Jackson niega con la cabeza. No va a darme opción, ni tampoco escapatoria.

—No, no lo es —susurra salvaje.

Yo suspiro hondo tratando de calmarme, de poder pensar, pero no soy capaz. Mi cuerpo, mi respiración, incluso la forma en la que me late el corazón, están completamente desbocados.

—Por lo menos tratemos de ser un poco más prácticos —le pido intentando reconducir la conversación—. Trabajaré con Colin o con Donovan. Estoy segura de que te será muy sencillo ponerlos al día del proyecto.

—Ni hablar —me interrumpe.

—Jackson, es lo mejor.

Necesito que lo entienda.

—No —repite obstinado.

Resoplo de nuevo. No sé qué hacer. ¿Por qué tiene que ponérmelo tan complicado?

Su aroma me envuelve y tengo que contenerme para no cruzar la distancia que nos separa, ponerme de puntillas y oler directamente de su cuello.

¿Realmente me ha molestado tanto que llamara a Easton? ¿Realmente me ha molestado tanto que arruinara mi cita con Connor?

Por Dios, ni siquiera sé qué pensar.

Sólo quiero marcharme y no volver a verlo en mi vida, pero entonces su mirada atrapa la mía, mi cuerpo vuelve a despertarse y mi sentido común sencillamente se evapora. Le deseo. Deseo a Jackson Colton. ¿En qué lío me estoy metiendo?

—Sólo me quedo por Easton —murmuro.

No es verdad, pero necesito desesperadamente que lo sea.

Jackson entreabre sus labios, su mano se desliza por mi brazo hasta agarrar posesivo mi muñeca y me estrecha contra él, brusco, con fuerza.

—Te quedas por mí —sentencia.

Su voz es ronca, su magnetismo me sacude de golpe y sus ojos verdes me desafían. Toda su arrogancia, una vez más, sale a la luz y por primera vez en veintiún años entiendo el significado de la palabra *indomable*.

Se inclina sobre mí. Mis ojos bailan de los suyos a su boca mientras su mano sigue apretando mi muñeca. Mi respiración se acelera. Sus labios casi rozan los míos. Quiero que me bese, lo quiero con todas mis fuerzas.

—No voy a besarte, Lara —susurra.

—¿Por qué?

—Porque los besos son lo mejor de todo y no los comparto con cualquiera.

Sus ojos me dominan un segundo más y, dejándome al borde del colapso, sale del despacho.

Yo asiento para volver a la realidad, para recuperar mi sentido común o simplemente convencer a mis piernas para que comiencen a moverse, cualquier cosa que me saque de aquí. Ha vuelto a reírse de mí y yo he sido tan estúpida de ponérselo en bandeja. Desgraciadamente soy consciente de que lo deseo, pero ahora más que nunca lo odio con todas mis fuerzas.

Me dejo caer absolutamente derrotada en la silla y me llevo las palmas de las manos a la cara. No puedo sentirme atraída por Jackson. Aunque dejase de lado su *encantadora* personalidad, y eso ya es mucho decir, seguiría quedando el hecho de que es un Colton. No puedo hacerle eso a Easton, Erin y Allen.

Respiro hondo. ¡Es una maldita locura!

En la siguiente hora, me quedo sentada en mi mesa, pensando. No sé qué hacer. Estoy dándole vueltas a lo que ha pasado hoy en general y a mi patética vida en particular cuando una luz cruzando el cielo me sobresalta, pocos segundos después un sonido ensordecedor y, casi al instante, el enorme ventanal va pintándose de gotas de agua.

Genial, está lloviendo y yo sólo llevo un vestido que me llega por las rodillas.

Si Jack fuera una persona normal, ya estaría en casa a salvo de la lluvia. Pero no, él decide arruinarme la cita más importante de mi vida, llamar a Easton y negarse en redondo a que trabaje con sus socios, por no hablar de ese «los besos son lo mejor de todo».

Resoplo de nuevo y trato de concentrarme inútilmente en los documentos que tengo delante.

Lara Archer, tienes que poner fin a esta locura ya.

Más o menos otra hora después, oigo un ruido proveniente del pasillo y casi al mismo tiempo Jackson sale con la chaqueta puesta y ojeando su móvil. Maldita sea, después de todo lo que ha pasado ni siquiera se ha molestado en saber si sigo aquí o he caído desmayada sobre el teclado. ¡Es un cabronazo!

Me levanto furiosa. Recojo mi libro y mi bolso y lo adelanto para llegar al ascensor. Me doy cuenta de que no es la primera vez que lo hago, pero ahora mismo no quiero pensar en ello.

Las puertas de acero se abren y pulso el botón de la planta baja, rezando mentalmente para que se cierren antes de que él llegue, pero no tengo esa suerte.

Estoy muy enfadada. No me puedo creer lo tirano que puede ser; más que eso, a su lado, Atila sería *miss* Simpatía.

Un característico pitido nos anuncia que hemos llegado a la planta baja.

—Que pase una buena noche, señor Colton —me despido mostrando mi desdén y mi rabia en cada letra justo antes de salir del ascensor con el paso acelerado.

Y agradéceme el «señor Colton». No te lo has ganado.

Cruzo el vestíbulo todo lo de prisa que puedo sin llegar a correr, pero entonces me freno en seco delante de las inmensas puertas de cristal. Fuera, en la calle, está cayendo el diluvio universal. Miro mi vestido y me doy cuenta de que no hay ninguna posibilidad de que llegue a la parada de metro de la Séptima sin que el agua me cale hasta los huesos, y va a serme imposible coger un taxi.

Mientras contemplo mis escasas posibilidades, noto cómo unos pies se detienen junto a mí. No lo he visto, pero sé que es él. Mi cuerpo traidor lo sabe.

—Cómo llueve —comenta.

A pesar de mi enfado, me permito observarlo, con la mirada fija en la calle. Involuntariamente, me relajo. Tiene un atractivo diferente al de cualquier otra persona, más instintivo, más salvaje, casi animal. La auténtica definición del magnetismo. De pronto una punzada de placer se instala en mi vientre.

«Mala idea. Muy mala idea».

—Y, ves, allí —dice indicando con su largo índice un punto en la acera, justo frente a la puerta. Jackson se inclina sobre mí y mi respiración se acelera— está mi coche. Si me lo pides por favor y vuelves a llamarme señor Colton, te llevo a casa —sentencia con su arrogancia reluciendo en todo su esplendor.

¡Qué gilipollas! Mi enfado vuelve como un huracán. Muerta antes que pedirle algo por favor. Salgo corriendo y comienzo a caminar calle arriba.

Dios, llueve muchísimo y hace un frío que pela.

Me pongo el bolso en la cabeza, pero es un remedio absurdo.

—¡Lara! —me llama.

Me niego en rotundo a escucharlo. Por mí puede pasarse gritando toda la noche, así tendrá una excusa para comportarse como un auténtico capullo mañana.

Miro a la calzada por si se diese el milagro de un taxi libre, pero obviamente no sucede.

—¡Lara!

Su voz suena más cerca. De pronto me sujeta de la muñeca y me obliga a girarme.

—Sube al coche —ruge—. No puedes ir andando a casa.

—No pienso ir contigo a ninguna parte —replico insolente—. ¡Déjame en paz!

Trato de zafarme de su mano, pero no me lo permite.

—Lara —me reprende impaciente—. Métete en el puto coche.

Llueve con fuerza. Tiene el traje completamente empapado. Las gotas de agua bañan su rostro y el pelo mojado se arremolina en su frente. Por algún motivo que se escapa por completo a mi control, está aún más atractivo, más salvaje, y esa simple idea parece inundarlo todo.

Por un momento nos observamos en silencio, como si los dos acabásemos de decidir que ya no nos importa mojarnos.

—Sube al coche —repite a la vez que se echa el pelo hacia atrás con la mano y me obliga a empezar a caminar con él.

Su voz ha cambiado.

Estoy hecha un completo lío, con mi cuerpo sintiendo otra vez una decena de emociones que ni siquiera soy capaz de distinguir. ¿Cómo consigue que me sienta así, que pase del enfado a esta extraña calma, que sólo pueda ser consciente de cada estímulo que recibe mi cuerpo?

Enfadada, pero más confusa y excitada de lo que me atrevería a reconocer, entro en el coche y me acomodo en la parte de atrás. Musito un tímido saludo al conductor, que me devuelve un profesional gesto de cabeza a través del espejo retrovisor.

—A TriBeCa —ordena Jackson entrando en el Jaguar—, al ochenta y ocho de la calle Franklin.

Me cruzo de brazos y me alejo todo lo que puedo de él. Ahora mismo estoy helada. Tengo el vestido empapado y pegado a la piel. Jackson me observa y resopla malhumorado.

—Vas a coger una maldita pulmonía —masculla—. ¿Cómo has podido pensar que te dejaría irte andando a casa con esta lluvia?

Parece indignado y es el colmo. ¡No es culpa mía! ¡No soy yo quien lleva comportándose cuatro días como un malnacido intratable!

—Prefiero acabar con cuarenta de fiebre antes que pedirle nada, señor Colton.

Jack resopla a la vez que cabecea.

¿Estás cabreado? Bienvenido a mi club.

Aunque con estos *maravillosos* días de trabajo que me ha dado, empiezo a pensar que ese club lo inventó él.

Pierdo mi vista en la ventanilla intentado recordar si tengo algún ibuprofeno en el apartamento.

—Tómate un par de aspirinas cuando llegues a casa —me ordena sin ninguna amabilidad—. ¿Tienes?

Me giro y abro la boca absolutamente indignada, casi escandalizada.

—¿Y a ti qué te importa? —contesto enfadada, muy enfadada.

—¿Sabes? —replica aún más arisco a la vez que se inclina sobre mí y tira de la manilla de la puerta. El conductor debe de verlo por el retrovisor, porque detiene inmediatamente el vehículo—. Tienes razón. A mí qué coño me importa.

Se deja caer sobre el asiento y aparta su mirada de mí. Yo observo tímidamente lo que me espera fuera del coche. Sigue diluviando y debemos de estar a más de diez manzanas de mi apartamento. Pero no puedo echarme atrás. No he dicho nada que no se haya ganado a pulso y no pienso comportarme como la niña asustadiza que cree que soy.

Salgo del coche y, sin mirar atrás, echo a correr. El agua me cala hasta los huesos y moja cada una de las carpetas que me esfuerzo en pegar al cuerpo para proteger. Definitivamente acerté en todo lo que pensé sobre Jackson, en todo lo que siempre he pensado sobre él. Puede que sea guapísimo y puede que mi cuerpo sienta cosas de lo más estúpidas, pero no tiene un ápice de bondad. Eso está claro.

Como sospechaba, estoy a más de diez manzanas de casa y no deja de llover. El día está siendo larguísimo. Lo único que me apetece ahora mismo es estar con las chicas, aunque no pueda contarles qué me pasa. No porque no quiera, sino porque ni siquiera lo entiendo. «Hola, soy Lara Archer. Odio profundamente a mi socio temporal, impuesto por su propia voluntad, que, para colmo, es el hijo de dos personas a las que quiero como si fuesen mis padres, y por el que mi cuerpo siente cosas que no soy capaz de controlar».

Ufff... pensar siquiera en hablar de ello es una pésima idea.

Cruzo Church Street y enfilo la calle Franklin. La lluvia afloja un poco. Sigo mojándome, pero por lo menos ya no es el diluvio universal.

Acelero el paso y consigo llegar a mi portal. Resoplo para evitar tiritar muerta de frío mientras saco la llave y por fin entro. Estoy cansada y enfadada y excitada... menuda combinación de pena.

—¡Hola, trabajadora!

El saludo de Sadie me hace dar un respingo con el que casi toco el techo cuando enciendo la luz. Ella comienza a reírse y sale del fondo de mi portal. Casi se me escapa el corazón por la boca. Esta pienso guardársela.

—Tu vecino me ha dejado pasar. Me estaba helando —se explica.

—No me extraña —comento socarrona.

Lleva un vestido bastante corto y un abrigo tan fino que dudo que cumpla una función como tal.

—Es que el objeto de estudio de mi nuevo experimento es comprobar cuánto tiempo tarda una mujer blanca en congelarse en el centro de Manhattan.

—O cuánto tiempo tarda en ligarse a un marinero —replico burlona mientras abro mi buzón y recojo el correo.

Ella me hace un mohín y me sigue escaleras arriba.

—¿Dónde está Dylan? —pregunto cuando alcanzamos mi rellano.

—¿Versión oficial o versión truculenta?

—Truculenta, por favor —le pido con una sonrisa.

—Creo que tenía una cita.

La miro esperando a que continúe, pero no lo hace.

—¿Y eso es truculento para ti? —me quejo. Abro la puerta y entramos en mi apartamento—. No juegues conmigo. Cuándo dices *truculento*, espero persecuciones en coche, amores desenfundados, algo de BDSM...

Sadie se echa a reír.

—Pues entonces hay versión oficial y versión «sé que me están mintiendo, zorra, y, mientras te llamo, te estás pintando la raya del ojo».

Ahora la que se ríe soy yo a la vez que asiento dándole la razón.

Sadie saca una botella de preparado de Cosmopolitan y comienza a agitarla con una sonrisa de oreja a oreja. Risas y cócteles. Justo lo que necesito. Dejo mi bolso y las carpetas empapadas sobre la encimera, entro en mi habitación y me quito el

vestido que chorrea. Maldita sea, qué complicado es quitarse la ropa cuando está mojada. Me pongo un pantalón corto de pijama y la primera camiseta que saco del cajón y me seco el pelo con una toalla. Todo en un tiempo récord. Regreso al salón con una toalla y ropa seca para Sadie y se las tiendo. Mientras se cambia en el baño, abro una de las carpetas con cuidado y miro las hojas con el gesto torcido. Están absolutamente empapadas. Menudo desastre.

—Tu única solución es el secador —me dice caminando hasta mí con uno en la mano—. No te preocupes, entre las dos terminaremos en seguida.

Me dedica un nuevo mohín ante mi gran desesperación y yo no tengo más remedio que acabar sonriendo.

La siguiente hora la pasamos así: extendiendo documentos sobre la encimera y secándolos con mi secador. De vez en cuando le damos un sorbito a nuestros cócteles por aquello de hacer el trabajo más ameno.

—Esto es un trabajo de chinos con todas las letras —me quejo.

—Nunca he tenido claro si esa expresión es o no despectiva para los chinos.

—Deberías preguntárselo a uno —bromeo.

Sadie va a responderme cuando la alerta de mensajes en mi móvil comienza a sonar.

—Te has librado —responde fingidamente hostil con los ojos entrecerrados a la vez que me apunta con el índice.

Mi sonrisa se ensancha mientras busco el iPhone en las profundidades de mi bolso. ¿Quién podrá ser? ¡Quizá sea Connor!

Tuerzo el gesto cuando veo el nombre de Jackson. ¿Qué más quiere de mí? ¿Probar la tortura china? Otra cosa que no está claro que deje en muy buen lugar al país asiático.

¿Has llegado bien?

Resoplo con fuerza. ¿A él qué le importa? Estoy cansada de que el señor tirano sea también el señor bipolar. No le preocupa arruinarme la vida, llamar a Easton o dejarme bajo la lluvia, pero después quiere saber cómo he llegado. Que le den. Con lo guapo que es, seguro que hay una cola inmensa esperando a que les deje hacerlo. Una sonrisilla llena de malicia se cuela en mis labios.

Me meto el móvil en el bolsillo y regreso con mis empapados documentos, que, por cierto, también son culpa suya.

Menos de dos minutos después, el móvil vuelve a sonar.

Lara, contéstame.

Pongo los ojos en blanco y vuelvo a guardarme el *smartphone*. Hasta por teléfono es un maldito tirano arrogante.

—¿Y tú qué tal estás? ¿Qué tal con Jackson?

—Horrible —digo viviendo cada letra.
Qué bien sienta.
Ambas sonreímos justo cuando llega un nuevo mensaje.

Contéstame o voy a tener que ir a tu casa.

Vuelvo a resoplar. Me parece el colmo que encima se permita el lujo de amenazarme como si fuese un hombre comido por la preocupación.

Oh, señor Colton, siento haberle preocupado.

Toda mi relajación acaba de esfumarse. Vuelvo a estar furiosa e indignada, muy indignada.

—¿Quién te envía esos mensajes? —pregunta Sadie perspicaz con su mirada de «¿has ligado, zorra? Cuéntamelo todo».

—Nadie —respondo sin más—. Oye, ¿no deberíamos mondar una naranja y echar la piel? ¿Una sombrillita quizá?

Mi intención de cambiar de tema es clara y, como siempre, de lo más torpe.

Lara Archer: 0; habilidades sociales: ganadoras por goleada.

—Probablemente, pero me interesa más saber si hoy es el día de mentirle en la cara a Sadie y no me había enterado —comenta sardónica y también algo molesta.

Frunzo los labios. No quiero que se sienta mal por mi culpa.

—No estoy mintiendo —me disculpo—, es que estoy hecha un verdadero lío.

—Un verdadero lío ¿con qué?

Antes de que pueda contestar, la alerta de mensaje entrante de mi iPhone suena por cuarta vez.

Déjate de estupideces y dime de una vez si estás bien.

Te estás comportando como una maldita cría.

¡Maldita sea! Se está superando. Siempre se comporta como un verdadero cabronazo conmigo. ¿Qué demonios le pasa?

Sí, estoy en casa sana y salva y no ha sido gracias a ti.

¿Sabes? Si yo me estoy comportando como una cría, tú estás siendo un auténtico gilipollas.

Justo cuando el móvil me indica que el mensaje se ha envidado, suena el portero automático de la puerta principal. El sonido me sobresalta y el corazón se me sube a la garganta. No puedo creerme que se haya atrevido a venir.

Sadie abre una nueva carpeta y extiende un nuevo documento. Yo observo la puerta un instante y camino con paso titubeante hasta el recibidor.

—¿Quién es? —pregunto pulsando el botón del interfono.

—Baja tu culo hasta aquí, Lara. Créeme, como me hagas subir, va a ser peor.

Su voz suena amenazadoramente suave y por un momento logra intimidarme. Sin embargo, esta curiosa dignidad que sólo él sabe despertar vuelve a tiempo de decirme que soy yo la que tiene todo el derecho del mundo a estar enfadada. Asiento para reforzar esta idea. Abro la puerta, le pongo una pobre excusa a Sadie y bajo dispuesta a gritarle cada palabra de lo que pienso de él.

Bajo las escaleras de prisa, pero, cuando lo veo en la acera al otro lado de la inmensa puerta de madera y cristal de mi portal, me paro en seco. Tiene la palma de la mano apoyada en la pared de mármol, la otra en su cadera y la mirada clavada en el suelo. Ya ha escampado, pero aún lleva el pelo y el traje completamente empapados, como si se hubiese pasado cada minuto de esta hora dando vueltas sin saber qué hacer. Hierve de pura rabia, no necesito acercarme un paso más para saberlo, pero también parece preocupado de verdad y esa simple idea me desarma. Me siento culpable, aunque una parte de mí se empeñe en gritar que no debería.

Se pasa la mano por el pelo húmedo y alza la cabeza. Repara en mi presencia e inmediatamente atrapa mi mirada con la suya increíblemente verde. Nos separan más de diez metros y un portón gigantesco y aun así logra cautivarme. Dios fue demasiado injusto cuando lo creó. No nos dio ni una mísera oportunidad a las mujeres.

Suspiro hondo y me obligo a andar hacia la puerta.

—¿Tienes idea de lo preocupado que estaba? —ruge en cuanto abro, incorporando y tensando su perfecto cuerpo—. He pensado lo peor, que te habían atracado, golpeado... —Respira hondo para calmarse, como si la simple posibilidad de que algo de eso me hubiera ocurrido le volviese loco.

—Estoy bien —respondo clavado la vista en mis propias manos y entre toda la culpabilidad comienza a abrirse paso un renacido orgullo—. Si te sientes así, es sólo culpa tuya.

Empiezo a recordar cada palabra que pensaba decirle cuando bajaba las escaleras.

—¿Por qué coño no me has contestado? —masculla ignorando mis palabras.

—¡Porque estaba enfadada! —contesto alzando la voz. ¿Es que no es obvio?

Su expresión se suaviza mínimamente y en su mirada veo un destello de frustración.

—Lara —me reprende.

¡Odio que haga eso!

—Siempre te comportas como un auténtico capullo conmigo.

Sé que no es la primera vez que se lo digo y por un momento me arrepiento de ser tan estúpida de volverme a poner en bandeja para que se ría de mí. Sin embargo, él sólo me observa. Sus ojos verdes parecen traspasarme. Jackson se acerca un paso eliminando toda la distancia entre nosotros. Está cerca, demasiado cerca. Alza la mano, la sumerge en mi pelo y se inclina sobre mí. A esta distancia sus ojos son aún más verdes, aún más indescifrables.

—No vuelvas a hacer algo así —susurra ronco, salvaje.

—Jackson —murmuro.

Lo llamo, pero ni siquiera sé qué quiero.

Mi respiración se acelera. Mi cuerpo se enciende.

Pero, sin darme oportunidad a responder, da media vuelta y camina hacia su coche. No quiero que se vaya, quiero preguntarle, entenderlo, pero no tengo la más remota idea de cómo conseguirlo.

Justo antes de deslizarse en el asiento del piloto de su impresionante Ferrari negro de 1961, me mira una última vez. Yo sigo de pie, en mi portal, confusa como no lo he estado nunca. Finalmente clava su vista al frente y sé que ya ha tomado una decisión. El motor ruge y el coche desaparece calle arriba pocos segundos después. Hace frío, pero soy incapaz de moverme del portal. ¿A qué ha venido? ¿Por qué se preocupa por mí? ¿Por qué no me deja entenderlo? Estoy hecha un auténtico lío.

—¿Quién era? —pregunta Sadie apagando el secador al verme entrar.

Yo tuerzo el gesto suavemente y camino en silencio hasta sentarme en uno de los taburetes de la isla de la cocina.

—Era Jackson —respondo al fin.

—¿Y qué quería?

Quiero responder, pero sinceramente no lo sé, como tampoco sé cómo me siento al respecto.

—Unos documentos —digo con poca convicción—. Tengo que tenerlos listos para mañana. Quería asegurarse.

Sadie se encoge de hombros y vuelve a encender el secador.

—Vas a hacerlo muy bien —me anima alzando la voz por encima del constante rumor que produce el pequeño electrodoméstico—. Tú siempre lo consigues.

Me esfuerzo en sonreír porque no quiero despertar su lado perspicaz y que siga haciéndome preguntas.

Ya en la cama no dejo de pensar, ni siquiera después de tres cócteles y de que Sadie haya intentado hipnotizarme con su llavero de I love New York. Según ella, estaba un poco tensa. No se hace una idea. El día ha sido demasiado raro. Yo sólo quería ir a tomar una café con Connor, bueno un café y, ya puestos, que me confesara que está enamorado locamente de mí. ¿Era tanto pedir? En lugar de eso, tengo el estómago encogido porque no entiendo nada de lo que está pasando con Jackson. Me gustaría tener un manual de instrucciones de mí misma y saber por qué me siento así y, sobre todo, por qué me siento así con él.

El despertador suena estridente y desagradable. Lo apago de un manotazo. Abro un ojo a regañadientes y asesino con la mirada la pequeña pantalla digital que dice que son las seis de la mañana. Cierro los ojos, resoplo y me giro en la cama acurrucándome. Connor cree que soy una cría y estoy sumida en una especie de

atracción fatal con el bastardo más insufrible del planeta. Odio mi vida. No pienso levantarme. Resoplo de nuevo y abro los ojos. Maldito sentido de responsabilidad.

Despierto a Sadie, que me comunica que oficialmente ha decidido negarse a aceptar que ya es de día, y me arrastro hasta la ducha. Me preparo para ir a trabajar y salgo de mi apartamento gritando a Sadie que cierre con fuerza cuando decida aceptar oficialmente que, quiera o no, tiene que ir a trabajar. Entro en mi cafetería preferida de Canal Street y me tomo un café y un *beagle*. Debería pensar y analizar todo lo que pasó ayer, pero me niego en rotundo. Entre Jackson y yo nunca, jamás, ocurrirá nada. Eso es lo único que tengo que saber.

En la oficina todo va exactamente como tiene que ir. Scott me pasa un resumen de todos los archivos revisados ayer y me informa de que a media mañana tengo una reunión con el señor Sutherland y el teniente de alcalde para revisar las cifras de mi departamento. Nada fuera de lo común.

Sadie y Dylan me han enviado una docena de whatsapps, cada una exigiéndome que salga a una hora decente de la oficina y me vaya con ellas primero a The Hustle, a beber como es debido, y después al Indian, nuestro club preferido, a bailar como es debido. Yo pongo excusas de lo más variadas, no me apetece salir, y acabo ganándome que Sadie me mande una amenaza grabada en vídeo en la que asegura que se ha apuntado a clases de *krav magá*, las artes marciales israelíes, y puede darme una paliza en cualquier momento. La creo capaz. Así que prometo pensármelo.

A media mañana estoy recostada sobre mi silla, con los pies enfundados en unos bonitos *peep toes* con plataforma rojos que descansan sobre mi escritorio y con un lápiz entre los dientes, concentrada en la lectura de un contrato mercantil de ética dudosa, cuando el icono de correos electrónicos de mi Mac comienza a vibrar. Tengo un mensaje nuevo. Bajo los pies de la mesa rápidamente y sonrío nerviosa al leer el remitente. ¡Es de Connor!

De: Connor Harlow
Enviado: 11/09/2015 11.32
Para: Lara Archer
Asunto: Espero no molestarte

Espero no molestarte. Quería pedirte perdón. Fui muy brusco contigo ayer. Mis más sinceras disculpas.

Connor Harlow
Asesor Ejecutivo de Silver Grant y Asociados

Mi sonrisa se ensancha hasta adquirir la categoría de idiota y me llevo el reverso de los dedos a los labios. ¿Significa este *email* que todavía tengo una oportunidad? Cuadro los hombros y llevo mis manos al teclado. No tengo la más remota idea de qué escribir. Sonrío de nuevo y suspiro hondo antes de teclear una respuesta.

De: Lara Archer
Enviado: 11/09/2015 11.35

Para: Connor Harlow
Asunto: RE: Espero no molestarte

Muchas gracias por tus disculpas. Ten por seguro que no me has molestado.
¿Ahora estás trabajando?

Lara

Pulso «Enviar» y comienzo a dar golpecitos cada vez más rápidos con el pie en el suelo. Contesta. Contesta. Contesta.

Llaman a mi puerta y, sin darme oportunidad a responder, Scott irrumpe en mi despacho.

—Lara, todo listo para la reunión —me informa.

Asiento un par de veces con la mirada fija en la pantalla.

—Dame un momento —le pido obligándome a mirarlo.

Ahora es él quien asiente y se marcha cerrando tras de sí.

El icono de correo electrónico vibra.

De: Connor Harlow
Enviado: 11/09/2015 11.40
Para: Lara Archer
Asunto: Trabajando

Estoy trabajando, gestionando algunos asuntos en Atlanta.

Connor Harlow
Asesor Ejecutivo de Silver Grant y Asociados

Sonrío de nuevo, fijándome en el detalle de que ha vuelto a poner su nombre, apellido y cargo en la empresa, como si existiese la más mínima posibilidad de que lo confundiese con otro.

De: Lara Archer
Enviado: 11/09/2015 11.45
Para: Connor Harlow
Asunto: No me distraigas

Si estás trabajando, no deberías distraerte conmigo y no deberías distraerme a mí... aunque me encanta que lo hagas.

Lara

Dudo en enviarlo y vuelvo a releerlo un par de veces, asegurándome de que parezca un suave coqueteo y no nada descarado o soez. Finalmente pulso «Enviar» y desde ese preciso instante observo la pantalla como si esperase ver la combinación del superbote de la lotería número a número.

Miro el reloj. Ya han pasado cinco minutos.

—Contesta. Contesta —murmuro nerviosa.

Vuelvo a dar golpecitos con el pie. Estoy nerviosa. Quizá le haya parecido demasiado. No tendría que haber intentado coquetear. Ni siquiera tengo claro que sepa cómo hacerlo.

Cojo el móvil y, desesperada, marco el número de Sadie.

—Teléfono del amor de Sadie —contesta—. Puedo amarte, puedo hacer que te sientas bien.

Frunzo el ceño.

—¿Sabías que era yo?

—En realidad, no.

Frunzo el ceño aún más e involuntariamente sonrío. No quiero sonreír. ¡Estoy muy preocupada!

—Creo que he metido la pata hasta el fondo. He coqueteado con Connor por *email*.

—¿Quién? ¿Tú? —pregunta sorprendida, casi escandalizada—. ¿Qué has hecho, Lara Archer? —se lamenta y me reprende a la vez, como si acabase de llevar a cabo una actividad para la que no estoy en absoluto capacitada.

Me lo temía.

—¿Qué le has puesto?

—Algo sobre que me gustaba distraerlo del trabajo y que él me distrajera a mí.

—Eres lo peor.

—Lo sé —gimoteo dejando caer la cabeza sobre la mesa.

En ese momento el icono de correo vibra. ¡Un nuevo *email*!

De: Connor Harlow
Enviado: 11/09/2015 11.53
Para: Lara Archer
Asunto: Espero no molestarte

No era mi intención distraerte. Imagino que estás muy ocupada.

Connor Harlow
Asesor Ejecutivo de Silver Grant y Asociados

Lo leo en voz alta y Sadie bufa indignada al otro lado.

—Connor Harlow, eres un soso —dice ceremoniosa.

—No es ningún soso. Simplemente no ha entendido el mensaje —le defiende—. Voy a aclarárselo.

—¡No! —grita, pero no la escucho.

De: Lara Archer
Enviado: 11/09/2015 11.55
Para: Connor Harlow
Asunto: Aclaración importante

Me gusta que me distraigas. Estaba intentando coquetear, pero por lo visto no se me da muy bien.

Lara

Lo leo en voz alta y muevo el ratón dispuesta a enviarlo.

—No lo hagas —me pide Sadie.

—¿Por qué?

Es un buen mensaje.

—Porque, cuando no sale bien un coqueteo, uno no se lo dice a la persona con la que estaba coqueteando. ¡Eso es horrible! Es como si quisieses asesinar a alguien, fallases en el tiro y fueras a contárselo para que se hiciera el muerto.

Frunzo los labios pensativa.

—No es lo mismo —respondo al fin.

—No lo envíes.

—Voy a enviarlo.

—No.

—Sí.

Voy a pulsar el botón de «Enviar», pero me entra un correo de trabajo de Scott con los informes que tenemos que revisar en la reunión. Lo abro, reviso el documento y lo mando a la impresora a la vez que le respondo un simple «todo ok» y después mando el de Connor.

—Connor no es ningún soso —vuelvo a decir.

Me levanto y camino hacia la impresora láser. Tengo que ir a esa dichosa reunión.

—Connor es el rey de los sosos —contraataca sin piedad Sadie.

Cojo el documento y creo que estoy a punto de desmayarme cuando veo que el *email* que he impreso es el que pensaba enviarle a Connor: eso significa que...

—¡Joder! —exclamo corriendo de vuelta a mi mesa.

—¿Qué ha pasado? —grita Sadie al otro lado.

Muevo frenética el ratón. Carpeta de enviados. Últimos mensajes. ¡No! ¡No! ¡No!

—¡He enviado por error el correo que se supone que era para Connor a todo el departamento!

—¡¿Qué?! ¡Aborta misión! ¡Aborta misión!

Trato de buscar algún apartado que diga cómo recuperar mensajes escritos por error porque eres rematadamente estúpida o algo parecido, pero nada.

—No puedo recuperarlo —me lamento.

—¡Quema el ordenador!

—¡Joder!

Entra un nuevo correo electrónico. Lo abro desesperada. Es de Connor.

De: Connor Harlow

Enviado: 11/09/2015 12.01

Para: Lara Archer

Asunto: RE: Todo ok

No te preocupes. Es comprensible. Lo entiendo.

—Joder —me quejo en un murmullo a la vez que cierro los ojos, me llevo la mano a la frente y pataleo.

¿Por qué? ¿Por qué tengo que tener tan mala suerte?

—Connor acaba de responderme al *email* de «todo ok» que le he mandado a Scott.

—¿Y qué te ha dicho?

Se lo leo.

—Por Dios, ves como es un auténtico soso. Seguro que ese no te toca como si no pudiese pensar en otra cosa —recalca recordando mis palabras.

Tuerzo el gesto.

—No es el momento —me quejo.

—Pues yo creo que sí.

Llega un nuevo correo. ¿Quién es ahora? Seguro que es Dios diciéndome «esa ha estado muy buena, Lara». Tiene que pasárselo en grande viendo mi vida.

Al ver el remitente, frunzo el ceño.

De: Jackson Colton
Enviado: 11/09/2015 12.03
Para: Lara Archer
Asunto: Puesta en común del proyecto

En unos días tendremos una nueva reunión con Adam Monroe. Te quiero en mi despacho esta tarde para poner en común todo lo trabajado.

No caigo en la cuenta de que lo he leído en voz alta hasta que, con la última palabra, Sadie grita al otro lado de la línea:

—¡Eso es un hombre! —sentencia.

Yo la ignoro por completo y miro la pantalla sin saber qué pensar. Qué novedad. Sólo espero que la reunión con Monroe vaya como tiene que ir, acepte invertir, la señora Belamy dé su visto bueno y mi proyecto pase al programa de Naciones Unidas, lejos de Jackson Colton.

—Es la peor persona sobre la faz de la tierra.

Sadie bufa al otro lado.

—No tienes ni idea, Lara. Jackson Colton es lo que los expertos en comportamiento humano como yo llamamos *empotrador salvaje*.

Carraspeo para contener una carcajada.

—No me parece un término muy científico.

—No estás en el mundillo. No conoces la jerga técnica —me replica muy convencida.

—Sólo sabe darme órdenes —me quejo—. Y es un completo imbécil —añado

exasperada.

—Lara, sabe lo que quiere y lo quiere ya.

Sus palabras, durante unos segundos, revolotean por mi mente. Esa frase podría haberla dicho él mismo.

—La verdad es que, explicado así, suena mucho más atractivo —reconozco.

Y eso que ella no sabe lo bien que huele, lo ronca que es su voz, lo verdes que son sus ojos de cerca...

—Y tanto.

—Sí.

... el magnetismo que desprende.

—Sí.

Las dos nos quedamos en silencio. Creo que Sadie incluso suspira.

—¿Tú no acabas de enviarle a todo tu departamento un *email* de lo más comprometido?

¡Mierda!

Cuelgo el teléfono y salgo disparada de mi despacho, pero con el segundo paso me freno en seco muerta de la vergüenza. ¡Todos me están mirando!

—Habéis recibido un *email* —me explico lacónica con la voz increíblemente baja—. Obviamente ha sido un error.

Nadie dice nada. ¡Por Dios, qué bochorno! Carraspeo, cuadro los hombros y camino decidida hacia la salida. Mientras me dirijo a la sala de conferencias, les mando un whatsapp a las chicas apuntándome al plan de esta noche, está claro que necesitaré un par de copas para olvidarme de esto, y un nuevo *email* a Connor disculpándome y explicándole lo ocurrido. Por supuesto, no hago el más mínimo intento de coquetear y reviso tres veces el remitente.

«Eres un desastre, Archer».

La reunión va como esperaba y, cuando regreso al departamento, todos parecen haberse apiadado de mí y fingimos que no ha pasado nada. Creo que voy a subirles el sueldo sólo por esto.

A las cinco en punto despejo mi mesa y absolutamente en contra de mi voluntad pongo rumbo al 1375 de la Sexta Avenida, más concretamente a Colton, Fitzgerald y Brent. No quiero ir. Las palabras de Sadie y todo lo que ocurrió ayer siguen revoloteando sobre mi cabeza y, aunque tampoco lo quiero, no puedo evitar compararlo con Connor. Él me puso su nombre, su apellido e incluso la empresa en la que trabaja temiendo que no lo conociese. Jackson no sólo no se tomó esa molestia, sino que apuesto a que tiene clarísimo que jamás, nunca, nadie, podría confundirlo o no recordarlo. Cabeceo. Son tan diferentes...

Las puertas del ascensor se abren y sonrío sorprendida al encontrarme a Eve esperándolo.

—¿Ya te vas a casa?

—Sí —responde alzando las manos discretamente en señal de victoria—. Ya se

han marchado todos, sólo quedan el señor Colton y el señor Fitzgerald.

Asiento. ¿Por qué será que no me sorprende que el adicto al trabajo sea uno de los últimos en marcharse de la oficina?

—Es viernes y pienso quemar la ciudad —me informa Eve entrando en el ascensor a la vez que yo salgo.

—Diviértete —me despido.

—Lo mismo digo.

Entro en la desierta oficina y me dirijo inmediatamente a la pecera. Antes de cruzar el umbral, mi mirada recorre el pasillo y llega a la puerta de Jackson. Por un instante pienso en ir a verlo, decirle que ya estoy aquí... quizá, que hablemos de lo que casi ocurrió ayer...

¡Lara Archer, no!

Cabeceo y me obligo a entrar. Tras esa puerta está el enemigo. No tienes nada que hacer en ese despacho. Sin embargo, con el primer paso me doy cuenta de que Jackson ha estado aquí. Hay una docena de carpetas sobre mi mesa. Me acerco y sin siquiera sentarme las ojeo curiosa. ¡Por Dios! Ha realizado al menos tres cuartas partes del trabajo, solo y en menos de un día. Todo lo que hice ayer está impecablemente corregido. Ha terminado los contratos, ha redactado las ofertas de colaboración en firme y ha elaborado unas previsiones de venta dignas de un experto en comportamiento bursátil. El malnacido es la persona más inteligente que he conocido jamás.

—Mejor para ti —me obligo a murmurar en voz alta después de cinco minutos mirando las carpetas, admirándolo en silencio.

Esto es una buena noticia. Sé todo lo que ha hecho, así que no tendré que hablar con él, trabajaré a partir de esta documentación y podré mantenerme alejada de su despacho.

Mi móvil comienza a sonar y tengo la sensación de que acaban de sacarme de una burbuja. Miro el reloj. ¡Son más de las siete! Ni siquiera me había dado cuenta. Cierro la carpeta que revisaba y, lanzando un profundo suspiro, cojo el *smartphone*. Es Sadie.

—¿Dónde estás? —pregunta en cuanto descuelgo.

Respiro hondo. Acabo de darme cuenta de que estoy hambrienta.

—En la oficina de Jackson. Trabajando.

—¿Todavía?

—Todavía. —Vuelvo a mirar el pequeño reloj en la esquina inferior del ordenador —. Chicas, será mejor que...

—¡No te atrevas! —me interrumpe Sadie.

—Ni siquiera sabías lo que iba a decir —protesto.

—Chicas —empieza imitando mi voz—, será mejor que sigáis la juerga sin mí.

Vaya, ha dado justo en el clavo. Estoy sorprendida.

—Vas a terminar lo que quiera que estés haciendo y dentro de una hora vas a estar

en la puerta del Indian.

—No puedo. Ni siquiera tengo ropa para cambiarme.

—No te preocupes por eso. Tienes una hora, soldado Archer.

Sonrío.

—Está bien.

Cuelgo y vuelvo a prestar atención a las carpetas.

Colin se acerca a la pecera a pedirme un favor: necesita que revise unas tablas de inversiones y que les dé una nueva perspectiva. Acepto encantada. Colin me cae genial y siempre es muy simpático conmigo.

Han pasado dos horas y media y Jackson no ha salido de su oficina. Es obvio que su trabajo le apasiona. Una vez escuché que sólo eres capaz de estudiar derecho y económicas si en tu tiempo libre te gusta leer libros de derecho y económicas. Jackson estudió lo mismo que yo en la Universidad de Northwestern y, después de ver su biblioteca, está claro que también puede aplicársele esa norma. Quizá a él también se le pasen las horas sin ni siquiera darse cuenta.

«No te emociones. La única ratoncita de biblioteca eres tú».

Resoplo y me obligo a concentrarme única y exclusivamente en el trabajo; sin embargo, unos pasos me distraen. Hablando del rey de Roma...

—¿Tienes listos los contratos del apartado veinticinco?

Asiento y me obligo a dejar de mirarlo.

—También me gustaría que echaras un vistazo...

No he terminado la frase cuando otro par de pies me distraen.

—Lara, ¿tienes listas las revisiones?

Asiento de nuevo y muerdo el lápiz suavemente mientras busco entre las carpetas de mi mesa la que Colin vino a traerme hace unas horas. Él se sienta en el borde de la mesa contemplando mi desorden con una sonrisa. Todo bajo la atenta mirada de Jackson.

—Aquí la tienes —respondo tendiéndosela—. El perfil de inversión de la quinta tabla es demasiado elevado, en mi opinión. Te he preparado una demo con una inversión de más seis en vez de más de diez. Si aun así no te convence, podemos probar con un más ocho.

La sonrisa de Colin se ensancha. Me quita la carpeta con una mano y con la otra me agarra de la barbilla a la vez que se acerca a mí.

—Eres mi chica preferida, Lara Archer.

Me guiña un ojo y el embaucador se levanta sin dejar de sonreír. Es un auténtico sinvergüenza.

—Yo ya he terminado por aquí —le dice a Jackson—. ¿Una copa en el club?

Jackson niega con la cabeza sin levantar sus ojos verdes de mí.

—No puedo. Me llevo a Lara a una reunión.

Colin se encoje de hombros y le da una cariñosa palmadita en el hombro. Sin embargo, Jackson parece enfadado, ¿por qué? Además, ¿qué clase de reunión se

celebra a las nueve y media de la noche? Incluso para un adicto al trabajo como él es una hora, cuanto menos, inusual.

Observa cómo Colin desaparece camino de su despacho y da un paso hacia la puerta de cristal.

—Lara —me llama llenando mi nombre de exigencia.

¿Cuánto tiempo llevo mirándolo?

Como no sé responder a esa pregunta, me levanto casi de un salto a la vez que carraspeo y rescato mi bolso y camino deprisa hacia la puerta, que mantiene abierta para mí.

Mientras esperamos el ascensor, se pasa la mano por el pelo y resopla. No habla, pero es obvio que está enfadado y lo es aún más que mi presencia no le hace la más mínima gracia; entonces, ¿por qué me ha hecho venir?

En el coche sigue pensativo. Yo intento concentrarme en cualquier otra cosa y pierdo mi vista en la ciudad a través de la ventanilla del elegante Jaguar. Instado por Jackson, el conductor ha puesto algo de música, pero no distingo qué canción es. Estoy nerviosa. No sé adónde vamos. Probablemente sea un lugar desconocido con gente desconocida.

Respiro hondo y trato de relajarme.

Se práctica, Archer. Recopila información.

—¿Quiénes son esos inversores?

—Mike y Alice Fox —responde sin ni siquiera mirarme.

Yo asiento y saco el iPhone. Para cuando el coche se detiene, he averiguado que los Fox son los dueños de varios hoteles muy de moda en Nueva York. Defienden un nuevo tipo de alojamientos, en los que el lujo sofisticado y la discreción son su política.

Me bajo del vehículo y alzo la mirada siguiendo el enorme rascacielos de acero y cristal. Es el Archetype, en plena Quinta Avenida, su hotel estrella. Es realmente increíble.

Jackson comienza a andar hacia el interior del hotel. De pronto toda mi admiración se convierte en recelo. Respiro hondo. Sigue siendo un lugar desconocido. Jackson se detiene junto a la entrada y me observa esperando a que pase primero. Sigo caminando, pero mis pasos son cada vez más inseguros. Casi estoy en la puerta cuando varios cláxones y un frenazo me sobresaltan.

El corazón se me acelera.

No quiero entrar.

No quiero entrar.

De pronto siento su mano al final de mi espalda. El alivio es inmediato. Alzo la mirada y sus ojos verdes me atrapan por completo. La tensión se esfuma y una cálida sensación de protección me envuelve.

—Estás a salvo —susurra, y por un momento no sé si se refiere a esta situación en concreto o a su lado en general. Una parte de mí se muere por descubrirlo—. Vamos

—añade con una sonrisa.

Sólo entonces me doy cuenta de que me había detenido a su lado. Yo me llevo un labio sobre otro nerviosa. Jackson me empuja suavemente, comienzo a caminar y los dos accedemos al vestíbulo del lujoso hotel. Su mano al final de mi espalda me lleva y también calienta mi piel debajo de mi vestido.

Al entrar en el ascensor se separa de mí y, en contra de mi voluntad, mi cuerpo suspira decepcionado. Trato de concentrarme en cualquier cosa, las puertas de acero, los botones, la pantalla que cambia de números de una manera vertiginosa... Cualquier cosa que elimine la idea de que quiero su mano justo ahí, en mi espalda. No puedo sentir algo así. No debo y tampoco quiero.

El ascensor suena avisándonos de que las puertas se abren en la planta cincuenta. Suspiro hondo y me armo de valor para salir del elevador la primera. Mejor poner distancia entre los dos.

Jackson gira el pomo de la puerta de madera labrada color *champagne* y la *suite* principal se abre ante nosotros. Me obligo a entrar y la tensión aumenta diez, cien, mil puntos. No me gustan los sitios desconocidos. Tengo la tentación de cerrar los ojos, salir corriendo y no mirar atrás, pero en lugar de eso me obligo a mantenerlos abiertos y a fijarme en cada detalle. Cuanto antes conciba esta *suite* como un lugar familiar, más fácil me será calmarme. Comienzo a andar despacio. Hay un gran salón con una vista panorámica de la ciudad. Todos los muebles parecen de diseño exclusivo y la decoración es de un gusto impecable. Me pierdo por uno de los pasillos y llego hasta la habitación. Ahogo un suspiro cuando veo una cama casi kilométrica llena de cojines y almohadones. En lugar de cabecero tiene un trozo de una reproducción de la torre Eiffel. Es espectacular.

Mi corazón sigue acelerado. Trato de respirar hondo, pero fracaso estrepitosamente.

No va a pasarme nada. No va a pasarme nada.

Estoy a salvo.

De pronto oigo pasos detenerse a mi espalda y esa frase adquiere un sentido completamente nuevo lleno de una suave idea de protección y mucha seducción. Estoy a salvo porque estoy con él.

—No me lo pones fácil si desapareces y te encuentro mirando embobada esta cama —susurra cerca, muy cerca de mi oído. Sus dedos rodean mi muñeca exigentes, sin un ápice de amabilidad—. Joder, no me lo estás poniendo nada fácil, Lara.

Su voz tan sensual y salvaje hace que mi imaginación vuele libre y me dibuja tumbada en esa cama con Jackson desnudo sobre mí. Ahogo un suspiro por mi propia idea y una punzada de placer se despierta en mi vientre. Soy plenamente consciente de que pensar este tipo de cosas no va a traerme nada bueno, pero estar cerca de él tiene ese kamikaze efecto en mí. Sus dedos rodean mi muñeca exigentes, sin un ápice de amabilidad.

—Se pueden hacer muchas cosas con un cabecero así.

Por Dios, su voz es un maldito sueño.

Sus labios casi rozan el lóbulo de mi oreja y su cálido aliento incendia mi piel.

Su pulgar acaricia con fuerza el interior de mi muñeca. Casi me hace daño, pero el fino hilo de dolor se diluye en un placer húmedo y caliente. No sé qué me pasa, pero no quiero que se detenga por nada del mundo.

—No deberías dejar que estuviera tan cerca de ti, Lara. Deberías echarme a patadas.

Cierro los ojos y me dejo embargar por cada estímulo que envía a mi cuerpo. Esto es adictivo.

—Jack —susurro.

Él gruñe desde el fondo de su garganta y su boca está a punto de acariciar la piel de mi cuello.

La puerta de la *suite* se abre y se cierra. Jackson suelta mi muñeca y se separa de mí sacándome de golpe de mi sueño de cabeceros de la torre Eiffel y malnacidos arrogantes guapísimos como si no hubiese un mañana.

—Jack —oigo que lo llaman.

—Estamos aquí, Alice.

Su voz suena imperturbable.

Yo clavo mi vista al frente mientras trato de que las preguntas crucen mi garganta. ¿Qué acaba de pasar? ¿Por qué acaba de pasar?

¡Lo importante es que no puede pasar, Archer!

Jackson sale de la habitación dejándome con mi cuerpo confuso y mi mente trabajando a mil kilómetros por hora.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, salgo de la estancia y regreso al salón principal, donde una pareja de unos cuarenta años está charlando animadamente con Jackson. Él no parece alterado, ni siquiera mínimamente nervioso. Por el amor de Dios, ¿nada le afecta?

Me obligo a concentrarme y repaso toda la información que memoricé sobre los Fox en el coche.

—Tenéis que disculparnos, pero la *suite* es tan increíble que no hemos podido evitar echar un vistazo —comenta Jackson.

El trato con ambos denota familiaridad. Deben de conocerse desde hace mucho y por más que meros negocios.

—¿Y esta chica tan guapa? —pregunta la mujer acercándose.

Parece simpática. Me concentro en ese detalle.

—Es Lara Archer —me presenta Jackson—. Es la responsable del proyecto que os comenté. Lara —continúa para llamar mi atención. Sus ojos se posan inmediatamente en los míos—, ella es Alice Fox.

—Encantada, señora Fox.

—Llámame Alice, por favor.

Me tiende la mano. La miro con recelo un microsegundo y siento un brote de

ansiedad a punto de llegar al techo. Miro a Jackson de nuevo. Sus ojos verdes están esperándome una vez más y, no sé por qué, este detalle hace que vuelva a sentirme segura.

—Claro —respondo estrechándosela.

—Él es Mike, mi marido.

El hombre me saluda con un gesto de cabeza al que le devuelvo una sonrisa. Ya no son desconocidos. Ya no hay ansiedad.

—¿Qué os parece si nos sentamos? —propone Alice.

La mujer cruza el salón y se dirige a los enormes sofás de color blanco. Al pasar junto a Jackson, le hace un levísimo gesto que él responde negando con la cabeza.

La reunión va como la seda gracias a Jack, que demuestra una vez más que ha nacido para los negocios. Es hipnótico. Viéndolo trabajar es perfectamente comprensible que las mayores fortunas del país le cedan el control de sus negocios y sus inversiones con una sonrisa de oreja a oreja.

Los Fox aceptan ser subinversionistas, o lo que es lo mismo, invertirán si el proyecto consigue el cincuenta y uno por ciento de la financiación. En caso de que Monroe aceptase invertir, y teniendo en cuenta lo que ya aporta el señor Sutherland con la Oficina del ejercicio bursátil, esta condición se cumpliría y ya podría presentarme ante Nadine Belamy con dos nuevas fuentes de financiación.

Poco más de una hora después estamos de nuevo en el vestíbulo. Los Fox son muy agradables.

—Natalie me ha pedido que te diga que se quedó muy decepcionada —le comenta Alice a Jackson—. Esperaba que hubieras venido ayer con Colin.

—No pude —responde sin darle mayor importancia—, pero estoy seguro de que Colin tuvo tiempo para ella.

Los tres sonríen.

—Si seguís así, vais a poner el club en pie de guerra.

La conversación despierta mi interés. ¿A qué club se referirán? ¿Y quién es Natalie?

—¿Te veremos esta noche? —le pregunta Mike.

—No lo sé. Depende del trabajo. Tengo un par de negocios entre manos que me roban casi todo el tiempo.

—No te hagas mucho de rogar —le pide Alice—. Te echan de menos.

¿Te echan? ¿Cuántas? Jackson sonrío y de pronto mi curiosidad aumenta. ¿De qué clase de club hablan para que los dueños tengan tan claro las relaciones que existen entre sus clientes?

—Bueno, no os entretenemos más —se despide Mike—. Encantado —añade tendiéndome la mano.

—Igualmente —contesto estrechándosela.

—Tráetela alguna vez, Jack —le propone—. Nos divertiremos.

En ese momento la expresión de Jackson cambia por completo y su sonrisa se

vuelve fría, incluso intimidante. Voy a preguntar, pero, antes de que pueda hacerlo, Jack acelera las despedidas y salimos de la *suite*.

Soy una persona increíblemente curiosa. No puedo evitarlo. Sin duda alguna, es mi mayor defecto y mi mejor virtud. Y ahora mismo quiero, necesito, saber de qué club hablaban.

—¿A qué club se referían los Fox? —le pregunto a Jackson.

Él me observa en silencio durante unos segundos que se me hacen eternos. Está estudiándome, decidiendo si va a darme una respuesta o no.

—Al Archetype —dice al fin.

—¿Ese no es su hotel?

—Digamos que ese nombre es algo recurrente para ellos.

—¿Y si quisiera ir?

Jackson golpea violetamente el botón de parada, furioso como no lo había visto nunca, me quita las carpetas de las manos y las tira al suelo. Instintivamente doy un paso hacia atrás, él lo da hacia delante y con el segundo me choco contra la pared del ascensor. Nuestros cuerpos apenas están separados por un par de centímetros.

—No vas a ir, Lara —sentencia sin asomo de duda.

—¿Por qué?

No me amilano, aunque su espectacular mirada me lo está poniendo realmente complicado.

—No tengo por qué darte explicaciones —me recuerda aún más arrogante.

—Ni yo tengo por qué obedecerte.

La sonrisa de Jack cambia por completo. Se vuelve aún más arrogante y, para mi desgracia, también más *sexy*, un auténtico perdonavidas. Deja el peso de su cuerpo caer contra el mío y la adrenalina corre por mis venas como un ciclón. Estoy furiosa, excitada, confusa.

Sus ojos verdes rebosan de deseo, están hambrientos y despiertan un placer anticipado en mí que jamás había sentido.

—Tú vas a obedecerme, siempre.

Sus palabras me han enfadado aún más, pero por algún extraño motivo también me han excitado todavía más. Trato de zafarme furiosa, confundida, pero él no me da opción e inmoviliza mis caderas con las suyas.

—Eso no va a ocurrir jamás —siseo.

Jackson se inclina sobre mí. Lo suficiente para que su cálido aliento bañe mis labios, lo suficiente para que todo, absolutamente todo, me dé vueltas.

—No deberías hacer promesas que no vas a ser capaz de cumplir —susurra con toda la sensualidad del mundo hecha voz—. No pienso dejar que ninguno de ellos te roce un solo dedo.

No es una advertencia para mí, es una advertencia para el mundo, y no podría sentirme más deseada.

Sin liberarme de su espectacular mirada, se incorpora y se aleja unos pasos de mí.

Aprieta el botón de la planta baja y el ascensor vuelve a arrancar con un brusco tirón. Mi respiración sigue acelerada, desordenada, y en algún rincón de mi aturdida mente una alarma no para de gritar desbocada «es un Colton».

Las puertas se abren. Jack se acuclilla, recoge las carpetas, me las entrega y sale.

Ninguno de los dos dice una sola palabra en el coche ni tampoco en los largos, larguísimos, noventa segundos de ascensor hasta Colton, Fitzgerald y Brent. En cuanto las puertas se abren, salgo disparada hacia la pecera. Si antes pensaba que poner distancia entre los dos era la mejor opción, ahora lo tengo cristalinamente claro.

Me siento a mi mesa y, sin darme ocasión de pensar en nada más, empiezo con los contratos y sigo con revisiones de la legislación, comparativas de inversiones, proyecciones de movimientos de mercado... Estoy tan concentrada que el guardia de seguridad tiene que llamar varias veces a la puerta de cristal de recepción para hacerme levantar la mirada.

—¿Es usted la señorita Lara Archer? —me pregunta cuando me acerco.

—Sí —digo enseñando vagamente mi identificación.

—Dos señoritas han dejado esto para usted —continúa entregándome una bolsa de papel.

Sonrío. Sólo han podido ser Dylan y Sadie.

La abro sobre el mostrador de Eve y mi sonrisa se ensancha cuando veo lo que parece un vestido negro, unos taconazos de infarto e incluso un *clutch* y unas medias.

Con la bolsa en las manos, atravieso de nuevo la recepción. Miro hacia el pasillo que conduce al despacho de Jackson. No hay un solo ruido. Voy hasta la sala de conferencias y rápidamente me cambio de ropa. La pecera es precisamente eso, una pecera, y no quiero que Jackson salga de repente y me pille en bragas. El vestido es negro, ajustado y con corte asimétrico. Es mi vestido favorito del armario de Dylan.

Meto la ropa que me he quitado en la bolsa y, procurando no hacer ruido, regreso a mi mesa. Me siento con cuidado y con más tiento aún dejo los tacones sobre el suelo; son altísimos, casi vertiginosos. Vuelvo a agudizar el oído intentando escuchar algún ruido. Al no oír nada, me giro, estiro la pierna y me pongo una de las medias. Antes de repetir la operación con la otra, vuelvo a escuchar; nada. Me levanto y me subo a los interminables tacones. Coloco el bolso sobre la mesa y cojo todo lo que necesito meter en el *clutch*. Me gustaría tener algo más de maquillaje, pero sólo llevo el *gloss*.

Antes de girarme para buscar un espejo donde poder pintarme los labios, ya noto su presencia. Me vuelvo tímida y lo encuentro bajo el umbral de la entrada de la pecera, observándome. Este hombre es muy sigiloso. Lleva la chaqueta sobre el brazo y el móvil en la mano. Su mandíbula está apretada y sus ojos, oscurecidos. Sólo con la manera en que me mira, consigue que mi respiración se vuelva irregular.

—Había quedado con las chicas. Ellas me han enviado la ropa.

No sé por qué tengo la necesidad de explicarme.

Durante largos segundos no dice nada. Sólo me observa.

—Puedes terminar de arreglarte en el baño de mi despacho —susurra al fin con su voz más ronca.

—Gracias —musito.

Paso junto a él luchando por ignorar lo deliciosamente bien que huele y recorro el pasillo hasta su oficina. Jackson me sigue. Entro en su despacho y llego al elegante baño. Él cierra la puerta suavemente y se apoya en ella. Soy consciente de que yo también debería cerrar la puerta, pero no quiero.

Frente al espejo, me ordeno el pelo con los dedos. A pesar de que nos separa una habitación, su mirada me abrasa, incendiando mi cuerpo, haciéndolo brillar. Mi respiración ya es un caos y suspiro bajito para intentar tranquilizarme.

Abro el *gloss*, pero en lugar de extendermelo con el pincel me impregno los dedos y me los llevo a los labios. Sé que ahora mismo sus ojos verdes están fijos en ellos, que se pasean lentos, casi agónicamente, por mi boca.

Su pecho se hincha y vacía cada vez más rápido. Tiene los puños apretados en los costados y su mandíbula tensa tiembla ligeramente. Está manteniendo el control.

Mis manos, que parecen tener voluntad propia, se deslizan por mi cuerpo. Por un momento imagino que son las de él y vuelvo a suspirar. Llego al bajo de mi vestido y lo levanto más de lo necesario para ponerme bien el encaje de las medias.

Jack gruñe; un sonido suave y profundo que me enciende aún más. Todo esto es tan sensual...

Cuando termino, avanzo un paso y dejo que su mirada atrape la mía, que todo ese magnetismo que me ata a él a pesar de la distancia me sacuda una vez más. Es algo salvaje, animal, algo que hace que lo desee de una forma temeraria.

—Estoy lista —susurro con la voz ronca de deseo.

Lista para todo.

Jackson da un paso en mi dirección. Estoy absolutamente rendida a él y ni siquiera me ha tocado. Le deseo. Pero finalmente Jackson abre la puerta y se hace a un lado con ella.

—Pues vámonos —replica sin levantar su mirada de mí—. Tengo cosas que hacer.

Asiento y, titubeante, cruzo el despacho. Paso junto a él. Sólo me mantienen en pie la adrenalina caliente y el deseo húmedo corriendo por mis venas. Jackson me toma por la muñeca y me atrae contra su cuerpo. Su olor me envuelve. Su cálido aliento baña mi pelo.

Dios Santo, esto es una tortura.

—Va a volverme loco imaginarte con ese vestido —susurra, y cada palabra hace vibrar mi cuerpo.

Antes de que pueda contestar o reaccionar de algún modo, Jackson me suelta y comienza a caminar. Yo me quedo paralizada, observándolo, tratando desesperadamente de que mi cerebro se reactive.

El ascensor es el colmo de la tortura, como si la santa Inquisición española y los chinos feudales se hubieran unido para inventar un sutil aparato. Su olor inunda cada rincón del pequeño cubículo y mi cuerpo traidor se solivianta sólo con sentirlo tan cerca. Son los noventa segundos más largos de mi vida.

En cuanto las puertas se abren, salgo disparada. Necesito aire o acabaré haciendo alguna tontería como pedirle que me lleve a su casa.

Frente a la entrada de la oficina le está esperando el Jaguar negro. Paso de largo y me acerco al borde de la acera buscando un taxi libre. Afortunadamente veo aparecer uno calle arriba casi de inmediato.

Abro la puerta trasera y estoy a punto de montarme cuando oigo su voz:

—Lara —me llama.

Hasta el tráfico de Manhattan se alía con él para que no necesite gritar.

—¿Sí? —inquiero girándome.

—Ten cuidado.

No está siendo amable y, por alguna extraña razón, yo no quiero que lo sea. Asiento y entro en el coche. Cuando el taxi se incorpora al tráfico, suspiro hondo tratando de calmar mi cuerpo. Necesito ocho manzanas y dos semáforos en rojo para conseguirlo. Esta noche era para dejar de pensar y de momento no tengo ninguna esperanza de conseguirlo.

Le mando un mensaje a Sadie y, cuando el taxi llega al Indian, me está esperando en la puerta. Mientras pago y me bajo, observo cómo un chico guapísimo intenta convencerla de que entre con él en el club. Ella niega con la cabeza, pero se deja querer un poco hasta que me ve y comienza a caminar hasta mí, no sin antes dedicarle una sonrisa de impresión.

—Acabo de perder diez pavos —dice acercándose a mí—. Le aposte a Dylan que no serías capaz de ponerte esos taconazos.

—Deberías tener más fe en mí.

—¿Te has caído? Porque, si te has caído, gano yo.

Le hago un mohín y ella me devuelve otro justo antes de echarnos a reír.

—Te he visto muy ocupada —digo en clara referencia al chico con el que flirteaba.

—Bah, para nada interesante. Hoy tengo el listón muy alto.

—Muy alto, ¿tipo? —Conozco a Sadie desde hace cuatro años y sus listones tipo son, cuanto menos, peculiares.

—¿Recuerdas aquel inglés que me ligué en la fiesta de Sam McQueen?

—Claro que sí.

Ese inglés se parecía a Adam Levine. Fue todo un acontecimiento.

—Pues mi listón está hoy en Sam McQueen.

—¿Y para que mencionas al inglés? —protesto.

—Porque estaba buenísimo y no pierdo una ocasión de recordar esa victoria.

Ya no puedo más y me echo a reír.

Dylan nos espera en la barra. En cuanto nos acercamos, se sube con sus elegantes tacones al reposapiés de la barra y le hace una señal al camarero. Este sonrío y se acerca.

—Martin, estas son mis amigas —grita para hacerse oír por encima de la música—. Ella es Sadie y ella, Lara —continúa señalándonos.

Las dos sonreímos al ligue potencial de Dylan. Él nos devuelve la sonrisa y se inclina para susurrarle algo al oído. Mi amiga sonrío y lo mira, aleteo de pestañas incluido. Martin, el camarero, ya ha caído.

—Tres Cosmos —le pide finalmente.

—Tres Cosmos —repite él sin quitarle ojo de encima mientras se aleja barra arriba para empezar a preparar los cócteles.

Pocos minutos después, Dylan se acerca con nuestras copas.

—Chicas, la noche promete —comenta feliz.

—Sobre todo para Martin —puntualiza Sadie.

Yo suelto una risilla y Dylan nos pone los ojos en blanco justo antes de sonreír también.

Nos mudamos a una mesita alta no muy lejos de la barra. Sólo un par de segundos después, le doy el primer sorbo a mi cóctel y suspiro con satisfacción. Lo necesitaba. Empieza a preocuparme todas las veces que necesito alcohol desde que conocí a Jackson.

—Observo que necesitabas una copa —comenta Dylan socarrona.

—Necesitaba una copa —le confirmo con una sonrisa.

En realidad necesito todo el *pack*: música a todo volumen, cócteles y estar con las chicas.

—¿Por? —pregunta perspicaz Sadie.

—Día horrible —respondo tras soltar un largo suspiro.

—¿Cómo de horrible? —pregunta Dylan mordiendo la cañita de su Cosmopolitan—. ¿En plan «no ha estado mal» o más bien «necesito oír el *Here comes the sun*,^[12] de los Beatles, para no acabar suicidándome»?

Lo pienso un instante.

—¿Sabéis? Nunca he entendido esa expresión —protesta Sadie realmente indignada—. ¿Por qué escuchar *Here comes the sun* es la mejor manera de animar a una persona? Por ejemplo, tu casa se la ha llevado un huracán, te ha dejado tu novio y encima has engordado cinco kilos —nos pone en situación—. No quiero que trates de animarme con una canción de mierda. Quiero que Brad Pitt venga a jugar a los arquitectos conmigo y me diseñe una casa nueva, que la construya con sus propias manos y sin camiseta y que me explique que ha inventado un nuevo chocolate que no sólo no engorda, sino que adelgaza, y que no va a compartir el secreto con ninguna de las zorras que me caen mal. Así me animaría.

Sopeso sus palabras mientras le doy otro trago a mi Cosmo.

—Me parece justo —sentencio al fin.

Dylan asiente.

—¿Entonces «día de mierda no es para tanto» o «día de mierda llama a Brad Pitt»?

Odio a Jackson. La llamada de Easton. Odio a Jackson. La cita con Connor. Odio a Jackson. Lo que ocurrió en su despacho hace menos de una hora. Jackson, Jackson, Jackson.

—Brad Pitt —digo sin más.

—Los días horribles a lo Brad Pitt son los peores —me consuela Sadie chocando suavemente su copa con la mía antes de bebérsela de un trago.

Inmediatamente nos mira a Dylan y a mí indicándonos con los ojos que hagamos lo mismo. Yo sonrío y obedezco la primera. Puede que sólo tenga dos amigas, pero son las mejores.

—¡A bailar! —grita Sadie.

El DJ parece aliarse con ella y comienza a sonar *Bitch, I'm Madonna*.^[13] ¡Esta canción es genial! Sin dudarlo, vamos a la pista de baile a darle absolutamente todo.

Sólo llevamos un par de minutos cuando el camarero se acerca a nosotras y le pide a Dylan que salga con él a tomar un poco el fresco. Otro que ha caído bajo el encanto de esas largas pestañas.

Sadie y yo continuamos bailando. Un par de chicos se acercan. Finjo no verlos, pero mi queridísima amiga no piensa lo mismo y se acerca a uno de ellos. Yo le sonrío incómoda al otro, que parece notarlo al instante porque se mete las manos en los bolsillos en señal de rendición. Me quedo de piedra y automáticamente me siento muy culpable. No quiero ser tan arisca, pero no deja de ser un desconocido. Tomándome por sorpresa, se saca las manos de los bolsillos y gira sobre sí mismo como el mejor bailarín de Beyoncé. Rompo a reír por la sorpresa y él me devuelve una sincera sonrisa bailando de nuevo como una persona normal y no como un profesional de Broadway.

—Eso ha sido muy sorprendente —comento inclinándome para que me oiga por encima de la música.

—Es uno de mis muchos talentos. Soy Ted.

—Yo, Lara.

Pero, entonces, como pasó en Atlantic City, noto una mano rodear mi muñeca y tirar de mí con fuerza. Mi mente se zambulle en el recuerdo y creo que se trata de Connor, pero sólo necesito digerir toda esa seguridad, esa arrogancia, y automáticamente entiendo que es Jackson.

Me arrastra entre la multitud hasta que nos perdemos en uno de los pasillos junto a la barra. Entramos en una sala a medio camino entre un almacén y un despacho y me suelta antes de cerrar la puerta con brusquedad.

No camina hacia mí, pero su mirada atrapa la mía y la domina. Está furioso y ni siquiera ahora se baja de su pedestal y su arrogancia sigue brillando con una fuerza atronadora.

Todo lo que me resulta injustamente atractivo de él se multiplica hasta dejarme sin aliento y mi cuerpo se reactiva como si aún estuviésemos en su despacho y acabase de pintarme los labios.

—No podía dejar de pensar en ti con ese vestido —susurra con su sensual voz.

Mi respiración se acelera. Jackson comienza a caminar lleno de una masculina seguridad, como si se adueñara del mundo a cada paso.

Se detiene frente a mí, lo suficientemente cerca como para que su cuerpo caliente el mío, como para que no pueda pensar en otra cosa. Alza su mano. Las puntas de sus dedos acarician furtivas mi cadera y continúa subiendo despacio por mi costado.

—Ya no aguanto más sin tocarte —susurra.

—Pues tócame —musito, casi le suplico—. Quiero dejar de ser una ratoncita.

Las palabras se escapan de mis labios sin que pueda controlarlas, pero por primera vez en toda mi vida no me arrepiento de no pensar. Quiero convertirme en una mujer capaz de seducir, de jugar. No quiero ser una niña asustadiza nunca más.

Jackson sonrío y recorre mis labios con el pulgar con sus ojos fijos en el movimiento.

—¿De verdad quieres dejar de ser una ratoncita?

Asiento nerviosa. La curiosidad ya no tiene límites. El placer anticipado lo inunda todo.

—Arrodíllate —me ordena en un grave susurro.

Suspiro. No puedo evitarlo. Es su voz fabricada con sensualidad pura, películas de Paul Newman y el toque exacto de arrogancia.

—No me hagas esperar, Lara.

Despacio, me quedo de rodillas frente a él. El corazón me late más de prisa que en cualquier otro momento de mi vida. Levanto la mirada y la suya me está esperando para atraparme. Automáticamente mi cuerpo entra en una tensión diferente, como si el suyo lo dominase sin ni siquiera llegar a tocarme. Es instintivo, primario, sensual... es dejarse llevar.

Ni siquiera sé cómo, pero comprendo al instante lo que quiere que haga. Alzo las manos y las llevo hasta su cinturón. La hebilla se me resiste. Estoy demasiado nerviosa. Jackson coloca sus manos sobre las mías y suavemente me guía en el movimiento hasta que el cinturón, abriéndose, resuena en cada rincón de la pequeña estancia.

Desabrocho sus pantalones y libero una erección perfecta. Mis ojos la recorren entera. Es grande, muy grande, y dibuja un suave arco hacia arriba.

Lo miro a través de mis pestañas y, tratando de parecer todo lo segura que soy capaz, lo rodeo con la mano y aprieto suavemente. Jackson exhala todo el aire de sus pulmones. Despacio, le doy un tenue beso en la punta y disfruto de su sabor a limpio y a piel salada.

Me muerdo el labio inferior y me envalentono. Hago mi segundo beso más húmedo, más caliente. Aprieto con más fuerza mientras le dejo entrar en mi boca hasta que mis labios se encuentran con el reverso de mis dedos.

—Muy bien, Lara —susurra.

Su voz me excita y me sobreestimula. Creo que podría llegar a correrme sólo con su voz.

Jackson me acaricia la mejilla y pierde las manos en mi pelo. Echa las caderas hacia delante y comienzan a marcar el ritmo. Nuestras miradas siguen conectadas y todo el placer, lentamente, burbujeando, va concentrándose en mi sexo.

Ladea mi cabeza hacia un lado sin ninguna delicadeza y me embiste la boca. Ha sido brusco y me ha gustado, mucho.

—Sin manos —me ordena.

El ritmo se recrudece. Entra más rápido, más fuerte, más duro, más perfecto.

Gimo de nuevo y cierro los ojos.

—Mírame —ruge tirándome del pelo.

Los abro al instante. Sin dudar.

—Joder. —Su voz se entrecorta, jadeante, sensual.

Sus piernas se tensan. Sus manos se deslizan hacia mi cuello aún más posesivas. Su mirada se llena de placer. El mío crece, lo inunda todo.

Se agarra la base de su increíble polla y la guía hasta mi boca, hasta mi garganta. Su sensualidad le desborda y llena por completo la habitación. Un auténtico perdonavidas que hace lo que quiere y cuando quiere, y ahora lo está haciendo conmigo; una idea que, en contra de mi sentido común, de mi parte racional, de todo lo que he creído hasta ahora, me excita y me hace sentirme febril, deseada, sexy, me hace olvidarme del mundo.

Sus movimientos se aceleran. Me alcanza el velo del paladar y trago con él dentro. Jackson gruñe. Yo gimo y vuelvo a disfrutar de toda su longitud.

—Joder. Joder. Joder —masculla entre dientes.

Me embiste una vez más y entrando profundo se corre en mi boca. No lo pienso, tampoco lo dudo, y trago su esencia salada y cremosa.

Continúa entrando y saliendo y lo hace hasta que su sexo sale limpio y brillante.

Jackson me acaricia de nuevo la mejilla, desliza su mano por mi mentón y me obliga a alzar la cabeza a la vez que se inclina sobre mí. Quiero que me bese. Cierro los ojos y disfruto de lo brusco y dulce que está siendo. El binomio perfecto entre el pecado y todo mi placer.

—Quieres dejar de ser una ratoncita —susurra contra mis labios sin llegar a besarme—, pues esta es la primera lección: estás aquí para mi placer, no para el tuyo. Que tú disfrutes es opcional.

Abro los ojos de golpe, sorprendida, casi conmocionada. Él me dedica su media sonrisa y sin más se levanta, obligándome a hacerlo con él. Se coloca bien la ropa y se dirige hacia la puerta.

—Arréglate. Tienes dos minutos —me informa abriendo—. Te espero en la barra.

Veo la puerta cerrarse absolutamente atónita. ¿Qué acaba de pasar aquí? Miro a mi alrededor con la respiración aún convulsa. Se ha reído de mí. Se ha comportado exactamente igual que se comporta siempre y yo he sido tan estúpida de volver a dejarle hacerlo.

No me lo puedo creer.

¡No me lo puedo creer!

Me arreglo el pelo lo mejor que puedo, me aliso el vestido y salgo del almacén. No tardo en ver a Jackson en la barra. Está apoyado en ella, jugueteando con un vaso bajo con hielo y un licor ambarino. Está increíble y por un momento esa idea me distrae. Sin embargo, tengo un propósito y pienso cumplirlo.

Me las va a pagar.

Camino hasta él y me detengo apenas a un par de pasos. Jackson se incorpora y me observa de arriba abajo con una sonrisa de lo más arrogante en los labios. Yo alzo la barbilla, altanera, concentrándome en no distraerme. Sin decir una sola palabra, giro sobre mis pasos y echo a andar. Barro la pista buscando al chico con el que bailaba cuando Jackson me llevó hasta el almacén. Necesito encontrarlo o este plan no tendrá ningún sentido. Miro por encima de mi hombro para asegurarme de que Jackson me está observando. La misma sonrisa sigue en sus labios y la curiosidad brilla en sus ojos verdes.

Devuelvo la vista a la pista de baile y sonrío con un poco de malicia cuando al fin encuentro a Ted. Las manos me tiemblan, pero me sobrepongo. No pienso permitir que crea que soy su muñequita.

—Hola —lo saludo alzando la voz para hacerme oír por encima del *Number One*,^[14] de Tove Styrke que suena a todo volumen.

Sonrío y rezo para que no me mande a paseo por cómo he desaparecido antes.

Él me observa un segundo, imagino que tratando de averiguar si estoy sola o no.

—Hola —responde algo confundido, pero en seguida sonrío—. ¿Todo bien?

Sé que se refiere a nuestra abrupta despedida. Discretamente vuelvo a mirar hacia Jackson. Su sonrisa ha desaparecido. Fantástico.

—Sí —respondo—. ¿Bailamos? —le propongo.

—Claro.

Da un paso hacia mí y comenzamos a bailar. Vuelvo a mirar, pero ya no hay rastro de Jackson. Tuerzo el gesto. Quería ponerlo celoso y él ni siquiera se ha quedado a mirar. Me siento como si me hubiese dado una bofetada.

Eres una cría, Archer.

Ahora ya tengo dos motivos para estar enfadada.

—Lara.

Sólo ha sido un susurro y, sin embargo, he oído cómo pronunciaba cada letra a la perfección. La piel de la nuca se me eriza. Me detengo en seco y me giro despacio justo a tiempo de ver cómo se humedece el labio inferior y sus ojos se oscurecen y endurecen a la vez. El chico da un paso hacia mí y se coloca a mi espalda. Jackson lo observa, sólo un segundo, y su cara de perdonavidas le da a entender en esa pequeña fracción de tiempo que no es un camino por el que le interese seguir.

Alza la mano y mi mirada la sigue hasta agarrar mi muñeca. Está enfadado. Yo también. Tira de mí, pero me zafo con rabia y doy un paso atrás.

—Suéltame —siseo.

—Lara —me reprende.

—Lara, ¿qué?

¡No puede comportarse así después de cómo me ha tratado!

Pero a Jackson parece importarle muy poco. Devora la distancia que nos separa, me toma de las caderas y me carga sobre su hombro. ¡Se ha vuelto completamente loco! Yo grito por la sorpresa e inmediatamente lucho por soltarme. Pataleo y lo golpeo con los puños, pero él no tiene el más mínimo problema en mantenerme sujeta y empezar a andar.

Las personas con las que nos cruzamos, lejos de ayudarme, sonrían y cuchichean. Alguna que otra chica mira a Jackson embobada como si hubiese subido un escalón más de atractivo. ¡Maldita sea! ¡Quiero que me baje!

Atravesamos el local en cuestión de segundos y volvemos a esa mezcla de almacén y despacho. Cierra de un portazo verdaderamente furioso y me suelta en el centro de la estancia. Yo lo empujo y me alejo unos pasos con la respiración acelerada de pura rabia.

Sin embargo, a cada segundo que estamos en esa habitación, cada vez que nuestras miradas se encuentran, todo a nuestro alrededor parece relativizarse. Los demás no importan. La música se desvanece. Vuelve a agarrarme de la muñeca y a llevarme contra él. No hay un ápice de amabilidad en su gesto, sólo fuerza, arrogancia y un cristalino sentimiento de posesión. Nuestras respiraciones ya son un caos. Sus ojos se pierden en mi boca. Mi siento deseada, *sexy*... otra vez me siento viva.

Tomándome por sorpresa, me gira entre sus brazos y me estrecha contra él. Noto su erección fuerte y dura e instintivamente acomodo mi trasero contra ella. Jackson gruñe y un gemido se escapa de mis labios.

Su boca se desliza por mi cuello impregnando mi piel de calor. Vuelvo a gemir. Me aprieta aún más contra él. Me muerde con fuerza... ¡Dios!

—Túmbate sobre la mesa y agárrate al borde —me ordena contra mi piel.

Mis ojos se pierden en el mueble, pero mi cuerpo no reacciona. No puedo.

Jackson enreda su mano en mi pelo y, tomándome por sorpresa una vez más, tira de él obligándome a echar.

—La paciencia no es mi punto fuerte, Ratoncita.

Asiento con mi respiración fabricada de jadeos y camino con pasos temblorosos hacia la mesa. Estoy tan excitada que temo que las piernas no me sostengan.

Me tumbo. La madera está caliente. Estiro las manos y me agarro con fuerza al borde. La adrenalina me recorre entera. Me incendia. Escucho sus pasos hasta colocarse detrás de mí. Mis jadeos se solapan rápidos. Mi pecho lucha contra la mesa para poder hincharse.

Expectación. Ansia. Deseo.

Jackson me levanta el vestido. La tela de su pantalón a medida roza mi trasero. Desliza sus dedos entre mi piel y la tela de mis bragas y las rompe sin ninguna piedad. Gimo por la sorpresa, pero ni siquiera tengo oportunidad de interiorizarlo cuando me azota con fuerza.

—¡Jackson! —grito.

—Ni un solo ruido —ruge.

Estoy conmocionada, aturdida... excitada.

Jackson me azota de nuevo con la palma de su mano. Mi cuerpo digiere el golpe. Me muerdo el labio para contener un gemido y me agarro con tanta fuerza al borde que mis dedos se emblaquecen.

Un nuevo azote. Los músculos de mi sexo se tensan deliciosamente y mi propio calor pugna y gana al de la madera.

Otro más.

Otro más.

¡Otro!

La habitación se llena con mi respiración acelerada. Muevo la cabeza hasta que la frente y la punta de mi nariz se apoyan en la mesa. Entreabro los labios y trato de recuperar todo el oxígeno. Mi mente se ha evaporado.

No puedo pensar.

No quiero.

Jackson me mueve hasta dejarme sentada en el borde de la mesa. Sin ninguna delicadeza, se abre paso entre mis piernas. Pierde su mano en mi pelo hasta llegar a mi nuca y me agarra exigente. Nuestras frentes casi se tocan. Tiene los ojos cerrados, como si tratase por todos los medios de recuperar el control.

—Hacía mucho tiempo que no necesitaba castigar a una chica —susurra—. ¿Qué me estás haciendo, Lara?

Su agarre se hace más posesivo. Su mano libre baja por mi costado bajo su atenta mirada y sus dedos me acarician furtivos. Está conteniéndose por no tocarme como quiere hacerlo y eso me deja al borde de la combustión espontánea.

—Joder —gruñe.

Y sin más recupera el control o lo pierde del todo, qué sé yo. Se desabrocha el

cinturón y el pantalón con dedos ágiles y seguros. Rescata un condón de su bolsillo, lo rasga con la boca y se lo coloca con dedos ágiles y seguros. Mi mirada aturdida se pierde en el movimiento. Da un paso más. Sus ojos verdes se clavan en los míos. Gimo por lo que ya sé que vendrá.

Y me embiste con fuerza.

¡Joder!

—Jackson, por favor, necesito un segundo —murmuro.

Es demasiado grande y me llena por completo, mucho más. Pero él vuelve a embestirme a la vez que me chista y niega con la cabeza.

—De eso nada —sentencia implacable.

Se mueve con fuerza. Sin piedad. Sus caderas se pierden entre las mías. Mi cuerpo se acomoda al suyo. Mi respiración se acelera, se vuelve un caos y jadeo, gimo, ¡grito!

Jackson es quien se mueve, quien me folla, el que tiene todo el control. Sólo he estado con un chico, supongo que eso me convierte prácticamente en virgen, pero, aún así, sé que esto es diferente, mejor; joder, sé que es mejor que todo.

Desliza su mano por debajo de mi pierna y la mueve hasta que rodea su cintura con ella. El movimiento me abre más para él y lo hace llegar todavía más lejos.

—¡Jackson! —gimo de nuevo.

Me agarro con fuerza a sus hombros, retorciendo su chaqueta entre mis manos.

Mi cuerpo se tensa. Se incendia. Se mueve aún más brusco.

Joder. Joder. ¡Joder!

Un orgasmo increíble estalla dentro de mí. Me llena de placer. Me excita. Me calma. Me despierta... Me condena a desear exactamente esto una y otra vez el resto de mis días.

Jackson vuelve a tirar de mi pelo, obligándome a alzar la cabeza, y abro los ojos instintivamente. La luz que proviene de la pequeña lámpara del escritorio desaparece entre los dos cuando vuelve a quedarse cerca, muy cerca de mí.

—Bésame —murmuro.

Necesito sentir sus labios, pero Jackson me dedica su media sonrisa y, en lugar de darme lo que me muero por tener, me embiste con fuerza.

No me importa. Eso también lo quiero.

Su placer se alimenta del mío. Continúa entrando y saliendo cada vez más salvaje, más delicioso.

Mi cuerpo se tensa, tiembla, y vuelvo a correrme mientras él continúa moviéndose y se pierde en mi interior con un masculino alarido en los labios. La imagen es embriagadora. El guapísimo animal que tengo delante con los ojos cerrados, la mandíbula tensa y todo su magnetismo brillando hasta cegarme por completo. Jackson Colton sabe follar de verdad.

Sin decir nada, sale de mí estremeciendo mi cuerpo, da un par de pasos hacia atrás y, ágil, se quita el condón y se abrocha los pantalones.

—Vístete —me ordena.

Yo me bajo despacio. Me coloco bien el vestido y me recojo el pelo en una coleta. En realidad no tengo mucho más que hacer. Me ha arrancado las bragas, ya no tengo posibilidad de ponérmelas. Aun así, me agacho y las recojo. Por un momento disfruto de la tela deshecha entre mis dedos. Ha sido intenso e instintivo. Ha sido completamente diferente a todo lo demás.

Jackson no levanta sus ojos de mí. Cuando vuelvo a incorporarme, sin decir nada, camina hasta mí, coge mi mano y nos saca de la pequeña habitación. Atravesamos el club sin decir una palabra pero también sin soltarnos, y eso también me gusta, mucho.

Me abre la puerta del copiloto de su precioso Ferrari descapotable y espera paciente a que me monte. Nunca dejan de sorprenderme sus perfectos modales. No el hecho de que los tenga, con Erin como madre sería imposible que no fuese así, sino cómo se contraponen con su carácter frío y duro.

Ya nos hemos alejado varias manzanas del Indian y ninguno de los dos ha dicho nada. Yo tengo muchas preguntas, pero no pienso ser quien dé ese paso. Ha sido él quien me ha arrancado las bragas, es él quien tiene que hablar.

Sin embargo, cuando toma la Avenida Broadway para adentrarse en TriBeCa tuerzo el gesto enfadada. Me está llevando a casa sin ni siquiera consultarme.

Se detiene frente a mi edificio y, aunque apaga el motor del coche, no se quita el cinturón de seguridad. Está claro que no tiene ninguna intención de alargar la despedida.

—Gracias por traerme —digo bajando del coche y cerrando la puerta tras de mí —, pero la próxima vez pregúntame. A lo mejor quería quedarme en el club.

Jackson se humedece el labio inferior discreto y pierde su vista hacia el fondo de la calle Franklin.

—No te equivoques, Lara —me advierte.

Frunzo el ceño confusa.

—¿Con qué me estoy equivocando? —inquiero.

—Creando que me importa lo que pienses de mí.

Le mantengo su mirada verde y hermética, pero no sé qué decir. No ha sido desagradable o engreído, no se está riendo de mí ni tampoco está jugando. Es algo mucho más profundo.

Tras unos segundos, él rompe contacto y clava de nuevo su vista al frente justo antes de acelerar el coche y desaparecer calle arriba.

Yo observo la calzada vacía como si la estela de su clásico de lujo pudiese darme alguna pista sobre cómo debo sentirme. Finalmente me dejo caer sobre las escaleras de mi portal y resoplo echando todo el aire de mis pulmones. ¡Es Jackson, por el amor de Dios! ¿En qué demonios estaba pensando? Easton, Erin, Allen... Connor. Resoplo de nuevo y me inclino hasta apoyar la frente en las rodillas.

Tras un tiempo indefinido dándole vueltas y vueltas, me quito los tacones infinitos y subo a mi apartamento.

El plan es sencillo: ir a mi habitación: hecho; ponerme el pijama: hecho; meterme en la cama con todas las luces apagadas: hecho; dormir... eso parece imposible. No puedo dejar de pensar en todo lo que ha ocurrido y mi cuerpo traidor no puede dejar de recordar, de rememorar muy vívidamente mejor dicho, cada segundo que he pasado en aquel almacén con Jackson.

Acabo encendiendo la luz, levantándome de la cama y paseándome de un lado a otro de la habitación. Ha sido una idea terrible por demasiados motivos. Es Jackson Colton y yo odio a Jackson Colton. Lo odio todo de él: su arrogancia, su autosuficiencia... me paro en seco y me llevo las manos a las caderas a la vez que me muerdo el labio inferior. Tengo que dejar de engañarme a mí misma en algún momento y reconocer que también le deseo y que, absolutamente en contra de mi voluntad, precisamente son esas cosas que odio las que hacen que le desee aún más. Aun así, tengo claro que es algo sexual. No tengo por qué torturarme por eso. El noventa y nueve coma nueve por ciento de las mujeres con las que se cruza lo desean. Frunzo los labios. No me apetece recordar ahora mismo ese dato. Además, tengo problemas mucho mayores. Es un Colton. ¿Cómo se supone que voy a mirar a Easton o a Erin a la cara después de esto? Resoplo y me obligo a seguir caminando. ¿Y qué pasa con Connor? Yo quiero estar con él, casarme con él, ser feliz con él... y él me ve como a una cría. Vuelvo a frenarme en seco. Una idea cruza mi mente y la atrapo al instante. ¿Y si Jackson es justo lo que necesito para conseguir a Connor? ¿Y si él es la clave para dejar de parecer una ratoncita de biblioteca? Soy plenamente consciente de que suena enrevesado, pero también de todos los pros que tiene: Jackson me odia y, aunque no lo haga, es un mujeriego sin sentimientos. No tendría ningún problema en ser simplemente mi maestro, mi marqués de Sade particular en nuestra propia revisión del efecto Pigmalión. Yo aprendería de él a jugar, a seducir, a sacudirme de una vez por todas esta imagen de niña buena. Sonrío. Connor se fijaría en mí. Y todo a cambio de guardar un incómodo secreto, que por otra parte sólo sería incómodo para mí, para Jackson sería una gota diluida en el océano Atlántico y no tardaría en olvidarse de que he pasado por su cama.

El plan vuelve a ser sencillo: meterme en la cama: hecho; poner el despertador: hecho; pensar cómo proponerle a Jackson que me enseñe a conquistar a Connor: en trámites, pero con buenas perspectivas.

Antes de que la alarma suene, ya estoy despierta. Me levanto de un salto y me meto en la ducha. Después de mucho pensarlo he elaborado el plan perfecto para explicarle a Jackson lo que necesito de él. Probablemente se ría de mí, pero algo me dice que también va a divertirse, y esa es mi principal baza para que diga que sí.

Voy en metro hasta la oficina de Colton, Fitzgerald y Brent. Toda la planta está

desierta. Parece que las oficinas de este edificio se toman muy en serio lo de no trabajar los sábados. Quizá debería haber ido a su casa, pero lo cierto es que no sé dónde vive. Además, es un adicto al trabajo, y sospecho que a ponerse trajes italianos a medida. Si para una persona no existe el concepto fin de semana, es para él.

Empujo la enorme puerta de cristal y una sonrisa se cuelga en mis labios. Sabía que estaría aquí. Atravieso el elegante vestíbulo y me dirijo a su despacho. A cada metro que avanzo, los nervios se hacen más y más patentes en la boca de mi estómago. Tengo claro lo que voy a decirle y por qué, pero eso no evita que esté un poco inquieta.

A unos metros de la puerta de su oficina, esta se abre frenándome en seco. Una mujer guapísima, con el pelo negro cayéndole sobre un elegante vestido vino tinto, sale del despacho de Jackson. La tela se ajusta como un guante a su piel perfectamente bronceada. Tacones infinitos, una sonrisa impecable. No sé quién es esta mujer, pero definitivamente juega en otra liga.

—¿Puedo ayudarte en algo? —me pregunta caminando hasta mí.

¿Qué ropa llevo yo? Una simple camiseta, una simple falda y unas simples bailarinas. Ahora mismo ni siquiera me molesta que una desconocida esté a un par de pasos de mí.

—Venía a ver al señor Colton —me obligo a responder.

—Jackson ahora mismo está muy ocupado.

¿Cómo lo sabe? ¿Quién es?

—¿Eres su nueva secretaria? —inquiero.

Claro, porque Jackson permitiría que una empleada le llamara por su nombre. Todavía recuerdo aquello de «para ti, soy el tirano del señor Colton». A veces puedo ser rematadamente idiota.

Ella me mira de arriba abajo y sonrío con malicia. Oigo un ruido a mi espalda, pero ni siquiera me molesto en mirar. Aunque ni siquiera sepa por qué, necesito escuchar la respuesta a la pregunta que acabo de hacer.

—Soy Natalie Trent, la novia de Jackson.

¿Qué? ¿Tiene novia? Doy un paso hacia atrás por puro instinto y me obligo a sonreír, aunque obviamente no lo consigo.

—Tengo que marcharme —murmuro.

Aunque es lo último que quiero hacer, los recuerdos de lo que ocurrió anoche en el club me asaltan por completo... cómo me azotó, cómo me folló. Soy una auténtica basura.

Me giro para marcharme y me encuentro de cara con Jackson. Frunce el ceño como si no entendiese lo que ocurre y sus ojos verdes atrapan inmediatamente los míos, tratando de leer en ellos. ¿Qué pretende? ¿Qué es lo que quiere? ¿Todavía no se ha cansado de reírse de la pobre ratoncita? Me gustaría darle una bofetada, pero no quiero dejarle claro a su novia lo que ha pasado entre nosotros.

Aparto mi mirada de la suya con rabia y me alejo de él. Aún no he llegado al mostrador de Eve cuando oigo sus pasos tras de mí. Suspiro con fuerza y prácticamente echo a correr. ¡No quiero verlo! Miro la salida y me doy cuenta de que no tengo ninguna posibilidad de llegar al ascensor antes de que me atrape, así que entro y me encierro en la pecera, la primera habitación que encuentro. Miro a mi alrededor y vuelvo a suspirar, casi resoplar. Por culpa de las paredes de cristal, no servirá para perderlo de vista, pero por lo menos captará el mensaje de que no quiero estar cerca de él.

Jackson no tarda en aparecer. Intenta abrir, pero no lo consigue.

—Abre la puerta, Lara —ruge al otro lado del cristal, tratando inútilmente de hacer girar el pomo.

—¡No! —grito sin asomo de duda.

Está enfadado, mucho, pero no me importa absolutamente nada. ¡Yo también estoy furiosa! ¡Tiene novia! ¡Tiene novia y ayer nos acostamos! Jamás le habría permitido tocarme de haberlo sabido.

—Abre —me ordena.

—¡Vuelve con tu novia!

—Ella no es mi novia.

No hay amabilidad en sus palabras, más bien me lo está advirtiendo.

¡Es el colmo! ¿Cómo puede permitirse hablarme de esa manera? Y, sobre todo, ¿cómo puede pensar que soy tan increíblemente estúpida? Ella misma lo ha dicho hace menos de dos minutos.

—Abre la puerta.

—¡No!

Sus ojos verdes se endurecen hasta un límite insospechado y su cuerpo, bajo ese perfecto traje color carbón, se tensa lo indecible, intimidante y, aunque lo odie, sexy a rabiar.

Nunca lo había visto tan enfadado y una parte de mí sabe que no va a aceptar un

no.

Gira sobre sus pasos acelerado y lleno de seguridad y coge el extintor de la pared. Inmediatamente rodeo la mesa sin dejar de observarlo. No me puedo creer que esté pensado hacer lo que creo que piensa hacer. Con un brillo arrogante reluciendo con más fuerza que nunca en su mirada, lanza el extintor contra una de las paredes que, tras un increíble estruendo, se deshace en diminutos pedazos.

—¡Estás loco! —grito.

Pero Jackson ni siquiera me escucha y entra en la estancia por el acceso que él mismo ha creado. Los cristales resuenan bajo sus carísimos zapatos.

—¡Lárgate! —vuelvo a gritar.

¡No quiero verlo! ¡No quiero que esté aquí!

—¡Vuelve con tu novia!

Nunca había estado tan enfadada. ¡Le odio!

—Ella no es mi novia —me advierte con la voz amenazadoramente suave.

—Jackson, estaba allí cuando lo dijo.

¡Maldita sea! ¡No soy ninguna estúpida!

—Lara —masculla.

—¿Qué? ¿Qué quieres?

¡No puedo más!... Y él tampoco.

Cruza la distancia que nos separa, me toma brusco por la muñeca y tira de mí a la vez que comienza a caminar, sacándonos de la habitación.

No dice nada. La rabia lo llena todo.

—¡Suéltame!

Lucho por zafarme, pero no me da opción. Prácticamente me arrastra hasta su despacho y cierra de un sonoro portazo.

—¡Jackson, déjame!

Pero no lo hace. Un rápido y torpe vistazo me hace ver a Natalie sentada cómodamente en el sofá. Mi rabia, incluso mi más puro instinto de supervivencia, se recrudecen. ¿Por qué me ha traído aquí?

—¡Suéltame! —vuelvo a gritar.

Jackson me lleva contra la pared e inmoviliza mis caderas con las suyas. Yo lo empujo con la mano que me queda libre mientras trato de liberar la otra, pero rápidamente su otra mano agarra mi otra muñeca y lleva las dos contra la pared sin ninguna delicadeza. Muevo el cuerpo. Lucho. Es imposible.

—No es mi novia —me miente una vez más.

No le escucho. No quiero. ¡No se lo merece!

Sigo moviéndome, pero sigo sin obtener ningún resultado. Jackson sujeta mis dos manos con una de las suyas. Me agarra la barbilla y me obliga a mirarle a los ojos.

—No es mi novia —repite.

—Suéltame —siseo.

—No.

Toda la seguridad del mundo se ha condensado en esa única palabra y mi cuerpo responde a ella de una manera absolutamente kamikaze. Lucho por soltarme. Continúo forcejeando, pero al mismo tiempo la sensualidad y el deseo poco a poco van despertándose dentro de mí.

—¡Deja que me vaya!

—¡No!

—¡Quiero irme!

—¡No!

Su mano baja hasta colarse al otro lado de mi falda mientras sus ojos verdes e intensos continúan dominando los míos, dominándome a mí. ¿Qué clase de persona sería si le dejara tocarme otra vez? No puedo. No quiero poder.

—Suéltame.

Mi voz se evapora al final de esa única palabra transformándose en un gemido cuando siento cómo vuelve a romperme las bragas.

—Jackson —protesto perdiéndome en su mirada.

—No —repite.

Bajo toda esa rabia, incluso bajo toda esa arrogancia, ese «no» esconde muchas más cosas. Quiere que lo crea. Odia que no lo haga. Pero sencillamente no puedo ignorar todo lo que ha pasado.

Libera su erección, me levanta a peso con una sola mano y me embiste con fuerza, largo, profundo, torturador. Mi mente se cortocircuita y la culpa y el deseo se entremezclan como si fueran el placer y el dolor, como si habláramos de las dos caras de una misma moneda que ahora mismo domina todo mi cuerpo.

Jackson sigue mirándome, poseyéndome en todos los malditos sentidos. Le odio. Le odio más que nunca.

—No vuelvas a huir de mí —me advierte.

Su voz es una maldita droga de la que no puedo escapar por mucho que quiera.

—Me perteneces, Lara.

Sus embestidas son cada vez más fuertes, más duras, más intensas. Me deslizo por la pared rápida y caliente con mi propia sensualidad y la suya desbordándolo absolutamente todo.

Todo mi cuerpo se tensa.

Gimo.

Grito.

Acelera el ritmo. Sin piedad.

Arqueo la espalda separándola de la pared. Mi respiración se acelera, se evapora, y me corro de una manera casi salvaje mientras él sigue embistiéndome con una fuerza atronadora.

Cierro los ojos y me dejo llevar por todo el placer. Jackson se queda dentro de mí con su enorme polla llenándome por completo. Abro los ojos de nuevo y los suyos ya están esperándome.

—Dame las gracias —me ordena en el susurro más ronco y sexy que he oído en todos los días de mi vida.

—¿Por qué? —musito confusa con la voz jadeante.

Jackson se humedece el labio inferior muy despacio y me embiste con fuerza una sola vez. Mi cuerpo digiere la invasión y el placer se escapa de mis labios en un inconexo y largo gemido. Todo, sin que haya apartado sus ojos verdes de los míos.

—Por follarte —responde sin asomo de dudas, dejando que su implacable seguridad y toda su arrogancia me cieguen.

Un silencio revelador lo inunda todo.

—Gracias —murmuro.

No tengo opción. Mi cuerpo no tiene opción. Todo mi deseo, mi placer, no tienen opción.

Y como recompensa, vuelve a deslizarse en mi interior, llegando todavía más lejos, reavivando los rescoldos de todo mi placer, haciéndome subir aún más alto.

Gimo. Gimo como nunca.

Todo da vueltas. Mi cuerpo vuelve a tensarse. Mis terminaciones nerviosas vuelven a incendiarse y me corro por segunda vez con mi clímax entremezclándose con el suyo, sintiendo cómo el placer de los dos llena por completo mi sexo.

—Eres mía, Lara. Sólo mía —susurra en mi oído.

Suelta mis muñecas y sale de mí. Me deja despacio en el suelo y, tan pronto como lo hace, el sentido común vuelve y destruye toda mi felicidad postorgásmica. Natalie sigue ahí, observándonos con una sonrisa en los labios. ¿Qué está pasando aquí? ¿Qué clase de jueguito pervertido es este? ¿De verdad es su novia? Las preguntas se agolpan enmarañándolo todo, pero hay una que pesa más que todas las demás: ¿qué clase de persona soy? ¿Cómo he permitido que vuelva a follarme así? ¡Ni siquiera ha usado condón!

Le odio. Odio la situación en la que me ha puesto. Ni siquiera soy capaz de entenderla.

Lo empujo y lo abofeteo con toda la fuerza que soy capaz. Jackson se lleva la mano a la mejilla a la vez que gira la cara despacio. Suspira lleno de brusquedad sin levantar su mirada de la mía, pero no dice nada. Sabe tan bien como yo que se la merece, igual que los dos sabemos que yo me merezco otra y que soy una absoluta cobarde por culparlo sólo a él.

Me agacho de prisa, recojo mis bragas y me marchó con el paso acelerado y sin mirar atrás.

Gracias a Dios, el ascensor está en planta y no tengo que esperar. No paro de preguntarme lo mismo: ¿qué he hecho?, ¿qué demonios he hecho? Salgo a la calle casi corriendo. Espero que el aire fresco me calme, pero no es así. Paro un taxi y llego a mi apartamento relativamente rápido. Es sábado por la mañana y apenas hay tráfico.

Cada vez estoy más nerviosa. El cuerpo tenso. Los puños apretados. Casi no

puedo respirar. Otra vez no, por favor. Hacía años que no me pasaba. No soy capaz de pensar con claridad. Mi mente y mi cuerpo tiran de mí en varias direcciones a la vez.

Hace frío. Mucho frío.

Tiemblo.

De pronto todo está en calma.

Me despierto desorientada. Estoy tumbada en el suelo del salón de mi apartamento. Miro a mi alrededor y suspiro hondo muy preocupada. Hacía seis años que no sufría un ataque de pánico. Me levanto con el cuerpo agotado y hambrienta. Me quito el bolso y compruebo si tengo algún corte o herida de cuando me desplomé en el suelo. El gesto ha sido algo mecánico. Hace años tenía estos ataques muy a menudo y algunas costumbres se interiorizan para siempre.

Miro el reloj del horno y compruebo que son más de las cinco. Eso tampoco me sorprende. Después de un ataque pierdo el conocimiento y me quedo dormida durante horas, como si toda la tensión agotase por completo mi cuerpo y necesitase recargar la batería. Además, siempre, siempre, me levanto hambrienta.

Abro el frigorífico, cojo un bol con sobras y me siento en uno de los taburetes de la isla de la cocina. Quería saber qué se siente estando con una hombre de verdad... pues ya tengo la respuesta. Es algo instintivo, abrumador, como si te arrollara un tren de mercancías. Además, ni siquiera estoy segura al ciento por ciento de que no tenga novia. Él no se cansó de repetir que no era cierto y, desde luego, a ella no pareció importarle que Jackson me follara contra una pared en sus narices.

Resoplo y hundo el tenedor en los macarrones con queso.

Uno de los efectos de los ataques de pánico es la lucidez con la que me levanto. Mi mente cae *reseteada* y se despierta dispuesta a analizar todo con sumo detalle. Si Natalie no es su novia, y dejando al margen todo lo que ha pasado hoy, mi plan puede seguir en pie, puedo seguir pidiéndole que me enseñe a dejar de ser una ratoncita.

Aprieto los labios pensativa y me levanto de un salto.

Sé lo que tengo que hacer.

Suspiro con fuerza frente al enorme edificio de la Sexta Avenida y entro armándome de valor. El guardia de seguridad me saluda y cruzo el vestíbulo con paso rápido y discreto hacia los ascensores. Al salir, la oficina iluminada de Colton, Fitzgerald y Brent alumbra toda la planta.

Empujo una vez más la pesada puerta de cristal y avanzo por el *hall*. Un leve suspiro se escapa de mis labios cuando veo que el despacho en el que me encerré vuelve a tener las paredes intactas y no hay rastro del extintor. Si no hubiese sido tan intenso, viendo esto, podría decir que lo he soñado.

Llego hasta la puerta de Jackson. Está entreabierta y yo demasiado nerviosa. Respiro hondo y me encamino sin pensarlo dos veces. No quiero darles la oportunidad a más mujeres despampanantes para que me pillen por sorpresa.

Llamo al marco y me asomo con cautela. Jackson está sentado a su mesa. Al verme, abandona su elegante estilográfica de platino sobre los documentos que revisaba y se deja caer sobre su sillón de ejecutivo. Alza sus increíbles ojos verdes e

inmediatamente atrapa los míos. Aunque claramente juegue en mi contra, es el hombre más guapo que he visto en mi vida.

—¿Podemos hablar?

Jackson se humedece el labio inferior fugaz y finalmente asiente despacio. Yo también asiento, necesito un poco más de valor, y comienzo a caminar tratando de parecer segura.

—¿Qué quieres, Lara?

Su pregunta exigente y cortante me detiene en seco. Tengo la sensación de que tiene clarísimo cuál es la respuesta.

—¿Natalie es tu novia? —pregunto alzando la barbilla, demostrándole que no pienso amilanarme.

Jackson me observa durante unos segundos que se me hacen eternos.

—Ya te lo dejé claro —responde sin variar un ápice su tono—. Ella no es mi novia.

—Perdona que tuviera mis dudas —me quejo mordaz.

Me asesina con la mirada y en seguida me doy cuenta de que ese no es un camino por el que me interese seguir.

—Entonces, ¿por qué me lo dijo? —inquiero.

—No lo sé, ni tampoco me importa. Me acuesto con Natalie de vez en cuando y ella piensa que eso le da algunos derechos. Se equivoca —sentencia implacable—, pero no pienso perder el tiempo explicándoselo.

Aparto mi mirada tratando de analizar sus palabras. La verdad es que tiene sentido: una mujer espectacular encaprichada de Jackson y él sin ni siquiera tomarse las molestias de aclararle las cosas.

—¿Y si yo quisiese proponerte algo? —me armo de valor para pronunciar.

Jackson se levanta, otra vez despacio, irradiando toda esa seguridad. Rodea la mesa y se apoya hasta casi sentarse en el borde. Tomándome por sorpresa, tira de mi muñeca y me coloca entre sus piernas. A esta distancia sus ojos son demasiado verdes, así que, prudentemente, aparto la mirada concentrándola en mis manos. No puedo dejar que me embauque hasta que diga todo lo que he venido a decir.

—Algo como qué —susurra.

Su voz instintivamente me hace alzar la cabeza y, al encontrarme con su mirada, sé que estoy perdida.

Maldita sea.

Jackson me dedica una media sonrisa sexy y arrogante y, engreído, disfruta de que ahora mismo sólo pueda mirarlo a él.

—Lo que te dije en el club es verdad —me obligo a decir suplicándome a mí misma no tartamudear—: quiero dejar de ser una ratoncita.

—¿Y cómo pretendes que yo lo consiga?

Me está torturando. Algo en su mirada me dice que sabe perfectamente a qué me refiero.

—Nunca me había sentido así —confieso—. El sexo nunca había sido tan intenso y esta mañana no sé si fue por ti o por la situación o por las cosas que dijiste, pero nunca me había sentido así —repito volviéndome a sentir abrumada sólo con recordarlo.

Jackson se inclina suavemente sobre mí y ladea la cabeza buscando mi boca. Se detiene cerca, muy cerca. El corazón comienza a latirme con fuerza y ya sólo puedo mirar sus labios.

—No te quepa duda de que fue por mí —sentencia en un ronco susurro, negándome su beso una vez más.

Yo suspiro al borde de la combustión espontánea y trato de recomponerme lo más rápido posible.

—Hay un chico, un hombre —rectifico nerviosa—. Quiero que deje de verme como una niña.

Jackson vuelve a mantener silencio sin dejar de observarme, otra vez tratando de leer en mí.

—¿Quién es? —pregunta al fin.

Ahora la que guarda silencio soy yo. Me muerdo el labio inferior. No sé si puedo contárselo.

—Si voy a hacer esto, quiero saber por quién —me advierte.

No hay amabilidad en su voz, ni interés en aparentarla.

—Connor Harlow —murmuro.

—Connor Harlow —repite calibrando cada letra.

—¿Lo conoces?

—Es sólo un gilipollas más de Glen Cove. Hace poco su empresa ha empezado a trabajar para mí.

Me molesta lo que ha dicho, pero rápidamente calmo mi enfado y no le doy importancia. Para Jackson Colton muy pocas personas están a la altura de Jackson Colton.

—¿Aceptas? —inquiero impaciente.

Jackson recupera su vaso, le da un trago y lo deja sobre la mesa de impecable diseño. Se ha asegurado de que siga el movimiento y yo, sin ni siquiera saber por qué, lo he hecho. Simplemente quiere demostrar quién tiene el control aquí.

—Habrás unas normas.

—¿Unas normas? —murmuro—. ¿Como un contrato o algo así?

Mi imaginación está volando libre.

—No voy a hacerte firmar ningún contrato, Lara —replica con una media sonrisa de lo más impertinente, riéndose claramente de mí. Me lo merezco—. Quiero dejar claras algunas cosas, para evitarnos complicaciones.

Sin duda alguna ha usado el plural de cortesía. No creo que Jackson sea del tipo de hombres que no conoce el terreno que pisa.

—No son negociables —me advierte—. Son mis normas y tú tienes que decidir si

las aceptas.

Llevo un labio sobre el otro tratando de reunir toda la seguridad que soy capaz. Si hay algún momento para parecer una ejecutiva de Microsoft es este.

—Lo mantendremos en secreto.

Asiento antes de que pueda terminar.

—Veo que eso no va a ser un problema para ti —comenta con aire burlón.

—Tus padres no pueden enterarse, Jack.

La simple idea hace que se me encoja el estómago.

—Mis padres, ¿y qué me dices de Allen? Me cortarían los huevos si supiese todo lo que estoy pensando hacerle a su hermanita.

Sonríe con cierta malicia y las piernas me tiemblan de nuevo. No puedo dejar de imaginar todas esas cosas que quiere hacerme.

—¿Y qué hay de tus amigas? —pregunta.

Tuerzo el gesto. Dylan y Sadie son mis mejores amigas. Nunca les he ocultado nada.

—Va a ser difícil.

—Lara. —Mi nombre en sus labios no deja resquicio de duda.

Asiento de nuevo. Tiene razón.

Sin ningún disimulo, me recorre de arriba a abajo con la mirada antes de volver a atrapar la mía. Sus ojos se oscurecen y al mismo tiempo se vuelven más cálidos.

—Con respecto al sexo —continúa—, sé lo que me gusta y siempre he tenido lo que he querido. Si aceptas, aceptarás lo que quiera, cuando quiera.

Instintivamente trago saliva. Una punzada de excitación comienza a palpar con fuerza en mi sexo.

—Suenas muy egoísta —replico en un susurro.

No aparto la mirada. Quiero ser valiente y, sobre todo, demostrárselo.

—Lo es —contesta con una sonrisa ante mi brote de franqueza—, pero, sinceramente, no quiero tener que llevarte a cenar cada vez que quiera echarte un polvo.

Se merece una bofetada, pero lo cierto es que me siento aún más excitada y curiosa. No necesita andarse con juegucitos. Puede permitirse ser así de directo. De todas formas, por muy apetecible que suene, ese «lo que quiera, cuando quiera» implica muchas cosas sobre las que tengo que recapacitar.

—Esa condición tengo que pensármela.

—Me resultaría raro que aceptaras sin más —se apresura a contestar.

Por lo menos está siendo comprensivo, creo que por primera vez desde que toda esta locura comenzó.

—¿Y cuál es la tercera norma? —inquiero al ver que no continúa.

—Esto es sexo, Lara. No hay más. No somos novios. No vamos a quedarnos a dormir abrazados y no voy a enamorarme de ti.

Así es Jackson Colton, brutalmente sincero, y lo cierto es que tengo que

agradecerle que corte de raíz todas las fantasías que mi mente se ha empeñado en crear desde que volvimos a encontrarnos. Sin embargo, no puedo evitar que pique un poco. No tiene ni la más mísera duda de lo que significa para él. Resoplo mentalmente. Yo tampoco tengo ninguna duda de lo que significa para mí. Le odio y le deseo, no hay más. Él es Apolo y yo soy Prometeo robando el secreto del fuego. Voy a aprender a jugar y no podría haber maestro mejor. Sentir un poco de vértigo es completamente normal.

—Dime que lo has entendido —me ordena.

Su mirada es fría, pero al mismo tiempo tiene tan claro lo que quiere que resulta hipnótico.

—Lo he entendido —musito sin desunir nuestras miradas.

Es dominante. Es arrogante. Es distante. Y, en contra de mi sentido común, no podría resultarme más *sexy*.

—¿Lo de llamarte señor sigue en pie? —pregunto.

Jackson se humedece el labio inferior y una media sonrisa se cuelga en sus labios.

—Dilo.

—Señor Colton.

Mi respiración vuelve a acelerarse.

Jackson se inclina sobre mí, toma el bajo de mi falda con una de sus manos y la levanta con sus ojos fijos en el movimiento.

—Otra vez.

—Señor Colton —murmuro.

Mueve la otra mano y me acaricia con el reverso de los dedos por encima de mis bragas, despacio, torturador. Un suave gemido se escapa de mis labios.

—Dilo otra vez.

—Señor Colton —prácticamente jadeo.

Sonríe de nuevo y se aparta de mí sin ninguna piedad, dejándome con las piernas temblorosas y demasiado excitada para recordar siquiera mi nombre.

—Si aceptas —me dice mientras rodea su mesa de nuevo, con un tono de voz completamente neutral, como si no acabara de acariciarme bajo la falda—, ve esta noche al 497 de la 50 Este.

Todo me da vueltas.

—A las diez en punto —sentencia.

Suspiro hondo y me permito observarlo un segundo más antes de salir de su despacho. Tengo mucho en que pensar y varias horas, pero, sobre todo, tengo poco más de una hasta que cierren las tiendas. Normalmente es Erin quien compra mi ropa y, si lo hago yo misma, es siguiendo el consejo de las chicas. Finalmente me decido por Bloomingdale's y sus once plantas. Necesito un vestido elegante, *sexy* y espectacular. Por una vez quiero ser yo, con mi metro sesenta, quien le deje embobado.

Ya en mi apartamento, me doy una ducha y me seco el pelo con el secador y

mucho cuidado. Delante del espejo sonrío enfundada en mi vestido rojo. Ese color me trajo suerte en la fiesta de Easton. No me vendría de más esta noche.

Termino de arreglarme y a las diez menos cuarto estoy tomando un taxi hasta la dirección que me dio Jackson. La curiosidad parece crecer conforme nos acercamos manzana a manzana a la 50 Este, pero también la ansiedad. Es un lugar desconocido. Odio los lugares desconocidos. Creo que Jackson me ha citado precisamente de esta manera y precisamente en ese lugar para ponerme a prueba. Si soy capaz de hacerlo, también le estaré demostrando cuántas ganas tengo de hacerlo.

Me bajo del coche y respiro hondo. Miro a mi alrededor. No hay nada mínimamente parecido a un restaurante o a un club. Bajo un soportal, distingo en la oscuridad a un hombre de al menos dos metros con un impecable traje negro. Tiene aspecto de portero, pero ¿de dónde? Lo observo un momento y me acerco resuelta a preguntar. Quizá él pueda aclararme si al menos estoy en la dirección correcta.

A unos pasos, trago saliva y sopeso la posibilidad de darme media vuelta. Es un completo extraño y uno con cara de muy pocos amigos.

La recompensa merecerá la pena, Archer.

Respiro hondo. Puedo hacerlo.

—Disculpe... —me obligo a decir.

Apenas he pronunciado la palabra cuando abre una puerta gruesa de acero que parece salir de la nada. Yo miro hacia el interior con recelo.

—El señor Colton la está esperando —me informa.

Automáticamente frunzo el ceño. ¿Sabe quién soy? Respiro hondo de nuevo. Mi cuerpo empieza a tensarse. Haciendo un esfuerzo titánico, me armo de valor y doy un paso hacia el interior. La puerta se cierra de golpe y me quedo completamente a oscuras. Mi respiración se acelera. El corazón va a estallarme en el pecho.

No puedo.

No soy capaz.

No puedo.

Y entonces otra puerta se abre y un impresionante club se despliega ante mí. La suave voz de un hombre cantando, casi susurrando, *Earned it*,^[15] de The Weeknd, me inunda por completo. Doy un paso más. Todo es hipnótico, sensual, espectacular. Sin saber cómo, mi cuerpo se relaja. Abro las manos y sólo entonces me doy cuenta de que había cerrado los puños con fuerza y miedo cuando me quedé a oscuras.

La sala toma forma frente a mí. Hay una barra inmensa en un extremo y, al otro, una decena de mesas perfectamente distribuidas bajo la discreta y sensual luz de unas pequeñas lámparas. Todo es negro y rojo con pequeños toques dorados. Al fondo hay un escenario. Un suspiro de pura sorpresa me corta la respiración cuando la voz que escucho se personaliza en el propio The Weeknd. ¡Es él! No alguien cantando como él. A su lado, media docena de bailarinas vestidas únicamente con lencería negra de seda y pedrería bailan sensuales a su alrededor.

Todo es sofisticado y, sobre todo, *sexy*, muy *sexy*.

—Debe de ser Lara Archer —me saluda una de las camareras vestidas de *pin-up* —. Mi nombre es Becca. Bienvenida al Archetype. El señor Colton la está esperando.

Asiento algo conmocionada. ¿Qué clase de club es este? Ella me hace un amable gesto para que la siga y comenzamos a caminar. Estoy aturdida, pero, por primera vez en veintiún años, la curiosidad está ganando a la ansiedad. Atravesamos un complicado entramado de pasillos y nos detenemos frente a una puerta. La camarera me hace un nuevo gesto señalándola y, sin más, desaparece con una sonrisa.

Yo miro la madera color *champagne* y alzo la mano. Agarro el suave picaporte y abro. Respiro hondo una vez más, pero ya no estoy asustada.

Una sala casi tan grande como la que he dejado atrás se abre ante mí. Todo vuelve a ser negro, rojo y dorado, pero toda el aura de sensualidad del ambiente ha subido un escalón más. Ahora el escenario es redondo y está en el centro de la sala. La música es la misma y otras cinco mujeres vestidas exactamente igual que las anteriores bailan con idéntica sensualidad. Un espectáculo servido en bandeja para las personas que las observan tumbadas o sentadas en unas enormes camas con dintel. Del techo caen sábanas que les dan cierta intimidad, pero están pensadas para jugar, para que tengas que prestar verdadera atención, para despertar tu curiosidad, ya que lo que ocurre en esas camas es perfectamente visible. En algunas hay parejas; en otras, más de dos personas.

Un gemido de auténtico placer corta el ambiente. Me giro despacio, aturdida, excitada, y lo hago justo a tiempo de ver cómo un hombre guapísimo levanta la fusta de piel negra que tiene en la mano derecha y vuelve a golpear a una mujer en el pecho. Ella está atada de pies y manos a los postes de la cama, absolutamente entregada, con el pelo cayéndole como una cascada sobre la piel perlada de sudor, absolutamente sumida en el placer. Él se pasea a su alrededor solo con los pantalones de su traje a medida, dejando ver un cuerpo escultural. Al pasarse la mano por el pelo mientras la contempla, centra toda mi atención en su melena negra hasta la nuca. Por un momento dejo que mi imaginación vuele libre y los adivino hace unos minutos con esa misma mata de pelo entre las piernas de la mujer, besándola, llevándola a un placer exclusivo, y los dedos de ella perdidos en el pelo de él, tirando, gritando, gimiendo.

En ese momento el hombre la azota entre las piernas y ella se deshace por completo.

—Aquí puedes hacer todo lo que desees.

La voz de Jackson transformada en un susurro lleno de una sensualidad sin límites tiene un eco directo en mi sexo. Su cálido aliento baña mi oído. Está a mi espalda, cerca, muy cerca, peligrosamente cerca. Alza la mano y recorre mi brazo con el reverso de sus dedos mientras su miembro se despierta pegado a mi trasero.

—Y también puedo hacer todo lo que quiera contigo.

Por Dios, su voz, su voz es lo mejor de todo.

Jackson agarra mi muñeca con posesión y brusquedad y tira de mí para que lo

siga. Atravesamos la sala. Diferentes camas, diferentes personas, y no puedo evitar fijarme en todas ellas; cuerpos arqueándose contra las sábanas de seda, embestidas duras, sin piedad... manos, bocas, piernas, sensualidad, placer, deseo.

Uau.

Subimos unas escaleras. Hay decenas de personas en ellas, observando. Las mujeres se fijan y murmuran cuando ven a Jackson, pero él ni siquiera las mira, exactamente como hizo con aquella chica en Atlantic City, y ese simple gesto llama poderosamente mi atención. Así es Jackson Colton. El animal más salvaje y bello del mundo. Las chicas mueren por él y él ni siquiera les presta un segundo de atención.

Una de las mujeres alza la mano, pero la retira a punto de tocarlo. Sabe que no es buena idea. Nadie toca a este dios del Olimpo sino es su deseo. Las pobres mortales tenemos que esperar nuestra oportunidad.

Accedemos a una nueva sala más pequeña e íntima. Jackson me suelta en el centro de la estancia y camina hasta un precioso mueble *vintage* que hace de bar. Se sirve una copa en un vaso bajo y se sienta en un sofá de piel rojo oscuro.

Yo lo observo nerviosa. No sé qué es lo que quiere que haga. Trago saliva y doy un paso en su dirección. Sin embargo, él me chista a la vez que niega con la cabeza y separa el carísimo cristal de sus labios.

Me detengo obediente y, haciendo un esfuerzo más que titánico, tomo aire y trato de mantener mi descontrolada libido a raya. Si él puede jugar, yo también. Se supone que ese es el quid de la cuestión. Aprender del mejor.

—Yo también me tomaría una copa —murmuro.

Jackson me dedica su media sonrisa y, sin levantar sus ojos de los míos, se levanta y camina hasta mí. Se detiene apenas a un paso y, con ese gesto tan familiar que me incendia por dentro, me toma de la muñeca y tira de mí hasta que nuestros cuerpos se chocan. Contengo un suspiro y le mantengo la mirada. Puedo jugar.

Jackson se mantiene en silencio, misterioso, y se lleva su copa a los labios, observándome por encima del cristal. Por Dios, su mirada está fabricada de pura fantasía erótica. Se inclina sobre mí; otra vez pienso en sus besos, pero en lugar de sus labios noto el cálido *whisky* derramándose en mi boca. Es tan sensual... Sus dedos se hacen aún más posesivos en mi muñeca y yo disfruto de su suave aliento, del licor y del incipiente deseo que me recorre por dentro.

Cierro los ojos para digerir todo el placer. Noto sus dedos liberar mi muñeca y, cuando vuelvo a abrirlos, Jackson está sentado de nuevo en el elegante sofá. Por lo menos he conseguido mantenerme en pie, aunque mi cuerpo actualmente esté construido de llamas y pura excitación.

—Ya tienes tu copa —pronuncia arrogante—. Ahora di lo que tengas que decir.

—Tengo dudas.

—¿Sobre qué? —pregunta increíblemente tranquilo, como si discutiera esta clase de temas con chicas inexpertas todos los días.

Probablemente no sea la primera. Aparto ese tema de mi mente. Me niego a

pensar en eso ahora.

—Sobre las normas.

—Te dije que no eran negociables —me recuerda, y su voz se ha endurecido.

—Y no quiero negociarlas —replico—, sólo circundarlas —añado moviendo ligeramente la mano, tratando de discernir si es o no la palabra adecuada.

—¿Circundarlas? —repite a la vez que sonrío *sexy* y yo me derrito un poco—. Te escucho.

Tomo aire. No puedo dejar que me despiste. Tengo que decir lo que he venido a decir.

—Lo que quieras, cuando quieras, significa que, si acepto, ¿voy a convertirme en tu sumisa? ¿Vas a atarme y todo eso?

Mi voz se ha ido desvaneciendo conforme llegaba al final de la frase. Si su simple proximidad consigue que mi imaginación vuele libre, su proximidad, el que esté vestido con ese impecable traje negro y esa impecable camisa negra y el tener que estar hablando de este tema después de todo lo que he visto en este mismo club, es un cóctel explosivo.

—No quiero una sumisa —responde de nuevo con la misma sonrisa en los labios.

Sin duda alguna le divierte la manera en la que veo toda esta situación. Eso no me hace ninguna gracia. No soy ninguna cría.

—Soy muy dominante —continúa, y no puedo evitar que una sonrisa fugaz se cuele en mis labios—, creo que ya te has dado cuenta, pero no quiero una sumisa, al menos no en el sentido estricto. Es tan sencillo como que quiero que hagas todo lo que quiera cuando quiera y me des las gracias por ello.

Uau.

—Eso se parece bastante a la definición de una sumisa.

—Si así lo consideras...

En ese preciso instante oigo un ruido tras de mí. Me giro confusa y frunzo el ceño al ver entrar a Natalie, la misma chica que dijo que era su novia. Me mira de arriba abajo con una taimada sonrisa en los labios mientras camina encaramada otra vez a unos elegantísimos tacones de aguja. Alza la mano y saluda a Jackson discretamente, pero él ni siquiera la mira, sigue con sus ojos clavados en los míos. Se coloca frente a él y, sin más, se abre el estilizado batín morado que lleva y deja que caiga a sus pies, quedándose completamente desnuda. Yo contemplo la escena boquiabierto, como si lo observase todo a través de la pantalla de un televisor.

Jackson aparta su mirada de la mía y la lleva hasta los ojos de Natalie; ni siquiera en el movimiento observa una milésima de segundo su cuerpo desnudo. Le hace un imperceptible gesto con la cabeza y ella desaparece por una de las puertas laterales.

Yo sigo a la despampanante mujer con la mirada. No entiendo nada de lo que acaba de pasar. Él dijo que no era su novia. Recuerdo cristalina cómo me lo hizo comprender en su despacho, pero, entonces, ¿qué relación tienen? Las dudas que conseguí arrinconar después del ataque de pánico vuelven como un ciclón.

Jackson ladea la cabeza y me observa. ¿Qué pretende que diga, que piense? Yo le mantengo la mirada mientras digiero la sensación de que no estoy al nivel. La ratoncita de biblioteca no está al nivel.

Respira hondo, Archer, y no te amilanes.

—Esta relación o acuerdo o lo que sea esto, ¿será exclusiva? —pregunto tratando de sonar segura, incluso un poco exigente.

—¿Estás hablando de monogamia?

Asiento. Es la palabra exacta. Y ahora mismo es lo que necesito saber urgentemente. Necesito un urgente «sí» para ser exactos. Porque, aunque Jackson sea el camino y no el fin, no sé cómo me sentiría teniendo que compartirlo.

Él se echa hacia delante y deja su copa sobre la pequeña mesa frente al sofá.

—No te acostarás con otros hombres, Lara —sentencia—. Mientras esta relación o acuerdo o lo que sea dure —continúa riéndose claramente de mí. Estoy completamente convencida de que él sabe perfectamente lo que es esto—, tú eres mía.

Trago saliva. Sus palabras han vuelto a conseguir que todo me dé vueltas.

—¿Y qué hay de ti? —inquiero.

—Lo que yo haga no te concierne.

Frunzo el ceño confusa. ¿Cómo puede pensar que no me concierne que tenga sexo con otras mujeres? Además, yo no puedo acostarme con otros hombres, pero él sí tiene esa libertad para usarla, por ejemplo, con Natalie.

—Eso no es justo —protesto.

—No me gusta ser justo con las mujeres y tampoco lo necesito. Desnúdate —me ordena.

Vuelvo a fruncir el ceño. A este paso necesitaré un bote entero de crema antiarrugas para esa parte específica de mi cara.

—No usaste condón —le recuerdo—. Tomo la píldora, pero quiero que uses condón.

—Te follaré como quiera, Lara. Y ahora, desnúdate. No me hagas volver a repetírtelo —me advierte.

Sus palabras me enfadan. Me enfadan muchísimo. De pronto recuerdo cuánto le odio y por qué le odio.

—No voy a acostarme contigo si no usas condón. No quiero estar follándome indirectamente a todas las mujeres con las que te vayas a la cama mientras yo te pertenezca. —Las últimas palabras las pronuncio con desdén, no puedo evitarlo y, además, se lo merece.

Jackson sonrío, una sonrisa llena de atractivo pero también de malicia que consigue descolocarme.

Se levanta y, caminando hacia mí, se quita la chaqueta. Sin dejar de mirarme, se deshace de los gemelos y lentamente se remanga las mangas por encima del antebrazo lleno de masculinidad. Me esfuerzo en no suspirar, en no mirarlo

embobada, pero me lo está poniendo realmente complicado. Tiene un cuerpo increíble y la forma tan sexy en la que el pantalón le cae sobre las caderas tampoco ayuda.

Se acerca todo lo posible sin llegar a tocar mi cuerpo. Su calor me envuelve por completo, me sacude. Da un último paso y yo involuntariamente lo doy hacia atrás. Quiero seguir enfadada. Jackson alza las manos, las apoya en la pared y me acorrala contra ella. No me toca, pero puedo sentirlo de tantas maneras que mi sentido común se diluye hasta desaparecer por completo.

—¿Qué quieres? —susurra justo antes de acariciar su nariz con la mía.

Mi cuerpo se estremece y se me eriza el vello. Alzo la boca buscando la suya, casi desesperada, pero él se separa apenas unos centímetros y niega con la cabeza.

—Dímelo —me ordena volviendo a acercarse, dejando que sus labios estén muy cerca de los míos, seduciéndome.

—A ti, que me beses.

Jackson sonrío y yo gimo sin estar completamente segura de poder mantenerme de pie. El deseo lo ocupa todo y no hay espacio para nada más.

—Pues tendrías que haber obedecido.

¿Qué?

Sin más, se aleja de mí, se termina su copa de un trago y, sin mirar atrás, desaparece por la misma puerta por la que lo hizo Natalie.

Yo resoplo absolutamente decepcionada y enfadada y excitada. ¡Maldita sea! Me llevo las palmas de las manos a las mejillas tratando de ordenar mis ideas y acabo colocándolas en las caderas. ¿Adónde ha ido? ¿Por qué se ha marchado? ¿Esto siempre va a ser así? Si no obedezco a la primera, ¿me castigará? Resoplo de nuevo rezando porque mi mente práctica y analítica regrese, pero todo en lo que puedo pensar es en camisas negras perfectamente remangadas y en bocas que se adivinan deliciosas. Resoplo por tercera vez y clavo la mirada en la puerta por la que los dos han salido. Sé que lo más sensato sería marcharme y olvidarme de esto, pero hace mucho que no elegí la opción más sensata.

Camino despacio hacia la puerta y giro la manilla sin concederme más tiempo para pensar.

Entro con el paso titubeante e inmediatamente aparto la mirada. Sólo un segundo. La curiosidad y un placer morboso me hacen volver a alzarla y fijarme en cada detalle con atención, en cómo se mece sobre ella, en cómo sus brazos tensos recogen y mantienen cada una de sus embestidas, y en su perfecto cuerpo de dios griego. La espalda de la chica se arquea rozando el contorsionismo. Se separa del colchón y busca desesperadamente aferrarse a su cuerpo, pero él permanece impassible, embistiéndola sin piedad. Ni siquiera follando se baja del pedestal en el que Dios y toda su arrogancia lo han subido. La chica parece estar en otro mundo que sólo le pertenece a Jackson.

Quiero ser esa chica. Lo quiero con todas mis fuerzas.

Él repara en mi presencia y se levanta. La chica gime y echa la cabeza hacia atrás desesperada. Ella también quiere más. Sonríe absolutamente agitada y se pasa las manos por los pechos. Parece que estos minutos con él han sido mejor que horas con cualquier otro hombre.

Jackson camina hasta mí y, sin mediar palabra, sumerge una de sus manos en mi pelo y desliza la otra bajo mi vestido y bajo mis bragas. Estoy tan mojada que entra sin dificultad, rápido y caliente. Gimo absolutamente excitada y alzo las manos. Aún no han tocado su cuerpo cuando Jackson tira de mi pelo, brusco, una sola vez.

—No te muevas —me ordena.

Es tan arrogante, tan exigente, tan arisco, y al mismo tiempo te mira dejándote absolutamente claro que ya le perteneces, incluso antes de saberlo, y simplemente no puedes alejarte de él.

Bombea en mi interior, fuerte, implacable. Gimo. Gimo con fuerza.

—Eres mía. Tu cuerpo es mío. Ahora márchate.

Retira sus dedos de golpe y da un paso hacia atrás. Yo no me muevo. No puedo. ¿Quiere que me marche? ¿Por qué?

Jackson aprieta los labios y su mandíbula se tensa un poco más.

—¿Quieres follar conmigo, Lara? Yo follo así. Y no doy segundas oportunidades.

Una advertencia en toda regla.

Aturdida, creo que incluso conmocionada, giro sobre mis pasos y salgo de la habitación. Ha sido claro y sincero hasta rayar la crueldad. No tengo nada que reprocharle, pero la familiar sensación de que esto me queda demasiado grande regresa como un ciclón.

Vuelvo a la sala principal del club y la atravieso todavía abrumada. Si quería saber si esto siempre será un ordeno y mando, ahí tengo la respuesta. Todas las alarmas de mi cuerpo se encienden y gritan como locas. Tengo que alejarme de él, pero estoy demasiado cerca del santo Grial de la seducción como para marcharme sin aprender nada. Además, una parte de mí, sencillamente, no quiere hacerlo.

—Señorita Archer —me llama el portero con una voz grave, casi afónica.

Yo lo observo confusa.

Él no dice nada más y me señala un taxi aparcado a unos pocos metros.

—Yo no he pedido ningún taxi —trato de explicarle.

Pero él ni siquiera parece escucharme y continúa con la vista al frente.

Miro a mi alrededor. Estamos muy cerca del East River y el viento en esta zona a esta hora de la noche es húmedo y frío. No creo que vayan a aparecer muchos más taxis por aquí, así que no pienso desperdiciar este.

—Buenas noches. Al 88 de la calle Franklin —comento en cuanto me monto.

No tardamos más de unos minutos. Cuando se detiene frente a mi edificio, saco la cartera dispuesta a abonar la carrera, pero el taxista niega con la cabeza.

—El señor Colton ya lo ha dejado pagado —me informa.

Yo lo observo por el espejo retrovisor y devuelvo una sonrisa de compromiso a la que él me tiende. Me echa del club sin paños calientes, pero se asegura de que tendré un taxi en la puerta esperándome. Son las dos caras de una moneda y las dos van a volverme completamente loca. Sencillamente Jackson Colton es un misterio para mí.

Abro los ojos y miro con desgana el despertador. Son las nueve y dieciséis. A las nueve y dieciséis de un domingo uno tiene que estar pensando si ir al parque a jugar al frisbee a Central Park o a patinar al Rock Center, o simplemente «disfrutar» de una resaca como Dios manda. Yo, en cambio, estoy pensando cómo normalizar un trato con el hombre más odioso del planeta, que, además, podríamos calificar de peligroso para mi vida sentimental; nunca me recuperaría si me colara por Jackson Colton, con el que trabajo en el proyecto más importante de toda mi carrera y que, por si fuera poco, es el hijo pródigo del matrimonio que me crio. La tarea es, cuanto menos, complicada, ¡y ha sido idea mía! Bueno, nadie dijo que hacer pactos con el diablo fuera sencillo.

Me levanto de un salto y voy hasta la cocina. Me preparo unas deliciosas tortitas y una taza humeante de café. No puede ser tan complicado. Sólo tengo que analizar la situación y tomar la decisión más práctica. Jackson se enfrenta al sexo y a sus relaciones, intermitentes, de una sola noche, de un solo polvo o simplemente poco convencionales, como la nuestra, como se enfrenta a los negocios. Por eso resulta tan *sexy* y por eso es imposible decirle que no. Son las mismas armas y las conoce demasiado bien. Se siente cómodo. Es su terreno. Y en ese preciso instante tengo una revelación de esas que oyes a un coro de angelitos cantar el *Aleluya* de Haendel. Yo también tengo que sentirme cómoda, tengo que poner mis propias normas para saber también el terreno que piso. Asiento convencida. Jackson dijo que no quería una sumisa, pues no voy a comportarme como una.

Me ducho, me pongo mis vaqueros favoritos y una bonita camiseta color vainilla y salgo de mi apartamento con una sonrisa de oreja a oreja. Lo importante es la actitud.

Llamo a Erin y, después de alguna que otra mentirijilla piadosa, obtengo la dirección de Jackson. El malnacido vive en un ático de lujo en el edificio más ridículamente caro del Upper East Side, con vistas al parque, por supuesto.

De camino, me paro en una librería especializada en economía y comercio exterior de Maddison Avenue. Quiero comprar el nuevo libro de Deegan. Si los economistas creyesen en profetas, Edmund Deegan sería el gurú de todos ellos.

Antes del mediodía estoy delante del 834 de la Quinta Avenida.

Ahora es el momento de echarle valor, Archer.

Suspiro hondo y entro decidida en el edificio. El vestíbulo es realmente imponente. Trago saliva y me dirijo hacia el mostrador de mármol del conserje obligándome a olvidar que estoy en un lugar desconocido a punto de hablar con un extraño. Cierro los puños con fuerza. Si me ve con cara de estar en un tris de sufrir un colapso nervioso, no creo que me deje subir.

—Hola —lo saludo.

—¿En que puedo ayudarla?

No me devuelve la sonrisa. Mi mente se enmaraña un segundo presa de la ansiedad. Es un desconocido, un completo desconocido. Lo miro a punto de girar sobre mis pies y salir corriendo cuando leo su pequeña placa de identificación. Hugh, se llama Hugh. Se llama Hugh y trabaja como conserje. Ya no es un absoluto extraño.

Respiro hondo. Lucho por tranquilizarme... y momentáneamente gano la batalla.

—Quería ver al señor Colton.

—El señor Colton no se encuentra en el edificio en este momento —me informa con sequedad.

Tuerzo el gesto y tamborileo con la punta de los dedos sobre el mostrador.

—¿Podría esperarlo arriba? —inquiero de nuevo otra vez con mi sonrisa más adorable.

Con Easton y Allen siempre funciona.

El portero sonrío mordaz. Tengo la sensación de que no soy la primera chica que le pone ojitos para que le permita entrar en la guarida del león.

—No me está permitido —me confirma sin ningún remordimiento.

—Claro —respondo desanimada.

Está claro que, por mucho que lo intente, no voy a conseguir nada.

Salgo a la calle y resoplo mientras echo un vistazo a mi alrededor. Todos son elegantes edificios de apartamentos de lujo; no hay ninguna cafetería donde esperar, sólo un banco de piedra pegado al pequeño muro que rodea el parque. Eso tendrá que valer.

Cruzo la calle y me acomodo en el banco. Desde aquí podré ver llegar a Jackson. ¿Adónde habrá ido? Quizá esté trabajando, o haya salido con Colin y Donovan, o tal vez se esté despertando en la cama de alguna chica que lo mira con ojos embelesados y una bandeja con café y tostadas francesas.

Para ya, Archer. Lo que haga con su vida no te interesa.

«Ja».

Frunzo los labios, saco mi libro de Deegan y comienzo a leer. Mejor concentrarse en algo útil.

Estoy terminando el cuarto capítulo cuando un coche deteniéndose en la acera de enfrente me distrae. Reconozco de inmediato al hombre que conduce: es Colin. En ese momento Jackson se baja del asiento del copiloto. Colin dice algo que no alcanzo a escuchar y Jackson le pone los ojos en blanco, aunque prácticamente en el mismo microsegundo se echa a reír. Es una sonrisa sincera. Nunca le había visto esa sonrisa y, de pronto, sólo por ese instante, parece un chico normal de Nueva York.

Me gusta esa sonrisa.

Antes de que me dé cuenta, yo también tengo una en los labios.

Cierro el libro de un golpe, recojo mi bolso y me levanto. Todo sin perderlo de vista.

El coche de Colin se aleja a la vez que cruzo la calzada. Entro en el edificio justo a tiempo de ver cómo Jackson atraviesa el vestíbulo camino de los ascensores.

—Señorita —me llama el portero alarmado, saliendo a mi encuentro para cortarme el paso.

Definitivamente debe de creer que soy una *groupie* pirada.

—¡Jack! —grito.

«Eso es. Sigue dando una buena impresión».

El conserje me asesina con la mirada y Jackson se gira a punto de entrar en el ascensor. Al verme, frunce el ceño imperceptiblemente pero en seguida se recupera y camina un par de pasos en mi dirección. Finalmente estira el brazo en una exigente llamada para que vaya con él. Yo, que ahora tengo la oportunidad de observarlo de cerca, reparo en la ropa que lleva: unos vaqueros, una sencilla camiseta gris y unas zapatillas de deporte. El pelo hecho un desastre y una barba incipiente que comienza a rasgarle la mandíbula. Nada especial y, sin embargo, está increíble. Esta imagen acaba de entrar fulminante en el puesto número tres de mis fantasías con Jackson Colton, sólo superada por el esmoquin de Valentino y el pantalón de polo; bendito pantalón de polo.

Jackson se humedece el labio inferior y automáticamente salgo de mi ensoñación.

Qué ridícula eres, Archer.

Al pasar junto a él, coloca su mano en la parte baja de mi espalda, casi al límite, y me guía hasta el ascensor. Antes de entrar miro al portero por encima del hombro, que me observa con los labios apretados, y enarco las cejas con una sonrisa satisfecha. La *groupie* pirada ha ganado la guerra.

«¿Tú te escuchas?».

Solos en el ascensor, clavo la mirada en las puertas de acero y me llevo un labio sobre otro, nerviosa. Jackson no dice nada. También tiene su mirada fija al frente. Los nervios aumentan y las mariposas en la boca de mi estómago se multiplican. ¿Qué locura es esta? Hoy mismo me he dicho que no puedo colarme por él. ¡No puedo!

Pero todo juega en mi contra.

La atmósfera entre los dos va cambiando, intensificándose, como si se tratase de un mecanismo que se activa cuando estamos juntos incluso en contra de nuestra voluntad. Su pecho se hincha suavemente en busca de más oxígeno y de pronto los treinta segundos de ascensor parecen treinta minutos o, lo que es lo mismo, treinta oportunidades para que estire uno de los dedos de su mano junto a su costado y acaricie la mía.

Avanzamos por el elegante pasillo y llegamos hasta su puerta. Jackson abre y entra. Yo me dispongo a seguirlo, pero todo mi cuerpo cae en una profunda tensión y se niega a colaborar. Jackson desaparece de mi campo de visión y yo me esfuerzo en controlar mi respiración, calmarme de algún modo y entrar. Pienso en mi plan, en que necesito hablar con él, pero soy incapaz de cruzar el umbral. Es un lugar desconocido. Odio los lugares desconocidos.

A los pocos segundos, Jackson aparece de nuevo. Lleva una botellita de agua en la mano. A unos pocos metros de mí, me mira pero no dice nada. Yo estoy a punto de suplicarle que tire de mi muñeca y me obligue a entrar, pero me contengo.

Jackson respira brusco y, tomándome por sorpresa, lanza la botellita al suelo sin importarle lo más mínimo. Se lleva las manos a la espalda, a la altura de los hombros, y en un fluido movimiento se quita la camiseta. Abro los ojos como platos sin poder apartar la mirada de él. Se quita las deportivas y los calcetines y se deshace de sus vaqueros y sus bóxers suizos blancos quedándose gloriosamente desnudo. Yo suspiro boquiabierto y lo barro con la mirada. Nunca había tenido la oportunidad de verlo completamente desnudo y ni en mis mejores fantasías me había imaginado algo así. Es el cabrón más atractivo que he visto jamás.

—Voy a darme una ducha —me explica con total naturalidad—. Ya sabes dónde estoy.

Sin más, echa a andar y desaparece por el pasillo contrario al que lo hizo la primera vez. Yo observo el vestíbulo absolutamente atónita. Quiero entrar. Quiero seguirlo. Quiero ducharme con él.

Aprieto los dientes, los puños. Trato de coger fuerzas. Doy el primer paso y tengo la sensación de que acabo de atravesar una barrera invisible. Mientras cruzo el vestíbulo, veo de pasada el salón y sólo necesito ese par de segundos para darme cuenta de que es un sitio tan elegante y sofisticado como su imponente dueño.

Respiro hondo y sigo avanzando. El sonido del agua de la ducha correr es mi canto de sirena particular. El pasillo se me hace eterno, como si midiese decenas de kilómetros y con cientos de puertas a uno y otro lado.

Empujo la puerta del fondo y vuelvo a respirar hondo. El corazón va a salirseme del pecho. Estoy demasiado nerviosa. Con el primer paso que doy dentro de la estancia, giro sobre mis pies dispuesta a salir corriendo hasta un lugar seguro, pero me freno en seco.

Archer, ya no tienes siete años. Nada malo va a ocurrirte. Puedes controlar la

situación.

Me vuelvo de nuevo y echo a andar, despacio, titubeante. La sangre me martillea en los oídos y tengo la boca seca. Es una habitación desconocida en una casa desconocida.

Todo está en penumbra gracias a las cortinas corridas. Hay una inmensa cama en el centro, perfectamente hecha, con ropa y almohadones blancos. Un par de mesitas y poco más. Todo es muy sobrio y sereno y me doy cuenta de que también es como Jackson. Otra cara de él.

Dejo a la derecha una puerta, que me imagino es el vestidor, y al fin alcanzo el pomo de la del baño. El ruido del agua se hace más intenso y, como una interferencia que al final lo inunda todo, bloquea mi ansiedad y se deshace de ella. Apoyo la frente en la madera a la vez que alzo la mano y suavemente la acaricio. Sé lo que venía a decir, no lo he olvidado, pero Jackson Colton tira de mí con una fuerza más profunda, sorda y exigente que la maldita gravedad.

Abro la puerta y suspiro. Jackson está bajo el torrente de agua y la visión es sencillamente embriagadora. Sin dudarlo, sale de la ducha, tira de mi muñeca y, aún vestida, me lleva contra la pared de azulejos italianos. El agua empapa mi ropa al instante, húmeda y caliente, exactamente como me siento yo.

—Esta es tu recompensa, Ratoncita —dice bajando sus manos por mis costados.

También recuerdo aquello de que, si me colaba por Jackson, sería mi fin. Lo sé. Lo tengo clarísimo.

Regreso a la habitación envuelta en una reconfortante toalla blanca. Estoy agotada. El asalto en el baño ha llevado al límite cada músculo de mi cuerpo. Sin embargo, una sonrisa de pura satisfacción se instala en mis labios. Nunca lo había hecho en la ducha.

Su cama otra vez roba toda mi atención. Acaricio la colcha con la punta de los dedos y sonrío de nuevo. Seguro que, cuando fue a la tienda a elegirla, pidió el tamaño bacanal romana.

En ese momento Jackson sale del baño. Aparto rápidamente la mano y me giro para mirarlo. Sin decir una sola palabra, cruza la estancia, entra en el vestidor y se quita la toalla que llevaba a la cintura. Se pone unos bóxers blancos y, sin prestar atención, tira de unos vaqueros de uno de los estantes, se los pone y se los ajusta dando un par de saltitos. Se pone una camiseta verde oscuro y rápidamente coge algo del mueble que tiene justo enfrente, aunque no alcanzo a ver el qué.

Regresa a la habitación y, como pasó antes, yo finjo no hacer lo que estaba haciendo; en este caso, mirarlo embobada.

—Vístete —me ordena dejando sobre la cama unos bóxers, un pantalón de chándal y una camiseta.

Me quedo un poco descolocada, pero Jackson sale de la estancia antes de que

pueda decir nada. A veces no sé qué pretendo que diga o haga, pero soy plenamente consciente de que lo que dice o hace no es lo que quiero.

Me visto; como era de esperar, la ropa me está grande. Me recojo el pelo aún húmedo en una coleta y salgo de la habitación. Recorro el pasillo con paso tímido y llego al salón.

Él está a un lado de la isla de la cocina. Al verme, alza la mirada un solo segundo y vuelve a prestar atención a lo que sea que tiene entre manos. Yo me quedo de pie, sintiéndome tímida y también algo inquieta. No sé si quiere que esté aquí o se ha dado tanta prisa en prestarme la ropa para que meta la mía mojada en una bolsa y me largue.

Jackson abre el frigorífico, saca una botellita de agua y la deja frente a uno de los taburetes al otro lado de la barra de granito. Me lo tomo como una invitación. Camino hasta la silla en cuestión y me siento. En silencio, abro la botellita y me fijo en sus manos. Frunzo el ceño. ¿Está preparando un sándwich de pollo?

—¿A qué has venido, Lara? —inquire, sacándome una vez más de mi ensoñación.

Me encojo de hombros. ¿Por qué siempre parece ir un paso por delante de mí?

—Quería que habláramos —me sincero.

—¿De qué?

—De las normas.

—Están muy claras, Lara —responde sin levantar la mirada.

—¿Has hecho esto con otras chicas?

Él se detiene un segundo con un trozo de rúcula en las manos. Mi pregunta parece haberlo pillado fuera de juego. No sé por qué lo he preguntado. En el fondo, no sé si quiero saberlo.

—¿Te refieres a un trato así?

—Sí.

—No, pero son las mismas normas que aplico con cualquier chica.

No te sientas importante ni especial, Lara Archer. Eres una más.

Tuerzo el gesto, pero lo disimulo rápido.

—Nunca doy explicaciones, nunca hablo con nadie de lo que hago y jamás les doy esperanzas.

Me molestan sus palabras y otra vez no tengo ni las más remota idea de por qué. Está siendo sincero. Debería agradecerle que lo sea.

—Yo también quiero poner mis normas —pronuncio intentado sonar segura.

Me doy cuenta de que, con él, trato muchas veces de parecer segura. ¿Tanto me importa lo que piense de mí?

No.

«Sí».

Jackson no dice nada y me lo tomo como una invitación a continuar.

—Yo también decidiré cuándo y cómo quiero estar contigo.

—No —responde alzando la cabeza y uniendo nuestras miradas.

Frunzo los labios. Ya no estoy molesta, ahora estoy enfadada, pero no voy a rendirme.

—No estarás con otras mujeres mientras estemos juntos.

—No.

No deja rastro de dudas. Ni siquiera lo piensa.

Ahora estoy furiosa.

—Esto acabará cuando regrese Connor —continúo sin titubeos—. Sólo estoy contigo para poder estar con él y no quiero que nada pueda estropearlo.

Quiero hacerle daño. Quiero que se sienta como me siento yo y, aunque sea mínimamente, en su mirada creo ver que lo consigo.

—¿Por qué Connor?

Una vez más me pilla por sorpresa. ¿Por qué quiere saberlo? No me hizo ninguna pregunta sobre Connor la primera vez que hablamos de él.

—Me besó, en Atlantic City. —La mirada de Jackson cambia imperceptiblemente y siento la imperiosa necesidad de explicarme para no quedar como la chica más ingenua del planeta Tierra—. Sé que es una tontería, que sólo fue un beso, pero me sentí como si me desearan por primera vez. Una chica como yo no se siente especial demasiadas veces en su vida. Aquella noche, él consiguió que sintiese que no podía mirar a ninguna otra mujer que no fuera yo.

Jackson continúa mirándome, en silencio. Su expresión vuelve a cambiar, pero otra vez lo hace demasiado rápido. Ya no está enfadado, ahora es algo diferente que ni siquiera puedo explicar.

—Me parece inteligente que esta historia tenga una fecha de caducidad, Ratoncita —sentencia cortante.

—No me llames ratoncita.

Jackson deja el pan sobre la encimera y se apoya en ella con las palmas de las manos para acercarse a mí. Sus hombros se tensan de una manera exigente y no puedo evitar que mi atención se desvíe, sólo un segundo.

—Convierte lo que te hace débil en tu punto fuerte y muéstralo con orgullo —ruge—. Crees que no le gustarás al imbécil de Connor Harlow porque eres una ratoncita de biblioteca y eso será lo que le vuelva jodidamente loco.

Soy plenamente consciente de que es una estupidez, pero odio que él me vea así, precisamente como una ratoncita.

—Connor no es como tú.

Otra vez sólo quiero herirlo. Me siento ruin y también bastante estúpida. Es obvio que no está funcionando.

—Todos los hombres queremos lo que no podemos tener.

—¿Por eso te acostaste conmigo en el Indian?

De nuevo he preguntado algo cuya respuesta no sé si quiero escuchar. Debería plantearme dejar de hacerlo.

—Me acosté contigo en el Indian porque me pones de los nervios —responde sin más con una impertinente sonrisa en los labios.

No lo aguanto más.

—Eres un imbécil —siseo bajándome del taburete y echando a caminar con el paso acelerado.

Pienso coger mi ropa y largarme de aquí.

Sin embargo, cuando paso junto a él, me atrapa rodeando mi cintura con sus brazos y me lleva contra su cuerpo. Me muevo tratando de zafarme, pero me estrecha aún más. Resoplo y entorno la mirada. No soy su juguetito, maldita sea.

—Suéltame —mascullo.

—Por eso me acosté contigo, porque no te rindes. Ni siquiera tengo claro que me gustes.

—Tú tampoco me gustas —le aclaro inmediatamente.

Pero ¿quién se cree que es?

Jackson ríe entre dientes y me acomoda aún más contra él.

—Normalmente las chicas me dan todo lo que quiero.

—Pues estás muy mal acostumbrado.

La atmósfera entre los dos comienza a cambiar otra vez y el que sea consciente de cada centímetro de su cuerpo no ayuda nada.

—Eso es lo que tiene que ver Connor, Ratoncita —susurra.

Su voz se vuelve ronca y vibra por todo mi cuerpo.

—No sé si seré capaz —me sincero en un murmullo.

Me da un miedo horrible no ser capaz.

—Has entrado, ¿no? —me recuerda.

Sus ojos me atrapan por completo y sencillamente asiento. Entré porque la recompensa era grande. No sé si siempre podré decir lo mismo.

—Me gusta tu cuerpo —me dice mientras su mirada se oscurece, bajando lentamente sus manos por mi piel— y convéncete de una jodida vez de que sí eres especial. No te haces una idea de cuánto, Ratoncita.

Me pierdo en sus ojos verdes a la vez que un breve suspiro se escapa de mis labios. Por un momento parece enfadado de que no sea capaz de ver en mí misma lo que él si ve. ¿Cree que soy especial? Mi confusión aumenta, pero una cálida sensación se abre paso dentro de mí acallando todas mis dudas.

Jackson desliza sus manos y se cuelan bajo su pantalón de chándal y sus bóxers de diseño hasta posarse en mi trasero. Mi cuerpo reacciona de inmediato y su sexo fuerte y duro choca contra mi vientre. Resulta inquietante la velocidad con la que consigue que mi libido y mi cuerpo simplemente se sienten y lo observen esperando órdenes.

—Al final todo se reduce a esto —susurra paseando su nariz por la piel de mi cuello.

—¿Al placer? —pregunto jadeando.

Jackson me aprieta el culo con las dos manos hasta hacerme gemir y me da un rápido azote antes de que el sonido se diluya en el ambiente.

—Al control —replica haciéndome paladear cada letra.

Se inclina sobre mí y por un instante sólo nos miramos a una distancia casi perturbadora.

—Jackson, por favor.

Quiero que me bese.

Sonríe canalla, pero su respiración también está acelerada y su mirada, perdida en mi boca. Su estúpida regla a él también le afecta. Se acerca un poco más y, sin llegar a besarme, toma mi labio inferior entre sus dientes y tira de él, saboreándolo. Dios, Dios, Dios. Gimo suavemente y todo mi cuerpo se vuelve arcilla en sus manos. ¿Es que quiere que acabe derritiéndome?

Me levanta a pulso y automáticamente mis piernas rodean su cintura; ahogo un nuevo suspiro en una sonrisa cuando encajamos a la perfección.

Quiero olvidarme del mundo.

Es la hora de almorzar cuando atravesamos Manhattan en su coche. Él no dice nada de pararnos en un restaurante o una cafetería a comer algo y yo tampoco lo menciono. Las citas no entran en nuestro trato y los dos lo sabemos.

Nos despedimos en mi calle, frente a mi edificio. Por supuesto, nada de besos ni arrumacos. Un simple «adiós» por mi parte, un gesto de cabeza indicándome que entre ya por la suya. Yo asiento y entro en mi portal, no sin antes permitirme girarme para observarlo, sólo un momento. Últimamente me permito demasiados momentos, pero con las Ray-Ban Wayfarer parece un modelo de revista.

Permiso concedido.

Ya en mi apartamento, decido prepararme algo rápido y ponerme a trabajar. Tengo mucho que hacer y, además, no quiero darme la oportunidad de pensar y pensar, de darle una y mil vueltas. Sé lo que tengo con Jackson y sé por qué lo tengo. Sólo hay deseo. No quiero que haya nada más. No puede haber nada más.

Termino los contratos y las últimas revisiones económicas y comienzo con los anexos. Entre las decenas de carpetas que tengo apiladas en una esquina de mi escritorio, traje varias de Colton, Fitzgerald y Brent; sobre todo, operaciones de inversiones parecidas a las que necesitaremos para el proyecto. Si las filtro y reviso, podré utilizar algunas para ejemplificar lo que queremos hacer y demostrar a los posibles inversores que es un plan seguro y rentable.

Cuando levanto la cabeza del ordenador portátil, ya ha anochecido. Tuerzo el gesto, pero al mismo tiempo una sonrisa se cuelga en mis labios. No puedo evitarlo. Me encanta el derecho internacional y me encanta el comercio exterior y, sobre todo, adoro este proyecto. Va a ayudar a muchísimas personas y, gracias a Jackson, y aunque me moleste admitirlo, tiene más fuerza que nunca.

El despertador suena. Yo lo miro con odio y él se ríe de mí recordándome que son las seis y media de la mañana. Para colmo de males es lunes y para colmo de males he soñado con Jackson. ¿Por qué me haces esto, karma? Llevé aparato dental hasta los catorce. Me merezco un respiro.

Me arrastro hasta la cocina para desayunar y después me arrastro hasta la ducha. ¿Cómo he podido soñar con él? La culpa es de esos malditos pantalones de polo.

Al llegar a mi oficina, voy directa a mi despacho y me encierro con un montón de documentos y un café doble con azúcar de Starbucks.

Aunque me moleste incluso la simple idea de reconocerlo, me paso toda la mañana luchando por no pensar en Jackson. Mi cuerpo parece cobrar vida propia y se enciende con el recuerdo de sus caricias del día anterior.

A la hora del almuerzo me manda un lacónico *email* para que nos veamos en su oficina a las cinco. Respondo con otro aún más breve aceptando. Y, para mi desgracia, ese pequeño intercambio de correos electrónicos sólo significa que ya no me enciendo, sino que ardo en llamas cada vez que pienso que lo veré en unas horas.

Saludo a Eve y a Katie y voy hasta el despacho de Jackson. Apenas tengo tiempo de cerrar la puerta tras de mí cuando recorre la estancia, me levanta a pulso y me embiste contra su carísima biblioteca. No me da un segundo. No comprueba que esté lista. Algo me dice que sabe perfectamente que me moría por esto desde que he abierto los ojos esta mañana.

—Tienes unos libros increíbles —digo admirada, arrodillada delante de su librería.

Llevo su elegante camisa blanca y nada más. Huele a él y ese simple detalle hace que, involuntariamente, sonrío cada diez segundos. Jackson está a mi lado, en el suelo de su despacho, apoyado sobre un codo y gloriosamente desnudo.

Alzo la mano y la paso por los libros susurrando los títulos. Hay obras de Deegan, David Konzevik o Shirin Ebadi. Tiene *Las consecuencias económicas de la paz*, de John Maynard Keynes, el fundador del Fondo Monetario Internacional. Es mi favorito. Finalmente me decanto por Edmund Deegan y saco uno de sus libros. Lo abro y comienzo a ojearlo.

—¿Lees a Deegan? —inquire.

—Sí. Es uno de mis autores preferidos.

Jackson sonrío. Imagino que no necesitaba añadir esa frase. La mirada fascinada con la que he cogido el ejemplar lo ha dicho todo.

—Lo recuerdo perfectamente. Ese viejo es un engréido al que le encanta ser la inspiración de jovencitas —comenta, y su sonrisa se llena de cierta malicia.

—¿Deegan te dio clase? —pregunto admirada.

Vuelve a sonreír y su mirada se vuelve más suave, más cálida.

—Sí, primero en la Northwestern y después un semestre en Oxford.

El currículo académico de Jackson es sencillamente brillante. Summa cum laude en Derecho y Económicas por la Northwestern y segundo de su promoción en uno de los másteres más perversos y complicados de todo Oxford. El primero debía de ser un robot disfrazado de alumno de intercambio coreano.

—Con una alumna como tú, se habría vuelto loco.

—No soy tan inteligente y sólo he leído dos de sus libros.

—Sí que eres tan inteligente y, además, eres preciosa.

Me ruborizo y clavo mi vista en la página treinta y siete.

—¿Cómo es posible que no te des cuenta del efecto que tienes en los hombres? —pregunta, pero tengo la sensación de que no espera una respuesta, es más una conversación consigo mismo—. Aunque imagino que eso es lo que te hace tan irresistible, por eso siempre consigues que acabe pensando en cosas en las que ni siquiera debería pensar.

Sus palabras me hacen alzar la mirada de nuevo y buscar la suya. Jackson no se esconde, nunca lo hace, e inmediatamente atrapa mis curiosos ojos marrones con los suyos verdes.

—¿Qué cosas? —pregunto en un susurro.

Jackson sonríe, su gesto más arrogante y *sexy*, y rápidamente, tomándome por sorpresa, me agarra de las caderas y me sienta a horcajadas sobre él, que apoya la espalda en la librería para mantenerse.

Otra vez no me da un solo segundo y, rodeando mi cintura, me levanta para insertarme lentamente sobre su polla. Yo gimo y todo mi cuerpo se estremece.

—Jack, necesito un momento —baluceo mientras comienza a mover sus caderas a un endiablado ritmo constante.

—Ni hablar.

Marca un delirante círculo con sus muslos y creo que voy a perder el conocimiento embargada en una nube de placer.

—Voy a correrme... ya —gimo o más bien suplico.

Mi cuerpo, apenas recuperado del encuentro anterior, no da para más. El placer satura cada centímetro de mi piel.

En ese preciso instante, Jackson me tumba en el suelo y él lo hace inmediatamente sobre mí, embistiéndome de nuevo. Apoya sus manos en el parqué a ambos lados de mi cabeza, sosteniendo el peso de su perfecto cuerpo. Me observa desde arriba sin dejar de moverse. Está calmado, sereno, controlado, y yo sencillamente a punto de perder el sentido común.

Entra con fuerza.

Grito.

¡Joder!

Es lo mejor que he probado nunca y al mismo tiempo tengo la sensación de que

va a partirme en pedazos.

Jackson se deja caer sobre mí un poco más. Sus labios calientan los míos, pero no me besa. Nunca me besa.

—Te voy a follar hasta que pierdas el sentido cada maldito día —susurra con su voz más ronca—, así que ya puedes aprender a controlarte.

Me retuerzo bajo él. Todo da vueltas. Va a volverme completamente loca...

La semana siguiente es exactamente así y yo me convierto en adicta a Jackson Colton. Hay algo casi enfermizo en nuestra relación que hace que no podamos apartar las manos del otro un solo segundo. Su oficina. Mi oficina. Su ático. Mi apartamento. El Archetype. Su coche. ¡Por Dios, el parque! Incluso un callejón de la 52 Este. No sé exactamente qué estoy aprendiendo, pero tengo claro que, sea lo que sea, quiero seguir.

Eso sí, jamás incumplimos las normas. Nunca hay cenas, ni dormimos juntos. Sólo sexo y largas charlas sobre nosotros, sobre el trabajo, sobre los libros que nos encanta leer, y eso es casi tan bueno como sentirlo encima de mí... sólo casi.

—¿Y cómo van los preparativos de la boda? —le pregunto a Katie.

Estamos sentados en una de las mesas de la sala principal del Archetype. Katie, entre Donovan y Colin, y yo enfrente, junto a Jackson. Lo suficientemente cerca como para que su traje color carbón roce mi rodilla desnuda, aunque no hay ningún otro contacto entre nosotros.

Una chica sentada en un taburete en el centro del escenario canta *Moon River*^[16] únicamente acompañada por su ukelele.

—Un poco estresante —responde encogiéndose de hombros—, pero estoy muy contenta.

Sonrío. Se la ve realmente feliz.

—Y hablando de eso —continúa—, tengo que elegir quién me llevará hasta el altar y he pensado que, si quieres, podrías ser tú, Jackson.

Al oír su nombre, lo miro casi boquiabierto y después miro a Katie. ¿En serio quiere que la maldad personificada sea quien la lleve hasta el altar?

Él sonrío suavemente y se lleva su copa de Glenlivet, nunca es otra marca ni otro licor, a los labios. El muy cabronazo se está haciendo de rogar.

—Sé que Colin y tú sois los padrinos de Donovan —se apresura a aclarar Katie—, y te aseguro que una cosa no interferirá en la otra.

—¿Quién te ha dicho que estos dos malnacidos van a ser mis padrinos? —la interrumpe Donovan acomodándose en el mullido sillón negro—. Quiero a alguien tan guapo como yo para esperarte en el altar.

—Los monos del zoo no pueden hacer de padrinos —replica Colin socarrón.

—¿Y los irlandeses paletos sí? —contraataca divertido.

—Normalmente no —contesta conteniendo una sonrisa, apurando su vaso de *whisky*—, pero se nos permite hacer la excepción con nazis venidos a menos.

Donovan se humedece el labio inferior y, como si ya no pudiesen aguantarlo más, sonrían sinceramente. Katie, que los observaba, pone los ojos en blanco antes de sonreír también y finalmente cruza los brazos sobre la mesa y se inclina hacia delante.

—¿Qué me dices? —desafía a Jackson.

El móvil de Colin empieza a sonar. Mira la pantalla y, tras disculparse, se levanta para atender la llamada.

—Será un placer —responde al fin—. Así le daré un poco de protagonismo a *miss* Alemania antes de entrar contigo del brazo.

Donovan le enseña el dedo corazón y todos sonreímos.

Katie da unas palmaditas encantada y Jackson sonrío mientras observa cómo Donovan la acerca a él y le da un beso casi interminable. Ella es la única chica a la que trata como a una amiga, incluso es cariñoso con ella. Hasta la primera vez que los vi juntos, habría dicho que Jackson Colton era incapaz de ser amigo de una mujer.

—¿Y qué hay de tu familia? —le pregunto a Donovan.

Su expresión cambia por completo en un microsegundo. Se acaba su copa de un trago y se levanta. Tira de la mano de Katie y la incorpora estrechándola de inmediato contra su cuerpo. La mira directamente a los ojos y ella cae hechizada prácticamente al instante. No la culpo. Esos ojos a medio camino entre el azul y el verde robarían la atención de cualquiera.

—Si nos perdonáis —dice hablándonos a nosotros pero sin levantar su vista de ella—. Pecosa y yo tenemos cosas que hacer.

Comienza a caminar tirando de Katie y, sin más, se pierden por el entramado de pasillos que conduce a las habitaciones privadas.

Los observo hasta que desaparecen sintiéndome muy incómoda. Está claro que Donovan se ha marchado por mi comentario. ¿Por qué le habrá molestado tanto? Jackson me mira, pero no dice nada. Imagino que él sí lo sabe, pero obviamente no va a contármelo.

—Necesito ir al baño —me excuso.

Me levanto y atravieso el local. Apenas tardo unos minutos. De regreso a la mesa, oigo una voz que me llama desde la barra. Alzo la cabeza. Es Colin.

—Lara Archer —me saluda divertido cuando me acerco a él.

—¿En qué puedo ayudarlo, señor Fitzgerald? —pregunto socarrona.

—Humm... señor Fitzgerald; cuanto menos, tentador.

No puedo evitar sonreír y él lo hace conmigo.

—Verás, resulta que ayer me levantaron una chica en esta misma barra —me explica.

—Debiste de sufrir muchísimo —replico fingidamente apenada.

—Me rompió el corazón —responde imitando mi estado de ánimo y llevándose la mano al pecho—. El cabronazo le hizo un truco de magia. —Sonrío. ¿Un truco de magia? ¿Aún funcionan esas cosas?—. Y lo peor es que ni siquiera le salió bien.

Su indignación vuelve a hacerme sonreír.

—Era un truco absurdo —continúa—, pero soy muy competitivo; lo he buscado en Internet y he aprendido a hacerlo. Ahora necesito a una chica inocente para que sea mi conejillo de Indias.

—¿Y por qué no se lo has pedido a la camarera? —inquiero señalando con la cabeza a la guapísima chica vestida de *pin-up*.

—Esa mujer me tiene calado, conoce demasiado bien mi cara de póquer. Además, tiene más de veinticinco. Este truco tiene otro público objetivo —concluye con una sonrisa.

La mía se ensancha. ¿Se puede ser más sinvergüenza?

—Si pillas el truco, te deberé una —me anima.

—Está bien —respondo sin que la sonrisa me abandone, apoyándome en la barra y echándome hacia delante para concentrarme en sus manos.

—Es complicado —me informa—, así que deja de sonreír, que me desconcentras. Pero, involuntariamente, sonrío de nuevo. La culpa es sólo suya.

—¿Sabes? Yo también tengo curiosidad por ver ese truco.

La voz de Jackson a unos pasos de mí me sobresalta, pero al mismo tiempo me sumerge en una sensación suave y cálida, peligrosamente suave y cálida. Su tono ha sido divertido, pero su actitud parece decir algo completamente diferente. Si no fuera una absoluta estupidez, diría que está marcando su territorio.

Colin sonrío nervioso y Jackson se humedece el labio inferior apoyando su espalda en la barra, justo entre su amigo y yo.

Empieza el juego de manos. Cada segundo se muere de risa por tener que llevar a cabo esta especie de truco para ligar con su amigo Jackson. Él no le quita ojo y no puede evitar que se le escape alguna que otra sonrisa. La situación es de lo más absurda, pero también de lo más divertida.

—Como al final en esa carta aparezca tu número de teléfono, te juro por Dios que te pego un tiro —lo amenaza Jackson.

Colin estalla en carcajadas y se guarda la última carta.

—Joder —protesta al borde la risa—, estás fatal.

—Por lo menos, después del numerito que te he montado, me invitarás a cenar, ¿no?

—No puedo. Me llevo a Lara.

¿Qué?

Jackson se incorpora lleno de elegancia mientras yo sigo observándolo con cara de idiota. ¿Nos vamos a cenar? Nosotros nunca vamos a cenar.

Sin decir nada más, me toma de la muñeca y atravesamos el Archetype hasta salir del club. Sólo nos hemos alejado unos pasos de la puerta cuando Jackson me suelta y

se pasa la mano por el pelo como si no supiera qué hacer con ella. La separación ha sido tan brusca que tengo la sensación de que ha recibido una corriente eléctrica.

—¿Por qué has hecho eso? —le pregunto.

No entiendo por qué le ha mentado a Colin. No quiere llevarme a cenar. Es más que obvio.

—No tengo por qué darte explicaciones —me recuerda.

—No pienso dar un paso más, Jack —replico frenándome en seco.

Su sonrisa cambia por completo. El volver a esta situación, la de pelea abierta, parece jugar a su favor, como si fuese el terreno que mejor conoce, en el que mejor se desenvuelve cuando no estamos desnudos. Atrapa mi mirada con la suya y me hago aún más consciente de esa idea.

—Estás deseando que te lleve a cenar —sentencia aún más arrogante si cabe.

Frunzo los labios. Me muero de ganas, aunque sepa que no deba, pero no pienso permitir que él lo dé por hecho.

«Él lo tiene clarísimo».

—Deberías dejar de tenértelo tan estúpidamente creído.

—¿Acaso no quieres? —pregunta exigente, incluso un poco cortante.

El cambio de tono me pilla por sorpresa. ¿Le molesta la posibilidad de que no quiera? ¡Él tampoco debería querer! Resoplo mentalmente agotada. Todo esto es un sinsentido.

—Claro que quiero —respondo exasperada.

Me dedica su media sonrisa y me doy cuenta de que he caído por completo en su trampa. Con esas tres palabras ha conseguido que admita mucho más de lo que quería admitir.

—¿Por qué a Donovan le ha molestado que le pregunte por su familia? —inquiero para cambiar de tema. Prefiero que la conversación sea sobre él y no sobre mí.

Jackson se humedece el labio inferior sin levantar sus ojos verdes de los míos. No sé si hacer preguntas sobre sus amigos entra dentro de nuestro trato.

—Porque no tiene. Su madre murió.

Frunzo el ceño.

—¿Y su padre?

—Su padre es un hijo de puta que no se merece siquiera respirar el mismo aire que él. —Sus palabras son duras, pero no hay la más mínima emoción en su voz—. Donovan tuvo una infancia muy jodida, Ratoncita. Aunque las superes, hay cosas que te asustan toda la vida.

¿Traumas de la infancia? Podría escribir un maldito libro.

Sin embargo, su respuesta me hace llegar a otra conclusión. Una sobre él mismo. Siempre he pensado que Jackson no podía sentir nada por nadie, que por ese motivo para él no suponía un problema no volver a casa en Navidad o pasarse meses sin ver a su familia. Ahora me doy cuenta de lo equivocada que estaba. Jackson elige a quien quiere, elige quien es importante para él. Sus hermanos son Donovan y Colin, por

ellos haría cualquier cosa y por eso es cariñoso con Katie, por eso le permite ser su amiga. Ella forma parte de la vida de Donovan, así que inmediatamente pasó a formar parte de la suya.

—Entiendo a Donovan muy bien —comento reconduciendo mis pensamientos.

—Sí, supongo. Estoy rodeado de niños rotos —sentencia sin ni siquiera darle importancia a lo que está diciendo.

Automáticamente entorno la mirada. Joder, se ha superado incluso tratándose de él.

—Perdona si no todos pudimos tener una extraordinaria infancia con los Colton —replico sardónica—. Eres un gilipollas, Jack.

Sin esperar respuesta por su parte, echo a andar hacia el fondo de la calle y me apoyo en la valla ornada de acero negro que delimita esta cara de Manhattan. Al otro lado, el East River y, en la otra orilla, los rascacielos de Hunters Point en la costa de Queens.

A veces puede llegar a ser tan rematadamente frío... aunque no sé de qué me sorprende.

—Pero tú sí la tuviste —pronuncia a mi espalda—. Viviste con mis padres desde los siete años y, aun así, te dan miedos los desconocidos, los lugares extraños y te comportas como una ratoncita, ¿por qué?

Sonrío mordaz. Ahora mismo sólo quiero tirarlo al río y saludarlo mientras se hunde. Doy media vuelta dispuesta a marcharme, pero Jackson me agarra de la muñeca y me frena en seco.

—Suéltame —siseo tratando de zafarme.

—Quiero saberlo —susurra exigente.

Su voz suena increíblemente ronca. Esa voz es la mayor de mis desgracias.

—Pues no pienso contártelo —replico furiosa.

No pienso hacerlo. Nunca lo haría. Jackson sólo lo utilizaría para reírse de mí y, si no lo hiciese... Si no lo hiciese, yo estaría en un lío aún mayor. Jackson es la última persona que quiero que me mire con compasión y también la última que quiero que me consuele.

Él me observa de nuevo tratando de leer en mí. Tras unos segundos que se me hacen eternos, exhala con fuerza todo el aire de sus pulmones.

—¿Tan malo fue? —inquire.

Su pregunta me pilla fuera de juego. Siento como si me hubiese dejado al borde de un precipicio y me obligara a mirar hacia abajo.

—No te haces una idea —murmuro.

—Sólo tenías siete años —susurra tratando de comprenderlo.

Despacio, su mano va liberando mi muñeca, deslizándose hacia abajo y entrelazando nuestros dedos en un gesto completamente diferente.

—Hay cosas que te asustan toda la vida —repito sus palabras, pero en mis labios suenan llenas de un cristalino dolor.

La atmósfera entre los dos comienza a cambiar, a llenarse de intimidad. Siempre he pensado que todas las personas construyen a su alrededor un muro y dentro guardan todo lo que les asusta, lo que les frena, lo que les hace seguir caminando, lo que aman. Yo acabo de dejar entrar a Jackson Colton y estoy muerta de miedo.

—Vámonos —susurra.

—¿A cenar? —pregunto obligándome a sonreír.

Jackson niega con la cabeza.

—Quiero llevarte a mi cama.

Asiento. Él sabe qué es lo que puede hacer por mí. Consigue que me olvide del mundo y ahora mismo es lo que más necesito, y eso Jackson también lo sabe.

Exactamente a las seis y media apago el despertador de un manotazo y me acurruco contra el otro lado pensando que, si cierro con mucha fuerza los ojos, conseguiré burlar las leyes del universo y haré que mágicamente sea domingo. No funciona. Diez minutos después estoy sentada en uno de los taburetes de la barra de mi cocina con una taza de café entre las manos, el pelo hecho un desastre y cara de pocos amigos.

Después de estar en su casa, Jackson me trajo a mi apartamento. No permitió que cogiera un taxi, pero tampoco me dijo que me quedara a dormir. Habría aceptado. Creo que por eso esta mañana estoy de un humor peor de lo habitual, porque en el fondo sé la pésima idea que hubiese sido eso.

Tras resoplar una decena de veces, y suspirar unas cuantas, y obligarme a dejar de pensar en Jackson, me doy una ducha y me preparo para ir a trabajar.

En la oficina el día pasa de lo más tranquilo. Mucho trabajo, pero lo agradezco. Me ayuda a tener la mente concentrada y a dejar de darle vueltas a las cosas. Como con Dylan y, aunque lo estoy deseando y necesito urgentemente consejo y una opinión objetiva, no le cuento nada de lo que está pasando con Jackson.

A eso de las tres recibo una llamada de Erin preguntándome si me apetece tomar un café con ella. Significaría salir antes, pero esta mañana he sido tan eficiente que, a pesar de ser jueves, he terminado con el trabajo de toda la semana e incluso he adelantado parte del de la que viene. Acepto y quedamos en vernos en una hora en el Carnegie Hall.

Sonrío cuando la veo doblar la esquina de la 57 con la Séptima con una caja de cartón de Balthazar Bakery, una de las pastelerías francesas más famosas de toda la ciudad.

—¿Has ido hasta el SoHo a comprar pasteles? —pregunto divertida.

Erin esquivo a un grupo de turistas con ganas de fotografiarlo todo, incluidos a los neoyorquinos, y llega hasta mí.

—He ido hasta el SoHo a comprar la tarta de cerezas preferida de mi pequeña y cruasanes de mantequilla para un gruñón que yo me sé.

Frunzo el ceño mientras Erin continúa caminando.

—¿Hemos quedado con Allen?

—No —responde sorteando el bordillo de la acera y mirando a ambos lados antes de cruzar la calzada—. Tengo dos hijos y a los dos les encantan los cruasanes de mantequilla. ¿Qué puedo hacer?

No puede ser.

—¿Vamos a ver a Jackson? —inquiero saliendo tras ella, con la voz muy aguda por la sorpresa y carraspeando inmediatamente para disimular.

Erin asiente.

—Si él no viene a verme, tendré que ir a verlo yo —responde como si fuera obvio—. La mejor forma de cazarlo es su despacho. Los dulces son para acallar los «mamá, estoy trabajando» o, mi preferido, «mamá, tendrías que haber llamado», que es la manera elegante de decir «déjame tiempo para que piense una excusa».

Tiene razón, pero, aun así, no me parece una buena idea que yo la acompañe. No voy a negar que tengo curiosidad y mucha, casi insana, por saber lo que hace Jackson cuando está solo, pero no puedo presentarme en su despacho sin más... o quizá sí. La curiosidad está ganando enteros. ¿Y si está con una chica? Si está con una chica, definitivamente quiero saberlo.

Antes de que me dé cuenta, estamos delante de su edificio y Erin cruza decidida las puertas de metal y cristal. Yo respiro hondo. No debería subir, pero mis pies parecen tener vida propia y siguen a Erin.

Llegamos a Colton, Fitzgerald y Brent, saludamos a Eve y nos encaminamos al despacho de Jackson. Erin saluda a Claire, su secretaria, y le hace un gesto para que no se levante, indicándole que ella se encarga de llamar. La pobre mujer la mira con cara de susto a ella y después a mí. Yo me encojo de hombros forzando una sonrisa. También sé que a Jackson no le va hacer ninguna gracia la interrupción.

Erin llama y abre la puerta prácticamente a la vez.

—Hola, cariño —lo saluda con su voz más adorable.

Si Jackson estuviese con una chica en su despacho, ella aún tendría el vestido remangado por las caderas y él se estaría abrochando los pantalones. No le daría tiempo de hacer creer a nadie que era una reunión de negocios. Sonríe con malicia ante esa idea e inmediatamente me pongo los ojos en blanco. ¿Por qué tengo que dar por hecho que se está tirando a otra? ¿Y qué me importa si lo está haciendo?

Entro en la oficina con el paso titubeante. Jackson repara en mí automáticamente y casi a la misma velocidad frunce el ceño. No lleva chaqueta ni corbata y se ha remangado las mangas hasta el antebrazo. Sólo hace eso cuando tiene un día duro o está de mal humor.

—Hola —me apresuro a saludarlo.

Él no responde. Está claro que no le hace la más mínima gracia verme aquí.

—Te hemos traído unos dulces deliciosos —dice Erin mostrándole la caja y sentándose en el elegante sofá de piel de su despacho—. Humm... cruasanes de mantequilla —añade al ver que Jackson no colabora—. Tú sólo tienes que traer el

café.

Deja la caja sobre la pequeña mesa de centro, la abre y empieza a sacar los dulces. Al instante, un suave olor a mantequilla y a cerezas se mezcla con el de la masa recién horneada y llenan la inmensa habitación. Sin embargo, Jackson sigue mirándome a mí e imagino que preguntándose qué demonios hago aquí.

—Claro —responde al fin dando un paso hacia su madre—. Lara, acompáñame a buscar los cafés —me ordena con una voz suave, demasiado suave.

Antes de que pueda decir nada, camina hasta mí, me toma del codo y nos hace salir. Al verlo aparecer, Claire se levanta de un salto, pero él le hace un levísimo gesto con la mano que le queda libre para que vuelva a sentarse.

—¿Qué haces aquí? —masculla en cuanto cierra la puerta de la pequeña sala de descanso.

La habitación no debe tener más de diez metros cuadrados. Entre ese detalle y los muebles, estamos cerca, muy cerca.

—No ha sido idea mía —me defiende malhumorada. Está exagerando las cosas—. Ni siquiera sabía que Erin tenía intención de venir aquí.

—Me da exactamente igual. No puedes aparecer aquí cuando te dé la gana. Está muy enfadado y eso hace que automáticamente yo lo esté más.

—¿Por qué? ¿Te preocupa que te pille con otra chica?

No sé por qué demonios lo digo, pero las palabras salen a borbotones antes de que pueda pensar.

Jackson aparta su mirada de la mía y ahoga un frustrado suspiro en una sonrisa mordaz a la vez que se pasa las dos manos por el pelo. Cuando nuestros ojos vuelven a encontrarse, los suyos se han endurecido.

—Exacto —replica arisco—. No quiero que me pilles tirándome a otra en la mesa de mi despacho y me montes una escena.

¡Qué capullo!

—No te preocupes, no te montaría ninguna escena —contesto furiosa, manteniéndole la mirada—. Sé de sobra lo cabronazo que puedes llegar a ser.

—Y más te vale no olvidarlo —sentencia.

Sin darme oportunidad a responder, sale de la sala de descanso dejándome con la palabra en la boca y la rabia recorriéndome entera.

Lo sigo de vuelta a su oficina; no puedo largarme sin levantar las suspicaces sospechas de Erin, pero las ganas de asesinarlo y enterrar su cadáver bajo el hormigón de algún edificio en obras son cada vez más latentes.

—Tres cafés —prácticamente le ladra a Claire cuando pasa junto a su mesa.

Entro en su despacho y automáticamente me hago consciente de dónde está: sentado en un extremo del sofá con las piernas cruzadas de una forma muy masculina, el codo apoyado en el brazo de piel y el reverso de los dedos tapando su boca y su mandíbula tensa, mirándome.

Si él está furioso, yo también lo estoy... pero ¿por qué está tan enfadado?

—Lara, tesoro —dice Erin señalando suavemente el pequeño sillón a su lado—, ¿no nos acompañas?

Asiento y me acomodo ignorando que esos ojos verdes me están abrasando cada centímetro de piel donde se posan. En ese instante entra Claire con una bandeja y tres bonitas tazas de porcelana china en ella. Las deja con cuidado sobre la mesa y sale cerrando a su paso. Erin, feliz de poder pasar un rato con su hijo pródigo, le da un sorbo a su café y lo deja con suma elegancia sobre el pequeño platito.

—Esta mañana me he encontrado con Louise Pharrell —nos cuenta—. Su hijo Mark está en la ciudad.

Me doy cuenta de que en realidad me lo está contando a mí. Erin está deseando que encuentre a alguien y no duda en intentar emparejarme con los hijos de sus amigas. Lleva haciéndolo desde que volví de la universidad. Yo la miro y ella me sonríe cómplice. Jackson se revuelve visiblemente incómodo en su asiento, pero no dice nada. De pronto mi sonrisa se llena de malicia. Pienso devolvérsela.

—Hace muchísimo tiempo que no veo a Mark —le explico.

Más de un año y, en realidad, nunca hemos sido amigos, ni siquiera me cae bien, pero quiero torturar a Jackson. Se lo merece después de insinuar que tirarse a mujeres en la mesa de su despacho es algo de lo más cotidiano para él.

—Yo creo que ese chico siempre estuvo colado por ti —comenta encantada.

—Es muy guapo —añado.

Jackson me fulmina con la mirada. Ya no sólo su mandíbula está tensa, sino todo su cuerpo. Tengo la sensación de que, si ahora mismo pudiese traer a Mark Pharrell y darle una paliza, lo haría. Mejor. Así es como me siento yo el noventa y nueve por ciento del tiempo.

—Podrías quedar para tomar un café —propone Erin, pero en ese mismo instante cae en la cuenta de algo y sonríe emocionada—. Quizá podría acompañarte a la fiesta en la Sociedad Histórica.

—En realidad, había pensado en otra persona para que me acompañe a esa fiesta —respondo con una sonrisa.

Erin me mira curiosa mientras los labios de Jackson se elevan despacio.

—Connor Harlow —añado mordiéndome el labio inferior.

Su expresión cambia por completo y suelta un bufido entre dientes.

Donde las dan, las toman, Colton.

Erin da una palmada feliz y comienza a enumerar todas las virtudes de Connor. Jackson se humedece el labio inferior y su mirada verde brilla dura, intensa e intimidante. Quiere castigarme. Lo tengo clarísimo. La idea me excita y todos los músculos de mi cuerpo se contraen deliciosamente.

¡Céntrate, Archer!

Me estoy vengando. No puede permitir que diga lo que quiera o, lo que es peor aún, que lo haga. Cuando dije que no quería follarme indirectamente a todas las mujeres con las que él se revuelca era verdad y no es una cuestión de celos.

«No te lo crees ni tú».

—De todas formas —insiste pizpireta—, deberías quedar con Mark Pharrell y tomarte un café. Puede que salten chispas. Tienes veintiún años. Tienes que divertirte.

Me dedica una dulce sonrisa y yo se la devuelvo sin dudar a la vez que asiento. Por un momento pierdo la perspectiva y no sé si estoy haciendo esto por Jackson, por mí o por ella. Sólo necesito devolverle la mirada a un Colton en particular un segundo para obtener mi respuesta.

—Me tomaré ese café encantada —me reafirmo.

Si tú puedes tirarte a mujeres encima de tu escritorio, yo puedo tomar café con todos los Mark Pharrell del mundo.

Me levanto muy satisfecha conmigo misma y me sacudo suavemente la falda. ¡No soy ninguna ratoncita de biblioteca, maldita sea!

—Si me perdonáis —me excuso—. Tengo que hacer una llamada.

Salgo del despacho y camino hasta la pecera. Dejo el bolso sobre el escritorio y comienzo a buscar el teléfono. Obviamente no lo encuentro. Qué novedad. No llevo más de un par de minutos en esta pequeña habitación cuando lo siento detenerse tras de mí, poner su mano sobre la mía hasta hacerme soltar el bolso y girarme brusco, consiguiendo que su olor, su calidez y todo su enfado me sacudan en cuanto quedamos frente a frente.

—No vas a salir con Mark Pharrell.

—No es asunto tuyo.

Jackson ríe entre dientes.

—Claro que lo es y ese gilipollas no va a ponerte un solo dedo encima.

Nunca hay rastro de duda en sus actos o en su voz, pero ahora menos que nunca. Ese pequeño detalle me intimida y al mismo tiempo me hace pensar algo peligroso y absolutamente estúpido: ¿está celoso? ¿Está celoso de Mark Pharrell y ayer lo estaba de Colin?

Estoy a punto de preguntar cuando unos pasos a la espalda de Jackson me distraen.

—Cariño, tengo que marcharme —se despide Erin tocando el hombro de su hijo para que se gire y pueda darle un beso en la mejilla.

—Te acompaño al ascensor —se ofrece saliendo tras ella.

—Lara, tesoro, te esperaré abajo —me informa.

Lanza un beso al aire y yo asiento a pesar de ser consciente de que no puede verme. Los sigo con la mirada mientras la acompaña hasta la salida de Colton, Fitzgerald y Brent y, después, por todo el pasillo enmoquetado hasta el ascensor.

Al regresar, su mirada atrapa la mía a través de las paredes de cristal. Está furioso y yo sigo inmóvil, en la pecera, viendo cómo el tren de mercancías viene directo hacia mí. Se detiene en el mostrador de Eve apenas unos segundos. No acierto a oír lo que dice, pero ella asiente y sale inmediatamente de la oficina.

Jackson está a punto de alcanzar la puerta de la pecera cuando en un acto reflejo echo el pestillo y doy un paso atrás. Al intentar abrir y no poder, frunce el ceño y pasa del enfado a la ira termonuclear.

—Abre —ruge.

No grita, ni siquiera alza la voz, y resulta más intimidante que diez hombres de dos metros armados hasta los dientes. Pero yo también estoy muy enfadada. Es un maldito malnacido que hace y dice lo que quiere y después se comporta como un cavernícola decidiendo con quién puedo salir y con quién no.

No pienso abrir.

Automáticamente tengo un *déjà vu* a base de extintores volando y paredes de cristal haciéndose añicos; también de exquisitos polvos contra paredes de despacho.

No te desconcentres, Archer.

Entonces, en mitad de esa neblina de rabia y excitación, lo veo claro. Él mismo lo dijo. Al final todo se reduce al control. Tengo que conseguir que él lo pierda o ganarlo yo; una de las dos cosas.

Antes de que el pensamiento cristalice en mi mente, apoyo mis manos en el borde del lateral de la mesa y me siento en ella. Jackson, literalmente hirviendo de rabia, frunce el ceño un poco más y pone toda su atención en mi movimiento.

Cojo el borde de mi falda de Stella McCartney y empiezo a subirla despacio, dejando mis muslos y el encaje de mis medias al descubierto. Su pecho se hincha y se vacía lentamente. Sonrío. Lo estoy consiguiendo. Espero a que su mirada recorra todo mi cuerpo y llegue hasta mis ojos para transformar mi sonrisa en una suave, y espero que *sexy*, y deslizo mi mano desde mi rodilla hasta el interior de mi muslo.

Mi respiración también se acelera. La sensualidad que trato de construir para él me envuelve, pillándome por sorpresa. Entreabro los labios y escondo una mano bajo la tela húmeda de mis bragas.

Su ronco gruñido atraviesa el cristal y vibra por todo mi cuerpo. Me dejo caer en la mesa. La cabeza me cuelga ligeramente, pero no me importa. Sus ojos, la forma en que me mira, su propia presencia al otro lado de la puerta me hacen sentirme *sexy* y no necesito más. Imagino que son sus dedos los que me tocan y ya sí que no necesito más.

Levanto una de mis rodillas hasta que mi tacón rojo se apoya en la mesa. Soy consciente de mis gemidos escapando de mis labios, llenando la habitación. Mis dedos se mueven más rápido... aprendiendo del recuerdo de los suyos.

Me revuelvo sobre la mesa. Pellizco mi clítoris mientras mi mano abandona mi pecho para bajar y unirse a la otra. Diez dedos no son comparables a uno de los suyos, cien tampoco.

Mis gemidos se transforman en gritos.

Todo mi cuerpo se tensa, se arquea separándose de la mesa.

Cierro los ojos. Siento su cuerpo, su mirada, sus manos.

Su voz.

Y un orgasmo líquido, húmedo, caliente, un orgasmo que escribe su nombre a fuego en cada uno de mis huesos aunque él ni siquiera me haya tocado, inunda mi cuerpo.

Tomo una bocanada de aire en busca del preciado oxígeno y abro los ojos a la vez que giro la cabeza para poder mirarlo. Todo su cuerpo está apoyado contra la puerta de cristal, con una mano sujetando el picaporte con tanta fuerza que tiene los nudillos blancos y la otra sobre el cristal por encima de su cabeza. Jackson me observa tenso, como el pura sangre que tienen encerrado entre vallas de madera cuando él sólo quiere correr. Sus ojos verdes están hambrientos, ansiosos. Ni siquiera el haber llegado al orgasmo hace unos escasos minutos me hace inmune a esa mirada y todo mi cuerpo se enciende, se excita y lo desea como si llevara años sin dejar que me tocara. Sin embargo, tengo muy claro que ahora no puedo ceder a la tentación, aunque me muera de ganas.

Me incorporo y me bajo de la mesa rezando porque mis piernas me mantengan. Me arreglo la falda y me meto un mechón de pelo tras la oreja antes de empezar a caminar.

Jackson sólo se aparta del cristal cuando agarro el pomo y alzo la otra mano para girar el pestillo. Nuestras miradas se encuentran al instante. El corazón me late con

fuerza.

—Erin me está esperando —balbuceo al pasar junto a él y, haciendo un esfuerzo titánico, sigo camino de los ascensores.

De reojo puede ver cómo su expresión cambia y todo el deseo se estremezca con un cristalino enfado.

Mi cuerpo me grita estúpida de cien maneras diferentes y lucha para que vuelva con él, para que le deje hacerme, o incluso le suplique por hacerme, todo lo que quiera. Sin embargo, estoy muy cerca de ganar esta batalla y no voy a claudicar ahora.

Salgo de sus oficinas sin volver a mirarlo, la tentación es demasiado grande, y al fin me monto en el ascensor. Por un momento me preocupa que la dicha postorgásmica y toda la intensidad del momento me estén nublando el juicio y llevando de cabeza a un lío tremendo, pero la idea de haberle hecho probar un poco de su propia medicina sienta demasiado bien como para fijarme en otros detalles.

Me despido de Erin tratando de aparentar una normalidad que no siento y prácticamente corro hasta la parada de metro de la Séptima.

Al cerrar la puerta de mi apartamento, me apoyo contra ella y respiro hondo. ¿Qué he hecho? Esa oficina tiene las paredes de cristal, ¿podría haberme visto cualquiera! Me llevo la palma de la mano a la frente por mi falta de juicio y cabeceo. No puedo dejar que la situación se des controle de esta manera. Sin embargo, una parte de mí está feliz. Me he comportado como una chica de veintiún años y todo gracias a Jackson. Él consigue que deje de pensar, que simplemente sienta.

Me paso lo que queda de día revisando informes y me voy pronto a la cama. El día ha sido más que intenso.

Me despierta un sonido repetitivo y brusco. Abro los ojos con dificultad y miro el despertador. Son las dos de la mañana. El ruido regresa. Es la puerta principal. Confusa, y también algo asustada, me levanto y voy hasta el recibidor. Echo de menos tener un bate de béisbol de aluminio. El ruido se intensifica. Todo mi cuerpo se tensa. ¿Quién puede ser a esta hora? Voy a abrir, pero, francamente, no me atrevo.

—Lara, soy yo. Abre.

La voz de Jackson vuelve a sobresaltarme, pero al mismo tiempo se lleva todos mis miedos de golpe. Antes de que abra la puerta del todo, entra brusco, cerrando de un portazo. Me toma por las caderas. Apoya su frente en la mía. Nuestras respiraciones aceleradas se entremezclan. Me obliga a caminar hacia atrás, hasta llegar a la isla de la cocina. Sus manos vuelan por mi cuerpo. Me acarician. Otra vez no puede esperar para tocarme. Otra vez estoy en el paraíso.

—Estoy muy cabreado, Lara. No te haces una maldita idea —pronuncia en un ronco susurro.

Se aparta de mí lo suficiente como para que sus salvajes ojos verdes atrapen los

míos, pero el gesto dura poco y, a la vez que sus manos se hacen más posesivas en mis mejillas y en mi pelo, vuelve a inclinarse sobre mí. Yo lo recibo encantada. Inconscientemente entreabro los labios deseando recibir los suyos, pero él se aparta. En el mismo instante, pronuncia un «joder» entre dientes y vuelve a inclinarse, a casi besarme. Cierra los ojos. Casi puedo sentir su beso. Pero vuelve a separarse, apartando sus manos de mí, alejando su cuerpo del mío.

—Joder —gruñe pasándose las dos manos por el pelo.

Está furioso, frustrado, desesperado.

Yo lo miro sin saber qué hacer o decir.

—¿Estás tan enfadado por lo que pasó en tu oficina? —musito.

—Claro que estoy tan enfadado por lo que paso en mi oficina —ruge—. Te largaste.

—No soy tu muñequita —protesto.

Tiene que entenderlo de una maldita vez.

—Claro que lo eres —replica caminando hasta mí, cogiéndome de la muñeca y acercándose a él.

Mi cuerpo traidor cae presa de su contacto, pero no le permito verlo. He aprendido que no puedo mostrar mis cartas a las primeras de cambio.

—¿Por qué tienes que ser tan duro conmigo? —protesto.

—¿Y por qué iba a ser de otra forma?

—Porque...

¿De verdad quiero seguir?

—¿Follamos? —termina la frase por mí—. Cada vez que te embisto, hay placer, no amor, y, cuando sientes que vas a partirte en dos, sigue siendo placer, Ratoncita.

Ahora mismo le odio.

Me zafo con rabia de su mano y coloco la isla de la cocina entre los dos, aunque soy plenamente consciente de que él me ha consentido esa huida.

—Quizá el problema lo tengas tú y no seas capaz de sentir nada. ¿No puedes follar con alguien estando enamorado? —pregunto con desdén y, sobre todo, con algo de dolor. Si no es capaz de querer a ninguna mujer, quiero saberlo ahora.

—Supongo que podría, pero tú quieres que sea Connor quien sienta eso, ¿no?

Ahora el que está hablando con desdén es él. Pero ¿por qué? ¿Por qué le molestaría, si ese fuese el caso, que sólo quisiese sentir eso con Connor? Fue él quien puso las reglas, el que esta misma mañana se ha enfadado porque me he presentado en su despacho sin avisar.

—Claro —respondo furiosa.

—Claro —repite él de igual forma.

La rabia entre los dos es tan intensa que puede llegar a ahogar y, a la vez, nuestra relación parece volverse un poco más enfermiza, casi insana, y el deseo lentamente va inundándolo todo.

—Ve a la habitación y desnúdate —me ordena exigente, brusco, sexy.

Todo mi cuerpo reacciona y una ola de placer anticipado me recorre dejando clavados mis pies en el suelo.

—Lara, lo que quiera, cuando quiera. No me hagas repetirlo. Y ahora desnúdate, ponte de rodillas sobre la cama y agárrate al cabecero —ruge—. No pienso tener piedad contigo.

No me convencen sus palabras, ni su voz, me convence el deseo que veo en sus ojos y ahora mismo lo odio más que nunca por eso. Hubiese preferido, casi suplicado, porque me agarrase de la muñeca, me llevase contra la pared y me hiciese suya embestida a embestida. Ahora me está dando a elegir y sé perfectamente por qué lo está haciendo. Yo elegí marcharme de su oficina esta mañana y yo tengo que elegir entrar en esa habitación. Tomé el control y ahora tengo que devolverlo. Si no, tendría que pedirle que se marchara, y eso ni siquiera es una opción.

—Lara —vuelve a llamarme cuando estoy a punto de entrar en la habitación—, lo que ves es lo que hay. Nada más.

Quiero creerlo. Daría todo lo que tengo por poder creerlo.

La alarma suena, pero ya estoy despierta. Tengo la cabeza echa un completo lío y no he podido pegar ojo desde que Jackson se fue... porque se fue. Después de darme el orgasmo más increíble de mi vida, caímos en redondo en esta misma cama y, apenas un minuto después, se levantó, se vistió y se marchó. Tengo clarísimo nuestro trato, pero cada vez me cuesta más trabajo ver cómo se va. Me llevo la almohada a la cara y resoplo con fuerza. ¿En qué lío me he metido?

¡Basta, Archer!

Me doy una bofetada mental y me obligo a salir de mi escondite. Clavo mi mirada en el techo y busco la mejor solución. Ser práctica es lo mío, mi punto fuerte, mi mejor virtud. Pienso. Espero. Espero un poco más... ¡Maldita sea! No tengo ni la más remota idea de qué hacer.

Malhumorada, me levanto, me doy una ducha y me preparo para ir a trabajar. Agradecería poder dejar de pensar cinco minutos, pero no soy capaz. En estas situaciones soy mi peor enemiga.

Llego a la oficina, saludo a todos y me encierro en mi despacho. Sólo quiero trabajar y conseguir que mi mente traidora domine mi cuerpo aún más traidor.

Todavía no me he sentado cuando llaman a la puerta.

—Adelante —doy paso encendiendo el ordenador y acomodando los dosieres sobre la mesa.

Lincoln Oliver entra en mi despacho y camina hasta colocarse frente a mi escritorio.

—Buenos días, señorita Archer.

—Lara, llámame, Lara —le recuerdo por millonésima vez mientras rebusco entre los documentos de mi carpeta de cosas pendientes. Hoy tengo que mandar por

mensajero varios acuerdos.

—He estado revisando algunas inversiones sospechosas y he encontrado algo que debería ver —me informa.

Yo sigo buscando. Estoy completamente segura de que, después de revisarlos con Scott, dejé aquí una copia de los dichosos acuerdos.

—¿Hay algún indicio de malversación? —le pregunto mecánica.

—Sí; de hecho, sí.

—Perfecto. Pásaselo a Scott y lo revisaremos al final de la tarde.

—No me parece lo más adecuado.

Asiento varias veces. El sistema no es el más idóneo, ni siquiera el más funcional. He tratado de cambiarlo infinidad de veces, pero toda la directiva de la oficina bursátil se opone. Cada inversión sospechosa de fraude debe pasar por tres revisiones de tres analistas distintos, no vaya a ser que alguien cometa un fallo y algún bróker de Wall Street pierda una noche de sueño en vano.

—Sé que no es el procedimiento más eficaz, pero es el que nos imponen.

—Lara, se trata de Benjamin Foster.

No sé si ha sido por escuchar el nombre de Foster o por cómo Lincoln ha pronunciado por fin el mío, pero alzo la mirada inmediatamente. Las negociaciones e inversiones de Benjamin Foster las llevan Colton, Fitzgerald y Brent, las lleva Jackson. Si alguien ha cometido un delito, ha sido él.

—Déjame verlo —le pido tendiendo la mano.

Abro la carpeta veloz y comienzo a revisar cada número. No puede ser cierto. A Jackson le gusta estar en el límite, por eso gana tanto dinero, pero nunca haría algo ilegal.

—La dejaré sola —comenta Lincoln caminando hacia la puerta.

—Gracias —respondo sin levantar mi vista de los documentos.

Me paso el resto del día revisando cada número, cada línea, cada operación, ni siquiera paro para comer. Los indicios son claros, aunque no concluyentes, y pido más informes de más operaciones; no llegarán hasta el lunes. Necesito saber qué está pasando y, sobre todo, necesito saber si Jackson es el responsable. Le pido discreción a Lincoln y que no comente este asunto con nadie.

Son las ocho y aún sigo en el despacho estudiando cada papel que encuentro sobre Benjamin Foster. Jackson me ha llamado un par de veces, pero las he desviado al contestador. No ha dejado ningún mensaje.

Cierro la carpeta exasperada y me llevo las palmas de las manos a los ojos. ¿Qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer si Jackson es culpable?

Me marcho a casa pero obtengo el mismo resultado que si me hubiese quedado en la oficina. Apenas como y no dejo de pensar en él. En la cama, con las luces apagadas, tratando de dormir, mi móvil vuelve a sonar iluminando toda la estancia. Es él, pero no puedo cogerlo.

No sé qué decirle.

No sé qué hacer.

El sábado me paso el día encerrada en mi despacho revisando más documentos, más inversiones, más números, pero sigo sin obtener un resultado claro en ningún sentido.

Poco antes de las cinco, Jackson me llama. De pie, en mi oficina, me paseo con el móvil en la mano observando su nombre iluminarse en la pantalla. Soy consciente de que no estoy teniendo la actitud más adulta, pero no puedo correr a verlo y hacer como si nada hubiese pasado. Antes necesito saber a qué me estoy enfrentando. Además, poner un poco de distancia entre nosotros será bueno para mí, por los motivos que me permito reconocer y por los que no.

En ese mismo instante una idea cruza mi mente como un ciclón. Conozco lo suficiente a Jackson como para saber que no va a aceptar que simplemente no le coja el teléfono. Rápidamente rescato mi maxibolso de Louis Vuitton, meto una docena de carpetas en él y salgo disparada de la oficina. No tengo ninguna duda de que se presentará aquí.

Apenas he alcanzado el pasillo principal, todo mármol y elegancia, cuando tuerzo el gesto. No puedo ir a mi apartamento. Jackson también me buscaría allí. Me freno en seco y me llevo el reverso de los dedos a los labios.

Piensa, ratoncita, piensa.

Busco mi móvil en el bolso y llamo a Sadie. Le ofrezco maratón de pelis de los ochenta y Cosmopolitans en su piso. Acepta encantada. Ya tengo asilo político.

Voy caminando hasta Columbus Circus y después en metro hasta el campus de la Universidad de Columbia.

Sólo con golpear la puerta del apartamento de Sadie me siento mejor. Me recibe con un cóctel en la mano y luciendo una camiseta con el póster promocional de *Maniquí*. Necesitaba a las chicas.

—¿Un Cosmo? —me pregunta.

—Un Cosmo —respondo aún jadeante por haber tenido que subir hasta un cuarto piso prácticamente corriendo, y con tacones.

Tenía muchas ganas de llegar.

—Dylan subirá en seguida —me informa—. Ha bajado a su apartamento a por el *devedé* de 16 velas.

Sonrío. Me encanta esa peli.

En ese preciso instante, Dylan aparece en el salón.

—¿Qué tal estás? —pregunta dándome un beso de lo más baboso justo antes de pasarle la película a Sadie, que está arrodillada frente a la tele de plasma encendiendo el reproductor de *devedé*.

Yo dejo mi bolso y mi chaqueta vaquera sobre el sofá y me aliso la falda de mi vestido con las palmas de las manos. Durante esos mecánicos movimientos, pienso todas las respuestas que podría inventarme para salir del paso: bien, normal, nada que

contar, como siempre... Todas burdas mentiras. Necesito desahogarme. Necesito que alguien me dé una opinión objetiva sobre lo que está pasando, sobre el malnacido, atractivo hasta decir basta, arrogante, hermético y complicado de Jackson Colton. Necesito que me digan que estoy haciendo lo correcto evitándolo y luchando con todas mis fuerzas por no correr a sus brazos.

—Tengo que contaros algo —les anuncio.

Sadie y Dylan se giran hacia mí y me miran expectantes.

—Me estoy acostando con Jackson.

Las dos me observan un par de segundos en silencio y finalmente Dylan maldice mientras saca un billete de cinco dólares y se lo da a una orgullosa Sadie, que ríe satisfecha abriendo la carátula.

—¿Habíais apostado sobre si me acostaría con Jackson? —pregunto escandalizada.

—Claro que sí —me confirma Sadie—. Lo supe en el Indian. Puede que incluso antes. Mi instinto jedi de los penes es muy poderoso.

Trato de contener una carcajada, pero no soy capaz. Maldita sea, estoy muy enfadada.

—Tengo un don. Él es taaan... —dice alargando la a creo que incluso lascivamente—... y tú estabas en plan «necesito que me follen como si acabasen de salir de una prisión federal».

—Yo no dije eso —me defiendo.

—Otras palabras, mismo mensaje.

Sadie se levanta, coge el mando de la pequeña mesita de centro y se sienta a mi lado.

—¿Y que más te ha dicho tu instinto jedi de los penes? —pregunto fingidamente ofendida.

—Que te está volviendo completamente loca —responde sin ningún remordimiento justo antes de echarse a reír con Dylan.

Yo frunzo los labios tratando de disimular una nueva sonrisa, pero no puedo más y acabo echándome a reír.

—Pues de verdad tienes un don —aclaro cuando las carcajadas se calman—. No sé qué hacer. «Volverme loca» se queda corto.

—Pero ¿estáis saliendo? —pregunta Dylan—. ¿Sois novios?

—No —respondemos Sadie y yo al unísono.

—¿Por qué? —me quejo—. Y para —me quejo de nuevo.

Sadie resopla, le da un sorbo a su Cosmopolitan y vuelve a dejarlo sobre la mesita antes de mirarnos atentamente.

—Hombres como Jackson no tener novia —nos explica como si fuésemos idiotas. Se está riendo de mí otra vez. Voy a tener que asesinarla—. Hombres como Jackson follarte encimera cocina recubierta nata y después hacer muesca en cabecero cama con mano mientras echar con palmada en trasero con otra mano.

La miro mal y ella se encoge de hombros.

—¿Mí tener razón? —me pregunta.

No quiero hablarle, no me cae bien, pero no puedo evitar pensar que yo misma tengo esa imagen de Jackson y, al fin y al cabo, es lo que me ha demostrado, ¿o no?

—Supongo que tienes razón —claudico—, pero, mientras estás recubierta de nata, estás en el maldito paraíso.

—Mí saber —responde Sadie con un mohín de lo más decadente, dando un sorbo a la cañita de su cóctel.

Sólo hay que mirarlo para saberlo instintivamente.

—Chicas, todo empezó como un... —tardo en encontrar la palabra. Mala señal— ... entrenamiento. Sólo quería que me enseñara a dejar de ser una ratoncita y poder gustarle a Connor.

—¿Y no está funcionando? —pregunta Dylan.

—Supongo que sí —contesto resignada—, pero al mismo tiempo todo se está intensificando. Jackson puede ser tan complicado... Ni siquiera sé si le caigo bien u odia pasar tiempo conmigo más allá del sexo.

Sadie y Dylan se miran y después me miran a mí.

—¿Y a ti te gusta estar con él? —inquire Dylan—. ¿Quieres que lo nuestro funcione?

Pierdo mi vista en el cóctel y suspiro mientras me llevo con las puntas del índice y el corazón la condensación que moja mi copa. ¿Cómo dos simples preguntas pueden llegar a ser tan complicadas?

—No lo sé —respondo al fin—, pero tampoco sé si hay un «lo nuestro».

—Pues supongo que eso es lo primero que tenemos que averiguar —sentencia Sadie.

Nos tomamos una copa más y empezamos a ver la peli. Sin embargo, la música del apartamento contiguo no tarda en inundar también el de Sadie. Cuando comienza a sonar *Hello Kitty*^[17], de Avril Lavigne, no podemos evitarlo y nos asomamos al pasillo. ¡Tienen montada una juerga en toda regla! Buena música, alcohol y al menos un centenar de personas abarrotando el apartamento y el rellano.

—¡Vecina! —gritan desde algún punto del piso.

—Ted Thompson, ¿has montado un fiestón y no me has avisado? —se queja Sadie divertida, llevándose las manos a las caderas.

Frunzo el ceño al ver acercarse al Ted en cuestión. Es el mismo chico que conocí en el Indian, el que bailaba como si acabase de escaparse de un videoclip de Madonna.

—Ha sido totalmente improvisado —se defiende llegando con dificultad hasta nosotras— e iba a ir a buscarte ahora mismo.

Sadie frunce el ceño y finalmente sonrío.

—Chicas, este es Ted. Ted, las chicas —nos presenta y, sin más, se adentra en el piso y en la fiesta.

Ted repara en nosotras y, cuando nuestras miradas se cruzan, sonrío divertido.

—Hola —me saluda.

—Hola —respondo.

—Ya os conocéis —murmura Dylan socarrona—. Supongo que te dejo en buenas manos.

Me guiña un ojo y, sin darme oportunidad a responder, se marcha.

—¿Te acuerdas de mí? —pregunta.

Asiento.

—Ese pase de baile fue demasiado alucinante —le explico con una sonrisa.

—Y deja huella.

Mi sonrisa se ensancha a la vez que asiento de nuevo.

—¿Cómo va todo? —inquire.

—Muy bien —respondo.

—Teniendo en cuenta que es la segunda vez que coincidimos, y antes de que te me escapes de nuevo, podrías dame tu número de teléfono.

Yo aprieto un labio contra otro y lo miro como deben de mirar los corderitos al granjero que les pide que se acerquen, diciéndoles que todo irá bien. Ted es un chico increíble y muy guapo, pero la situación con Jackson ya es lo suficientemente complicada. Si además sumara a Ted a la ecuación, el resultado podría ser francamente desastroso. Por no hablar de cómo se lo tomaría el señor tirano.

—¿Te enfadarás mucho si te digo que no? —pregunto volviendo a sonreír para no parecerle la chica más odiosa del mundo.

—Bueno —contesta encogiéndose de hombros—, esperaré a que coincidamos una tercera vez.

Sonrío de nuevo.

—Muchas gracias.

Alzo la mano a modo de despedida y giro para regresar con las chicas.

Dylan está a unos pasos, pero no hay ni rastro de Sadie. Echamos un vistazo a nuestro alrededor y no tardamos en encontrarla prácticamente en el centro de una pista de baile improvisada, con los brazos extendidos y absolutamente absorbida por la música. Dylan y yo nos miramos y vamos hasta ella sin perder un solo segundo.

—Deja de vivir el momento —le ordena Dylan.

—Deja de vivir el momento ahora mismo —añado.

La última vez que lo hizo, tuvimos que quitarla de delante de un taxi conducido por un pakistaní muy asustado y con un chico guapísimo en el asiento de atrás aún más asustado, del que se empeñó en decir que era el amor de su vida.

—¿Qué? ¿Por qué? —se queja.

—En serio, para —le pido.

—No tengo por qué ver esto —continúa Dylan.

—No vas a ver nada.

—Siempre que te pones en plan club de los poetas muertos, nos acabas

avergonzando —le recrimina.

—Tú, mejor, cállate —la defiendo—. Estás en su lugar muchas veces.

Dylan bufaba absolutamente indignada.

—Sí —sentencia Sadie.

—¿Qué? No.

—Sí.

—Sí —me reafirmo a la vez que asiento con los ojos cerrados, absolutamente convencida.

—¿A qué os referís? —inquire al fin.

—A tu obsesión por los camareros —responde Sadie.

—Aquí está la barra —marco una línea imaginaria con las manos—, aquí está el futuro amor de Dylan —concluyo burlona.

—Tú sí que deberías callarte —me advierte Sadie.

—Yo, no —me quejo—. ¿Por qué?

—Jackson —dice Sadie imitando mi voz, acercándose a Dylan con la mano en el pecho y pestañeando un número ridículo de veces—, sé que lo nuestro es un amor prohibido, pero, aun así, te quiero.

—Lara —responde Dylan poniendo la voz más ronca que es capaz, cogiendo a Sadie de las manos—, yo también te quiero. Fuguémonos a mi otra mansión en los Hamptons y olvidémonos de todo.

Yo las observo tratando de disimular que estoy a punto de echarme a reír.

—Oh, Jackson.

—Oh, Lara.

—Oh, Jackson.

—Oh, Lara.

—Idos al infierno —me quejo a la vez que echo a andar.

¿Qué he hecho yo para merecer estas amigas?

Sin embargo, no he dado más que un puñado de pasos cuando las dos corren tras de mí y me abrazan en contra de mi voluntad. No aguanto más y las tres rompemos a reír.

En serio, ¿qué he hecho yo para merecer estas amigas?

Karma, te debo una.

Abro los ojos a las siete de la mañana y esta vez no es culpa del despertador. Estuvimos en la fiesta de Ted hasta la madrugada, y, cuando por fin decidimos volver al apartamento y meternos en la cama, no conseguí pegar ojo. No dejo de pensar en Jackson y en las inversiones de Foster y, sobre todo, no dejo de pensar en Jackson, en Connor y en mí. Toda esta situación se me está yendo de las manos.

No quiero despertar a las chicas, así que me visto en el más absoluto silencio, me aseguro de que lo llevo todo en el bolso y salgo del apartamento. No quiero volver al

mío, ni tampoco a la oficina. Por suerte estoy en el campus y, a pesar de ser domingo, hay tres bibliotecas abiertas.

Me compro un café para llevar y vuelvo a encerrarme con todos los archivos de Foster. No sé qué espero encontrar que no haya encontrado ya, pero no puedo quedarme de brazos cruzados.

A eso de las diez, mi móvil comienza a vibrar sobre la enorme mesa de madera. Una chica a unas sillas de distancia me mira mal, pero no me afecta. Actualmente tengo una vida demasiado complicada como para que unos ojos acusatorios me hagan sentir culpable.

—Hola, Erin —contesto saliendo al pasillo principal.

—Hola, tesoro. Te llamaba para saber si tienes planes para hoy.

Pensaba quedarme en la biblioteca hasta que cerrasen, quizá parar para comer algo y mordisquear el capuchón de mi bolígrafo con la mirada perdida mientras me autocompadezco cada diez o quince minutos. En definitiva, el plan que toda madre, biológica o no, quiere escuchar para su hija.

—No tengo nada en mente —respondo al fin.

—Perfecto, porque me apetece muchísimo que vayamos al club de campo a comer. Ya tengo a Easton convencido —se vanagloria.

Sonrío. A Easton nunca le ha gustado ir al club de campo los domingos. Mantiene, con muchísima razón, que no quiere tener que verle la cara a todos los ejecutivos con los que se pelea a diario, ni siquiera con los que se lleva bien.

Yo, por mi parte, sopeso la idea. Estar con Erin y con Easton, una comida deliciosa, aprovechar los últimos días de sol... Miro la puerta por la que acabo de salir. He repasado esos archivos un millón de veces. Ya no tengo nada que hacer con ellos. No voy a sacar más información de la que hay. Respiro hondo.

—Cuenta conmigo.

—Pasaremos a buscarte en dos horas. Adiós, tesoro.

Recojo mis cosas y voy en taxi a mi apartamento. Necesito darme una ducha y cambiarme de ropa. Cuando atravieso mi portal y subo hasta mi rellano, temo encontrarme a Jackson esperando en mi puerta, pero casi inmediatamente cabeceo y me pongo los ojos en blanco. Jackson Colton no es de la clase de hombres que te espera en la puerta. Él te da una oportunidad y, si la pierdes, pasa a la siguiente chica que hace cola a sus pies para hacer absolutamente todo lo que él desee. Cabeceo de nuevo. Esa idea me ha gustado todavía menos. Pero ¿y si es lo que ha ocurrido? ¿Y si he sido una estúpida marchándome a casa de Sadie cuando él ha pasado toda la noche en el Archetype con Natalie, por ejemplo?

Meto y giro la llave en la cerradura malhumorada y cierro de un portazo. No quiero volver a pensar en Jackson en lo que queda de día, ni de mes, ni de año, ni de calendario solar.

Lara Archer: 0; mente perversa que no pierde la oportunidad de imaginar a Jackson desnudo y a Jackson desnudo con otra mujer: 1.

Easton y Erin me recogen puntuales y llegamos al club relativamente rápido. Estamos disfrutando del delicioso postre cuando veo a varios hombres con el mismo uniforme de polo que Jackson llevaba hace unos días cruzar la terraza de madera y dirigirse a las cuadras. Trago saliva instintivamente y todo mi cuerpo se tensa. ¿Estamos aquí porque hay partido de polo? ¿Jackson juega ese partido?

—¿Hoy hay partido de polo? —pregunto tratando de sonar indiferente, pero me atraganto con un trozo de la masa de galletas del fondo de la tarta y acabo tosiendo como una histérica.

«Eso es, Archer. Tú siempre tan discreta».

—Sí —responde Erin, comiendo con mucha más elegancia que yo sus profiteroles de chocolate—. Empezará en unos minutos. Juegan Allen y Jackson.

No. No. No. Necesito pensar y ver a Jackson con el uniforme de polo no va a ayudarme en lo más mínimo.

Sin embargo, no tengo opción y, prácticamente unos pocos segundos después de que pregunte, Erin me pide que nos levantemos y, mientras Easton saluda a unos clientes, las dos nos encaminamos hacia la enorme pérgola blanca que, como siempre, el club prepara para ver el polo.

—Sentémonos aquí, tesoro —me indica Erin señalando una de las mesas de latón blanco.

Asiento y me acomodo a su lado. Un camarero llega prácticamente al mismo tiempo que nosotras y deja sobre la mesa dos limonadas con muchísimo hielo y unas hojas de hierbabuena. Si no tuviese los nervios burbujeando en la boca del estómago, sería una tarde de lo más agradable, como de novela de Scott Fitzgerald.

Los jugadores comienzan a salir y mis nervios se recrudecen. Me revuelvo incómoda en la silla y comienzo a golpear el césped rítmicamente con mis sandalias.

—¿Estás bien, tesoro? —pregunta Erin.

Yo fuerzo una sonrisa y asiento.

—Sí, claro que sí. Me encanta el polo —añado estúpidamente nerviosa.

En ese momento Jackson aparece a galope de un precioso caballo marrón chocolate por el otro extremo del campo. Está sencillamente increíble, con sus deliciosos pantalones blancos, unas relucientes botas de montar y un polo azul marino cruzado por una raya diagonal blanca. Tiene el pelo castaño revuelto por la brisa y sus ojos verdes se distinguen intensos y salvajes incluso a esta distancia. Sus músculos se armonizan perfectamente cuando se alza sobre los estribos sin detenerse. Si ahora mismo escuchara suspiros y desmayos entre las mujeres del público, lo entendería sin asomo de dudas.

Se detiene a unos metros de mí. Mira a su alrededor y, cuando nuestras miradas se encuentran, frunce el ceño. Está claro que no esperaba encontrarme aquí y no sé si le ha gustado hacerlo.

En ese momento Allen sale al campo y se acerca a nosotras trotando suavemente.

—Mamá ha conseguido convencerte —me dice socarrón.

Sus palabras me distraen, pero tardo un segundo más de lo estrictamente necesario en dejar de mirar a la tentación y centrarme en Allen.

Mi hermano frunce el ceño perspicaz y yo me bajo las gafas de sol que llevaba a modo de diadema para tener alguna defensa frente a esa mirada inquisitoria.

—Eso parece —respondo disimulando que mi cuerpo ahora mismo no es más que un saco de hormonas calientes gracias a Jack.

Allen sonrío y caigo en la cuenta de que su polo no es azul sino rojo.

—¿Por qué Jackson y tú no jugáis en el mismo equipo?

—Porque es tan arrogante como parece —responde con una sonrisa maliciosa—, y en el polo lo es todavía más.

Ahora la que sonrío soy yo. No podría tener más razón.

—Diviértete, marinera —se despide.

—Lo mismo digo, capitán.

Levanta su mazo de polo y se aleja hablando con otro jugador.

El partido comienza pocos minutos después. Respiro hondo y me acomodo en la silla luchando por mantener mi libido a raya. Sadie llamó a Jackson empotrador salvaje y no lo había visto jugando. Me estoy pensando seriamente hacerle fotos y enviárselas para que me dé su opinión de socióloga profesional. Probablemente sólo conseguiría que invirtiera todos sus ahorros en hacerse socia del club y no se perdería ni siquiera los entrenamientos. Desde luego, yo no la culparía. Para colmo de mis males, Jackson es increíblemente competitivo, pelea cada bola hasta el final y no le preocupa lo más mínimo tener un encontronazo con otro jugador, y eso sólo hace que su halo de puro atractivo brille todavía más.

Sin embargo, el primero en marcar un tanto es el equipo de Allen. Erin y yo nos levantamos y aplaudimos la jugada.

—¡Genial! —grito cuando Allen pasa a mi lado.

—Os lo he dedicado —replica burlón.

Sonríó pero el gesto se borra de golpe de mis labios cuando, sin ningún motivo en especial, observo el resto del campo y mi mirada se encuentra con la de Jackson. Está furioso, y mucho.

En la siguiente jugada, una pelota queda dividida. Un jugador del equipo de Allen va a atraparla, pero, a falta de unos metros, Jackson aparece galopando a toda velocidad y se la roba. El primer jugador tiene que hacer relinchar el caballo y frenarlo justo a tiempo de no arrollar a Jackson, que ha caído del suyo. Literalmente ha puesto su integridad física en peligro con tal de conseguir la bola.

Erin y yo nos levantamos de un salto. El primer jugador se aleja despacio y toma las riendas del caballo de Jackson. Él se levanta manchado de tierra y se sacude las manos. Suelto el aire de una bocanada y sólo entonces me doy cuenta de que había contenido la respiración hasta ver a Jackson sano y salvo. ¿Se ha vuelto loco? Es un partido amistoso, no la final de las Olimpiadas.

El árbitro corre hasta él y comienzan a hablar. Desde mi posición no puedo oír lo

que dicen, pero, por los gestos de Jackson, por cómo se echa el pelo húmedo hacia atrás con la mano y el «joder» que pronuncia entre dientes, está claro que están teniendo una conversación de lo más acalorada. El juez acaba expulsándolo y Jackson se marcha del campo con cara de pocos amigos.

Yo me cruzo de brazos en la silla y trato de ignorarlo; se ha ganado que lo expulsen, pero, por mucho que lo intento, mi atención está en las cuadras y no en el campo. Resoplo furiosa conmigo misma por no poder mantenerme alejada de él y, tras ponerle una excusa bastante pobre a Erin, me dirijo disimuladamente a la zona de descanso de los caballos.

Cuando al fin llego, Jackson está junto a una cuadra individual. Tiene el pelo aún más alborotado, es obvio que ha debido de pasarse las manos por él una docena de veces, y está concentrado en quitarle la silla de montar a su caballo. Con su carácter casa perfectamente que no tenga buen perder e imagino que, que le quiten la posibilidad de jugar, es mucho peor.

—Hola —lo saludo tratando de que mi voz suene lo más amable posible—. ¿Estás bien?

Jackson alza sus ojos verdes, me observa de arriba abajo y vuelve a concentrarse en su animal. Le quita la silla, la deja sobre una grupa de madera y lo mueve hasta el bebedero.

—Siento que te hayan expulsado.

Sigue en silencio.

—Sólo quería ver si estabas bien.

Exhala brusco todo el aire de sus pulmones y niega una sola vez, como si algo le enfadara muchísimo por dentro.

—Y a ti qué te importa —gruñe.

Esto es sencillamente increíble. Soy una estúpida por venir hasta aquí y preocuparme por él.

—Vete a la mierda, Jack —siseo girando sobre mis pasos.

—Tú y yo no somos amigos —dice cuando estoy a punto de salir del establo.

Río entre dientes.

—Y ni siquiera nos caemos bien —añado girándome—. ¿Vas a recordarme alguna otra cosa que tenga clarísima? —concluyo mordaz.

¿Qué demonios le pasa?

Los dos nos quedamos en silencio durante unos segundos. Finalmente Jackson se humedece el labio inferior y suelta las riendas del caballo.

—¿Dónde coño estabas, Lara? —inquire acercándose a mí.

La pregunta me pilla fuera de juego. Su mirada sigue siendo igual de fría, igual de exigente, pero al mismo tiempo parece preocupado, desconcertado. Una parte de mí tiene clarísimo que es porque quiso la muñequita y no la encontró. La otra empieza a dudar de que fuera sólo por eso. Y las dos me dan un miedo terrible.

—Necesitaba pensar —me explico en un suave murmullo—. ¿Tú nunca necesitas

pensar?

—Eso no es asunto tuyo.

¿Cómo puede decir algo así?

—Maldita sea, Jack. Sí lo es —protesto—. Esto nos incumbe a los dos.

—Basta —masculla entre dientes—. No hay ningún «esto».

Sé que está furioso, pero yo también. No puede escudarse siempre en los «no es asunto tuyo». Las cosas ya son demasiado complicadas.

—¿Fuiste a buscarme a mi apartamento?

—Lara —me reprende.

—Jackson, por favor —prácticamente le suplico.

Necesito saberlo.

—Sí, fui porque quería castigarte —responde furioso, dando un amenazador paso hacia mí—. No puedes desaparecer sin más, joder.

—Tenía que hacerlo —trato de hacerle entender.

—¡Yo no necesitaba a nadie, Lara!

Su frase cae entre los dos y vuelve a silenciarnos, pero Jackson rápidamente se pasa la mano por el pelo y da los primeros pasos hacia atrás para terminar girándose y regresando a las cuadras.

—Márchate, Lara.

Yo abro la boca dispuesta a decir algo, pero no sé el qué. Su confesión me ha removido por dentro de más maneras de las que puedo siquiera explicar. ¿Siente algo por mí? ¿Me necesita? ¿Lo necesito yo? Lo observo detenerse de nuevo junto a su caballo y, bajo toda la confusión, comienzo a sentirme muy culpable. No quiero que piense que simplemente fue un capricho.

—Tenía mis motivos —trato de explicarme.

Jackson no contesta, ni siquiera me mira, y algo dentro de mí estalla. Siento que lo haya pasado mal, pero no me merezco que me trate así.

—¿Tanto te molestó haber tenido que ir a buscarme? —le pregunto furiosa caminando hacia él.

Otra vez silencio.

—¿Tanto te molestó haberte preocupado por alguien? —alzo la voz. No es justo. ¡No es nada justo!—. ¡¿Tan duro fue?!

—¡Basta! —me interrumpe.

Al fin alza la cabeza y nuestras miradas se encuentran. La suya por primera vez no es impenetrable y una decena de emociones asoman en ella. Está furioso, frustrado, dolido. Cada una de ellas me desarma un poco más, pero yo también me siento exactamente así. Me ha puesto entre la espada y la pared en el trabajo. Me ha puesto entre la espada y la pared en mi vida. Yo tampoco quiero necesitarlo.

Giro sobre mis pies y salgo de las cuadras antes de que ninguno de los dos diga nada más.

Ya no me apetece seguir viendo el partido y regreso al edificio principal. Paseo

por la planta baja tratando de ordenar un poco mis ideas, dándole vueltas a todo por millonésima vez en lo que va de día.

Me topo de frente con un mesa redonda llena de fruta perfectamente lavada y cortada y decenas de botellas de Evian. El club debe de haber preparado un pequeño refrigerio para los espectadores del partido. Dios no quiera que a una rica riquísima de Glen Cove le dé un rayo de sol de más y acabé deshidratada. Una sonrisilla de malicia se me escapa ante mi propia broma y cojo un par de cerezas.

No les he dado el primer bocado cuando una mano me agarra con fuerza de la muñeca y tira de mí hasta meterme en la habitación contigua. Es Jackson. Sé que es Jackson.

Me zafo de un tirón y miro a mi alrededor desorientada. Estoy en los vestuarios masculinos.

—¿Qué haces? —me quejo.

Jackson no responde. Me toma de las caderas y me lleva contra la pared dejando que sus ojos verdes, toda su arrogancia y su magnetismo me envuelvan. Un suspiro se escapa de mis labios y él me estrecha contra su cuerpo un poco más. Esto se le da demasiado bien. No tengo ninguna posibilidad, pero inmediatamente mi sentido común me recuerda que me está tratando como a una muñequita, algo que mueve a su antojo, exactamente como quiere y donde quiere.

Lo aparto de un empujón y le doy una bofetada.

Jackson se lleva la mano a la mejilla y gira la cara despacio. Es la misma actitud desafiante que tuvo la primera vez que lo abofeteé y, como entonces, me deja claro con su cara de perdonavidas que sólo llegaré donde él me permita llegar.

—No soy tu muñequita —siseo manteniéndole la mirada.

Da un paso hacia mí, yo lo doy hacia atrás y vuelve a acorralarme contra la pared.

—Sí lo eres —ruge—. Siempre.

Yo quiero protestar, decirle que se aparte, gritarle que jamás habrá un «siempre» entre nosotros, pero nuestros cuerpos se acoplan demasiado bien. Es mi bendición y mi castigo. Le empujo y alzo la mano dispuesta a abofetearlo otra vez, pero Jackson la atrapa antes de que pueda rozarle y la retiene con la suya contra los immaculados azulejos. Hace lo mismo con mi otra muñeca y acabo inmovilizada con mis dos manos sujetas por encima de la cabeza por una de las suyas.

Jadeando en contra de mi voluntad, excitada en contra de mi voluntad, deseándolo, como siempre, en contra de mi voluntad.

Su mano se pierde bajo la falda de vuelo de mi vestido. Se deshace de mis bragas con un brusco tirón, libera su erección y me embiste sin piedad.

Joder, todo se llena de placer.

No quiero querer esto, pero mi cuerpo lo necesita como si fuese su único alimento.

Jackson se detiene dentro de mí. Me quita las cerezas de la mano y, sonriéndome sexy y con malicia, coloca el extremo de la pequeña ramita que une los dos frutos

entre mis labios.

—Si se te caen —me amenaza en un susurro con su voz más ronca, más sensual, más salvaje, más todo—, no dejaré que te corras.

¡¿Qué?!

Todo da vueltas y la excitación caliente, húmeda y rápida se multiplica por mil. Agarro la ramita entre los labios y Jackson me embiste. Una sola vez. Deslizándome por la pared, haciéndome sentir toda su increíble longitud. Este es su maldito castigo por haber desaparecido dos días, porque es imposible que te follen de verdad, no gemir y no morir en el intento.

Comienza a moverse sin piedad, brusco, consiguiendo que un delirante placer me recorra de pies a cabeza. Yo sostengo la ramita, haciendo un titánico esfuerzo por no emitir ningún sonido. Si separo los labios, las cerezas se caerán y él cumplirá su amenaza. Es lo suficientemente malnacido como para dejarme a medias.

Voy a gritar. Quiero gritar. ¡Necesito gritar!

Sus ojos verdes me miran satisfechos y arrogantes mientras mi cuerpo se estira, se arquea y se tensa deslizándose arriba y abajo por la pared.

Ancla su mano en los azulejos. Cierro los ojos. Me embiste más fuerte.

Dios.

Dios.

¡Dios! ¡No puedo más!

Jackson se detiene quedándose dentro de mí. Abro los ojos confusa y los suyos me están esperando. Mi pecho se hincha y se desinfla preso de mi respiración más convulsa. Con una sonrisa llena de alevosía, Jackson libera mis manos, baja despacio la suya y con dos dedos deja caer las cerezas al suelo ante mi atónita mirada.

—Será que no quiero que te corras —dice sin más.

Suspiro absolutamente escandalizada. ¡Es un malnacido!

Jackson sonrío satisfecho por haber provocado en mí exactamente lo que quería. Sale de mi cuerpo y se aleja unos pasos mientras vuelve a guardarse la polla aún dura en sus pantalones de polo y recoge mis bragas deshechas del suelo.

—Piénsatelo mejor la próxima vez que decidas animar a Allen —me advierte arisco, caminando hasta su taquilla.

¡No puede ser verdad! Me pongo bien el vestido y me separo de la pared.

—¿Te has enfadado porque animé a Allen? —inquiero atónita.

He formulado la pregunta, pero algo dentro de mí no para de gritarme que no sea estúpida, que no me quede sólo en lo que él quiere que vea.

—Me importa una mierda a quién animes, Lara —responde abriendo la pequeña puerta metálica, lanzando mis bragas en ella y de alguna forma dándome la razón.

Jackson se gira, se lleva las manos a la espalda por encima de los hombros y se quita la camiseta. La tela deja al descubierto ese torso perfecto e, involuntariamente, me distraigo con cada centímetro.

Deberían prohibirle desnudarse.

—Pero animarlo no me da derecho a correrme —replico impertinente reconduciendo la conversación, cruzándome de brazos llena de una dignidad ensordecedora, sobre todo teniendo en cuenta que no llevo bragas.

—No te da derecho a ir en el equipo ganador —responde cerrando la taquilla de golpe y caminando hacia mí—. Y ahora mueve el culo y sal de aquí —dice muy malhumorado, pasando a mi lado y dirigiéndose a las duchas—. Los otros jugadores están a punto de llegar.

¡Estoy furiosa! ¡No puede tratarme siempre como le dé la gana!

—A lo mejor alguno de ellos me deja jugar en el equipo ganador. —Mi voz suena insolente; mejor, es un desafío en toda regla.

En un microsegundo su mirada cambia y se recrudece hasta un límite insospechado. Camina hasta mí con paso decidido y, sin decir una palabra, me carga sobre su hombro.

—¡Jackson! —grito, pero no le pido que me suelte. No quiero. Estoy demasiado excitada desde las malditas cerezas.

Me deja de pie en una de las duchas y cierra la puerta de metacrilato blanco. Abre el grifo sin ninguna contemplación y el agua nos empapa al instante. Grito por la sorpresa. Está helada, aunque rápidamente se vuelve tibia y después caliente.

Jackson se desabrocha los pantalones, libera de nuevo su increíble polla y, sin mediar palabra, me embiste levantándose a pulso contra la pared húmeda y resbaladiza. Está más que enfadado, está verdaderamente furioso... está celoso, como yo lo estoy cada día. ¿En qué lío nos estamos metiendo? Ya no utilizo el singular porque es más que obvio que lo estamos haciendo los dos. Toda esta locura va a acabar destrozándonos.

Quiero hablar. Quiero decir lo que mi sentido común me implora que diga, pero no puedo... sus embestidas son perfectas, deliciosas, y una a una me empujan exactamente donde mi cuerpo y mi corazón se mueren por estar acallando todas las alarmas.

Oímos la puerta abrirse y un murmullo grueso y escandaloso toma el ambiente. El partido debe de haber acabado. Jackson me dedica una media sonrisa dura y *sexy* y me embiste con fuerza, profundo, una vez más, quedándose dentro de mí.

Me muerdo el labio para contener un gemido y la rabia y la arrogancia brilla con fuerza en sus ojos verdes.

—Ahora vas a tener que estarte muy calladita si no quieres que alguno de esos tíos abra la puerta y nos descubra —me amenaza.

—También te descubrirían a ti —murmuro con la voz jadeante.

—Yo quedaría como el rey del mambo follándome a una chica en las duchas. De la chica, no sé si dirían lo mismo.

—Eso sólo es porquería machista —me quejo.

—Vivimos en un mundo machista —replica embistiéndome de nuevo una sola vez.

¡Dios!

Me muerdo el labio con más fuerza. Su brazo anclado en la pared se tensa soportando todo el peso de su movimiento.

Ha sido realmente increíble.

—Allen también está ahí fuera —susurro entre jadeos a punto de cerrar los ojos y simplemente dejar de protestar.

—¿Sabes? —contraataca arisco—. Cada vez me importa menos que Allen nos descubra.

¿Se ha vuelto completamente loco?

Sin embargo, otra vez no tengo opción. Jackson comienza a moverse otra vez duro, implacable, y mis reticencias poco a poco van disolviéndose en lo bien que se mueve y en lo bien que siento.

Mi cuerpo se arquea contra la pared buscando el contacto con el suyo, disfrutando de él.

Suenan puertas, taquillas, risas, voces, pero nosotros estamos en otra realidad, en otro mundo. No tengo ninguna posibilidad de escapar del placer que Jackson crea para mí... sintiendo cada embestida, cada mordisco, sus labios en todo mi cuerpo, sintiendo todo lo que él quiera darme.

Sus dos manos se anclan en mi culo y aprietan con fuerza. Escondo mi cara en su cuello. Se mueve aún más rápido.

Todo mi cuerpo se arquea de nuevo.

Llevo mi cabeza con fuerza hasta la pared.

Ya no pertenezco a esta ducha, a este baño, a este universo.

El placer lo arrasa todo y alcanzo un orgasmo de película.

Jackson ralentiza sus movimientos hasta detenerse y se separa lo suficiente como para atrapar mi aturdida mirada.

—Te has corrido —susurra admirado.

Al principio no entiendo sus palabras, pero no tardo en darme cuenta de que este era su castigo. Follarme en un sitio donde podrían descubrirnos, ser tan brusco conmigo que no consiguiese correrme. Lo que no sabe es que a veces creo que podría hacerlo aunque ni siquiera me tocara.

—Podría hacerlo sólo con la manera en la que me miras —musito.

—Joder —ruge.

No dice nada más y comienza a moverse de nuevo. Sus manos, sus labios, sus embestidas se sincronizan y su cuerpo llama a gritos al mío. Mis piernas se encaraman con más fuerza a su cintura. Su contacto se hace más posesivo.

Jackson se inclina y su mano sube por mi costado hasta perderse en mi cuello. Otra vez busca su boca con la mía y otra vez se detiene en el último microsegundo. Se separa, resopla entre dientes y vuelve a acercarse a mí. Entreabro los labios desesperada por sentirlo, pero se detiene de nuevo. No puedo más. Y levanto la cabeza en busca de su boca. Jackson hace su mano más posesiva en mi cuello y me

frena, devolviéndome a la pared y siguiéndome en el movimiento hasta que apoya su frente en la mía, deteniéndose dentro de mí, llenándome por completo.

—No —murmura con la voz segura pero entrecortada por su respiración acelerada.

Sin embargo, cuando abro los ojos me doy cuenta de que él los tiene cerrados, de que su cuerpo está tenso más allá del sexo, y entonces comprendo que ese «no» no era para mí.

Jackson abre los ojos en ese preciso instante y nuestras miradas se encuentran. Toda esta locura es mayor y más intensa de lo que creía y nos ha envuelto a los dos. Yo puedo leerlo en sus ojos, como estoy segura de que él puede leerlo en los míos.

—Jackson —murmuro.

Pero él no me da opción a decir nada y comienza a moverse otra vez aún más fuerte, aún más rápido, aún más duro.

El placer. El deseo. La excitación. Todo crece. Aumenta. Estalla. Lo domina todo. ¡Joder!

Mi cuerpo explota y se convulsiona con la corriente eléctrica de un segundo orgasmo sencillamente maravilloso. Jackson sigue moviéndose y dos embestidas después se pierde en mi interior reavivando mi piel en llamas.

No nos deja tiempo para pensar qué hemos hecho ni cómo lo hemos hecho. Ha sido algo diferente y los dos lo sabemos, aunque no vaya a concedernos la posibilidad de hablar de ello.

Sale de mí y mi cuerpo se estremece. Me baja despacio hasta que mis sandalias tocan el suelo y se aleja un par de pasos. Se quita los pantalones y, como si nada hubiese ocurrido, comienza a ducharse.

Yo lo observo sin entender qué quiere que haga. En un par de minutos cierra el grifo y se envuelve una toalla blanca a la cintura. Se pasa las dos manos por el pelo húmedo y da el paso definitivo hacia la puerta.

—Yo no puedo salir ahí —trato de hacerle entender—. Todos van a verme.

El murmullo aún es fuerte, debe de haber al menos una veintena de personas y Allen probablemente esté entre ellas.

Jackson me observa unos segundos. Sus ojos han vuelto a llenarse con su frialdad habitual y otra vez parecen inalcanzables. Otra vez él parece inalcanzable. Y, sin decir una sola palabra, sale de la ducha cerrando tras de sí.

Yo observo la puerta de metacrilato cerrada mientras una lágrima cae por mi mejilla. ¿Tan poco le importo? Me dejo caer en una esquina de la ducha y mi vestido se pega aún más a mi cuerpo, recordándome el agua que hace un par de minutos caía sobre él, el cuerpo de Jackson contra él. Suspiro con fuerza y me tapo la boca con la palma de la mano para amortiguar mis sollozos. No le importo absolutamente nada. La cabeza me va a mil kilómetros por hora y el corazón me martillea con tanta fuerza que creo que va a escaparse por la garganta en cualquier momento.

Los jugadores poco a poco van marchándose y cada vez percibo menos voces en

los vestuarios. Suspiro aliviada cuando ya no queda ninguna. Estoy a punto de levantarme y salir cuando vuelvo a oír la puerta. Alguien ha entrado. Un pequeño y metálico sonido inunda el ambiente y comprendo que ha echado el pestillo. Frunzo el ceño, pero toda la confusión se traduce en nerviosismo cuando oigo pasos acercándose. La puerta se abre. Contengo el aliento... y Jackson aparece al otro lado.

Ya no hay rastro del uniforme de polo y luce un espectacular traje negro con la camisa también negra.

Por un momento sólo nos miramos a los ojos. Los suyos me recorren entera como cada vez que nos encontramos, pero por un momento también el alivio brilla en el fondo de ellos. Se merece que me levante, vaya hasta él, lo abofetee y nunca más vuelva a mirarlo a la cara. Se merece todo eso y más, pero yo soy tan estúpida de estar aquí mirándolo porque no entiendo lo que tenemos y ahora mismo me da pánico que se termine.

Jackson camina hasta mí sin liberar mis ojos vidriosos, desliza sus manos bajo mis rodillas y mi espalda y me saca en brazos de la ducha. Yo rodeo su cuello con mis manos y escondo mi cara en él.

Me deja sobre el enorme banco de madera en el centro de los vestuarios. Me quita los zapatos. Agarra con suavidad el bajo de mi vestido mojado y me lo saca por la cabeza. Se deshace de mi sujetador y me quedo desnuda frente a él. Sin embargo, los dos sabemos que no es algo sensual, es algo mucho más íntimo, está cuidando de mí, está preocupándose por mí. Me envuelve con una toalla blanca de algodón y me seca paciente. Sus manos y la suave tela me dan toda la calidez que perdí en la ducha.

Saca un uniforme de polo limpio de una bolsa de papel a mi lado, no había reparado antes en ella, y con la misma paciencia y cuidado comienza a vestirme. Podría decirle que parase, que puedo hacerlo sola, pero no quiero romper este momento por nada del mundo. Por primera vez tengo la sensación de que está dejando de ser tan hermético, tan impenetrable, por primera vez me está dejando creer que significa algo más para él.

Jackson se acucilla frente a mí y me pone una de las botas de montar.

—¿Por qué haces esto? —murmuro.

—Porque no pienso permitir que ningún otro hombre cuide de ti —sentencia con su voz más ronca, más salvaje.

—¿Ni siquiera si eres tú quien me ha hecho daño? —pregunto mientras me calza el otro pie.

Nuestras miradas vuelven a encontrarse. No he ocultado el dolor que siento en mi voz y sé que él lo ha notado.

—Sobre todo si es así, Lara.

Jackson se incorpora y me tiende la mano sin liberar mi mirada. Yo alzo la mía despacio y contengo un suspiro cuando, ya de pie, entrelaza nuestros dedos. Todo se está complicando demasiado, pero renunciar a lo que tenemos, sea lo que sea, ni siquiera es una opción.

Ninguno dice nada en el camino de vuelta a Nueva York. *Cold desert*,^[18] de los Kings of Leon, suena suave, casi de un modo imperceptible, en la radio del coche. Parece que los dos tenemos mucho en que pensar.

Jackson detiene su Ferrari frente a mi edificio. Las preguntas burbujan en mi garganta. ¿Qué somos? ¿Qué tenemos? Pero no quiero pronunciar ninguna en voz alta. Él aprieta con fuerza el volante con la mirada clavada al frente.

—Sube a casa —me ordena suavemente.

No digo nada, sólo asiento y me bajo del vehículo. Es mejor dejarlo aquí. El día de hoy ha sido demasiado largo y demasiadas cosas han pasado en él.

Estoy a punto de llegar a las escaleras cuando, sin saber por qué, me giro. Jackson sigue ahí, observándome. Siempre he sentido que una fuerza más poderosa que la propia gravedad me ata a él. Ahora me doy cuenta de que a Jackson le sucede exactamente lo mismo. De pronto haberme bajado del coche sin hablar ya no parece tan buena idea, pero, una vez más, Jackson decide por los dos y, tras hacer rugir el motor de su coche, desaparece calle arriba.

Subo a mi apartamento y suspiro con fuerza. Deambulo por el salón sin saber qué hacer y finalmente me siento en mi escritorio y enciendo el portátil. Abro mi libro de Deegan y lo ojeo dejando volar las páginas mientras se carga el ordenador. Lo último que me apetece es trabajar, porque implicaría volver a pensar en Jackson y Benjamin Foster, así que decido centrarme en el proyecto.

Aparece la pantalla de inicio e inmediatamente vibra el icono de mensajes. Muevo el cursor y frunzo el ceño. Qué curioso. Fruncir el ceño es lo último que pensé que haría al ver un *email* de Connor.

De: Connor Harlow
Enviado: 27/09/2015 19.29
Para: Lara Archer
Asunto: Espero que estés teniendo un buen domingo

Sé que no es una hora correcta y espero no interrumpirte en domingo.
Sólo quería saludarte.

Connor Harlow
Asesor Ejecutivo de Silver Grant y Asociados

Con los ojos fijos en la pantalla del ordenador, releo el mensaje una docena de veces sin saber qué decir. Tengo clarísimo lo que haría la Lara de antes: se levantaría y daría saltitos por todo el salón con una sonrisa de oreja de oreja. La Lara de ahora se siente lejos de todo lo que era antes... de Connor. Ya no soy la misma.

Cierro el ordenador de golpe y me meto en la cama. Ahora mismo sólo quiero dormirme y dejar de pensar hasta mañana.

Apago la alarma de un manotazo y me acurruco en el lado opuesto de la cama. Es la solución universal para huir del despertador, sobre todo si es lunes y es demasiado temprano. Sin embargo, en cuanto recuerdo que hoy llegarán los archivos que pedí sobre otras inversiones de Foster, me levanto de un salto.

Me meto en la ducha y me preparo para trabajar en tiempo récord. Quiero llegar a la oficina lo más rápido posible.

Me compro un café para llevar cerca de la boca de metro de Canal Street y un *pretzel* en un puesto a unos metros del Federal Hall. Desayuno exprés. Saludo a Carrie y le pregunto si ya ha llegado el mensajero. Tuerzo el gesto cuando me dice que no y, tras coger los mensajes que me tiende, me encamino a mi despacho.

Me paso una hora dando paseos por el departamento esperando el paquete. El señor Sutherland llama un par de veces, pero le pido a Scott que le diga que estoy en una reunión. No le sorprende. Conoce a nuestro jefe y sabe lo pesado que puede llegar a ser, sobre todo con temas que sólo atañen a este departamento por los favores que le ha prometido a uno u otro amigo.

—¿Quién firma? —pregunta una voz desde la puerta.

Alzo la cabeza y salgo disparada hacia él. Es Cameron, el mensajero del registro central. Firmo en el recibo que me tiende en una bandeja de plástico y prácticamente le arranco la gruesa carpeta de las manos.

Estoy a punto de entrar en mi despacho cuando el señor Sutherland entra en el departamento como un ciclón. Inmediatamente repara en mí y camina decidido en mi dirección. Está más enfadado de lo que nunca le había visto.

—Con que en una reunión —murmura entre dientes al pasar junto a mí—. A tu despacho, ya.

Miro a mi alrededor y me encuentro con las miradas confusas de todos los empleados excepto uno, Lincoln. Trata de sonreír para infundirme valor, pero no le sale demasiado bien. ¿Sabrá por qué he ocultado el desfalco de Foster? ¿Por qué estoy protegiendo a Jackson?

—¿Qué está pasando con Benjamin Foster? —me pregunta el señor Sutherland en cuanto cierro la puerta de mi oficina.

—No pasa nada con Benjamin Foster —respondo automática.

No quiero mentir, pero no puedo tirar a Jackson a los leones. Sencillamente no puedo.

Mi jefe frunce los labios y se desabrocha acelerado los dos botones de su chaqueta.

—Las inversiones de Foster pasan a revisión y son asignadas a un analista, pero, curiosamente, los datos de conclusión no se meten en el ordenador y paralelamente tú pides media docena de informes sobre él a los archivos centrales. No te lo voy a volver a repetir —sentencia endureciendo su voz—. ¿Qué está pasando?

Trata de intimidarme, pero no lo consigue y ni siquiera sé cómo pasa.

—Estudiamos a Foster, pero no hubo nada concluyente. Seguimos con el análisis.

—¡Eso son patrañas! Te he visto trabajar. Este departamento saca al día más de doscientas revisiones.

Aprieto los dientes. Quiero decirle que sólo se molesta en conocer esos datos para poder presumir de ellos delante del alcalde o el gobernador. No tiene ni idea del trabajo real de esta oficina.

—A finales de año me presento a la reelección, Lara. ¿Sabes lo que significa eso? Que quiere aparentar una neutralidad que no tiene.

—¿Sabes cómo quedaría si la prensa llegase a enterarse de que ciertas personas reciben un trato de favor por parte de esta oficina?

Cabeceo a la vez que resoplo. Por el amor de Dios, suena incluso indignado. ¿Cómo se puede ser tan hipócrita?

—Señor Sutherland, con todos mis respetos, este departamento le ha hecho favores a sus compromisos políticos, a miembros de su hermandad universitaria, incluso a sus compañeros de golf. No le estoy pidiendo que pase por alto los delitos de Benjamin Foster. Si los ha cometido, yo misma los denunciaré. —Trago saliva. Sólo con decirlo en voz alta, el estómago me da un vuelco—. Sólo le estoy pidiendo un poco más de tiempo.

Él me observa un segundo.

—Pues no lo tienes —sentencia sin asomo de dudas—. Hoy mismo quiero que empieces los trámites de denuncia contra Colton, Fitzgerald y Brent.

—No.

No puedo hacerlo y mucho menos voy a hacerlo cuando existe la posibilidad, por

pequeña que sea, de que Jackson sea inocente.

—¿Esa es tu última palabra?

Sé por qué me lo pregunta. El sistema garantista y arcaico del que siempre me quejo hace totalmente imposible que él pueda denunciarlo directamente. Por primera vez me alegro de que la junta directiva no me dejara hacer ningún cambio.

—Sí. —No vacilo, no hay dudas.

—Tú lo has querido, Lara.

El señor Sutherland se marcha de mi despacho cerrando con un sonoro portazo. Yo dejo escapar todo el aire de mi cuerpo y me derrumbo sobre la silla a la vez que me llevo las palmas de las manos a los ojos.

Acabo de arriesgarlo todo por Jackson.

Respiro hondo y busco desesperadamente mi yo práctico. Necesito aferrarme a él. Me levanto de un salto y abro con manos aceleradas la carpeta con los dosieres de Foster. Lo reviso todo rápido, veloz.

—Vamos, vamos, vamos —murmuro pasando las páginas.

Tiene que haber algo, lo que sea, una pista, un indicio, que demuestre que Jackson no tuvo nada que ver.

Reviso una carpeta.

Otra.

Otra.

Otra.

—Joder —pronuncio desesperada, cerrando el último dossier y lanzándolo sobre mi escritorio.

No hay nada.

Descuelgo el teléfono de mi mesa y, temblorosa, marco el número de Jackson. Quizá él tenga una explicación. Espero largos minutos, pero no lo coge. Pruebo otra vez. Ahora más que nunca necesito hablar con él y no es sólo para que me diga alguna impertinencia, como que me he equivocado sumando y él es completamente inocente; nunca pensé que tendría tantas ganas de oír algo así, necesito oír su voz... Necesito sentirlo de alguna manera, pero no lo coge.

Alzo la cabeza y con la respiración trabajosa pierdo mi mirada vidriosa en la ventana. Ya ha anochecido y la luz artificial de los rascacielos infinitos compite con la de la luna nueva. ¿Qué voy a hacer ahora? Ya no hay más papeles que estudiar. No hay más trabajo que hacer. Todas las pruebas apuntan a Jackson. Una lágrima cae por mi mejilla.

Recuerdo todo lo que pasó ayer y es más que probable que ahora sea él quien quiera poner distancia entre nosotros. Un sollozo se escapa de mis labios. Cabeceo. No quiero llorar. No sé cómo sentirme. No puedo sentir nada por Jackson. No puedo permitírmelo. Respiro hondo tratando de tranquilizarme, pero es inútil. Mi mente está enmarañada, llena de preguntas que no puedo contestar: ¿qué siento por él?, ¿por qué lo estoy salvando a pesar de todo?, ¿por qué lo necesito a pesar de todo? Jackson no

es bueno para mí. Necesitarlo, Dios mío, quererle, no es algo bueno para mí.

La impresora multifunción comienza a sonar sacándome de mis pensamientos. Me seco las lágrimas con el reverso de los dedos y me acerco hasta el pequeño mueble. Frunzo el ceño cuando veo un fax imprimiéndose, aunque una parte de mí ya sabe quién lo envía. Agarro el borde de la hoja en cuanto la máquina la deja caer. Es un documento oficial informándome de que el señor Sutherland, y por ende la Oficina del ejercicio bursátil y la Conserjería de Economía, ha decidido retirar su ayuda de mi proyecto. Alega diferencias irreconciliables con la organización.

Resoplo y vuelvo a contener el aluvión de lágrimas que me quema detrás de los ojos. Era obvio que pasaría esto.

Recojo mi bolso y salgo de la oficina.

—Lara, ¿está bien? —me pregunta Lincoln levantándose al verme.

Asiento y fuerzo una sonrisa que no me llega a los ojos. Es el único que queda trabajando en todo el departamento.

—Deberías marcharte a casa —le digo a unos pasos de la puerta—. Es tardísimo.

Él me observa lleno de una dulce condescendencia, como si supiese exactamente lo que he hecho y cuánto me he equivocado. Sé que quiere decirme algo, preocuparse por mí, pero, si me siento y le cuento mis problemas, romperé a llorar. Sólo quiero llegar a casa.

Paro un taxi y le doy mi dirección. Rezo para que no tarde mucho y afortunadamente tengo suerte. Tengo las manos agarrotadas cuando saco un billete de veinte para pagar la carrera.

Sólo necesito aguantar un poco más. Sólo un poco más.

Ya en el portal, todo me da vueltas. El corazón me late demasiado de prisa. Subo las escaleras. Me falta el aire. Los sonidos a mi alrededor se desvanecen.

Todo mi cuerpo se tensa.

Todo vuelve a estar tranquilo.

Abro los ojos despacio. Mi móvil suena, pero el sonido es débil, lejano. Parpadeo un par de veces desorientada. Miro a mi alrededor y me levanto con dificultad. Reconozco el rellano. Estoy en la puerta de mi apartamento. He vuelto a sufrir un ataque de pánico.

En busca de heridas, me reviso las manos, los brazos. Parezco estar bien, pero, al tocar la zona del cuello tras la oreja, doy un pequeño respigo. Me observo los dedos. Hay algo de sangre en ellos. Respiro hondo y observo el suelo donde hace apenas un par de minutos estaba tumbada. Lo comprendo al instante. Debí de darme con el rodapié.

Busco las llaves y entro en el apartamento. ¿Cuántas horas llevo durmiendo? Miro el reloj y resoplo de nuevo al comprobar que son más de las doce.

Dejo el bolso sobre la isla de la cocina, me quito los zapatos de cualquier manera

y voy hasta el baño. Enciendo la luz de malos modos, enfadada por haber tenido dos ataques en menos de un mes cuando hacía años que no me ocurría. Me miro la herida en el espejo; por suerte es pequeña, pero las cuatro gotas que han caído han sido precisamente sobre mi camiseta. Genial.

Estoy buscando algo con lo que curarme, tengo que tener tiritas por alguna parte, cuando llaman a la puerta. Cojo la toalla del lavabo y camino hacia el recibidor tratando inútilmente de limpiarme la sangre de la camiseta.

—¿Quién es? —pregunto a la vez que abro.

Mi respiración se acelera automáticamente. Es Jackson.

Él me observa de arriba abajo sin responder a mi pregunta. Está enfadado, lo sé. Su mirada se centra en la sangre y un destello de un miedo frío y cortante cruza sus ojos verdes.

—¿Qué ha pasado, Lara? —me pregunta exigente, impaciente.

—No ha pasado nada.

Si le explico lo que ha ocurrido, sólo habrá más preguntas y no sé si estoy preparada para responderlas.

—Jackson, te prometo que estoy bien.

—Déjate de estupideces y dime qué te ha pasado —me advierte.

Yo aparto mi mirada de la suya y la concentro en mis pies descalzos.

—Me he desmayado en el rellano y me he golpeado con el rodapié —suelto de un tirón.

—¿Por qué? —Su voz es aún más cortante y más emociones cruzan su mirada.

—Tuve un ataque de pánico —me sincero.

Jackson suelta un bufido arisco y ahogado a la vez que se pasa las manos por el pelo y las deja en la nuca. Está más que furioso o, por lo menos, no sólo está furioso. Finalmente, entra, me toma de la muñeca sin ninguna delicadeza y me lleva hasta el salón. La puerta suena tras nosotros cerrándose de un portazo. Jackson me mira a los ojos e intenta leer en ellos como ha hecho tantas veces, sólo que ahora parece desesperado por poder lograrlo.

—Te llamé esta tarde —le digo—. Necesitaba hablar contigo.

No dice nada. Sólo tensa la mandíbula esperando que continúe y la culpabilidad se dibuja en sus ojos verdes.

—La Oficina del ejercicio bursátil va a investigar a Benjamin Foster. Hay indicios de defalco. ¿Por qué lo has hecho, Jack? Sabías que acabaría revisando esas cuentas. ¿Por qué has tenido que hacerlo? —Ya no sueno enfadada, ahora estoy dolida.

Los ataques de pánico siempre me dan claridad mental y ahora lo han hecho para hacerme entender lo que realmente siento. Estoy decepcionada.

Jackson me mantiene la mirada. Su gesto sigue siendo arrogante, pero, de alguna manera, también parece afectado. ¿Acaso le importa lo que piense de él?

—Has dado por hecho que soy culpable.

—¿Me estoy equivocando? —inquiero armándome de valor.

Por favor, di que me estoy equivocando.

—No es asunto tuyo.

Mis ojos vuelven a llenarse de lágrimas, pero no me permito llorar ninguna. Me siento ridícula y estúpida. ¿No le importa la imagen que tenga de él? En realidad, ya me advirtió precisamente de eso la primera vez que nos acostamos. «No te equivoques creyendo que me importa lo que pienses de mí». Sus palabras caen ahora sobre mí como una losa.

—Jackson, por favor, márchate. Es tarde y me gustaría dormir —murmuro.

Sin esperar respuesta por su parte y sin permitirme mirarlo, me dirijo a la habitación. Estoy abriendo la puerta del pasillo cuando Jackson coloca la palma de su mano en la madera y vuelve a cerrarla. Está a unos centímetros de mí, con su cuerpo casi rozando el mío, pero no me giro y las lágrimas comienzan a caer en silencio.

—No lo hice, Lara —susurra.

Sus palabras son como un bálsamo para el huracán que me asola por dentro, pero, sobre todo, es la manera como las dice. Quiere que le crea. Necesita que le crea.

Deja caer su cuerpo contra el mío y se inclina hasta que sus labios acarician mi pelo.

—Nunca haría nada que pudiera hacerte daño.

Cierro los ojos y disfruto de la suave sensación que me embarga, de haber saltado al vacío por él y sentir cómo su mano me sostiene.

Jackson me gira suavemente. Descalza es aún más alto que yo. Alzo la mano despacio y agarro suavemente su camisa blanca a la altura de su estómago. Él levanta la suya y sigue el contorno de mi cara con la punta de sus dedos.

—Cuéntamelo —me pide.

No necesito preguntar el qué. Sé perfectamente a lo que se refiere. Jackson toma aire y lo exhala brusco, despacio, controlado, sin levantar sus ojos de mí. Parece aún más preocupado, más inquieto, y por un momento eso me desarma.

—Cuando tenía siete años, mis padres murieron en un accidente de tráfico. Yo iba con ellos.

No me gusta recordarlo. Odio recordarlo.

—El coche se salió de la carretera, dio varias vueltas de campana hasta quedar bocabajo, pero no me hice ni un rasguño. Mis padres, los dos, salieron despedidos por el cristal delantero. Estuve gritando «mami» durante horas. —Una lágrima cae por mi mejilla, pero me la seco con rabia—. El sillón cedió y caí al techo del coche. Estaba muy asustada, pero conseguí salir arrastrándome por la ventanilla. Había llovido. Era de noche. Todo estaba muy oscuro.

Lo recuerdo todo de aquella noche, cómo el aire olía a tierra húmeda y a gasolina, el frío que tenía.

—Corrí hacia mi madre y me arrodille junto a ella. Empecé a zarandearla, tratando de despertarla, pero no lo conseguía. A veces los tres jugábamos a los mosqueteros y uno caía muerto al suelo. Al principio creí que estábamos jugando —

digo encogiéndome de hombros con las lágrimas bañando mis mejillas, tratando de disculpar a aquella pobre niña.

Jackson traga saliva, pero no levanta sus ojos de los míos.

—Un hombre apareció de la nada —continúo—. Vivía en una parcela cercana y el ruido llamó su atención. Se asustó de que el coche pudiese explotar, me cogió en brazos y me sacó de allí. Yo no paraba de repetir que quería quedarme con mis padres, que, por favor, volviese. Me llevó a su casa, se aseguró de que no estaba herida y me envolvió con una manta, pero no me dijo su nombre —recuerdo—. Llegaron policías, una ambulancia, pero nadie me decía cómo se llamaba. Estaba muy asustada. —Todavía lo estoy. A veces creo que nunca he dejado de ser esa niña de siete años—. Easton y Erin me recogieron en el hospital. Erin me cogió la mano y me dijo que dejase de llorar, que ya nos íbamos a casa, pero no nos fuimos a mi casa, nos fuimos a la suya. Yo sólo quería ver a mis padres.

Jackson suelta todo el aire de sus pulmones y su mirada atrapa la mía una vez más. No hay arrogancia. No hay rabia. No hay hermetismo. Sólo quiere que este dolor desaparezca.

Desliza su mano hasta cubrir la mía, que aún agarra su camisa.

—Si quieres, puedes marcharte —le disculpo en un murmullo, soltándolo y apartando mi mano.

No quiero que me tenga lástima. No quiero que me mire como todas aquellas personas me miraban con siete años.

—No voy a marcharme —pronuncia con una seguridad atronadora.

Me quita la toalla de las manos suavemente, despacio, acariciando mis dedos.

—Has cambiado algo dentro de mí, Lara, y necesito protegerte. Necesito hacerlo desde que te vi por primera vez.

—¿Con siete años? —pregunto.

Es lógico querer proteger a una niña asustada.

—No, Lara. Te vi por primera vez cuando volvimos a encontrarnos.

Sus ojos verdes lo son más que nunca.

Jackson comienza a limpiarme la herida.

Me llevo un labio sobre otro y lo observo concentrado en cada suave movimiento que hace. Trato de contener una tenue sonrisa mientras un sentimiento cálido, grande e inexplorado crece en mi interior.

—¿Estás cansada? —pregunta atrapando de nuevo mi mirada.

Asiento.

—Quiero que duermas conmigo —me sincero en un susurro.

Jackson no dice nada y alza la mano. No comprendo qué está haciendo, pero entonces oigo la puerta abrirse a mi espalda y esa sonrisa que luchaba por contener irrumpe en mis labios. Jackson me toma de la mano y me lleva hasta la habitación. Quería que me enseñara, dejar de ser una ratoncita, y ahora creo que su mano sobre la mía es lo único que necesito.

La estancia está en penumbra, solamente iluminada por la luz que llega desde la ciudad a dos plantas de distancia. Toma el borde de mi camiseta y despacio tira de ella hasta sacármela por la cabeza. Desliza sus dedos bajo la cintura de mis vaqueros, desabrochándolos botón a botón, y lentamente los baja junto a mis bragas, arrodillándose frente a mí. Alza la mirada y simplemente me domina por completo. Contengo la respiración y Jackson se inclina sobre mi estómago y deja un dulce beso en mi piel. Enredo mis manos en sus rizos castaños y disfruto de su tacto mientras se levanta hasta quedar de nuevo frente a mí. Nunca podría cansarme de mirarlo.

Mira su camisa y automáticamente entiendo lo que quiere que haga. Levanto las manos nerviosa y acaricio cada uno de los botones. Hemos hecho muchas cosas juntos, pero jamás me había regalado todo este tiempo, toda esta paciencia, toda esta intimidad.

Jackson parece darse cuenta de lo nerviosa que estoy y coloca sus manos sobre las mías. Mis dedos se mueven perezosos contra su palma y él sonríe. Una sonrisa que no había antes. Es preciosa y está llena de sinceridad.

Despacio, guiándome, desabrochamos su camisa blanca y la deslizo sobre sus hombros por el cuerpo perfecto que poco a poco va apareciendo ante mí hasta que la prenda se reúne a nuestros pies con el resto de la ropa. Jackson se deshace de sus pantalones y sus bóxers blancos con la misma lentitud. Acaricio su estómago tonificado y, sin quererlo, agacho la cabeza. La curiosidad, las preguntas, el asombro, todo lo que me provoca, incluso el hecho de que sigo sin entender cómo un chico como él se ha fijado en una chica como yo, se multiplican.

—Mírame —me ordena con su voz más ronca.

Alzo la cabeza y obtengo su sonrisa como recompensa.

Mueve las manos, me acaricia los costados con la punta de los dedos y se pierden en mi espalda hasta alcanzar el broche de mi sujetador. Cuando la prenda cae al suelo, un gruñido se escapa de su garganta. Desliza su mano hasta mi pecho, pero no llega a acariciarme. Deja caer su frente contra la mía y su respiración se acelera a la vez que cierra los ojos luchando por no tocarme brusco y acelerado, exactamente como quiere hacerlo.

Sonrío suavemente, llena de una felicidad atronadora. Que él se contenga por tocarme tiene más valor para mí que la caricia más esmerada e intensa de cualquier otro hombre.

Jackson entrelaza nuestros dedos. Nunca me había sentido tan cerca de él. Despacio, me estrecha contra su cuerpo y el aire y las dudas se esfuman entre los dos. Su boca se mueve buscándome mientras me obliga a caminar suavemente hacia atrás. Libera mis manos e inmediatamente las suyas vuelan hasta mi cintura y las mías a su cuello, a su delicioso cabello.

—¿Por qué no me besas? —pregunto en un murmullo, perdida en todo el placer anticipado, en esta suave intimidad.

—Dios, Lara, te besaría hasta que el maldito mundo dejara de girar —responde

acelerado, con sus manos por todo mi cuerpo, con sus labios demasiado cerca de los míos—. Joder, te comería entera.

Gimo por cada una de sus palabras y Jackson nos deja caer sobre la cama. Automáticamente nuestras piernas se enredan y mis caderas se acomodan bajo las suyas.

Jackson me embiste despacio, profundo, haciendo que mi cuerpo se arquee preso de un placer infinito. Espera a que regrese de donde me ha transportado con una sola embestida y comienza a moverse a un ritmo intenso, deliberadamente lento, delicioso, absolutamente enloquecedor.

Su boca se pierde en mi cuello, en mis pechos, en toda mi piel. Yo me retuerzo bajo su cuerpo. El placer lo inunda todo. Jackson lo inunda todo.

—Dios —jadeo devorada en cada estímulo que Jackson crea para mí.

Vuelve a subir por mi cuerpo hasta que sus ojos verdes me dominan desde arriba. Ninguno de los dos dice nada. Ninguno lo necesita. Nuestras miradas y nuestros cuerpos han dejado claro todo lo que significamos para el otro. Todo lo que este momento significa para los dos.

Jackson. Jackson. Jackson.

El placer se arremolina en mi vientre y estalla con una fuerza atronadora. Gimo. Grito. Y me dejo llevar por la euforia pura, por el placer aún más puro, por todo el deseo, por la suave sensación de estar protegida, por sentir, por primera vez en catorce años, que vuelvo a estar a salvo.

Siento sus labios sobre los míos.

Abro los ojos adormilada y me llevo el índice a los labios a la vez que me incorporo. Todo está aún sumido en la penumbra, en silencio. Estoy tapada con la colcha. No recuerdo haberme tapado. Me giro hacia el otro lado de la cama buscando a Jackson, pero no está. Compruebo el reloj. Sólo son las cuatro de la mañana. ¿Cuándo se fue? ¿Por qué se fue? En realidad, la respuesta a esa pregunta está bastante clara. Lo de anoche sólo fue una tregua. Me dejo caer de nuevo en la cama y me acurruco bajo la colcha.

A veces tengo clarísimo que Jackson siempre sabe lo que hace y por qué lo hace, y otras sé que está tan perdido como yo.

No consigo volver a dormirme y, aunque es tempranísimo, una hora después me levanto. Estoy una cantidad de tiempo irresponsable bajo el grifo de agua caliente y, como aún sigue siendo más que temprano, me preparo tortitas para desayunar. Pienso unas doscientas veces en llamar a Jackson, pero me contengo.

Camino del trabajo recibo un whatsapp de Sadie para que comamos juntas. Acepto encantada la invitación y, tras esquivar a un grupo de japoneses ávidos de hacerse fotos con la estatua de Benjamin Franklin en la puerta del Federal Hall, entro en la oficina.

A la una en punto despejo mi mesa y voy al encuentro de mi amiga. Decidimos caminar un poco y nos vamos al Studio Fifty-Food. Tienen los mejores perritos calientes de toda la ciudad.

A la vuelta entramos en el parque del ayuntamiento y nos tomamos unos helados de limón en el césped. Hay que aprovechar los últimos días de sol de septiembre. Nos reímos muchísimo describiendo la forma que tienen las nubes. Para Sadie, casi todas son hombres desnudos. Debe de ser su instinto jedi de los penes.

Estamos caminando hacia la salida de Park Row cuando mi móvil comienza a sonar. Lo hace con *On my mind*^[19], de Ellie Goulding, la canción que esta mañana decidí ponerle a las llamadas entrantes de Jackson para recordarme que no puedo colarme por él, aunque una parte de mí piensa que ese barco zarpó hace mucho. Sadie sólo necesita escuchar unos segundos del estribillo y la frase en la que se pregunta por qué su corazón no sabe por qué lo lleva en la cabeza para saber quién llama.

Me freno en seco y rápidamente comienzo a buscar el iPhone en las profundidades de mi bolso.

—Trae aquí ese bolso —dice Sadie arrebatándomelo—. No vas a cogérselo.

¿Qué? ¿Por qué?

Alcanzo la correa justo a tiempo y tiro de ella para que me lo devuelva.

—Dame el bolso —protesto.

—No —sentencia tozuda tirando también—. Hace tres días dijiste que no sabías cómo hacer que lo tuyo con Jackson funcionase, que ni siquiera sabías si eso es lo que quieres, así que tienes que empezar a hacerte la dura.

—¿Por qué? —me quejo.

—Porque está claro que quieres que funcione —replica como si fuese obvio. Supongo que es obvio—. Pero no puedes dejárselo tan claro a él.

—Sadie —trato de intimidarla.

Ella no sabe todo lo que pasó anoche. Fue diferente. Los dos fuimos diferentes.

—Lara —responde.

—¡Suelta el bolso! —protesto.

—¡Suelta tú el bolso! —contraataca.

La situación no puede ser más ridícula: dos mujeres adultas, en teoría, peleándose por un bolso en mitad de uno de los parques más concurridos de todo Manhattan.

—Va a acabar colgando —me informa.

—Pues dame el maldito bolso.

No quiero que cuelgue.

—¡*Krav magá!* —grita de pronto.

Da un paso hacia delante y me da una patada en la espinilla. ¡Ay! ¡Duele! Me llevo las manos a la pierna soltando el bolso y Sadie se apropia de él sin ninguna piedad. Rápida como un gato, saca mi iPhone y descuelga desoyendo mis súplicas.

—Móvil de Lara... No, no está.

—Dame ese teléfono —grito en un susurro.

Ella me ignora por completo y se aleja de mí.

—A la hora del almuerzo se dejó el teléfono en el restaurante —continúa—. Un chico guapísimo se acercó a nuestra mesa y comenzaron a charlar. Cuando volví del baño, no estaban ninguno de los dos.

¡Está completamente loca!

—¡No! —susurro de nuevo tratando de alcanzarla.

Pero Sadie me bloquea colocando su manaza sobre mi cara y empujándome hacia atrás.

—Encantada de hablar contigo, Jackson —se despide ceremoniosa.

Cuelga ante mi atónita mirada, devuelve el teléfono a mi bolso y me lo tiende como si no hubiese pasado nada.

—¿Por qué has hecho eso? —protesto por enésima vez.

—Ahora Jackson Colton está celoso, agradécemelo.

—¿Por qué?

¿Qué gano con eso? Además, ni siquiera es verdad.

—Sólo he hecho lo que tendrías que haber hecho tú.

Yo la miro sin entender nada y Sadie pone los ojos en blanco, fingiéndose exasperada porque no sepa cómo funcionan los hombres.

—Jackson es guapísimo, *sexy* y un dios en la cama. Cree que puede tenerlo todo con sólo chasquear los dedos y puede que sea verdad, pero ahora mismo acabamos de hacerle entender que tú no entras dentro de ese *todo*.

En otras palabras, demostrarle que no soy su muñequita.

Sadie, te debo una.

—Me gusta —digo mientras una sonrisilla con cierta malicia se me escapa.

—De nada —responde poniéndose las gafas de sol.

Apenas he puesto un pie en la oficina cuando la alerta de mensajes de mi móvil me avisa de que he recibido un nuevo *email*. Es de Jackson.

De: Jackson Colton

Enviado: 29/09/2015 14.12

Para: Lara Archer

Asunto: Reunión importante

Tenemos que hablar del proyecto. Ven a mi despacho cuando termines en tu oficina.

Leo esas catorce palabras alrededor de cien veces, buscando mensajes subliminales o el doble sentido a alguna frase. Teniendo en cuenta que en el *email* sólo hay dos, tampoco hay mucho que hacer. Hubiese agradecido un «he hablado con tu amiga y ahora estoy tan celoso que quiero que vengas para besarte y jurarte amor eterno». Supongo que, tratándose de Jackson, eso es mucho pedir.

Después de haberle dado aproximadamente un millón quinientas ochenta y siete mil doscientas cuarenta y tres vueltas, a las cinco en punto, bajo las escaleras de la boca de metro de Rector Street y voy hasta el centro de la ciudad.

—¿Aún aquí? —saludo a Eve, a la vez que empujo la pesada puerta de cristal.

—Aún aquí —responde ella tan divertida como resignada—. Hoy hemos tenido un día complicado —continúa en un susurro, como si estuviese confiándome el lugar donde desembarcarán los aliados el día D—; reuniones, reuniones y más reuniones.

Sonrío. Puede que parezca una empresa pequeña porque sólo trabajan siete personas en sus oficinas centrales, pero Colton, Fitzgerald, Brent es un auténtico hervidero de negocios.

—No me puedo creer que le hayas regalado un puto gato.

Reconozco esa voz. Es Donovan y está más que enfadado. Me giro y lo veo entrar en el vestíbulo tras Lola, la amiga de Katie que trabaja en las oficinas de enfrente.

—Estás muerta —la amenaza sin ningún arrepentimiento.

—Y tú, condenado —replica ella sin achantarse lo más mínimo.

Donovan bufa indignado y se lleva las manos a las caderas a la vez que da un paso hacia ella.

—¿Qué es lo que quieres? —Más que una pregunta, es una amenaza.

Empiezo a pensar que debería marcharme y no estar aquí espiando, pero la escena es hipnótica. Estos dos podrían acabar en un enfrentamiento termonuclear en cualquier momento.

—Mi familia irá a tu boda, tal y como Katie quiere —responde Lola, cruzándose de brazos y dando también un paso hacia él. Desde luego, esta mujer no se amilana.

—Ni hablar —ruge sin asomo de dudas—. No quiero que mi boda se convierta en un reencuentro de sin papeles bebiendo mate.

Lola ahoga una risa escandalizada en un suspiro aún más escandalizado.

—Los argentinos beben mate —responde indignada—. Yo soy mexicana.

—Oh, siento la confusión —replica mordaz—. Lo dices como si me importara lo más mínimo.

Los dos se fulminan con la mirada. Ella acaba frunciendo los labios, girando sobre sus tacones de infarto y echando a andar dejando que su espesa melena negra se bambolee sobre su ceñido vestido rojo.

—Suerte librándote de ese gato, señor Brent —se despide—. Pendejo.

Me sonrío al pasar a mi lado y se marcha a su oficina.

Donovan suelta un juramento ininteligible y se dirige a su despacho.

Sonrío. La cosa está animada por aquí.

Voy hasta el despacho de Jackson y llamo suavemente a la puerta, pero, antes de que pueda darme paso, mi curiosidad, y otras cosas que no me atrevo a reconocer, ganan la batalla y entro.

—Hola —lo saludo.

Él alza la mirada y me recorre entera, desde mis *peep toes nude* con plataforma

hasta mi blusa color *champagne*, pasando por mi falda lápiz gris perla.

—Tenemos que hablar —me informa.

En un solo segundo, una decena de posibilidades cruza mi mente. ¿Quiere hablar de lo que pasó ayer? ¿De nosotros? ¿De nuestro trato?

—Claro —respondo invitándolo a que continúe.

—Nadine Belamy sabe que el señor Sutherland ya no subvencionará el proyecto.

Tuerzo el gesto. ¿Cómo ha podido enterarse? Confiaba en contárselo yo misma cuando ya tuviésemos firmados los contratos con Adam Monroe y los otros inversores.

—Eso nos perjudica, ¿verdad?

Me siento culpable. Tengo la sensación de que, con todo lo que ha pasado, no le he prestado la suficiente atención al proyecto.

Pero él niega con la cabeza y ese simple gesto me llena de alivio. Jackson Colton siempre consigue todo lo que se quiere.

—Lara, ¿con quién has comido hoy? —pregunta dejándose caer en su sillón de ejecutivo.

Frunzo el ceño imperceptiblemente y tengo que contenerme para no sonreír. ¿Está celoso?

—Con Sadie —respondo lacónica.

Entrelazo las manos a la espalda y me muerdo el labio inferior fingiéndome nerviosa.

Jackson se pasa la mano por el pelo malhumorado y asiente tratando de que no note que está inquieto. ¡Está celoso!

—¿Sólo con Sadie?

—Sí.

Si quieres más detalles, tendrás que suplicar por ellos, Colton.

El despacho se llena de un sepulcral silencio mientras sigue observándome.

—¿Eso es todo? —pregunto con aire inocente pero también con cierta insolencia—. Me gustaría irme a la pecera. Hay mucho que hacer en el proyecto.

Jackson se humedece el labio inferior despacio, estudiándome, y finalmente asiente. De pronto me da pánico que pueda averiguar que le estoy mintiendo sólo con clavar sus ojos en los míos, así que doy un paso atrás y señalo la puerta muy torpe, muy nerviosa, y con un cartel de culpable iluminándose en mi frente.

Huyo sin mirar atrás y me instalo en la pecera. Estoy revisando los contratos de Adam Monroe cuando Jack aparece en mi puerta.

—Vámonos. —Más que decirlo, lo ordena.

Su única palabra me saca de la fotografía mental que le estaba haciendo.

—Aún me queda mucho por hacer —trato de explicarle.

—Tienes dos minutos. Te espero abajo —replica sin más.

Se da media vuelta y camina hasta los ascensores bajo mi atenta mirada. Este hombre nunca acepta un no.

«Y cuánto te gusta eso».

Me pongo los ojos en blanco con una sonrisa, despejo la mesa y salgo de la pecera. Después de las sesenta plantas en el ascensor, atravieso el vestíbulo del edificio de oficinas y estoy a punto de perder el pie cuando alzo la mirada y veo a Jackson al otro lado de las puertas de cristal. Está apoyado en su precioso coche de colección. El perfecto complemento para su perfecto traje a medida negro. Agarra la puerta suavemente pero lo suficiente para que sus brazos y su pecho se tensen armónicos bajo su impecable camisa blanca. Tiene la mirada perdida en la Sexta y, cuando vuelve a mirarme a mí, sus ojos verdes me cortan la respiración. ¿Siempre va a ser así? ¿Siempre voy a sentir todo esto cada vez que lo vea?

Me obligo a echar a andar, y, de paso, a no tropezar como una boba y darme de bruces contra el suelo, y llego hasta él. Jackson me abre la puerta y rodea el coche para tomar asiento.

La noche es agradable y una suave brisa acaricia el ambiente. Jackson va muy concentrado en la carretera y yo disfruto de mi ciudad favorita montada en un Ferrari de 1961.

—¿Adónde vamos? —pregunto sorprendida cuando lo veo girar hacia la parte baja de la ciudad.

Di por hecho que iríamos a su casa.

Jackson no responde y acelera el coche pensativo. ¿Seguirá dándole vueltas a lo de Sadie? Me gusta la idea de que esté celoso, no voy a negarlo, pero no quiero que esté así, más hermético de lo normal. Suspiro mentalmente. Si hubiese un manual de instrucciones sobre Jackson Colton, pagaría una buena fortuna por tenerlo.

Unos minutos después aparca el coche a un par de manzanas de mi apartamento. Me abre la puerta y comenzamos a caminar despacio, dando algo parecido a un paseo. Lleva las manos en los bolsillos y yo agarro el asa de mi bolso con las dos mías, sólo para tenerlas ocupadas. Ahora mismo me gustaría preguntarle muchas cosas: ¿qué hacemos aquí?, ¿va a quedarse a dormir otra vez aunque sólo sea un rato? y ¿por qué se marchó anoche?

Estamos cruzamos la calle Church. El semáforo cambia de color cuando nos faltan unos metros para alcanzar la acera. Sin que pueda prepararme, Jackson se saca la mano del bolsillo, la coloca en la parte baja de mi espalda y me obliga a acelerar suavemente el paso. El contacto me deja devastada y echa abajo todas mis defensas. No sabía cuánto necesitaba que me tocara hasta que lo ha hecho.

Nuestras miradas se encuentran con el primer pie que ponemos en la acera, pero Jackson no permite esa muestra de intimidad, retira su mano y continúa caminando. ¿Qué le pasa? ¿En que está pensado? Estoy completamente perdida.

A unos pasos de mi portal, me freno en seco y frunzo el ceño absolutamente confusa. Verlo es lo último que me esperaba.

—Ted, ¿qué haces aquí? —pregunto.

Al oír mis palabras, Jackson alza la cabeza y repara en Ted. Su mirada

inmediatamente se recrudece. No dice nada, pero la arrogancia inunda cada centímetro de su cuerpo.

Ted observa a Jackson y traga saliva. Lo entiendo perfectamente, esos ojos verdes y esa cara de perdonavidas intimidarían a cualquiera. Se levanta nervioso y cuadra los hombros antes de dar un paso hacia mí.

—No me tomes por un loco —empieza a explicarse—, pero necesitaba volver a verte, así que hablé con Sadie. No me quiso dar tu teléfono, pero conseguí sonsacarle tu dirección.

Sonrío incómoda y miro a Jackson con muchísima cautela. Sigue callado, observando la situación y, sin embargo, tiene todo el control.

Vuelvo la vista hacia Ted sin saber muy bien cómo reaccionar. Maldita sea, ni siquiera tengo la más remota idea de qué decir.

—Será mejor que me vaya —claudica Ted.

Yo doy un paso hacia él dispuesta a despedirme. Me siento muy halagada, un chico nunca me había esperado en mi portal, pero lo mejor es que se marche. Mi vida ya es demasiado complicada.

Llega hasta mí y me tiende la mano con una sonrisa.

—No tienes por qué irte —comenta Jackson sorprendiéndonos a los dos, impidiendo el contacto de nuestras manos sólo con su voz y toda su seguridad—. Sube a cenar.

Sin esperar respuesta o reacción por nuestra parte, pasa a nuestro lado destilando una fuerza atronadora, sube el único escalón de mi portal y entra. Yo lo observo hasta perderse camino de las escaleras. ¿Qué pretende?

—¿Tú quieres que suba? —inquire Ted sacándome de mis pensamientos.

Lo observo aturdida un segundo.

—Sí —respondo inquieta—. Claro que sí —añado obligándome a sonreír.

Echo a andar y, cuando subo el escalón, le hago una señal con la mano para que me siga.

Jackson nos espera junto a mi puerta, apoyado en la pared con las manos a la espalda. Otra vez una actitud aparentemente calmada que esconde una arrogancia y un control inmensos.

Nerviosa, me acerco a la puerta y, bajo la atenta mirada de los dos, la abro. Estoy tan acelerada que necesito varios intentos para poder meter la llave en la cerradura y conseguir girarla. Cuando al fin lo logro, entro y los dos me siguen. Ted, nervioso como yo; Jackson, en silencio, observándolo todo, resultado increíblemente intimidante.

Me quito el abrigo y lo dejo sobre la espalda del sofá. Como no tengo la más remota idea de qué decir, huyo a la cocina con la excusa de preparar la cena. Abro el frigorífico y observo cada balda; en parte, porque no sé qué cocinar y, en parte, porque, cuanto más tiempo tenga la cabeza aquí metida, menos tendré que estar fuera. Ahora mismo me arrepiento muchísimo de no vivir en una casa con la cocina

independiente y, a poder ser, blindada. Finalmente saco la bandeja de pollo fileteado y todas las verduras que encuentro. Prepararé mi plato estrella: pollo con verduras y fideos chinos. La cocina no se me da mal, pero tampoco soy ningún chef en potencia.

Mientras troceo los calabacines, observo cómo Jackson se quita la chaqueta, la deja con cuidado sobre uno de los taburetes y, remangándose las mangas de la camina, se gira hacia mí. Atrapa mi mirada, pero no me permite ver nada ella. Esos ojos verdes son inexpugnables.

—Yo también ayudaré —comenta Ted.

Sin que nadie diga nada, pelamos y cortamos todas las verduras. La situación no podría ser más violenta. Voy a sufrir un infarto en cualquier momento.

Mientras cocino el pollo, Ted pone la mesa y Jackson abre la botella de vino que compré siguiendo las instrucciones de una aplicación de enología de mi iPhone.

Todo está siendo muy civilizado y por ese motivo también increíblemente incómodo. Además, que Jackson esté tan extrañamente calmado me pone los pelos de punta. Todavía recuerdo cómo reaccionó ante la posibilidad de que tuviera una cita con Mark Pharrell.

Lo sigo con la mirada por mi salón mientras sirve el vino en las copas que Ted acaba de poner sobre la mesa. Después toma una y la deja junto a mi mano en la encimera. Dios, es como la calma que precede a la tormenta. Va a volverme loca.

—¿Qué estás haciendo? —susurro para que Ted no pueda oírnos—. Esto es un sinsentido. Ni siquiera sé qué hacer.

—Piensa en lo que vas a comer, Ratoncita —replica arisco pero también exigente—. Yo lo hago.

Maldita sea, ha sido una advertencia en toda regla.

Lo observo alejarse aún más confusa que antes. Mi mente está trabajando a mil kilómetros por hora, pero no estoy consiguiendo sacar ninguna conclusión.

Termino de cocinar y sirvo tres platos, pero no quiero moverme de la cocina. La isla es mi trinchera.

Ánimo, Archer. Tú puedes.

—Tiene una pinta deliciosa —comenta Ted tomando asiento.

Jackson aparta la silla a su lado y, una vez que me siento, me empuja suavemente. Da igual la surrealista situación en la que nos encontremos, sus buenos modales nunca le abandonan.

—Gracias —murmuro.

Los observo a los dos, pero inmediatamente bajo la mirada y la clavo en mi plato. Por mucho valor que me haya autoinfundido, todavía no estoy preparada para charlar del tiempo y esas cosas.

Tomo mi copa de vino y estoy a punto de darle un sorbo cuando llaman a la puerta. Miro hacia el recibidor extrañada. ¿Quién puede ser? La verdad es que me vendría de perlas que fueran Sadie o Dylan. Se pondrían a contar chistes malos y a hablar de Adam Levine y acabarían con toda la tensión en un santiamén.

—Ya voy yo —me excuso levantándome.

Por un segundo mi mirada se encuentra con la de Jackson y un escalofrío helado me recorre la columna. Algo dentro de mí no para de gritar que debería salir huyendo sin mirar atrás.

Abro la puerta y, al alzar la cabeza, todos los miedos y las dudas vuelven de golpe.

Natalie está en mi rellano con una sonrisa taimada y un carísimo vestido de Vivienne Westwood.

¿Qué hace aquí? ¿Qué demonios hace aquí?

Instantáneamente lo comprendo todo. Jackson la ha llamado para que viniese. Está enfadado por lo que Sadie le dijo, y obviamente por lo de Ted, y quiere castigarme.

Es un hijo de puta.

A pesar de que no la invito a entrar, pasa a mi lado ignorándome por completo y llega hasta Jackson. Él ni siquiera la mira. Natalie le coloca la mano en el hombro y se inclina grácil para darle un beso en la mejilla. Después se vuelve para asegurarse de que lo he visto y, antes de tomar asiento, otra vez sin que nadie la haya invitado, le tiende la mano a Ted y se presenta.

Yo observo toda la escena con un nudo en el estómago. Ahora mismo sólo quiero tirarme en mi cama y llorar hasta que haya pasado una semana. ¿Cómo ha sido capaz? Aprieto los labios y lucho por contener las lágrimas. No pienso dejar que me vea llorar y tampoco pienso darle el gusto a ella.

Camino decidida hasta mi escritorio, anoto mi teléfono en un papel y regreso a la mesa.

—Ted —lo llamo a la vez que me coloco frente a él—, te agradezco que hayas venido. Me siento muy halagada, pero me duele un poco la cabeza y creo que voy a irme a dormir.

Él asiente y se levanta. Supongo que la situación tampoco está siendo nada cómoda para él.

—Pero, si todavía lo quieres —continúo tendiéndole el trozo de papel—, aquí tienes mi teléfono. Llámame cuando quieras. Te prometo una cita más normal.

Noto la mirada de Jackson fulminándome la nuca y toda mi piel se eriza. Por un microsegundo soy plenamente consciente del lío en el que acabo de meterme, pero no me importa absolutamente nada.

Ted sonrío y coge mi número.

—Te tomo la palabra —me advierte divertido.

—Eso espero —respondo dedicándole una sonrisa inmensa, rezando porque, si alguna vez por un extraño fenómeno de la naturaleza voy a convertirme en la reina del coqueteo, sea esta.

Asiente de nuevo y durante unos segundos le mantengo la mirada sin dejar de sonreír. Una reacción completamente opuesta a toda la tristeza y la rabia que siento por dentro.

—Si me perdonáis —me disculpo sin dejar de mirar a Ted—, lo acompañaré hasta la puerta.

Rescata su cazadora de la espalda de su silla y me sigue hasta el recibidor. Nos

despedimos con un par más de frases tontas y cierro la puerta. El sonido de la madera encajando en el marco me devasta por dentro. ¿Qué he hecho? ¿En qué clase de persona me estoy convirtiendo? He jugado con las esperanzas de ese chico. Nunca podría estar con él. Sólo me he comportado así para estar a la altura del mezquino juego de Jackson.

Estoy a punto de girar sobre mis pasos y pedirle a los dos que se marchen cuando el ruido de una silla arrastrándose suavemente por el parqué me distrae. Me vuelvo despacio y, atónita y confusa y herida y triste, sobre todo, muy triste, veo cómo Jackson se levanta, le tiende la mano a Natalie y se la lleva hacia mi habitación. Hipnotizada por algo que en el fondo no quiero ver, los sigo con la mirada. Entran en la estancia y la puerta está a punto de cerrarse pero Jackson la mantiene abierta para asegurarse de que vea todo lo que pasa. Eso es lo que quiere. Este es su castigo. Gira a Natalie entre sus brazos sin ninguna delicadeza y le desabrocha el vestido que inmediatamente cae a sus pies. Cae a sus pies a la vez que una lágrima resbala por mi mejilla; pero no aparto la mirada. Soy fuerte y pienso demostrárselo.

Jackson Colton se ha acabado para mí.

Sus manos recorren su cuerpo. Siento náuseas. Vuelve a girarla. Sus dedos se pierden en su pelo y tira fuertemente de él. Jackson se inclina sobre ella y la besa...

La besa.

Me llevo la palma de la mano a la boca para ahogar un suspiro triste y lleno de dolor mientras no puedo contener más mis lágrimas y comienzo a llorar. La ha besado. Le ha dado lo único que no me ha dado a mí.

No puedo más, no quiero saber más, y salgo disparada del apartamento. Bajo las escaleras como una exhalación y comienzo a caminar hacia la boca de metro, pero en realidad no sé adónde ir. Se ha levantado un viento helado y hace muchísimo frío. Es sorprendente cómo puede cambiar el tiempo en unas horas. El tiempo y todo lo demás, tu propia vida.

Giro por Broadway y sigo caminando, caminando y llorando. La ha besado. La ha besado para castigarme. Puede regalarle sus besos a cualquier chica y negármelos a mí. Todo este tiempo he pensando que le dolía no poder besarme, que en el fondo estaba deseando romper su estúpida regla, y no podría haber estado más equivocada. Soy tan idiota...

Estoy a unos metros de la estación cuando oigo pasos acelerados a mi espalda. Inmediatamente acelero el ritmo y, antes siquiera de que el pensamiento cristalice en mi mente, estoy corriendo.

—¡Lara! —grita Jackson a mi espalda—. ¡Lara!

Cada vez suena más cerca, pero no me detengo. No quiero. ¡No se lo merece!

—Lara —me llama a la vez que me coge del brazo y tira de mí obligándome a girarme.

—¡Suéltame!

Me zafo y echo a correr de nuevo. ¡Ni siquiera quiero estar cerca de él!

—¿Adónde demonios vas? —pregunta casi en un grito agarrándome otra vez.

—Déjame en paz —siseo volviéndome—. No quiero verte. No quiero hablar contigo.

Lo miro y sencillamente creo que es el mayor error que puedo cometer. Está tan guapo que duele. En realidad, como siempre lo ha estado. Sería injusto decir que su belleza me cegó, pero no es ninguna tontería admitir que me puso las cosas complicadas. Su magnetismo es absolutamente perturbador. El hombre dominante y controlador, el de los exquisitos modales y la boca sucia, el dios del sexo y ese otro atento que en raras ocasiones deja salir, es una mezcla que puede dejar KO a cualquier mujer. ¿Por qué tuvo que elegirme a mí?

—Jackson, me marchó.

—No —ruge.

—¿Y qué quieres que haga? —prácticamente grito exasperada—. ¿Que me siente a mi mesa a disfrutar de mi cena mientras te tiras a otra mujer en mi cama?

Ya no aguanto más. Mi pobre corazoncito ya no aguanta más.

—¿Te haces una idea de cómo me he sentido?

—Lara —me reprende con la mirada entornada y la voz endurecida.

—No pienso volver.

—Yo no te he pedido que lo hagas —ruge sin liberarme de sus ojos verdes.

—¿Y qué quieres de mí?

Mi intención era preguntarlo, pero casi lo he suplicado. Estoy desesperada. No puedo con todo esto. No soy capaz. Queda tan poco de mí que a duras penas me reconozco.

—Todo esto ha sido por tu culpa —masculla ignorando absolutamente a propósito mi pregunta.

—¿Por qué? ¿Por cruzar otra estúpida línea imaginaria? Las parejas normales hablan, Jackson. No se castigan.

Me devuelve una sonrisa llena de sarcasmo, pero también parece herido, con la rabia, el dolor y el miedo brillando en su mirada.

—Y me lo dice la que era toda sonrisas mientras le daba su teléfono a otro tío.

Trago saliva. No puedo negar que tiene razón, pero es injusto que empiece a contar desde ahí.

—¡Sólo lo hice porque tú trajiste a Natalie!

—¡Te estaba esperando en tu maldita puerta, Lara!

Por primera desde que lo conozco, su control empieza a resquebrajarse.

Exhala brusco todo el aire de sus pulmones y se pasa las manos por el pelo.

—Esta mañana te llamé...

—Y Sadie te cogió el teléfono —lo interrumpo con los ojos llenos de lágrimas—. Yo estaba allí. Todo lo que te dijo era mentira. Sólo quería llamar tu atención —sentencio y las lágrimas vuelven a caer y, aunque es lo último que quiero, rompo a llorar de nuevo.

Ahora el que traga saliva es él, al tiempo que sus ojos se llenan de arrepentimiento. A veces me cuesta creer la poca empatía que tiene o que demuestra. ¿De verdad no pensó cómo me sentiría viéndolo con Natalie?

—Podrías haberme parado —gruñe en clara referencia a lo que acaba de pasar en mi propio apartamento.

—La besaste, Jackson —musito llena de rabia, de dolor.

—Quería hacerte daño —confiesa con la voz apagada.

Ya no hay soberbia en sus palabras. Ahora sólo hay dolor, como en las mías.

—Pues... felicidades. Lo has conseguido.

Sin más, me alejo y él me deja que lo haga. Cruzo a la acera de enfrente y me detengo sin saber adónde ir. No quiero volver a mi apartamento. Esta noche no.

Jackson me observa. No va a marcharse. Suspiro con fuerza tratando de pensar, pero no soy capaz.

Veo un taxi a un puñado de metros y, antes de que un pensamiento cristalice en mi mente, alzo la mano para pararlo. Sin embargo, en cuanto el vehículo amarillo se detiene, Jackson cruza la calzada de un par de zancadas y se asoma a la ventanilla del chófer.

—Se ha equivocado. No quiere un taxi —le informa.

Yo ahogo un suspiro sorprendida y también enfadada y me agacho para poder verle la cara al conductor a través del cristal abierto del copiloto.

—No le haga caso —replico—. Sí quiero un taxi.

Estoy a punto de abrir la puerta cuando Jackson resopla, se mete la mano en el bolsillo y saca un billete de cien.

—La señorita no necesita ningún taxi —le informa mientras le entrega el dinero.

El conductor lo mira, me mira, y finalmente chasquea la lengua un par de veces a la vez que niega con la cabeza y coge el billete justo antes de marcharse suavemente.

Yo fulmino a Jackson con la mirada y me alejo un par de pasos. Él se mantiene a distancia. Tiene claro que no quiero tenerlo cerca, pero no piensa permitir que otra persona cuide de mí de la manera que sea, ni siquiera un taxista cualquiera.

Recuerdo que tengo el iPhone en el bolsillo. Lo saco bajo su atenta mirada buscando a quién llamar. No puedo pedir otro taxi, Jackson se desharía de él igual que de Sadie o Dylan. Lo pienso un instante... Ya sé a quién llamar. La única persona con la que Jackson no intervendría.

Pasamos los quince minutos siguientes en silencio, cada uno en una acera. Yo, tratando de ignorar que él y yo compartimos siquiera continente. Él, observándome, con sus ojos verdes clavados en mí.

Entre la maraña de coches que desafían el tráfico de la Avenida Broadway, creo que los dos distinguimos el SUV de Allen a la vez. Jackson tensa su mandíbula y atrapa mi mirada una vez más, pero yo la aparto rápidamente.

—Pequeña, ¿estás bien? —me saluda Allen en cuanto abro la puerta.

Asiento y sin quererlo vuelvo a mirar a Jackson. Tiene los puños apretados con

fuerza y rabia junto a sus costados. Está a punto de mandarlo todo al diablo, cargarme sobre su hombro y sacarme de aquí delante de su hermano.

No puedo dejar que lo haga.

—Sí —me obligo a responder montándome—. Sólo me he dejado las llaves dentro. Mañana le pediré la copia de repuesto a Sadie.

Él niega con la cabeza divertido como reproche a mi despiste y arranca el coche. En el segundo que tarda en incorporarse al tráfico, todo me da vueltas. Vuelvo a mirar a Jackson. Él continúa mirándome a mí. ¿Este es el final de lo que sea que tuviésemos? ¿Las cosas van a acabar así? Suspiro hondo y frunzo los labios luchando por no llorar. Estoy furiosa, pero, a pesar de eso, de lo que ha hecho, de que yo haya elegido marcharme, el dolor se hace un hueco y sencillamente es sobrehumano.

Llegamos al apartamento que Allen tiene en la ciudad, en Gramercy Park. Me presta uno de sus pijamas y, aunque me gano una charla por no cenar, me encierro directamente en su cuarto de invitados.

A solas en la habitación, me tumbo en la cama y, abrazada a la almohada, comienzo a llorar como una idiota. Trato de convencerme de que sólo es toda la tensión; tensión por el trabajo, por el proyecto, por Ted, por Natalie, pero es obvio que hay algo más, aunque me niegue incluso a pronunciar su nombre.

No pego ojo en toda la noche. No tengo fuerzas para ir a trabajar y le envío un *email* a Scott con todos los asuntos que me gustaría que se cerrasen hoy. No quiero salir de la cama; sin embargo, Allen no piensa lo mismo y a las nueve y media, minuto arriba minuto abajo, entra en la habitación sin ninguna piedad, me arranca el nórdico y me arrastra tirándome del tobillo hasta que doy con mi trasero sobre el parqué. Cuando ya está satisfecho por todo el caos que ha creado a mi alrededor, se sacude las manos y sale del cuarto de invitados.

Yo me levanto malhumorada, me recoloco el inmenso pijama de Allen y salgo tras él al salón.

—Eres un bruto —me quejo acariciándome el trasero.

Seguro que acaba saliéndome un moratón.

—Soy tu hermano mayor —replica—, y una de mis obligaciones es encargarme de que desayunes, marinera.

—No quiero desayunar —contesto enfurruñada.

—Meeec —dice imitando los sonidos de los concursos de la tele—, respuesta incorrecta.

A Sadie le va a encantar saber que él también hace eso.

—No tengo hambre —respondo mecánica y también muy displicente alargando todas las vocales.

—Me da igual —sentencia terminándose su taza de café de un trago, girando sobre sus pies y dejándola en la pila—. Ahí tienes café —continúa señalando la

cafetera italiana de ultradiseño—; en la nevera, leche, y voy a bajar a comprarte una caja de Capitán Crunch —concluye con cara de asco.

Aunque es lo último que me apetece, sonrío.

—Están buenísimos —digo sin asomo de dudas.

—Por favor, ¿qué clase de educación te he dado? Todo el mundo sabe que los mejores cereales son los Froot Loops.

—Idiota —me quejo.

—Fea.

—Feo —replico y le dedico mi mejor mohín.

Allen sonrío de oreja a oreja poniéndose la cazadora, camina hasta mí y se inclina para darme un beso en la mejilla.

—Eso es lo que quería —murmura feliz por haber conseguido que entre en el juego.

—Lárgate —le digo fingidamente hostil.

Me encantaría contarle lo que me pasa, pero no puedo.

Allen se dirige hacia la puerta, la abre y en ese preciso instante da un paso atrás. Parece realmente sorprendido de lo que ha encontrado al otro lado.

—¿Qué haces aquí? —pregunta extrañado.

—Tengo que hablar con Lara.

Su voz me sobresalta. Es Jackson. ¿Cómo se ha atrevido a venir hasta aquí?

—Es algo importante del proyecto —continúa—. Me ha mandado un mensaje diciéndome que estaba aquí —miente descaradamente.

Allen se hace a un lado y su hermano entra. Jackson me recorre de arriba abajo y su mirada se recrudece. Una parte de mí no para de gritarme que corra, me tire en sus brazos y no lo suelte jamás, pero la otra no puede evitar verlo una y otra vez atravesar la puerta de mi dormitorio llevando a Natalie de la mano. Esa parte no ha dejado de llorar desde anoche y ahora se está poniendo las pinturas de guerra por puro instinto de supervivencia.

—Toda tuya —le dice Allen saliendo.

Yo ya no soy nada suyo.

Me obligo a estar furiosa. Estar furiosa es mejor que estar triste. Las chicas furiosas no hacen estupideces con el chico equivocado.

La puerta se cierra y creo que el sonido me corta la respiración. Estamos solos.

—¿Cómo te has atrevido a venir aquí? —siseo.

—Ese pijama es de Allen —ruge lleno de rabia, caminando hasta mí e ignorando por completo mi pregunta—. Quítatelo.

¿Se ha vuelto loco? No pienso desnudarme delante de él.

—No —respondo sin dejar lugar a una mísera duda.

—Quítatelo —repite aún más exigente, más impaciente... ¿más asustado?

Está al límite.

Frunzo el ceño imperceptible absolutamente confusa, pero Jackson, sin dudar, lo

cruza la distancia que nos separa, me toma de las caderas y me tumba en el suelo arrodillándose sobre mí, atrapando mi cintura entre sus piernas. Yo lo empujo, trato de zafarme, pero no lo consigo.

—¡Suéltame! —grito, pero no me escucha.

Sus manos vuelan ágiles y se deshacen de la parte de arriba del pijama. Sigo luchando, sigo moviéndome, pero no obtengo ningún resultado. Me quita la parte de abajo y, aunque sea una auténtica locura, tengo la sensación de que por fin vuelve a respirar. Con la respiración acelerada y el corazón laténdome desbocado, me tomo un kamikaze segundo para observarlo, ¿qué le pasa? Algo dentro de mí sólo quiere alzar la mano y acariciarlo, calmarlo, pero no me permito que esa sensación crezca y lucho por soltarme de nuevo. No se merece que me sienta así. ¡Besó a Natalie!

Jackson agarra mis muñecas y las lleva contra el suelo, a ambos lados de mi cabeza, sujetándolas con las suyas. Trata de atrapar mi mirada, pero no se lo permito. ¿Cuántas veces hemos estado en esta situación? ¿Cuántas veces no me ha dejado odiarle? ¡Me merezco poder odiarle! ¡Maldita sea, me lo he ganado!

—Lo siento —pronuncia.

Esas dos únicas palabras detienen todos mis movimientos y me hacen buscar desesperada sus ojos verdes. No está jugando. No se está riendo de mí. Se está disculpando por todo lo que pasó ayer, por todo el daño que me hizo, y mi cuerpo se llena de una calidez que ni siquiera entiendo.

Jackson libera mis muñecas sabiendo que ya no escaparé, que he dejado de luchar. Su mano se desliza sobre mi piel y despacio, casi agónicamente, deja caer su frente sobre la mía.

—Me estoy obsesionando contigo, Lara —susurra.

No puedo pensar. No quiero. Sólo le necesito a él.

—Por eso no volveremos a estar juntos si Natalie no está delante.

Sus palabras me atraviesan por dentro y me hacen demasiado daño. Me dice que lo siente. Me permite ver algo diferente. Que suba alto. Y después me tira hacia abajo con crueldad. ¿Por qué?

Serpenteo bajo su cuerpo huyendo de él y me pongo de pie rápidamente. No soy ninguna estúpida. Soy plenamente consciente de que me ha dejado escapar.

Me alejo unos pasos recogiendo el pijama mientras él se incorpora.

El ambiente entre los dos se intensifica, da igual que estemos separados por el inmenso salón de Allen. Él aprieta los labios. La rabia y el dolor se recrudecen en su increíble mirada.

—Entre nosotros no puede haber nada, Lara. Da igual cuánto lo desee.

—¿Y por qué no? —No consigo entenderlo—. ¿Por qué no podemos estar juntos? Mis ojos se llenan de lágrimas otra vez.

—¿Quieres aprender algo? —inquiere—. Aprende esto: tienes que alejarte de las personas que no son buenas para ti.

—¿Por qué no eres bueno para mí?

Mi voz ha sonado casi como una súplica, pero no me importa.

En ese momento unos pasos en el rellano atraviesan el ambiente. Miro a Jackson por última vez. Aprieta con fuerza la mandíbula y toda su actitud se llena de una tensión indecible. Él tampoco quiere esto, él también lo odia tanto como yo. No quiere tener que callarse. No quiere tener que dejarme aquí con Allen.

—Ven al Archetype. Esta noche. —Allen gira la llave en la cerradura—. Déjame despedirme de ti.

La puerta se abre.

Miro a Jackson por última vez y corro hacia la habitación de invitados. Echo el pestillo y me apoyo contra la puerta absolutamente sobrepasada.

Los escucho hablar en el salón, pero no logro distinguir qué dicen. Apenas un segundo después, suena la puerta principal. Jackson se ha marchado.

Cierro los ojos y por enésima vez desde que lo conozco trato de poner en orden mis ideas. Él también quiere estar conmigo. ¿Por qué no podemos olvidarnos de todo? Cabeceo negando mi propia petición. No puedo tener una relación Jackson. Él no es para mí. Yo no soy para él. No saldría bien, pero, si voy a tener que renunciar a él, también quiero despedirme, también quiero sentirlo por última vez.

A las diez menos diez estoy atravesando la desierta 50 Este. Me pregunto si los dueños del Archetype eligieron esta calle por ser así de discreta o la volvieron de este modo cuando instalaron su club aquí.

El mismo portero de siempre me saluda lacónico y profesional con la cabeza y me abre la puerta. Suspiro antes de entrar para tomar fuerzas. Lo necesito.

El ambiente sigue siendo exacto al de todos los días que he estado aquí, con la idea de que cualquier cosa que desees puede suceder flotando en el aire. Cruzo la estancia principal y tomo el pasillo. Mis tacones rojos resuenan contra el parqué.

Abro la puerta de la habitación privada de Jackson y entro concentrada en controlar los nervios que burbujan en la boca de mi estómago. Suspiro hondo por última vez y alzo la cabeza. Él ya me está esperando, tan condenadamente atractivo como siempre, mirándome, dominándome, haciéndome sentir deseada, anhelada, sexy, consiguiendo que cada parte de mi cuerpo, mi mente y mi corazón sientan que me mira a mí porque no quiere mirar a ninguna otra mujer, que le pertenezco.

Jackson se acerca a mí. Camina despacio, dejándome disfrutar del espectáculo de ver al animal más bello del mundo cercar a su presa. Se detiene apenas a unos centímetros. Mi respiración se acelera pensando en todo lo que vendrá. Me pierdo en sus ojos, que dicen sin palabras todo lo que quiere hacerme. El deseo y el placer se multiplican. Agacho la cabeza tratando de controlarme, controlar todo lo que él provoca en mí, pero es completamente inútil.

—Quítate los zapatos —me ordena con su voz más ronca.

Asiento y rápido me bajo de mis salones.

—Desnúdate.

El espacio entre los dos va cargándose de una suave sensualidad. Es la misma idea de «todo es posible» que crece y nos ata, lo vuelve perfecto para mí. Despacio, deslizo los tirantes de mi vestido por los hombros y la tela negra y brillante cae aún más lentamente hasta llegar a mis pies. Suspiro y el sonido se transforma en un gemido cuando noto su respiración acelerarse.

—Tengo que ser un gilipollas con demasiada suerte si puedo ver esto una vez más. —Traga saliva y devora el último paso que nos separa. Alza las manos y acaricia mis costados—. Todo —me advierte con la voz más sensual que he oído en toda mi vida.

Me observa deshacerme de mi sujetador y de mis bragas a un ritmo tan lento que casi resulta agónico, pero no tengo elección. Toda la sangre, la energía, la actividad de mi cuerpo está saturada de placer.

Vuelve a recorrer mi piel con sus largos y hábiles dedos. Disfruto de su caricia y otro gemido se escapa de mi boca. Mi mente ya ha zarpado y mi libido está al mando.

—Te deseo, Lara. Joder, te deseo más y más cada día.

Desliza sus dedos y los pierde en mi interior. Todo mi cuerpo reacciona y por un momento creo que voy a desmoronarme sobre su mano. Yo también le deseo, le deseo más que a nada.

Mi sexo húmedo y caliente saborea sus dedos entrando y saliendo, girando, acariciándome, pellizcándome.

Cierro los ojos. Me pierdo en cada movimiento. Es placer, placer y más placer.

—Mírame —me ordena.

Abro los ojos sin dudar. Los suyos verdes ya me esperan. El deseo se hace más grande, más intenso, casi puede llegar a ahogar.

Grito.

Bombea en mi interior. Sus dedos se acompañan a la perfección y me rindo. Salto al vacío y caigo en un maravilloso orgasmo, una ola de placer arrasándolo todo. Llenándome de él, por él, para él.

Una suave y sincera sonrisa inunda mis labios y los suyos imitan mi gesto. Ahora mismo estoy unida a él en todos los sentidos.

Sin embargo, el sonido de la puerta abriéndose me devuelve de la forma más cruel al mundo real. Sé quien ha entrado.

Jackson se aleja un paso de mí, exhala todo el aire de sus pulmones furioso y frustrado y camina hasta el pequeño bar. En ese momento ella entra en mi campo de visión. Jackson se sirve una copa y se la bebe de un trago. Natalie se detiene a su espalda, pero él no se gira. Se quita el batín morado y deja al descubierto un espectacular conjunto de lencería negra con un elegante corsé también negro. Sin embargo, no hay ningún pudor, ni siquiera expectación, para ella es un arma más. Deja el batín en el mueble, a la vista de Jackson, pero él sigue sin volverse.

—Siéntate —sisea.

Natalie obedece inmediatamente y toma asiento en el sofá de piel negra. Me observa y me dedica una sonrisa con cierta malicia, pero, sobre todo, con cierta condescendencia. Tiene más claro que yo cómo va a acabar esto y cuánto voy a sufrir.

«No estás preparada para esto, Archer».

Jackson se sirve una nueva copa y también se la bebe de un trago. Brusco, se quita la chaqueta y la corbata. Exhala todo el aire de sus pulmones y se desabrocha arisco, malhumorado, los botones de su impecable camisa blanca. La tensión, la rabia, le están carcomiendo por dentro. Se deshace de la prenda y camina hasta una especie de diván de un gris suave, muy suave, con forma de ola. Es un sillón tántrico.

—Aquí —ruge.

Sé que se dirige a mí y, nerviosa, echo a andar bajo las atentas miradas de los dos.

—Ponte de rodillas.

Miro el diván y obedezco. Jackson coloca la palma de su mano en el centro de mi espalda y me empuja hasta que mi mejilla toca la parte más alta del sillón.

—No te muevas.

Interiorizo su orden y lucho por controlar todo mi cuerpo. Jackson se aleja un paso. No veo lo que hace, pero de pronto un chasquido rápido y fugaz corta el ambiente e inmediatamente comprendo que ha hecho que su cinturón de Cesare Paciotti se tense entre sus manos. Mi estómago se contrae expectante. Mi respiración se acelera hasta casi desaparecer.

Da un paso hacia mí.

Sé lo que va a hacer. Lo quiero.

Quiero que me tenga de la forma que desee.

Me azota.

Un suspiro atraviesa mi garganta. Mi mente se cortocircuita. Una ola de dolor baña mi trasero. Un mar de placer, todo mi cuerpo.

Otro azote.

Gimo más fuerte.

Otro.

Más dolor. Más placer.

Otro.

No se trata de que me guste sentir dolor o que me peguen. Se trata de que soy suya en todos los sentidos posibles, de que el control le pertenece.

Otro.

Otro.

Otro.

Lanza el cinturón al fondo de la habitación y me gira con brusquedad al tiempo que se inclina hasta apoyar sus manos a ambos lados de mi cabeza. Sus ojos verdes me observan, me estudian, me desean. La rabia no ha desaparecido de su mirada, se ha transformado en otra cosa.

—¿Por qué no me tienes miedo? —me pregunta con la voz jadeante como si de

verdad no pudiese entenderlo.

—Nunca podría tenerte miedo.

La respuesta sale clara y serena de mis labios. Es la pura verdad. Nunca podría tenerle miedo porque me hizo saltar al vacío, porque me hizo dejarme llevar, porque confío en él, porque... El último motivo está ahí, pero no logro atraparlo del todo o, a lo mejor, no quiero.

—Necesito sentir que sigues siendo mía.

Con esa simple frase acaba de entrelazar aún más todos nuestros sentimientos. Por eso me ha azotado y por eso yo me he sentido más cerca de él con cada golpe. No se trata del dolor, se trata de pertenecerle a alguien.

Jackson se incorpora, se deshace de sus pantalones y de sus bóxers y se sienta en la parte baja del diván. Vuelve a inclinarse sobre mí y comienza a repartir besos sobre mi estómago. Cortos, húmedos, calientes. Se pasea por toda mi cintura y baja al interior de mis mulos demorándose perversamente en cada centímetro de mi piel.

Su boca se mueve para encontrarse con mi sexo y se hunde en él.

Gimo y pierdo mis manos en su pelo. Jackson no me lo impide, no me ordena que las suba y me regala otra manera de disfrutar de él.

Nunca habíamos probado este sillón. La postura es increíble. Me abre a él de más formas de las que pueda imaginar y a la vez todo es íntimo, nuestro.

Su lengua inunda mi sexo. Sus labios juegan conmigo. Estoy en el paraíso y, antes de que pueda evitarlo, un orgasmo delicioso y glotón tensa mi cuerpo, lo arquea contra su boca y me derrito entre sus brazos.

Jackson se levanta triunfal mientras mi respiración entrecortada lo inunda todo. Se deja caer sobre mi cuerpo y, otra vez sin mediar palabra, entra en mí. Mi hipersensibilizado sexo después de dos maravillosos orgasmos lo siente aún más grande, más duro. Se mueve. Me mueve. Las curvas del diván se adaptan a nuestros cuerpos a la perfección.

Gimo.

Grito.

El placer lo arrasa todo.

Soy plenamente consciente de que deberíamos hablar de todo lo que ha pasado, de cómo nos sentimos, pero me temo que, si uno de los dos abre la boca, diga lo que diga, esto se acabará y perderemos la última oportunidad de estar juntos. Jackson también lo sabe, por eso está enfadado, frustrado, y por eso me ha pedido que venga, por eso me toca brusco, salvaje, casi desesperado. Tiene demasiado miedo a que lo nuestro se esfume y vuelva a dejarnos en el punto de partida.

—Me siento diferente cuando estoy contigo —murmuro absolutamente embargada de placer, tan bajito que ni siquiera sé si ha podido oírme—. Me siento mejor cuando estoy contigo.

Puede parecer una frase sencilla, pero los dos sabemos que no lo es. Nunca me he sentido bien conmigo misma. Siempre he vivido como un animalillo asustado que no

se siente seguro en ninguna parte, que siempre está frío y espantado, como si aún tuviese siete años y continuase lloviendo. Jackson consigue que todo eso desaparezca. Lo sustituye por un sentimiento que no sé entender, pero que me llena por dentro y, cuando estamos así, los dos metidos en nuestra burbuja, sencillamente soy feliz.

Jackson me observa un momento con la mano perdida en mi pelo. Tiene la mirada fija en mi boca y ese simple detalle vuelve a aislarnos del mundo. Se inclina sobre mí, toma mi labio inferior entre sus dientes y tira de él. Nuestras respiraciones se aceleran aún más, caóticas, inundándolo todo. El dolor, el placer y todas las ganas de que me bese se entremezclan e incendian mi cuerpo.

No puedo más y sé que él tampoco.

—Bésame. Bésame, Jackson, por favor.

—Ojalá pudiese, Lara —susurra contra mi boca, con los ojos cerrados, luchando, conteniéndose—. Por Dios, lo daría todo por poder besarte.

Gimo. Sus palabras me llevan al paraíso una vez más.

Ágil, nos cambia de postura. Me hace disfrutar más y más de él, de mí.

Sus labios, sus manos, se pierden en cada centímetro de mi cuerpo.

Se sienta y, tomándome por las caderas, me inserta en su delirante sexo. Todo el placer entre los dos crece como si estuviese fabricado de brasas ardientes. Guía mis movimientos, los hace más lentos, más rápidos. Me domina. Nuestros cuerpos perlados de sudor se deslizan el uno contra el otro.

De pronto oigo un ruido.

—No se te ocurra moverte —ruge Jackson.

Llevo mi mirada a su espalda y veo a Natalie frenándose a unos pasos de nosotros y regresando al sofá. No le ha permitido acercarse y, aunque sé que es lo último en lo que debería pensar, algo dentro de mí brilla con fuerza. No quiere otras manos sobre mi cuerpo y tampoco sobre el suyo. Este momento es sólo de los dos.

Un fuerte azote en el trasero me devuelve al diván, a Jackson.

—Te estoy follando yo —me advierte—. Mírame a mí.

—Sí —susurro obedeciendo.

—Joder —ruge de nuevo.

Como si no pudiese más, se incorpora empujándonos hacia delante. Hace sus movimientos más intensos, casi violentos. ¡Dios! Me trasporta embestida a embestida al paraíso. Mi cuerpo cae por la parte baja del diván.

Todo se intensifica.

El deseo.

El placer.

El amor.

Le quiero.

Y un espectacular orgasmo me atraviesa.

Jackson continúa moviéndose implacable y también alcanza el clímax. Toma mi cuerpo inconexo rendido al placer y me incorpora hasta que volvemos a estar

sentados el uno frente al otro, con mis piernas rodeando su cintura.

Me aparta el pelo de la cara y una vez más atrapa mi mirada. Todo a nuestro alrededor se ha desvanecido. Me hace sentir deseada, consigue que cada parte de mi cuerpo, mi mente y mi corazón sientan que me mira a mí porque no quiere mirar a ninguna otra mujer, que le pertenezco, que me pertenece, que le quiero.

Pero no puedo quererle. Sólo me haría daño. Sus propias palabras retumban en mi cabeza. «Tienes que alejarte de las personas que no son buenas para ti». Él mismo me lo ha advertido. Tengo que protegerme.

Me levanto todo lo rápido que soy capaz y con el paso acelerado voy hasta la esquina de la habitación y abro la puerta oculta del baño. Jackson no me detiene. Los dos sabemos que no puede ser.

Corro hacia la ducha. Necesito pensar. Por Dios, necesito volver a ser práctica, entender que Jackson no me conviene, que no es bueno para mí... pero él tampoco va a concederme esta tregua. Oigo la puerta del baño y un instante después aparece frente a mí. Me mira una décima de segundo y, sin dudarlo, devora la distancia que nos separa y me estrecha contra su cuerpo. Le quiero. No puedo pensar en otra cosa. Le quiero mientras me levanta a pulso con las manos ancladas en mi trasero, mientras mis piernas rodean su cintura, mientras el agua caliente, casi hirviendo, cae sobre los dos. Le quiero mientras me embiste una vez más, mientras volvemos a ser sólo él y yo.

—¿Qué me estás haciendo, Lara? —susurra contra mis labios—. Joder, no me vale sólo con esto. Necesito más. Lo quiero todo. Lo quiero todo contigo.

Sus palabras suenan desesperadas, llenas de rabia. Realmente se siente como me siento yo, al borde de un abismo inmenso.

—Ven a vivir conmigo.

Todo me da vueltas.

No puedo irme a vivir con él. No puedo dejarle que me haga daño. He visto a chicas llorando por él desde los siete años. Tengo que protegerme. Tengo que proteger a mi pobre y enamorado corazón. Es una presa demasiado fácil.

—No puedo, Jackson.

—Lara, necesito verte todos los putos días. Necesito que duermas en mi cama. Tocarte. Follarte. Lara, te necesito a ti.

El agua cae, pero no la siento.

Salta al vacío, Archer.

Sé feliz.

—Te quiero —susurro.

Jackson se detiene dentro de mí. Un sinfín de emociones atraviesan sus ojos verdes, pero, en lugar de dejarlas salir, de expresarlas, comienza a moverse más brusco, entrando y saliendo de mí cada vez con más fuerza, uniéndonos más a los dos. Rodeo su cuello con mis brazos y me aferro a todo lo que los dos sentimos.

El placer esta vez es diferente. Después de hoy, Jackson Colton y yo somos

diferentes.

Estoy envuelta en la toalla, sentada en el elegante banco de piel negro en el centro del lujoso baño. Mi pelo aún mojado gotea y salpica el cuero. No me importa. A mi lado, Jackson, también sentado, termina de vestirse. Ninguno de los dos ha vuelto a decir nada. Nos comportamos como si no acabase de pedirme que me fuese a vivir con él y yo no le hubiese dicho que le quiero.

—¿Por qué no me tratas a mí como tratas a Natalie? —murmuro.

En realidad, la pregunta hubiese sido ¿por qué necesitas que ella esté aquí?, ¿por qué no podemos tener una relación normal sin normas, sin otras personas? Te quiero y quiero que tú sólo me quieras a mí.

—¿Quieres que te trate como la trato a ella? —inquire a su vez arisco.

La posibilidad de que yo misma me considere como Natalie le enfurece.

—No —me apresuro a responder.

Su mirada se recrudece y la pierde al fondo de la habitación.

—No voy a dejar a Natalie —dice frío, como si no se tratase de una de las cosas que nos separaran.

Yo asiento y trago saliva empujando el nudo de mi garganta. No pienso llorar.

—Entonces se acabó —sentencio sin asomo de duda.

Me estoy muriendo por dentro, pero, si él puede ser como un témpano de hielo, yo también. Aunque en el fondo ninguno de los dos se sienta así.

Jackson se humedece el labio inferior discreto y fugaz, asiente una sola vez con toda su arrogancia y se levanta.

—Connor vuelve mañana a Nueva York —pronuncia aún con más frialdad, deteniéndose un segundo en la puerta antes de marcharse definitivamente.

Por un momento he tenido la sensación de que le duele tanto como me duele a mí.

Mis ojos se llenan de lágrimas en el mismo instante en que oigo la puerta. Ni siquiera había recordado que Connor regresa mañana. Sonrío fugaz entre sollozos. Todo esto empezó por él y ahora ni siquiera me importa.

No sé cuánto tiempo paso llorando, pero, la idea de que Jackson regrese y me encuentre destrozada en el suelo del baño de su habitación privada de un club para ricos y perversos, me parece demasiado patética incluso tratándose de mí. Es demasiado patético incluso para una canción de pop de los ochenta.

No me apetece ponerme el vestido negro ni tampoco los tacones, pero no puedo elegir. Atravieso el club deseando ser invisible y, sobre todo, suplicando por no encontrarme con Jackson. No sería capaz de ver cómo se marcha una vez más. Afortunadamente diviso a Colin sentado en una de las mesas antes de que él me vea a mí y consigo cruzar la estancia sin que repare en mi presencia. Es más que probable que Jackson esté con él.

Llego a mi apartamento y, sin pensarlo, me meto en la cama. Antes de poder pensar, de tratar de ordenar mis ideas, de respirar, comienzo a llorar. Lo echo de menos. Lo echo de menos como si todo lo que tengo ya no valiese nada sólo porque él no está.

Me acurruco con fuerza. El frío y la lluvia han vuelto de golpe. Vuelvo a tener siete años de golpe.

Sólo quiero dormir y olvidarme de todo.

El despertador suena. Lo apago de un manotazo y abro los ojos. Creo que nunca llegué a dormirme del todo. Debería levantarme, ducharme, ir al trabajo... en pocas palabras, seguir adelante con mi vida. Ayer sólo pasó lo que tenía que pasar. Jackson y yo no podemos estar juntos. Además, me conozco demasiado bien como para saber que ese «sólo quiero dormir y olvidarme de todo» se transformará en «sólo quiero estar en el sofá y olvidarme de todo» y acabará siendo «sólo quiero llevar mi pijama más feo y ver películas de los ochenta durante dos días mientras mis amigas me llaman para ver si sigo viva y, por supuesto, olvidarme de todo». Preferiría no llegar a ese punto.

Me arrastro hasta el baño y me preparo para ir a trabajar. Desayuno y llego a la oficina puntual como un reloj. Scott me pone al día de todo lo que hicieron ayer, pero estoy distraída y apenas presto atención. Ni siquiera escucho el nombre de las empresas responsables de las inversiones que vamos a estudiar hoy. Mentiría si dijera que me importa.

Las chicas me mandan media docena de whatsapps y acabo cediendo a que comamos juntas mañana y después nos vayamos de tiendas para buscar qué ponernos para la fiesta que el sábado que viene Erin organiza en la Sociedad Histórica. No

quiero ir, pero no me queda otro remedio.

Poco antes de las cinco, llaman a la puerta de mi despacho. Doy paso y Scott entra con varias carpetas.

—Deberías ver esto —me informa tendiéndome un par de hojas grapadas en la esquina superior.

Tampoco tengo prisa por irme a casa.

En cuanto mis ojos se posan en la primera línea, frunzo el ceño y presto verdadera atención. Son movimientos de dinero entre personas, no entre empresas, por compras de bienes inmuebles, obras de arte... todo lo relativo a una empresa con sede en Alemania. Aparecen decenas de nombres como beneficiarios de las operaciones, así que, en teoría, no es nada ilegal.

Lo curioso es que todos forman parte de la cúpula ejecutiva de la misma empresa.

Alzo la mirada y, cuando me encuentro con la de Scott, levanta las cejas. No es ilegal, pero tampoco común y, desde luego, sí muy sospechoso.

Me levanto de un salto, cojo los dosieres que me tiende y abro el primero. Sólo necesito revisar un par de operaciones para darme cuenta de que hay claros indicios de delito.

—Esto es saturación de capital y malversación —digo sin asomo de dudas, ojeando el resto de los documentos.

—¿Saturación de capital? —pregunta Scott confundido.

No le culpo. Esa práctica dejó de ser común en los años setenta.

—Para controlar una empresa, compran todos sus activos, desde pequeños paquetes de acciones hasta las obras de arte del *hall* de su sede central —le explico sin dejar de mirar carpetas—. Lo hacen desde distintas cuentas a nombre de distintas personas. Los beneficios que obtienen por las operaciones y los activos que han conseguido se filtran a través de otros pagos, como minutas de abogados o comisiones de negociaciones legales, y al final todo llega a una única persona. En esta ocasión, el dueño de la compañía. —Echo un vistazo a la hoja que tengo entre manos hasta llegar a su nombre—. Peter Cosgrow.

Me suena ese nombre.

—¿Cómo se llama la empresa? —pregunto buscando yo también el nombre en los documentos.

—Silver Grant.

No puede ser.

Salgo disparada hacia el archivador y rescato todas las carpetas del asunto Foster. Silver Grant es la empresa que trabajaba para Jackson. Busco la que me interesa y la abro con manos aceleradas. Si utilizaron las comisiones de las inversiones de Foster para blanquear la compra de la compañía alemana, las cuentas no casarían, dando la sensación de que Benjamin Foster, o Colton, Fitzgerald y Brent como su empresa inversora, habían desfalcado.

—Por favor, por favor —murmuro.

Llego a las inversiones en cuestión. Compruebo las cifras.

—¡Sí! —grito feliz.

¡Acaba de quedar demostrado que Jackson es inocente!

Arranco del dossier la hoja con las cifras y regreso hasta Scott. Cuando estoy a punto de alcanzarlo, caigo en la cuenta de que Silver Grant es la empresa donde trabaja Connor. Frunzo los labios y durante un segundo valoro seriamente la posibilidad de no denunciarla.

—Designa a un tercer analista —digo al fin—. Comparad todas las cifras de las inversiones de Foster con el dinero que Silver Grant declaró en comisiones y el que, en esas mismas fechas, sus empleados declararon como beneficios de inversiones personales. Cuando lo tengas todo, inicia los trámites de denuncia.

Por mucho que Connor trabaje allí, no puedo permitir que un delito así quede sin castigo.

Scott asiente y se marcha de mi despacho. Yo rodeo mi mesa y con una sonrisa de oreja a oreja descuelgo. Sin embargo, cuando estoy a punto de marcar el número de Jackson, mi gesto se apaga. No puedo llamarlo. Lo que había entre nosotros, fuera lo que fuese, se acabó.

Cuelgo el teléfono de un golpe y me derrumbo en mi sillón.

Lo echo de menos y no debería. Sólo teníamos un trato. Sabía que lo nuestro se acabaría.

La alarma suena, pero yo ya llevo una hora con la vista clavada en el techo pensando, pensado y pensando. Pienso mucho, pero los temas son siempre los mismos: Connor, el beso en Atlantic City, pero, sobre todo, Jackson. A veces le doy vueltas a otras, cosas profundas, como por qué Jack y yo no podemos permitirnos una relación. Otras cosas no tan profundas pero igualmente significativas, como lo bien que le quedan los pantalones de polo o si tendría que deshacerme de la cómoda *vintage* para poder poner un sillón tántrico en mi habitación. Me llevo la almohada a la cara. De todas formas no tendría a nadie con quien querer usarlo.

Maldigo el despertador y me obligo a salir de la cama. Por lo menos el día de hoy prometo ser más animado. Veré a las chicas e iremos de compras.

Me arreglo para trabajar en tiempo récord y, con un café para llevar en una mano y una porción de tarta de manzana en la otra, me dirijo al trabajo.

La mañana pasa rápida y, antes de que me dé cuenta, estoy doblando la esquina de Lexington Avenue con la 59 y ya veo a las chicas en la entrada de Bloomingdale's.

No dejamos un solo rincón de la tienda por revisar y nos metemos en los probadores cargadas de vestidos y zapatos. Me encanta estar con las chicas, pero no tardo más de un par de minutos en volver a sentirme triste, confusa, dolida. Resoplo y apoyo la frente contra la pared, fuerte.

—¿Ya te estás lamentando? —pregunta Dylan desde el probador a mi derecha.

—Seguro que está pensando en Jackson —responde Sadie a mi izquierda.

Yo suspiro con fuerza una vez más y me giro hasta que apoyo la espalda sobre la pared color *champagne*.

¿Cómo es posible que a cada minuto que pasa lo eche más de menos? No podemos estar juntos. Connor ha vuelto. Fue por él por quien hice todo esto. Es con él con quien debo estar. Connor nunca me haría daño.

—Necesito olvidarme de todo —digo al aire.

—Sobre todo de Jackson —especifica Sadie.

Pongo los ojos en blanco.

Ya lo sé. No me lo recuerdes.

—Connor ha vuelto. Necesito pasar página y volver a estar bien.

—Sin Jackson —vuelven a apuntillar desde el probador a mi izquierda.

Resoplo y finjo no oírla.

—Tener una nueva vida sentimental —sentencio.

Nadie habla. Parece que, al fin, me han entendido.

—Y sexual, porque Jackson follaba de miedo —me recuerda Sadie.

Me giro y miro boquiabierta hacia el lado izquierdo de la pequeña habitación absolutamente indignada, pero ¿qué le pasa?

—Ya sé que Jackson es increíble e injustamente atractivo y guapo, muy guapo —me obligo a añadir a regañadientes—, y brillante. —Por Dios, no sé qué clase de terapia es esta, pero no me está ayudando lo más mínimo—. Era un maldito mirlo blanco, lo sé.

—Y el sexo con él era espectacular —añade Sadie—, de peli porno mezclada con peli superromántica de Reese Witherspoon, en plan «lo mejor que vas a probar en toda tu vida».

—¿En serio? —protesto saliendo del probador como una exhalación y recorriendo la ínfima distancia hasta abrir la puerta del de Sadie—. ¿Alguien te ha dicho alguna vez que consuelas de pena?

Ella ríe una sola vez imitando a las malas de las telenovelas de la tele por cable y da un paso hacia mí.

—¿Y alguien te ha dicho a ti que te autoengañas de pena?

Frunzo los labios.

—Tú no quieres estar con Connor —continúa—. Tú quieres a Jackson y puedes repetirme las veces que sea que sería un error, incluso que no le quieres, pero al final lo que cuenta es esto —sentencia alargando el índice y apuntándome en el corazón con él.

Yo inspiro hondo a la vez que fugazmente me llevo la mano a la porción de piel que ha señalado. Tiene razón. Tiene razón en cada letra.

—Mira, Lara. Nos conocemos desde el primer día de universidad y puedo decir sin asomo de duda que, desde que todo esto con Jackson comenzó, has crecido en todos los sentidos: eres más valiente, más fuerte, has dejado de estar asustada. —Las

dos sonreímos suavemente. Vuelve a tener razón—. Si al final sientes que no puedes estar con Jackson, me parece bien, pero nunca te has comportado como una ratoncita de biblioteca, así que no empieces ahora.

Vuelvo a suspirar con los ojos fijos en los de mi amiga.

—Supongo que tienes razón.

—¿Lo dudabas? —inquire escandalizada.

Sonrío, no puedo evitarlo y, al ver que ha cumplido su propósito, Sadie también lo hace.

—Lárgate —me pide divertida—. Tengo que probarme este triquini de noche.

Tuerzo el gesto fingiéndome ahora yo escandalizada y regreso a mi probador.

—¿Qué hacíais? —grita Dylan desde el suyo.

—Estaba arreglándole la vida a Lara —me interrumpe Sadie cuando estaba a punto de hablar—. Si tú también necesitas a Sadie y a su teléfono del amor, pasa a mi despacho.

Y, como no podía ser de otra forma, las tres estallamos en risas.

Regreso a la oficina con un par de bolsas y un bonito vestido negro y vuelvo a zambullirme en el trabajo. El señor Sutherland llama para felicitar me por la denuncia a Silver Grant, pero me deja claro que no volverá a subvencionar mi proyecto. Según él, nos pone en una situación incómoda a los dos.

Ya ha anochecido. Creo que todos se han ido. Miro a mi alrededor. Debería marcharme a casa, pero me niego a encerrarme en mi apartamento y volver a la tortura de pensar, pensar y pensar. Sólo con recordar lo que podría ser, recuerdo también por quién sería y acabo respirando hondo mientras mis ojos se llenan de lágrimas.

¡Basta, Archer!

Me niego a pasar más horas en blanco. Me levanto decidida y comienzo a ordenar mi escritorio. El tiempo se emplea en cosas útiles. Se terminó llorar por lo que nunca podrá ser. Pero, entonces, al mover unas carpetas, una cae al suelo y el parqué de mi despacho se llena de papeles. Sólo necesito un segundo para reconocer la letra manuscrita. Son notas de Jackson sobre documentos del proyecto. Me agacho y comienzo a recogerlos demorándome de forma kamikaze en cada uno de ellos. Adoraba trabajar con él, por mucho que me quejase. De pronto todas las cosas que echo de menos vuelven como un ciclón y me sacuden de más maneras de las que puedo siquiera entender.

Me levanto sin terminar de recoger y salgo de mi despacho. Necesito aire fresco. Necesito un lugar donde cada bocanada que respire no me recuerde a él, que ya no está, que le quiero.

Todo comienza a dar vueltas.

Mi respiración se acelera. Se vuelve inconexa. Se esfuma.

Mi cuerpo tiembla.
Todo está en silencio.

Abro los ojos y miro a mi alrededor desorientada. Estoy en el sofá de la sala de descanso. ¿Cómo he llegado hasta aquí? Me incorporo y me paso las manos por los brazos asegurándome de que no tengo ninguna herida. He tenido suerte. Lo último que recuerdo es salir de mi despacho, así que debí desmayarme en pleno departamento y ese lugar está lleno de mesas con las que podría haberme dado de bruces.

—¿Ya se ha despertado?

Me incorporo y veo a Lincoln entrar en la sala de descanso con dos botellitas de agua y varios paquetes de patatas. Mi estómago ruge. Estoy hambrienta.

—¿Qué tal está?

—Bien —murmuro obligándome a sonreír.

Me siento avergonzada. Entre mis funciones como jefa no está sufrir un ataque de pánico en mitad de la oficina y que uno de mis empleados tenga que cargar conmigo hasta la sala de descanso.

—Imagino que querrá comer algo —dice tendiéndome un paquete de Cheez-It.

Asiento y cojo la bolsa. De pronto caigo en la cuenta de algo. ¿Cómo sabe que estaría hambrienta? ¿Y por qué me ha traído aquí en vez de llamar a una ambulancia? Lo miro confusa y él sonríe adivinando lo que estoy pensando.

—Mi mujer sufría ataques de pánico. En cuanto vi cómo se desmayaba, supe que usted también.

—Entonces he tenido suerte.

Su sonrisa se ensancha y mueve una silla hasta colocarla frente a mí y tomar asiento.

—Supongo que sí. Siempre me preocupaba que le pasase algo cuando no estábamos juntos, pero ella sabía cuidarse muy bien sola.

Me dedica una mirada cómplice. Cuando sufres esta clase de ataques, al final aprendes a reconocer los síntomas y a tener cuidado, aunque a veces te pille por sorpresa.

—¿Ya no sufre ataques? —inquiero apurando la bolsa.

—Mi mujer murió en el atentado de las Torres Gemelas. Trabajaba en la torre norte.

Se me encoge el corazón. ¿Cómo no he podido darme cuenta?

—Lo siento mucho, Lincoln.

Sus ojos se llenan de tristeza y asiente. Han pasado catorce años. Debía de quererla muchísimo.

—No pasa nada —dice quitándome el paquete vacío de las manos y dándome uno nuevo de Lay's.

Yo sonrío suavemente y lo acepto encantada. Lincoln me observa durante un segundo.

—¿Está bien, Lara?

—Sí —me apresuro a responder. Me gano una mirada perspicaz. Es obvio que no me ha creído—. He estado mejor, pero no es nada.

Lincoln suspira sin levantar sus ojos de mí.

—No se ofenda por lo que voy a decirle, pero desde hace unos días no es usted la misma.

Sonrío fugaz. Tiene razón.

—Algunas cosas han cambiado —me atrevo a decir.

—¿Es por la pelea con el señor Sutherland, porque no quiso denunciar a Colton, Fitzgerald y Brent? Debería estarle agradecido. No tienen pinta de ser de los que se toman las denuncias falsas demasiado bien.

Mi sonrisa se ensancha. Si el señor Sutherland los hubiese denunciado, Jackson habría acabado con él.

—No se trata de eso o por lo menos no sólo de eso... no lo sé —claudicó al fin—. ¿Alguna vez ha estado tan confuso que incluso las cosas que tenía más claras de repente ya no tienen sentido?

—Muchas veces —responde con la voz llena de sabiduría.

—Yo tenía claro a qué quería dedicarme y tenía claro con quién quería estar, incluso tenía una prueba que me aseguraba que era el hombre correcto.

—¿Una prueba? —inquire confuso.

—Sí —respondo avergonzada—. Un beso. Ya sé que suena estúpido...

—No lo es —me interrumpe.

La dulce mirada que me dedica me da ánimos para continuar y desembuchar toda la historia.

—Un chico, Connor, me besó en Atlantic City. Fue mi primer beso de verdad. Sentí tantas cosas que di por hecho que quería estar con él, pero después conocí a Jackson y desde ese momento todo mi mundo está patas arriba.

—Por eso no lo denunció, ¿verdad?

Asiento.

—Sé que no dice mucho de mi ética profesional, pero no podía hacerlo.

—¿Y ese Connor es Connor Harlow? ¿El asesor ejecutivo de Silver Grant?

Asiento de nuevo.

—Y a él sí lo denunció cuando detectó las malversaciones en su empresa.

—Tenía que hacerlo —me defiendo.

—Quizá me estoy metiendo donde no me llaman, pero puede que ese beso no significara tanto como usted cree o, a lo mejor, todo lo que vino después significó todavía más.

Lo miro asimilando sus palabras. No soy ninguna idiota. Sé que me he estado autoengañando, repitiéndome que la ruptura con Jackson era lo que tenía que pasar,

pero sí tengo claro que estar juntos sería demasiado complicado. Además, lo que sentí con aquel beso fue real.

Dios, estoy hecha un completo lío.

—No lo sé —me sincero al fin.

—Pues tendrá que averiguarlo —responde con una nueva sonrisa.

Seguimos charlando. Me cuenta cosas de su mujer, de cuánto le gustaba a ella su apartamento en el Lower Manhattan. Nunca consintió mudarse, ni siquiera cuando él se convirtió en ejecutivo de bolsa. También hablamos de Lehman Brothers, de lo culpable que se sintió durante meses a pesar de que no hizo nada y de cómo tuvo que soportar que lo miraran como si fuese un ladrón. Me disculpo por haber hecho precisamente eso el día que empezó a trabajar y él lo hace por haberme mirado como mira a su hija Maisie cuando cree que se está comportando como una cría. Se llama como su madre. Me cuenta que volvió a trabajar porque quería volver a sentirse útil y, sobre todo, porque echaba de menos a su mujer. Me consuela saber que no soy la única idiota del planeta que echa de menos algo que sabe que nunca va a poder volver a tener. Acabamos tomando unos perritos calientes en un puesto junto a la bolsa y, caballeroso, me acompaña hasta la boca de metro. Lo último que me dice es que se alegra de haber vuelto a trabajar. Según él, cada uno de nosotros estamos donde tenemos que estar cuando tenemos que estar.

Ya en mi cama, con la luz apagada y la mirada perdida en los rascacielos que se asoman a mi ventana, pienso en todo lo que ha ocurrido hoy y en todo lo que he hablado con Lincoln. Si cada uno estamos donde tenemos que estar cuando tenemos que estar, yo tenía que estar en Atlantic City aquella noche; lo que tengo que averiguar es si fue para que Connor me besara o para que ese beso desembocara en todo lo demás.

El sábado me levanto pronto, meto en mi mochila todo lo necesario para la fiesta de esta noche y me voy al apartamento de Dylan. Pasaremos la tarde viendo películas de los ochenta y bebiendo Cosmos y nos prepararemos juntas para, según Sadie, dejarlos boquiabiertos en cuanto pongamos nuestros delicados pies en el edificio de la Sociedad Histórica. También me llevo un libro, en concreto un ensayo sobre la relectura que Ronald Myles Dworkin hizo del código civil americano. Sadie me mira mal y amenaza con tirarme el libro por la ventana en cuanto me descuide. No me asusta. No es la primera vez que oigo esa amenaza.

A las ocho estamos entrando en la Sociedad Histórica. Adoro este edificio. Es muy sencillo pero precioso, como si le gritara al mundo que no necesita tener cien plantas para robarle el corazón a los neoyorquinos, como la chica tímida que se queda con el chico guapo. Además, tiene unas vistas inmejorables de Central Park; con eso no se puede competir.

Sadie le da un beso a la estatua de Abraham Lincoln al inicio de las escaleras y

subimos entre risas. Ya desde el último peldaño puede oírse la suave música francesa del interior; sin duda, es una elección de Erin.

En mitad del inmenso salón nos mezclamos con los demás invitados. Todo está sencillamente precioso y la *jet set* neoyorquina se pasea luciendo sus mejores esmóquines y sus trajes más caros.

—Hola —me saluda alguien a mi espalda.

Es Connor.

—Hola —saludo girándome—. ¿Qué tal estás?

Está tan guapo como siempre, con un impecable esmoquin y su pelo perfectamente peinado.

—Muy bien, ¿y tú?

—Muy bien —me apresuro a responder.

Nos miramos durante un momento, pero él aparta su mirada y sonrío incómodo. Yo lo observo con el ojo científico con el que lo haría Sadie. A veces me cuesta trabajo creer que es el mismo hombre que me sacó con esa seguridad y decisión de la pista de baile en Atlantic City. Connor no es brusco, ni arrogante; en una palabra, no es *indomable*. No es como... me niego a pensar su nombre y cabeceo rápido y discreta.

—La fiesta es genial. La sala ha quedado realmente bonita.

Quizá sólo esté nervioso.

—Sí —comenta mirando a su alrededor.

Volvemos a quedarnos en silencio.

Las cosas pueden ser más sencillas, más directas.

Tal vez necesite algo de tiempo. Todos necesitamos algo de tiempo alguna vez. Inspiro hondo e, imitándolo, pierdo mi mirada entre la multitud. Sin ningún motivo en especial, llevo mi vista a la puerta y suspiro y me rindo ante la evidencia al ver entrar a Jackson increíblemente guapo, increíblemente atractivo, increíblemente todo... y solo.

—Ha venido solo —murmuro.

Pensé que traería a alguna de las chicas con pinta de supermodelo que lo miran como si estuviese recubierto de chocolate fundido.

Baja las escaleras hasta la sala principal derrochando elegancia. Cuando sus pies tocan el último escalón, se mete una mano en el bolsillo de sus pantalones de esmoquin y echa a andar llamando la atención de todas las mujeres de la fiesta.

Oigo que me llaman, pero no presto atención.

—Lara.

Todo mi cuerpo se ha despertado queriéndolo y deseándolo a partes iguales.

—Lara.

Me obligo a atender el sonido y me encuentro con la mirada de Connor.

—Perdona, me había distraído —me excuso incómoda.

—No te preocupes —me disculpa—. Te preguntaba qué tal el trabajo.

—Muy bien —respondo mecánica—. ¿Y tú? ¿Qué tal por Atlanta?

Connor comienza a explicarme en qué consiste exactamente su trabajo, cuántos clientes potenciales conoció... o algo parecido, porque lo cierto es que no le presto atención. Una mujer guapísima acaba de acercarse a Jackson. Le habla toda sonrisas y, aunque él no se molesta en saludarla, sigue ahí, mirándola con toda esa frialdad, consiguiendo, sin ni siquiera proponérselo, que ella pierda la cabeza por él.

No quiero ver esto.

—Perdóname, Connor. En seguida vuelvo.

Sin esperar respuesta por su parte, me pierdo entre la multitud buscando sin éxito algún lugar donde esconderme, donde huir de Jackson. Como si eso fuese posible. Diviso las puertas de la terraza. La temperatura ha bajado varios grados en estos días. No habrá nadie allí.

Acelero el paso y, sólo cuando mis tacones alcanzan el suelo de piedra, siento el huracán que me arrolla por dentro apagarse mínimamente. Camino hasta la baranda y me asomo disfrutando de la arboleda que nos rodea, respirando hondo. No tendría que haber venido.

—Lara.

Cada vez que he escuchado mi nombre en sus labios, he tenido la sensación de que lo ha inventado sólo para mí.

Me giro y mi respiración se evapora cuando veo a Jackson a un puñado de pasos. Sus ojos verdes se clavan en los míos y, como siempre, consigue que caiga hechizada.

—Hola —murmuro.

—¿Qué estás haciendo aquí? —susurra ignorando mi saludo—. ¿Por qué no estás en la fiesta?

Me llevo un labio sobre otro. No quiero tener que admitirlo, pero a estas altura de la película no tiene sentido mentir. Además, Jackson siempre ha sido sincero, aunque doliese, ¿por qué no iba a serlo yo?

—No estoy preparada para verte con otra mujer.

—Ninguna de ellas me interesa lo más mínimo —prácticamente me interrumpe, lleno de una seguridad atronadora.

Lo miro dispuesta a decir algo, pero no sé el qué. Ha dicho exactamente lo que yo quería escuchar. No quiero que le interese ninguna otra mujer. No quiero que esté con ellas. Soy mezquina y miserable. Hace menos de cinco minutos estaba charlando con Connor. Tratando de encontrarlo interesante. Maldita sea. ¿Por qué no puedo decir lo que quiero? ¿Por qué tengo tanto miedo a luchar por Jackson? ¿Por qué no puede él luchar por mí?

—¿Por qué no me besaste tú en Atlantic City? —murmuro.

Jackson sonrío pero no le llega a los ojos y se acerca hasta quedar a unos centímetros de mí. Tira de mi muñeca y me estrecha contra su cuerpo. Suspiro y me pierdo en la suave sensación de que después de tres días de infierno todo el dolor sencillamente se esfuma. Antes de que pueda decir nada, Jackson rodea mi cintura

con sus manos y comenzamos a bailar, suavemente, al ritmo que él y una delicada voz en francés nos marcan.

Sus ojos verdes siguen sobre los míos mientras siento sus manos agarrar con fuerza, casi con desesperación, mi piel. Estoy en el paraíso. Cada vez estamos más cerca. Le deseo. Le deseo sin medida. Y le quiero.

—Sólo quiero que seas feliz —susurra.

Desliza su mano por mi cadera hasta separarse por completo y se aleja de mí entrando al salón y mezclándose con las decenas de parejas que continúan bailando. Mientras, la ensordecedora sensación de que sólo podré ser feliz con él se instala en mi estómago y tira de él. ¿Por qué las cosas tienen que ser de esta manera? ¿Por qué tengo que sentirme así con él? ¿Por qué tiene que conseguir que todo, sencillamente, cobre sentido?

Debería volver dentro, pero no quiero. Sin embargo, la climatología de Nueva York no piensa lo mismo y un par de gotas me caen en el hombro. Miro hacia arriba y tuerzo el gesto. ¿En serio? Es lo último que necesitaba.

Entro en el salón y prácticamente en ese mismo instante un haz de luz atraviesa el cielo y comienza a llover sin ninguna piedad.

Me alejo de la terraza y, al alzar la vista, veo a Connor a unos pasos de mí. Me sonrío con una copa de *champagne* en la mano y yo me tomo un momento para observarlo. Estoy cansada de sentirme así, de toda esta confusión. Quería sentir de verdad la pasión, la electricidad, el amor... entonces, ¿por qué estoy eligiendo a Connor? ¿Por qué estoy optando por lo más fácil? ¡Yo no quiero algo fácil!

Con esta especie de revelación, camino hasta él.

—¿Por qué me besaste en Atlantic City? —suelto de un tirón, como si la pregunta me quemara en la garganta.

Connor abre mucho los ojos y su expresión se llena de sorpresa y confusión a partes iguales.

—Sé que ahora mismo piensas que estoy loca —me explico—, pero necesito saberlo. En la fiesta de disfraces en el club del Borgata me besaste, hiciste que me diera cuenta de cómo tenían que ser las cosas y quiero saber por qué.

—Yo no te besé en Atlantic City, Lara.

¿Qué?

No puede ser.

El teléfono de Connor comienza a sonar. Él lo saca del bolsillo interior de su chaqueta sin levantar su mirada de mí.

—A lo mejor no sabías que era yo —trato de hacerle entender—. Llevábamos máscaras.

—Lara, estoy seguro de que no te besé en Atlantic City porque no besé a ninguna chica en Atlantic City... ¿Diga? —inquire descolgando su *smartphone*.

No. No. No.

Entonces, ¿quién me besó? Miro a mi alrededor intentando poner algo de lógica

en toda esta locura. Recuerdo sus ojos verdes. Aquella noche me parecieron los ojos verdes más espectaculares que había visto nunca. Involuntariamente sonrío. Son como los de... Jackson. ¡Dios mío!

Lo busco con la mirada y no tardo en encontrarlo. Está atravesando la estancia, dispuesto a salir del edificio sin importarle que ahora mismo esté diluviando.

—Lo siento. Tengo que marcharme —murmuro.

—Lara, espera —me llama Connor.

A regañadientes, me giro. Tengo que hablar con Jackson.

—¿Tu oficina ha denunciado a mi empresa? —inquire realmente atónito.

—No he tenido más remedio. Tu jefe ha malversado once millones de dólares.

Connor me mira boquiabierto, casi al borde del infarto de miocardio.

—Veo que no estabas implicado, así que no tendrás nada por lo que preocuparte.

Doy un paso hacia él y lo beso en la mejilla.

—Gracias por los *emails*. —Sonrío—. Ahora tengo que marcharme.

Atravieso la sala como una exhalación. No me importa llamar la atención de todos los invitados. Me recojo el vestido y bajo las escaleras aún más de prisa. Lluve muchísimo, apenas puedo ver nada. ¿Dónde está?

—Lara.

Reconocería su voz en cualquier parte.

—¿Por qué no me dijiste que fuiste tú quien me besó en Atlantic City? —protesto enfadada, girándome. ¡Tenía derecho a saberlo!—. Dejaste que creyese que había sido Connor, que era con él con quien tenía que estar.

—Y tienes que estar con él, Lara —sentencia sin asomo de duda.

—¿Por qué?

No lo entiendo. ¿Por qué siempre trata de apartarme?

—Contéstame, Jackson, ¿por qué?

—¡Porque es lo mejor! —grita furioso—. ¿Por qué no puedes entenderlo?

La lluvia se hace más fuerte. Las gotas de agua resbalan por mis mejillas, por mis labios.

—Todo esto es por Natalie, ¿verdad?

—No.

—Porque la prefieres a ella.

¡No soy ninguna niña! ¡No tiene por qué mentirme!

—Contéstame.

—¡No! —sentencia furioso.

Su única palabra nos silencia a los dos.

—Si sigo con ella —continúa con la voz más calmada pero en absoluto serena— es porque es lo único que me queda para convencerme...

Jackson se interrumpe a sí mismo.

—¿De qué? —inquiero acelerada, nerviosa, desesperada.

No quiere hablar, pero yo necesito saberlo. Ya no puedo más. Me estoy muriendo

por dentro.

—¡Jackson, ¿de qué?! —le suplico.

—¡De que no estoy enamorado de ti!

Nos mantenemos la mirada. Mis ojos se llenan de lágrimas y sé que él puede distinguirlas de cada gota de lluvia.

—¿Y ha funcionado? —murmuro.

Jackson exhala todo el aire de sus pulmones.

—No, joder, claro que no.

Cruza la distancia que nos separa, toma mi cara entre sus manos. ¡Me besa! Una corriente eléctrica me recorre por dentro. Está llena de deseo, de intimidad, pero, sobre todo, de amor. Es mucho más que un beso. Es el momento más feliz de mi vida.

Los dos sonreímos extasiados, felices, y vuelve a besarme. Nunca, nada, nadie, me había hecho sentir tan bien.

—¿Qué coño estáis haciendo?

La voz de Allen cruza el ambiente y lo ensordece todo. Nos giramos y prácticamente nos separamos en el mismo movimiento. Jackson tira de mi muñeca y me coloca a su espalda, protegiéndome.

—Allen, no es asunto tuyo —ruge.

—¿Cómo que no? —prácticamente grita—. Es mi hermana.

—¡Pero no es la mía! —sentencia Jackson.

—No podéis estar juntos.

—Sí, sí que podemos, y más te vale entenderlo, Allen, porque no pienso permitir que nada me aparte de ella.

Deslizo mi mano en su agarre, que se vuelve más posesivo al principio pero cede después, y entrelazo nuestros dedos. Quiero que sepa que yo tampoco estoy dispuesta a alejarme de él por nada del mundo.

Allen resopla y se pasa las dos manos por el pelo. Está nervioso, angustiado. Me duele verlo así, pero no puedo renunciar al hombre al que quiero.

—Jackson, por el amor de Dios, no va a salir bien, ¿puedes tú entender eso? — Trata de que su voz suene calmada, serena, como si hablara con dos animalillos deslumbrados por los faros de un coche que pueden salir huyendo en cualquier momento—. ¿Crees que papá y mamá lo entenderán? Tú estás acostumbrado a estar solo y lo respeto, pero vas a conseguir que ella pierda a sus padres, otra vez... ¿de verdad eres tan hijo de puta como para hacerle volver a pasar por eso?

Trago saliva y mi corazón se encoge un poco más. No quiero perder a Easton y a Erin, ni tampoco a Allen, pero lo que piden a cambio es demasiado injusto.

Jackson permanece callado, en silencio, como si ni siquiera sintiese ya la lluvia. Su cuerpo se tensa. Un fiel reflejo de la lucha titánica que sufre por dentro.

—Vete con él, Lara —me ordena.

Su voz ha sonado más ronca que ninguna otra vez, más salvaje, más triste.

—No —replico rodeándolo, buscando su mirada.

No puede pedirme que me vaya. No puede alejarme de él.

—Márchate —repite.

—Jackson, por favor.

Tensa la mandíbula. Está al límite en todos los sentidos. Él tampoco quiere que me vaya. Lo sé.

—Lara, es lo mejor —trata de convencerme Allen.

—¡No, no lo es! —le interrumpo—. Yo no necesito que cuiden de mí, Allen. Sólo necesito que me quieran —continúo mirando de nuevo a Jackson—: por favor —le suplico.

Su mirada, toda su expresión, se llenan de un cristalino y cortante dolor.

—Allen tiene razón.

No. No. No.

—No —protesto entre sollozos.

Jackson da un paso hacia mí y toma mi cara entre sus manos.

—Eres más fuerte de lo que piensas —me dice atrapando una vez más mi mirada—. Nunca permitas que nadie te haga creer lo contrario.

Se está despidiendo de mí. No quiero que lo haga. Llora con más fuerza, con más dolor.

—Las cosas no tienen por qué ser así —trato de convencerlo—. Puede salir bien. Podemos tener una oportunidad —le suplico cubriendo sus manos aún en mis mejillas con las mías. Sólo tienen que dejarnos tener una oportunidad—. Tú y yo...

—Yo acabaré jodiéndola —sentencia.

Me besa con fuerza. Mi cuerpo, mi mente, mi corazón saben que es el último beso que va a darme. No quiero que se acabe. No puedo.

—Todo lo que he construido no vale nada sin ti, Lara —susurra contra mis labios—. Tú das sentido a todo mi mundo.

Sin darme tiempo a reaccionar, se marcha, alejándose de mí.

—Jackson —lo llamo.

Trato de salir tras él, pero Allen me toma por la cintura, reteniéndome.

—Déjame, por favor —le suplico entre lágrimas, tratando de zafarme.

Sueno desesperada. Estoy desesperada. Le he perdido. Llora como no lo hacía desde hace catorce años y otra vez lo hago bajo la lluvia.

—¡Jackson!

Se ha acabado. Todo se ha acabado.

—Es lo mejor, pequeña —murmura Allen.

No es verdad. No lo es.

Me zafa de su agarre y me separo un paso de él.

—Me voy a casa —murmuro.

—Te llevaré.

Niego con la cabeza. Es mi hermano y le quiero. Sé que todo lo que ha hecho ha sido por mi bien, pero ahora mismo no quiero tenerlo cerca.

—Me iré en taxi.

Desoyendo todas las veces que me llama, comienzo a caminar. Los dos primeros taxis que pasan ni siquiera se detienen. No les culpo. Debo de tener una pinta horrible. Al fin un taxista checoslovaco llamado Ales se apiada de mí y me lleva a casa.

Pago el taxi, camino hasta mi portal, subo las escaleras y entro en mi apartamento. Todos gestos mecánicos, vacíos, pero, entonces, me veo sola en mitad de mi salón. Jackson no quiso luchar por nosotros, no quiso darnos una oportunidad.

Me siento más sola que nunca.

Rompo a llorar de nuevo. Mis sollozos se entremezclan con mi respiración acelerada.

Todo mi cuerpo se tensa.

El corazón me late de prisa.

La habitación da vueltas.

Todo está en silencio.

Me despierto en el suelo del salón. Tengo muchísimo frío. Me levanto desorientada y algo mareada. Todavía es de noche. Voy hasta la habitación, me quito el vestido que aún sigue húmedo sobre mi piel y me seco con una toalla, pero sigo teniendo frío, me ha calado hasta los huesos.

Me doy una ducha rápida con el agua casi hirviendo y me pongo un chándal gris, la ropa más abrigada que encuentro. Me meto en la cama y, antes siquiera de que pueda verlo venir, mis ojos vuelven a llenarse de lágrimas. Todo ha sido demasiado triste.

Trato de dormir, pero no lo consigo. Debería levantarme, comer algo, pero ahora mismo quedarme en la cama me parece la única opción posible. Repaso mentalmente la conversación una decena de veces, repaso sus expresiones, sus miradas. Acababa de decirme que estaba enamorado de mí. Me llevo los antebrazos a los ojos y trato de olvidarme de todo, de concentrarme sólo en la sensación de ser feliz, en él.

¿Por qué ha tenido que dejar que todo terminara así?

No sé cuánto tiempo pasa cuando llaman a la puerta. Mi devastado corazón da por hecho que es él, que se lo ha pensado mejor y viene a buscarme. Corro hasta la puerta y la abro de par en par con una sonrisa de oreja a oreja, pero, en lugar de a Jackson, me encuentro a un repartidor vestido con chaqueta y gorra de FedEx Urgente.

—¿Señorita Archer? —pregunta mirando el nombre en los papeles sujetos a una carpeta de plástico que lleva entre las manos.

—Sí, soy yo —musito aturdida.

El chico asiente y me tiende la carpeta y un bolígrafo para que firme. Frunzo el ceño cuando leo Colton, Fitzgerald y Brent en el remitente.

El repartidor me entrega una caja, sonrío y se marcha.

La dejo sobre la isla de la cocina. ¿Qué será? En la parte superior aparece escrito de nuevo Colton, Fitzgerald y Brent y su dirección en la Sexta Avenida, como si fuese algo profesional, un envío de oficina. Tiro de la cinta adhesiva y abro la caja. Tuerzo el gesto y aguanto un sollozo al ver todos los archivos del proyecto, todos los dossieres, las tablas de inversión y, justo sobre ellos, el contrato de inversión firmado por Adam Monroe. Suspiro con fuerza y una vez más hago un esfuerzo titánico por contener las lágrimas.

Saco todas las carpetas tratando de ser profesional, de pensar única y exclusivamente en el trabajo, pero todo cambia cuando distingo una bolsa de papel al fondo. Tiro de ella y, al abrirla, mi mundo se viene un poco más bajo. Jackson me ha enviado de la manera más impersonal posible mi rebeca roja, mi carnet de la biblioteca y mi libro de Deegan, las pocas cosas que olvidé en su casa o, lo que es lo mismo, todo lo que podría recordarle a mí.

¿Tan fácil es para él?

Ha tomado una decisión y la lleva a cabo hasta las últimas consecuencias, sin dudar. Siempre he sabido que puede llegar a ser increíblemente frío, pero con este envío se ha superado a sí mismo. ¿Tan poco le importa? Ni siquiera soy capaz de entenderlo.

Cierro la caja con rabia, me seco las lágrimas con el reverso de los dedos y salgo disparada del apartamento. No pienso dejar que esto termine así. No voy a consentirle que hasta el último momento él decida cómo son las cosas. Maldita sea, ¡no me lo merezco!

Atravieso la ciudad en taxi y prácticamente corro hasta el ascensor del edificio de oficinas. Estoy demasiado enfadada, furiosa, herida. No luchó por mí y ahora se deshace de lo poco que queda entre los dos sin ni siquiera pensárselo dos veces.

Empujo la enorme puerta de cristal, lanzo un lacónico saludo al aire para Eve y cruzo el vestíbulo.

—Lara —me llama saliendo a mi encuentro—, señorita Archer —rectifica.

Yo me detengo y la miro esperando a que continúe. Sé que no le he dedicado un saludo muy efusivo, pero tengo mis motivos.

—Lo siento mucho —se disculpa y realmente suena compungida, como si no quisiese decirme lo que tiene que decir. Me preocupo al instante—. No puede pasar.

—¿Qué?

—El señor Colton ha dado orden de que no le permita pasar a las oficinas.

—¿Qué? —repito.

No soy capaz de decir otra cosa. Han tirado de la alfombra bajo mis pies.

—Eve, todo esto tiene que ser error —trato de hacerla entender casi desesperada.

Es imposible que haya hecho algo así. No puedo creerlo. No quiero creerlo.

—Lo siento.

—Tú no lo entiendes. Tengo que hablar con Jackson.

Ella me mira con sus enormes ojos marrones llenos de compasión. Siempre he

odiado que me miren así, consiguen que de un plumazo vuelva a tener siete años.

En ese preciso instante la puerta de la sala de reuniones se abre y Jackson sale de ella seguido de Colin y Donovan. Nuestras miradas se encuentran. La suya está llena de rabia, de dolor, del mismo vacío infinito que siento yo.

—Jackson —murmuro.

Pero él aparta su vista. Continúa caminando con los ojos clavados al frente y pasa junto a mí, sin dudar, sin detenerse. ¿Cómo puede ser tan frío, tan arrogante, incluso ahora? ¡Él también está sufriendo!

—Jackson —susurro de nuevo con la vista fija en cómo se aleja.

Colin, Donovan y Eve se convierten en espectadores accidentales de toda la situación, de cómo la pobre ratoncita de biblioteca ya no existe para él.

La rabia lo inunda todo. Nunca en mi vida me había sentido tan dolida.

—¡Jackson Colton, eres un cobarde! —grito con la voz tomada por las lágrimas, por todo mi enfado.

Él se detiene en mitad del pasillo. Durante unos segundos eternos permanece inmóvil con la mirada clavada al frente mientras cada músculo de su cuerpo se endurece preso de una tensión indecible. Yo lo observo con el corazón dividido entre las ganas que tengo de correr a abrazarlo y todo el dolor. Sin embargo, Jackson decide una vez más lo que tenemos que sentir y continúa caminando sin mirar atrás.

Antes de que pueda controlarlo, rompo a llorar de nuevo. Ayer me dijo que estaba enamorado de mí, ¿ya lo ha olvidado? ¿Ya no significo nada para él? Me ha borrado de su vida sin pestañear y ni siquiera se ha bajado de su pedestal para hacerlo.

Donovan sale disparado tras Jackson y Colin se acerca a mí. Coloca sus manos en mis hombros y se inclina hasta que nuestras miradas se encuentran.

—Lara, será mejor que nos vayamos —susurra lleno de dulzura.

—Colin... —murmuro entre lágrimas.

Ni siquiera sé cómo seguir. Estoy avergonzada. Estoy montando una escena patética. Yo no soy así, pero no puedo dejar de llorar.

—Vamos —me ordena suavemente, guiándome hasta la salida.

Colin intenta consolarme, pero eso no es lo que necesito ni tampoco lo que quiero. Sólo quiero entender lo que está pasando. ¿Por qué Jackson se está comportando así?

—Puedo pedirle al chófer que te lleve a casa —me ofrece lleno de una sincera preocupación.

—No, gracias —respondo con la mirada clavada en las puertas del ascensor, suplicando porque se abran y pueda marcharme de aquí.

—Todo esto es una jodida estupidez —murmura molesto.

Sus palabras hacen que inmediatamente lo mire.

—¿Qué quieres decir? —inquiero.

Sueno desesperada, pero no me importa porque lo estoy. Necesito que alguien diga algo, lo que sea, que me haga entenderlo todo. Colin adivina lo que estoy

pensando y su mirada cambia al instante llenándose de nuevo de dulzura y también de una sincera preocupación e incluso algo de admiración.

—Lara Archer, eres una chica muy valiente.

Sé que no habla de mi vida en general, ni siquiera de este momento. Él se refiere a Jackson, a que, a pesar de todo, quiera comprenderlo, poder seguir queriéndolo.

Las puertas del ascensor se abren, pero ya no tengo ninguna prisa por entrar, quiero seguir hablando.

—Colin...

—Lara —me interrumpe—, a veces hacemos lo que es mejor para otra persona, no lo que nos gustaría hacer. Conozco a Jackson desde que teníamos diecisiete años y nunca le he visto renunciar a algo porque pensase que era lo correcto.

Esa frase me despierta de demasiadas maneras. Al final los Colton son su familia, sus padres, su hermano, y Jackson sólo está haciendo lo mejor para ellos, aunque eso implique perderme a mí. Al fin y al cabo tiene una lista interminable de chicas dispuestas a tirarse a sus pies.

—Supongo que no significo para él tanto como creía.

—O quizá signifiqués todavía más.

Otra vez un puñado de palabras que lo arrasan todo dentro de mí. Entonces, ¿lo está haciendo por mí? Por Dios, ya no sé qué creer.

Hundida, entro en el ascensor y pulso el botón del vestíbulo.

—Lo siento mucho, Lara.

Me obligo a sonreír una vez más. Un gesto triste y vacío que no convence a nadie.

—Yo también lo siento.

Colin me devuelve la sonrisa, pero no le llega a los ojos.

Cuando las puertas del ascensor se cierran, rompo a llorar de nuevo.

Atravieso el vestíbulo y salgo a la calle. Soy plenamente consciente de que debería volver a mi casa, tratar de olvidarme de Jackson y seguir adelante con mi vida, pero tengo tanta rabia y tristeza dentro que casi me impiden respirar.

A unos metros de mi apartamento frunzo el ceño al ver a Doc, el coche de Sadie, aparcado. Acelero el paso y no tardo en verla en mi portal. Aún lleva el vestido de gala de ayer, pero con una chaqueta deportiva claramente de chico encima. Me alegro de que alguien lo pasara bien anoche.

—¿Qué haces aquí? —pregunto a unos pasos.

—Qué pinta.

Me encojo de hombros. Parecer una indigente adicta a las pastillas para la tos es lo que menos me preocupa ahora mismo.

—Allen nos ha llamado —me explica—. Está muy preocupado y nos ha pedido que viniésemos a verte. No te voy a negar que estaba algo ocupada con mi ligue —dice señalándose el atuendo—, pero...

—Lo siento —me apresuro a interrumpirla.

—Pero —repite haciéndome entender que la parte importante de la frase viene ahora— lo dejaría todo sin dudarlo por ti.

Me lanzo en sus brazos y las dos sonreímos. La necesitaba.

—Además —continúa cuando empezamos a andar hacia mi portal—, Allen me ha llamado cuando estaba desnuda —continúa eufórica—. He estado a punto de pedirle sexo telefónico.

Sonrío de nuevo, con Sadie es imposible no hacerlo.

Subimos a mi apartamento. Nos hacemos un cubo de palomitas, preparamos unos Cosmos y vemos *La chica de rosa*. Nada mejor contra las penas sentimentales que pelis de los ochenta.

Sadie no me pregunta qué me pasa. No sé si Allen le ha contado algo, si su instinto Jedi se ha puesto en marcha o simplemente se imagina que no quiero hablar; sea lo que sea, se lo agradezco. Sólo quiero distraerme y no volver a llorar.

A eso de las nueve literalmente la echo de casa. El chico con el que ligó en la fiesta de la Sociedad Histórica no para de enviarle mensajes para ir a cenar. Ella mantiene que probablemente sólo quiera recuperar su chaqueta, pero tengo clarísimo que sólo lo dice para que no me sienta mal. Está deseando ir.

Cuando me quedo sola, miro a mi alrededor sin saber qué hacer y acabo metiéndome en la cama. No tengo sueño, pero la idea de dormir hasta que sea mañana es de lo más tentadora. Este día no me ha traído nada bueno.

Ya a oscuras, mirando el cielo a través de mi ventana, trato de no llorar. Estoy cansada de llorar. Pero, sin que pueda evitarlo, mis ojos vuelven a llenarse de lágrimas. Echo de menos a Jackson. Puede que él haya sido capaz de borrarle de su vida, pero yo no lo soy. Rompo a llorar desconsolada. Le quiero y él también me quiere a mí. No puedo pensar en otra cosa.

Percibo la puerta abrirse. Mi cuerpo se tensa al instante, pero sé que no tengo que estar asustada. Oigo pasos acercándose a la habitación y cierro los ojos a la vez que una suave sonrisa inunda mis labios. La cama cede cuando se tumba junto a mí. Cubre mi cintura y me abraza con fuerza.

—No te preocupes. Todo pasará y volverás a estar bien.

La voz de Dylan me hace abrir los ojos. Sólo quiero que tenga razón.

No sé cuándo me quedo dormida.

Unos brazos se deslizan bajo mi cuerpo y me levantan de la cama. Escondo mi cara en su cuello y su delicioso olor me envuelve. Jackson me estrecha contra él. Vuelvo a estar entre sus brazos. Vuelvo a respirar.

Me lleva hasta el salón, se sienta en el suelo y me acomoda en su regazo. Sus manos acunan mi cara y las mías se pierden en las solapas de su cazadora de cuero.

—Te echo tanto de menos que voy a volverme loco —susurra buscando mi boca

con la suya.

Jackson me besa con fuerza, como si el mundo a nuestro alrededor simplemente dejara de existir mientras Manhattan nos ilumina dos plantas más abajo.

Ninguno de los dos dice nada. Sus manos me acarician, me protegen. Sus besos son dulces, salvajes, perfectos. Me está diciendo sin palabras que él también me quiere, que me necesita como yo lo necesito a él, que le duele como me duele a mí y, aunque sea por un mísero instante, vuelvo a ser feliz.

No sé cuánto tiempo pasamos así.

No sé cuándo me quedo dormida entre sus brazos.

Giro en la cama y sonrío con los ojos aún cerrados. Los rayos de sol atraviesan la ventana y me calientan la cara. Me molesta. Refunfuño. Me giro de nuevo y me tapo hasta las orejas. Sólo quiero dormir un poco más.

Sus besos. Sus labios. Su olor.

Abro los ojos desorientada y miro a mi alrededor. Estoy en mi cama, con Dylan. ¿Dónde está Jackson? Me levanto y voy hasta el salón con el paso acelerado. ¿Dónde está? ¿Por qué ha vuelto a marcharse? Sólo quiero estar con él... y él no va a permitirlo. La idea me entristece y me enfurece a partes iguales. Me apoyo en la pared y suspiro con fuerza.

Sólo quiero estar con él.

Tras una larga ducha, desayuno con Dylan y me marcho a la oficina. He estado tentada de volver a ponerme el chándal de indigente, es más, he estado tentada de no volver a quitármelo jamás, pero soy una persona adulta y responsable.

Tengo más de cinco llamadas perdidas de Allen. Entiendo que esté preocupado y le agradezco que mandase a Sadie para que no estuviese sola, pero no quiero hablar con él. Es egoísta, lo sé, pero una parte de mí no deja de pensar que, si no nos hubiese sorprendido, ahora Jackson y yo estaríamos juntos.

Delante del edificio de Wall Street, resoplo por enésima vez. No quiero entrar. Estoy a punto de darme la vuelta una docena de veces, pero, al final, el fiero orgullo de demostrarme a mí misma que no soy ninguna ratoncita de biblioteca pesa más que todo lo demás y entro.

Allen continúa llamando y yo continúo fingiendo que mi teléfono no está sonando. Sin embargo, cuando llama más de cinco veces en dos minutos, comprendo que, si no respondo, acabará presentándose aquí y, si tengo que elegir entre enfrentarme a él por teléfono o hacerlo en persona, prefiero el teléfono.

—Estoy trabajando. Estoy bien —digo con poco convencimiento a modo de saludo.

—Lara —me reprende con voz compasiva—. ¿Por qué no comemos juntos? ¿El Jardín del Emperador?

El Jardín del Emperador es mi restaurante chino favorito de toda la ciudad. Es

cierto que es algo viejo, la decoración pareció estancarse en 1974 y las flores de plástico en las mesas no ayudan mucho, pero la comida está realmente deliciosa. Ya desde que entras, a veces incluso a unos pasos de él, un aroma dulzón y que en seguida abre el apetito te atrapa. Oficialmente Allen lo odia, pero secretamente creo que lo adora como yo y ahora lo está usando como cebo.

No pienso picar.

—Tengo mucho trabajo.

—Está bien —dice al cabo de unos segundos en silencio—. Mamá quiere que esta noche cenemos todos en Glen Cove. Quiere celebrar que el comité benéfico batió un récord de recaudación en la fiesta de la Sociedad histórica.

Niego con la cabeza.

—No voy a ir.

No tengo ánimos.

—Lara, si no vas, mamá te llamará y tendrás que darle muchas explicaciones. Además, estoy seguro de que te vendrá bien salir y tomar un poco el aire.

Resoplo malhumorada. Sigo sin querer ir, pero sé que tiene razón sobre Erin.

—Está bien, iré, pero no te preocupes, nos veremos allí.

Con un poco de suerte Sadie me prestará a Doc, así podré regresar a Nueva York en cuanto sirvan los postres.

—Lara...

—Hasta la cena —me despido interrumpiéndolo.

Cuelgo y respiro hondo para contener el llanto. No quiero llorar más. Estoy cansada de llorar.

Esa misma mañana recibo una carta de Nadine Belamy informándome de que, dado los últimos acontecimientos, mi proyecto no entrará a formar parte del programa de ayuda al refugiado de Naciones Unidas que se votará mañana en Asamblea General. Con los ojos vidriosos leo la carta y después simplemente me quedo observando el impoluto papel blanco. Jackson se aseguró de que Adam Monroe firmara los acuerdos de inversión, pero, sin el señor Sutherland, volvíamos al punto de partida con un solo benefactor, justo lo que la señora Belamy dejó claro que no iba a permitir.

A las cinco en punto regreso a mi apartamento con la intención de cambiarme de ropa y arreglarme un poco, cualquier cosa que me dé mejor aspecto. Lo último que quiero es tener que contestar las preguntas perspicaces de Easton y Erin y que, además, Jackson me vea hecha polvo. Tengo dignidad, aunque actualmente esté en paradero desconocido.

Paso a buscar el coche de Sadie y voy hasta Glen Cove. Una hora de camino es mucho tiempo para pensar y, después de todo lo que ha pasado, eso no es una buena idea para mí. Estoy a punto de frenar en seco, cambiar de carril y regresar a Manhattan una docena de veces. Por lo menos consigo no llorar.

Sin embargo, al llegar a la mansión de los Colton, la situación se complica

muchísimo más para mí. A pesar de no haber coincidido con Jackson entre estas cuatro paredes más de una docena de veces, los recuerdos me asaltan por completo y, sobre todo, uno: la fiesta de cumpleaños de East. ¿Cómo no pude darme cuenta entonces de que fue él quien me besó en Atlantic City? Sólo necesitó bailar conmigo en mitad de un salón abarrotado para hacerme sentir que nada más importaba. Una lágrima resbala por mi mejilla.

—Pequeña.

La voz de Easton desde el salón me sobresalta.

Me obligo a sonreír y me seco rápidamente las lágrimas con el reverso de la mano.

—¿Estás bien? —me pregunta con el ceño fruncido cuando llega hasta mí.

Yo asiento y fuerzo aún más mi sonrisa.

—Vamos —le apremio echando a andar—, Erin nos espera a la mesa. Ya sabes que odia que lleguemos tarde.

Por suerte, cuando llego al enorme comedor, sólo Erin y Allen están sentados a la elegante mesa. No hay rastro de Jackson, aunque, por otra parte, no sé por qué he dado por hecho que vendría. Probablemente esté en el Archetype bebiendo Glenlivet con una chica espectacular en su regazo.

Estoy a punto de volver a llorar, pero me freno a tiempo.

¡Basta ya, Archer!

—¿Estás bien, tesoro? —me pregunta Erin.

Yo asiento y me obligo a sonreír de nuevo.

—Sí, sólo un contratiempo en el trabajo.

Ella sonrío y me acaricia el pelo con dulzura metiéndome un mechón tras la oreja. Ese gesto siempre me ha reconfortado. Ahora no parece funcionar.

Aún no me he sentado a la mesa cuando oigo unos pasos acelerados que se apagan hasta detenerse por completo al llegar a la sala. Sin ni siquiera saber por qué, sé que es él y odio que estemos conectados de esa forma.

Alzo la mirada y lo que veo me deja fulminada. Está más guapo que ningún otro día, el traje le sienta mejor, la barba que atraviesa su mandíbula le da un aspecto aún más sexy y, si no fuera imposible, diría que tiene los ojos más verdes y es un poco más alto. Sin embargo, también soy capaz de ver que está cansado, que necesita dormir más y mejor y dejar de pensar. Y toda la situación me parece de lo más injusta, incluso ridícula. ¿Por qué él pasando una mala racha tiene que parecer un modelo de revista y a mí parece que acaba de atropellarme un autobús?

Lara Archer: 0; la vida cruel e injusta: 1.

—Sentémonos —comenta Erin señalando la mesa.

Me esfuerzo en ignorarlo, pero soy plenamente consciente de cómo Jackson me sigue con la mirada hasta que tomo asiento. Me gustaría que no fuéramos una de esas familias con asientos asignados y haber podido cenar tranquilamente, no sé, en Dakota del Norte, pero, para mi desgracia, mi sitio en la mesa familiar de los Colton

es junto a Erin y frente a él.

Mientras las chicas del servicio nos sirven un delicioso plato de salmón, Easton comienza a contarnos qué tal le ha ido el día. Sin embargo, no tardo en desconectar. Trato de recordar cuántos ataques de pánico he tenido las últimas semanas y una idea comienza a formarse en el fondo de mi cerebro. ¿Qué me queda en Nueva York? El proyecto se ha desvanecido y con él la posibilidad de trabajar en Naciones Unidas, mi sueño. El señor Sutherland ya me odiaba cuando creía que estaba equivocada con el asunto Foster y ahora me odia aún más cuando se ha descubierto que tengo razón. Y, por si no fuera suficiente, cada rincón de la ciudad, cada edificio, me recuerda a Jackson. ¿Cómo tengo la más mínima oportunidad de olvidarlo cuando toda la ciudad parece hecha a su medida?

—Lara, ¿de verdad que estás bien?

Por la forma en la que Easton pronuncia esas palabras comprendo inmediatamente que no es la primera vez que lo hacía.

Levanto la cabeza y por enésima vez desde que me monté en aquel taxi con la ropa completamente empapada me obligo a sonreír. Todos me están observando.

—Sí —murmuro volviendo a concentrar mi vista en mi plato—, es sólo que estaba pensando algunas cosas. Voy a irme de la ciudad —suelto de un tirón—. Aún no sé adónde.

La mirada de Jackson se recrudece sobre mí. No necesito mirarlo para saberlo.

—¿Qué? —responde Easton sorprendido—. ¿Cómo que vas a mudarte? ¿Qué pasa con tu trabajo? ¿Con tu proyecto para Naciones Unidas?

Me encojo de hombros.

Por favor, Archer, no rompas a llorar.

—Mi trabajo era sólo algo temporal —trato de explicarme—. No es lo que quiero hacer el resto de mi vida, y el proyecto para Naciones Unidas se ha acabado. No ha salido bien.

Easton se revuelve en su silla. Está confuso y también comienza a enfadarse.

—Pero ¿y qué vas a hacer con la casa de tus padres? —vuelve a inquirir—, llevas meses trabajando en ella...

—La venderé.

Nadie replica esa frase. Todos están tan sorprendidos como yo de que la haya pronunciado. Podría haber dicho que quería irme de mochilera y escalar el Himalaya para llegar al Tíbet y hacerme budista, todo sin zapatos y sin dinero, y les habría sorprendido menos. Adoro cada centímetro cuadrado de esa casa, es lo último que me queda de mis padres. Todos los que están sentados a esta mesa lo saben. Pero ya no puedo seguir así. Sencillamente no puedo.

—Pequeña, ¿estás segura? —me pregunta Easton una vez más.

—Sí, lo estoy —musito.

Los ojos se me llenan de lágrimas y apenas un segundo después una se estrella en el bonito plato de Helen Levi.

—Si me perdonáis —digo levantándome.

Voy a romper a llorar y lo último que quiero es hacerlo delante de ellos, hacerlo delante de uno de ellos en particular.

Arrastro mi silla por el impoluto mármol y salgo disparada. Atravieso el salón, el vestíbulo y paso a la otra ala de la casa. No sé adónde ir y acabo refugiándome en el despacho de Easton. Me siento a su enorme escritorio y cojo la estilográfica que ha dejado sobre los documentos que revisaba. Siempre ha usado la misma pluma. Recordarlo trabajando aquí con ella es uno de mis primeros recuerdos felices en esta mansión. Antes de que pueda controlarlo, comienzo a llorar en el más absoluto silencio. Ese también es uno de mis primeros recuerdos en esta casa, antes de que fueran felices, llorar bajito, sin hacer ruido, para que nadie viniese a consolarme.

Odio toda esta tristeza, este dolor. Odio esta situación.

—Estás aquí. —La voz de Allen me distrae, pero no levanto mis ojos desenfocados de la pluma.

No digo nada. Sólo quiero estar sola.

—Peque, ¿por qué no vuelves a la mesa? —me pide caminando hasta mí—. Podemos hablar tranquilamente de todo lo que quieres hacer.

Se acuclilla a mi lado, pero no me giro para mirarlo. Sé que está muy preocupado, que los he dejado muy preocupados a todos, pero ahora no quiero hablar. No puedo.

—Lara, por favor. —Sigo en silencio—. Lara...

—Déjanos solos.

Todo mi cuerpo se tensa sólo con oír su voz.

—No creo que sea lo más apropiado —responde Allen levantándose.

Jackson lo fulmina con la mirada, dejándole claro que quiere que se marche y quiere que lo haga ya. Allen aprieta los labios hasta convertirlos en una fina línea. Le mantiene la mirada, pero finalmente se marcha.

Durante largos segundos estamos en el más absoluto silencio y, a pesar de eso, soy consciente de sus ojos verdes sobre mí.

—¿Por qué vas a marcharte?

No le contesto. No se merece escuchar una respuesta.

Jackson camina hasta la mesa y se inclina sobre mí apoyando su mano en ella.

—¿Por qué vas a marcharte?

Su voz no es dulce, ni siquiera es amable. No va a concederme una tregua ni siquiera ahora. La tristeza va entremezclándose con la rabia más dura. No quiero verlo. ¡No quiero estar cerca de él! ¡Por eso me voy!

Jackson mueve la silla con brusquedad hasta dejarme frente a él.

—Mírame —ruge con la voz amenazadoramente suave.

No digo nada. No le obedezco.

Jackson me arranca la estilográfica de las manos y la lanza contra la pared. El gesto me sobresalta y, al fin, alzo la cabeza. Sus ojos están llenos de dolor, de un genuino enfado y de todas las heridas que por mucho que queramos nunca van a

cicatrizar.

—¿Por qué te marchas? —pregunta arisco, exigente, impaciente, exactamente como es él.

—¡Porque te odio! —grito.

No es lo que realmente siento, pero quiero que sufra como estoy sufriendo yo.

—Pues ódiame —replica sin suavizar un ápice su tono de voz—, pero no te comportes como una cría asustada. Eres más fuerte que esto, joder.

Sus palabras me despiertan por dentro y sus ojos verdes también, porque por un momento lo que veo en ellos me deja totalmente noqueada.

—Tú también estás sufriendo —murmuro.

Esta situación también le duele.

Jackson aparta su mirada como si hubiesen tirado de la alfombra bajo sus pies, finge su media sonrisa más arrogante, una parte de su escudo, pero ni siquiera le llega a los ojos. Cuando volvemos a encontrarnos, su mirada está vidriosa.

—Claro que sufro, Lara —responde brutalmente sincero—. ¿Crees que no te echo de menos? ¿Qué he dejado de quererte? Ayer me presenté en tu casa porque no podía respirar si no volvía a tocarte.

Le duele. Me echa de menos. Me quiere.

Alzo las manos y suavemente las coloco en sus mejillas. Al sentir el contacto, cierra los ojos como si ya no fuese capaz de luchar más y todo su perfecto cuerpo entra en una tensión completamente diferente.

—Pues tócame —murmuro como lo hice en el almacén del Indian.

Mis palabras hacen que una tenue pero sincera sonrisa inunde sus labios, como si lo que acabo de pedirle, casi suplicarle, fuese lo único que pudiese hacerle feliz.

Jackson se inclina sobre mí y me besa. Es mi regalo. Mi recompensa. Mi paz. Mi amor. Todo lo que necesito.

—Renunciar a ti es lo más difícil que he hecho en toda mi maldita vida —susurra contra mis labios justo antes de darme un beso más corto, más intenso, más desesperado, y alejarse de mí de nuevo camino de la puerta.

Yo abro los ojos, una lágrima cae por mi mejilla y una auténtica revelación sacude mi cuerpo, y tengo la sensación de que todo sucede en el mismo segundo.

Jackson Colton me ha enseñado a ser valiente, fuerte, a estar orgullosa de mí misma, a sentirme especial... y ahora quiere que olvide cuánto le quiero, todo lo que significa para mí, que simplemente esconda todo eso y siga adelante con mi vida.

—Estás renunciando a mí porque eres un cobarde —digo levantándome.

Mis palabras lo frenan en seco a unos pasos de la puerta. No lucho por sonar segura, lo estoy.

—Y esa lección no pienso aprenderla —sentencio echando a andar—. Prefiero ser una ratoncita de biblioteca el resto de mi vida que dejar de luchar por lo que quiero.

Sin decir nada más, paso a su lado y salgo del despacho y también de la mansión de los Colton. Me equivoqué el día que pensé que él era Apolo y yo Prometeo.

Jackson es Ícaro y lo único que ha hecho ha sido darme clases de cómo volar demasiado cerca del sol pretendiendo no quemarme. Ahora sólo hay que vernos para darse cuenta de que maestro y alumna han fracasado. Sin embargo, este preciso instante es un punto de inflexión para mí. Le quiero como nunca he querido a nadie, pero él no quiere luchar por mí. Daría todo lo que tengo para que las cosas fueran diferentes y nos dejara querernos, pero, por mucho que duela, no depende de mí y desde este momento voy a seguir adelante con mi vida.

Cuando me meto en la cama esa noche, soy plenamente consciente de que, aunque no quiera, me acabaré torturando y pensando en Jackson, así que me concedo una última tregua y me permito pensar en él sin restricciones ni arrepentimientos, en todos los momentos que me hicieron enamorarme del hombre más arrogante sobre la faz de la tierra.

Me duermo con una sonrisa en los labios.

Me despierta un sonido repetitivo, irritante. Abro los ojos. Apenas ha amanecido y una luz grisácea lo inunda todo. Mi iPhone suena y vibra en mi mesita. Frunzo el ceño y me incorporo torpe y despacio. ¿Quién puede ser a esta hora?

—¿Diga? —respondo cauta.

—Señorita Archer, la llamo del despacho de Nadine Belamy, directora del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados.

Me echo hacia delante nerviosa.

—¿En qué puedo ayudarlos? —pregunto atropellada.

Espero su respuesta, pero no oigo nada. Me separo el teléfono de la oreja para ver si han colgado, pero la llamada sigue en curso. Entonces oigo un forcejeo, como si el teléfono estuviese cambiando de manos de una forma un poco brusca.

—¿Lara?

Reconozco la voz al instante.

—¿Señora Belamy?

—Sí, claro que sí —responde eufórica—. No te haces una idea de la que has liado por aquí. Te espero en una hora.

Sin darme oportunidad a responder, cuelga. Yo me quedo mirando el teléfono sin entender qué está pasando. Compruebo el reloj. Son las siete de la mañana. ¿Qué está ocurriendo?

Sonrío nerviosa y me bajo de la cama de un salto. Corro hasta la ducha y debo batir alguna plusmarca mundial arreglándome porque sólo han pasado cincuenta minutos cuando estoy atravesando el *hall* del edificio de Naciones Unidas.

El guardia de seguridad me permite la entrada y me informa de que la señora Belamy me está esperando en su despacho.

Sonrío y subo prácticamente corriendo a las oficinas de la primera planta. Me muerdo el labio inferior sobre otro inquieta y mi sonrisa se ensancha cuando veo el

nombre de Nadine Belamy escrito en letras negras sobre una reluciente placa de metal en la puerta.

—Buenos días —saludo a su secretaria—. Soy Lara Archer, la señora Belamy me está esperando.

No he terminado la frase cuando la puerta del despacho se abre y la propia Nadine Belamy sale de él con un traje abotonado de Óscar de la Renta y una sonrisa de oreja a oreja.

—Ya estás aquí —dice pletórica al verme—. Pasa.

Justo cuando voy a entrar, estoy a punto de chocarme con su asistente, que sale decidida del despacho. La sigo con la mirada y veo cómo recibe a otro hombre en la puerta. Le entrega una bandeja de plástico con varios sobres y camina de vuelta hacia nosotras.

—No paran de llegar —me informa Nadine señalándome la silla al otro lado de su escritorio—. ¡Llevamos así desde las cinco de la mañana!

Sonrío de nuevo y tomo asiento. En su mesa hay apiladas decenas de sobres abiertos.

—Señora Belamy, no la entiendo. No paran de llegar, ¿qué?

—¡Cheques! —responde feliz—. Cheques para tu proyecto.

¡¿Qué?!

—Benjamin Foster, Brenan McCallister, Ryan Riley... Ryan Riley es el hombre más poderoso de la ciudad. ¿Cómo has conseguido que te escuche? —pregunta admirada.

Suspiro sorprendidísima y acabo echándome a reír. No tengo ni la más remota idea de lo que está pasando.

—La lista es interminable, encanto —sentencia.

Continúa diciendo nombres y de pronto todo cobra sentido: son clientes de Colton, Fitzgerald y Brent, de Jackson. ¡Ha sido él quien ha conseguido todo esto!

—Y después está la gran noticia —hace una pequeña pausa y yo creo que no he estado más nerviosa en toda mi vida—: esta misma mañana Jackson Colton ha estado aquí para traer los primeros cheques y ha firmado, en nombre de Colton, Fitzgerald y Brent, un contrato por el que se compromete a subvencionar tu proyecto donando el dos por ciento de las ganancias anuales de la empresa.

No me lo puedo creer. Las piernas me tiemblan. Todo mi cuerpo está conmocionado. ¡Ha salvado mi proyecto!

—No sé lo que has hecho, Lara, pero ha funcionado.

—¿Significa que mi proyecto entrará en el programa de Naciones Unidas? —pregunto entusiasmada.

—Tu trabajo era perfecto. Sólo necesitaba la financiación y, créeme, la has conseguido. —¡Genial!—. En unas horas es la Asamblea General y todo el programa será sometido a votación, pero, no te preocupes, no voy a dejar que un solo político se levante de su asiento sin darme un sí.

—Muchas gracias, señora Belamy —prácticamente balbuceo con una sonrisa enorme en los labios.

¡Sencillamente no puedo creerlo!

—No me las des, sobre todo, porque espero que estés dispuesta a cambiar de empleo.

—¿Me está ofreciendo un trabajo?

—Eso mismo, y empiezas el lunes. No te retrases.

Quiero darle el «sí» más grande del mundo, pero no me salen las palabras. ¡Es mi sueño!

—Muchas gracias, señora Belamy —repito. ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!—. Estaré encantada de trabajar para usted.

Ella asiente satisfecha y centra su atención en los papeles que su asistente le muestra. ¡No me lo puedo creer! ¡Voy a trabajar para Nadine Belamy! ¡Voy a trabajar en Naciones Unidas! Y todo gracias a Jackson.

Sonrío de nuevo y tengo más claro que nunca lo que tengo que hacer.

La señora Belamy se levanta y yo lo hago con ella. Me explica que me quiere el lunes en este mismo despacho a las ocho en punto y promete enviarme la lista final con todas las personas que han donado dinero para el proyecto, «cuando dejen de llegar los cheques», puntualiza con una sonrisa.

Salgo del edificio de Naciones Unidas prácticamente corriendo y paro el primer taxi que cruza la Primera Avenida.

—Al 1375 de la Sexta —le digo acelerada mientras busco mi teléfono. Tengo que hablar con él. Tengo que agradecerle todo lo que ha hecho... Tengo que decirle muchas cosas.

Encuentro el iPhone a la primera, definitivamente hoy está siendo un gran día, y llamo a Jackson. Tuerzo el gesto cuando salta el contestador. Tiene el teléfono desconectado. Pruebo con el de su oficina.

—Claire, soy Lara. Necesito hablar con el señor Colton —le explico en cuanto descuelga.

—El señor Colton no está. Ha salido de viaje.

No sé si me está diciendo la verdad o me está aplicando el protocolo de *groupie* colgada por Jackson Colton. Necesito otra estrategia.

Me despido, cuelgo y vuelvo a marcar.

—¿Diga?

—Colin, soy Lara.

—Hola, Lara Archer —me saluda divertido.

—Necesito hablar con Jackson. ¿Es cierto que ha salido de viaje?

Por favor, di que no. Por favor, di que no.

—Me temo que sí, Lara. Estará fuera más de un mes. Ha ido a Glen Cove a despedirse de Erin.

¿Glen Cove? Me muerdo el labio inferior, asiento y sonrío. Aún no está todo

perdido.

—Gracias, Colin.

Cuelgo y le doy al taxista la nueva dirección. Me mira sorprendido por el espejo retrovisor y creo que está a punto de frotarse las manos pensando en cuánto me va a costar la carrera.

Tengo que hablar con él. Un mes es muchísimo tiempo. Hace un mes le vi en la terraza del hotel en Atlantic City y mi vida ha dado un giro de ciento ochenta grados desde entonces. No puedo esperar.

Llego a la mansión de los Colton y entro atropellada.

—¿Dónde está Jackson? —le pregunto a una de las chicas del servicio.

—No lo sé —responde encogiéndose de hombros.

Giro sobre mis pies y corro hasta el salón.

—¿Dónde está Jackson? —le pregunto a Erin.

—Tesoro, Jackson se marchó hace poco más de diez minutos. Tenía que coger un avión a Houston. Pasará allí el próximo mes por negocios.

Resoplo y cierro los ojos tratando de buscar una solución. Podría ir hasta el aeropuerto, pero, por mucho que corriese, nunca llegaría a tiempo y ni siquiera sé si va al aeropuerto de La Guardia o al JFK, puede que incluso a Newark, en Jersey.

Me llevo las manos a las caderas y sigo pensando, pero no se me ocurre nada.

—¿Ha dejado algún teléfono donde poder contactar con él? —inquiero casi desesperada.

—No.

Erin se levanta y camina hasta mí.

—Tesoro, ¿estás bien?

—Sí —me reafirmo asintiendo.

—¿Por qué no te quedas a comer?

Mi respuesta automática es no, pero la mirada que me dedica de sincera preocupación y mucha dulzura me hacen cambiar de opinión.

Paso el día en la mansión. Llamo al señor Sutherland y dimito de mi cargo en la Oficina del ejercicio bursátil. Quedamos en vernos mañana para firmar mi dimisión. Él insiste en hacerlo por fax, pero me niego. Quiero ver a Lincoln y a los chicos y despedirme de ellos. Me sorprende la fuerza y el control que demuestro en la llamada. No puedo evitar sonreír con el teléfono aún en la mano. Lo he conseguido. El mundo ha dejado de asustarme. Cierta profesor cumplió su misión, después de todo.

Llamo a Jackson una cantidad absurda de veces, pero no consigo hablar con él.

Después de la cena, respondo a todas las preguntas de Easton, Erin y Allen, que se alegran muchísimo de que al final no deje Nueva York, y subo a dormir.

Ya en la cama, con el pijama y sólo la luz de la pequeña lámpara de la mesita encendida, llamo otra vez a Jackson. La respuesta vuelve a ser la misma: el contestador. Dejo el móvil sobre la mesita y meto las manos bajo la almohada. Sólo

quiero hablar con él, darle las gracias.

La vie en rose,^[20] en la versión de Daniela Andrade, me llega amortiguada desde el salón. Suspiro y una suave sonrisa se cuelga en mis labios. Es la canción que bailé con Jackson. Cierro los ojos y me pierdo en ese recuerdo en concreto mientras la música continúa sonando.

—¡Lara!

Abro los ojos de golpe y me incorporo. ¿Eso ha sido mi nombre? Miro la puerta con el ceño fruncido y agudizo el oído.

—¡Lara!

Ahora ha sido claro.

Me bajo de la cama y salgo con el paso acelerado de la habitación. Si no fuera imposible, diría que es su voz.

—¡Lara!

Llego a la escalera y me asomo desde la barandilla a la planta de abajo. Suspiro absolutamente sorprendida cuando veo a Jackson en el piso inferior, en mitad del vestíbulo. ¡Está aquí!

—Lara —repite en un susurro al verme.

Está acelerado, inquieto, con el pelo alborotado después de haberse pasado las manos unas cien veces por él... y como siempre está increíble.

—¿Qué quieres? —pregunto sin entender nada, fingiéndome más fría de lo que en realidad me siento.

El corazón me late tan de prisa que casi no puedo respirar. ¿Qué hace aquí? ¿Ha vuelto por mí?

Jackson no contesta y comienza a llamar a gritos a sus padres y a Allen, que no tardan en aparecer desde el salón. Al verlos, Jackson sonrío satisfecho y yo lo observo absolutamente confundida.

—¿Qué son esos gritos? —pregunta Erin tan confusa como yo—. ¿Qué haces aquí, Jack?

—Tengo algo que decirte —me dice sin levantar sus ojos verdes de los míos, con toda su seguridad, con toda su arrogancia— y quiero que lo oigan todos.

Me agarro con fuerza a la barandilla de la escalera. Estoy nerviosa, con las mariposas haciendo triples mortales en la boca de mi estómago.

—No voy a darle más vueltas a lo que ha pasado. Ni voy a adornarlo con una bonita historia que transforme lo gilipollas que he sido en un cuento de hadas —dice sin rodeos—, pero estaba montado en ese maldito avión y no podía dejar de pensar que no he renunciado a nada en treinta y dos años y no voy a empezar con lo único que me ha importado en mi vida.

Mi respiración sencillamente se evapora. ¡Está luchando por mí! Obligo a mi cuerpo y a mi kamikaze corazón a calmarse. No puedo dejar que una frase bonita lo cambie todo. Me ha hecho mucho daño.

—No tendrías que haberte molestado —me obligo a responder—. Yo sólo quería

agradecerte lo que has hecho por el proyecto. Nada más.

Jackson exhala brusco todo el aire de sus pulmones, manteniéndome la mirada.

—Sabes que no es verdad —ruge con la voz amenazadoramente suave.

Yo cabeceo. No es justo que venga aquí y pretenda borrar todo lo que ha hecho de un plumazo. No es justo y no se lo merece.

—¿Y por qué tendría que creerte? —replico con rabia.

—¡Porque nunca me había enamorado, Lara! Nunca había sentido esto.

Quiero decir algo, pero no sé el qué. Los ojos de Jackson me atrapan una vez más y, por mucho que luche, sé que no quiero estar en ningún otro lugar.

—Siempre he hecho lo que he querido, cogido lo que he querido, comportándome como he querido. No soy amable, no lo necesito, pero por primera vez en toda mi vida quiero hacer feliz a alguien. Necesito que seas feliz y quiero que lo seas por mí.

Hace una pequeña pausa y se humedece el labio inferior a la vez que una preciosa sonrisa se dibuja en sus labios, como si lo que estuviese pensando no sólo le diese fuerzas para continuar, sino que sencillamente lo iluminase por dentro.

—Eres preciosa, inteligente, divertida, *sexy* y, sobre todo, eres una ratoncita de biblioteca impertinente y preguntona, y eso es lo que me vuelve loco. Por eso me puse celoso la primera vez que te oí hablar con Connor y por eso acepté el trato, y, antes de que me diera cuenta, me daba un miedo atroz pensar que no me dejarías volver a tocarme, que te marcharías con él. Nunca he estado tan cabreado y asustado al mismo tiempo, Lara. —Aprieto la barandilla con más fuerza. No sé si mis piernas me mantendrán en pie—. No me he acostado con Natalie ni con ninguna otra mujer desde que te marchaste del Archetype aquella noche. No podía sacarte de mi cabeza y, aunque entonces ni siquiera lo sabía, por eso te besé en Atlantic City.

Una lágrima cae por mi mejilla, pero me la seco rápidamente. Quiero bajar corriendo las escaleras y tirarme en sus brazos, pero algo me lo impide. Sin quererlo, recuerdo cómo se marchó de la fiesta de la Sociedad Histórica, cómo su recepcionista me impidió el paso, cómo él ni siquiera se dignó a mirarme cuando estaba destrozada en el vestíbulo de su oficina.

—¿Y qué hay de todo lo demás, Jackson? —No puedo olvidarlo sin más—. Me echaste de tu vida sin pestañear.

—¿De qué estáis hablando? —nos interrumpe Easton confuso. Apuesto a que no puede creer nada de lo que está oyendo.

—Da igual —respondo.

—No da igual —replica Jackson furioso.

—Sí, sí da igual. Ya da todo igual —sentencio.

Nos miramos durante un solo segundo. Sus ojos verdes están llenos de un sinfín de emociones: rabia, dolor, frustración pero, sobre todo, fuerza. La misma fuerza que me cautivó desde que volvimos a encontrarnos.

Sin embargo, decido ponerme por una vez las cosas fáciles y giro sobre mis pies dispuesta a subir las escaleras. Tengo que pensar. Necesito pensar.

Aún no he recorrido la mitad de los peldaños cuando le oigo pronunciar un «joder» entre dientes y subir acelerado tras de mí. Me agarra de la muñeca como tantas veces ha hecho, como hizo en Atlantic City, y me obliga a volverme al tiempo que ancla su mano en mi nuca y me besa con fuerza, arrogante, pero también desesperado. Necesita que le crea, necesita que le quiera, pero no puedo. ¡No puedo! ¡Me ha hecho demasiado daño!

Me zafo y lo abofeteo. Jackson gira la cabeza suavemente y vuelve a clavar sus ojos en los míos. No va a rendirse, lo sé, y ahora mismo no sé si le quiero o le odio por eso.

Los Colton nos observan atónitos. Ese beso y esa bofetada después de todo lo que han escuchado ha sido demasiado.

—Márchate —musito.

Me hubiese gustado haber sido capaz de pronunciarlo llena de seguridad, pero mi corazón está temblando, a punto de caer fulminado.

Jackson no levanta su mirada de la mía y yo opto por lo más inteligente y comienzo a subir de nuevo.

—Tú me quieres —me desafía tan presuntuoso como siempre, completamente seguro de que tiene razón.

—Yo no te quiero, Jackson —replico sin girarme, agarrándome con fuerza a la barandilla.

—Tú estás loca por mí, Ratoncita.

Cabeceo sin mirarlo todavía al tiempo que una sonrisa se dibuja en mis labios. ¿Cómo puede ser tan arrogante?

—No puedes dormir por las noches pensando en mí —continúa—. Te cuesta trabajo trabajar, comer, pensar... joder, te cuesta trabajo respirar.

Me giro, aunque no sé por qué me castigo así. Debería marcharme, encerrarme en mi habitación y montarme en el primer avión con rumbo al Polo Norte. Mi vida entre esquimales sería más sencilla. Por Dios, si hasta parece que cada vez que lo miro está aún más guapo.

—¿Y cómo es posible que lo tengas tan claro? —protesto.

Jackson sonrío. La sonrisa que sólo guarda para mí.

—Porque yo siento exactamente lo mismo —responde sin una mísera duda.

Suspiro tratando de pensar, de volver a ser práctica... pero le quiero. Le quiero más que a mi vida. Contra eso sencillamente no puedo luchar. Y, al final, eso es el amor, ¿no? Eso quería sentir. Se ha equivocado. Yo también. Se ha comportado como un auténtico gilipollas y nunca me ha puesto las cosas fáciles... pero yo tampoco pienso ponérselas a él.

Una vez más parece ser capaz de leer en mi mente y poco a poco una sonrisa serena, segura, preciosa, va inundando sus labios. Esa sonrisa alcanza directamente el primer puesto en mi lista de sonrisas de Jackson Colton.

—Por Dios, ¿qué está pasando? —inquire Easton de nuevo.

—¿Qué me dices, Ratoncita?

—Tardaré años en perdonarte —respondo impertinente, sonriendo también, sintiendo cómo la felicidad lentamente va nublando cada centímetro de mi entendimiento.

—Haré que valga la pena cada día.

Nuestras sonrisas se ensanchan. Le quiero. ¡Y él me quiere a mí!

—Jackson, ¿qué estás diciendo? —pregunta Easton por enésima vez.

Trago saliva y, despacio, llevo mi vista hasta ellos. Dios mío, ¿cómo van a reaccionar? Ni siquiera puedo pensar en perderlos.

—Estoy diciendo exactamente lo que estáis oyendo —responde lleno de una cristalina seguridad—. La quiero y no voy a renunciar a ella. Podéis darnos la espalda o podéis aceptarlo, pero en ningún caso Lara va a volver a estar sola, pienso encargarme de eso cada maldito día —sentencia mirando a Allen—. Y estoy completamente seguro de que alguna vez la joderé —continúa llevando de nuevo sus espectaculares ojos verdes hasta mí—, pero también lo estoy de que conseguiré que me perdones.

Sonríe de nuevo y no tengo más remedio que hacer lo mismo.

Soy tuya, Jackson Colton. Creo que lo fui desde que volvimos a encontrarnos.

—Al final me he dado cuenta de que soy igual que tú —dice sereno, sin juegos, simplemente mostrando sus sentimientos—. Sólo quiero que me quieran de verdad.

La frase me toma por sorpresa y me deja sin respiración un poco más.

—Has cambiado todo mi mundo, Lara, y quiero que lo vivas conmigo. Ni siquiera puedo pensar en la posibilidad de que no lo vivas conmigo.

No necesito más. Una parte de mí se hubiese marchado con él sin dudarlo sólo con escucharle gritar mi nombre.

Bajo las escaleras como una exhalación. Él da un paso en mi dirección y me recibe cuando me lanzo en sus brazos, al mejor lugar del mundo. Jackson me besa y me estrecha contra su cuerpo y yo disfruto de esta sensación sencillamente perfecta.

—Te protegeré siempre, Ratoncita —susurra contra mis labios.

—Lo sé —respondo con una sonrisa.

Jackson me devuelve el gesto y acaricia el contorno de mi cara con la punta de los dedos. Despacio, desliza su mano por mi costado hasta atrapar la mía y nos gira suavemente. Ahora viene la parte más difícil.

Easton y Erin nos observan en silencio. Están aturridos. No les culpo. Jackson les devuelve una mirada absolutamente impenetrable. No va a rendirse con nosotros. Los segundos se me hacen eternos. Me gustaría decir algo, pero no sé el qué. De pronto Easton da un paso al frente y con ese simple gesto llama la atención de todos.

Clava sus ojos en los de Jackson y los dos se mantienen la mirada.

—Más te vale hacerla muy feliz —ruge Easton.

—No lo dudes.

La tensión es ensordecedora.

Jackson aprieta con fuerza mi mano.

Y, por fin, como si ya no pudiese disimularlo más, una sonrisa enorme aparece en los labios de Easton, toma a Jackson por los hombros y le da un sincero abrazo.

Yo suelto una bocanada de aire. Sin darme cuenta había contenido la respiración hasta ver qué sucedía.

—Y ahora suéltala y deja que le dé un abrazo —dice socarrón dando un paso hacia mí—. Todavía es mi pequeña.

Sonrío encantada y me pierdo en su cálido abrazo. Erin no tarda en acercarse. Me acaricia el pelo suavemente con los ojos vidriosos y también nos abraza. Desde los siete años han cuidado de mí, son mis segundos padres. Perderlos era lo último que quería.

Al mismo tiempo, Allen se acerca a Jackson. No escucho lo que dicen. Parecen enfadados, pero, entonces, Allen sonrío sincero, feliz, justo antes de abrazar a su hermano.

Sonrío como una idiota. No podría pedir nada más.

—Definitivamente esto hay que celebrarlo —propone Erin—. Pasemos todos al comedor.

Los tres echan a andar y yo voy a hacerlo con ellos, pero Jackson me agarra de la muñeca y tira de mí estrechándome contra su cuerpo. Los observa hasta que los tres desaparecen charlando y riendo, dejándonos solos de nuevo, y me besa una vez más. Yo suspiro a la vez que una sonrisa se cuelga en mis labios. Estoy entre sus brazos, no necesito nada más.

—Debí haber hecho esto cuando te besé en Atlantic City —susurra imitando mi gesto.

Mi sonrisa se ensancha.

—¿Ya estabas enamorado de mí? —pregunto divertida y también un poco impertinente.

—Probablemente —responde misterioso.

—¿Y por qué has tardado tanto?

—Porque sabía que el camino contigo merecería la pena.

No hay una respuesta mejor.

—Te quiero, señor Colton.

—Te quiero, Ratoncita.

Lara Archer: 1; Amor: 1.

Y este empate es para siempre.

Epílogo

Me despierto en mitad de la noche y estiro la mano buscándola en la cama. No está. Me incorporo sobre los codos, arqueando la espalda y separando la cara de la almohada, y miro su lado vacío con la sabana revuelta. ¿Dónde coño está?

Me levanto y me ajusto la cintura de mis bóxers blancos adormilado. ¿Cómo es posible que la echase de menos mientras dormía? Aunque tampoco sé de qué me sorprende; desde que la besé en Atlantic City, literalmente no he podido sacármela de la cabeza, por eso me cabréé tanto cuando se presentó en mi maldito despacho con Erin. Fue como llevar la soga a la casa del ahorcado. Sonrío al recordarlo y mi sonrisa se transforma en algo diferente cuando pienso en ella sobre la mesa, masturbándose para mí. Su cara era increíble, preciosa. Lo más sexy y sensual que he visto en todos los días de mi vida. Se me pone dura de golpe. Esa imagen es más sugerente que toda una vida de *Playboys*.

Salgo al pasillo y sonrío al ver la luz de mi estudio encendida. Sabía que estaría ahí. La noche que fui a buscarla a casa de mis padres, la traje a mi apartamento y se pasó horas allí, mirando cada libro, suspirando, sonriendo. Nunca he visto a una chica que sintiese esa predilección por los libros de derecho y economía. Eso también fue muy sexy y, por supuesto, tuve que acabar follándomela contra la estantería, y en el suelo, y en mi habitación. Podríamos decir que esa noche no la dejé dormir demasiado.

Me detengo bajo el umbral de la puerta y me apoyo en el marco a la vez que me cruzo de brazos. Ella levanta su mirada de mi libro de Edmund Deegan y repara en mí. De inmediato me recorre de arriba abajo con la mirada glotona pero también muy inocente y eso me vuelve completamente loco.

Doy un par de pasos y me dejo caer a su lado en el sofá. Casi al mismo tiempo, la tomo por las caderas y la siento a horcajadas sobre mí. Ella no suelta el libro y tras sonreírme continúa leyendo. Yo pierdo mis manos bajo su camisa, en realidad mi camisa, y le agarro posesivo las caderas antes de deslizarlas por su espalda y la curva de su precioso culo.

Joder, no puedo dejar de tocarla.

—¿Sabías que Deegan analizó las tres grandes lecturas de la economía occidental del siglo xx y las reunió todas aplicando la teoría de la sinergia competitiva de...

—Movimientos matemáticos singulares —la interrumpo.

Ella me mira boquiabierta y mi yo arrogante saca pecho. Si me preguntara si alguna vez me he sentido como un puto dios, tendría que responder «sí desde que te conocí», aunque por supuesto jamás se lo diría. Hay que seguir manteniendo el encanto.

«Gilipollas».

—Eres increíble —murmura admirada.

Yo niego con la cabeza.

—Tú eres increíble. Estás leyendo a Deegan sólo con mi camisa a las tres de la mañana —me echo hacia atrás para mirar el reloj de mi escritorio y asegurarme de que no me he equivocado con la hora—, y eso me la pone dura de golpe.

—Puedo seguir diciendo cosas muy sensuales —me advierte divertida—: Deegan apuesta por la intersección diametral opuesta para entender la capitalización del impuesto base.

Se muerde el labio inferior fingiéndose *sexy* y, sin poder evitarlo, los dos nos echamos a reír. Ella deja caer la cabeza contra mi pecho y el perfecto sonido de su risa reverbera por todo mi cuerpo. Joder, ahora mismo no podría quererla más.

No sé cuánto tiempo pasamos así. Ella sobre mi pecho, yo apoyado en el sofá con las manos perdidas en su delicioso cuerpo. De pronto ella se levanta despacio, perezosa, y rehúye mi mirada. ¿Qué está pasando aquí?

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro —respondo observándola.

—¿Por qué te acostabas con otras chicas al principio de... —Mueve la mano en pequeños círculos tratando de buscar la palabra adecuada.

Soy plenamente consciente de a qué se refiere. Es difícil definir lo que teníamos al principio. A mí me gusta llamarlo «Jackson Colton haciéndole entender a la ratoncita quién manda aquí». Lo he propuesto varias veces, pero no termina de tener éxito.

—... lo nuestro? —concluye al fin.

Yo atrapo su mirada y escruto sus ojos marrones. Siempre me ha sido muy fácil poder leer en ellos. He sabido cuándo la dejaba al borde la combustión espontánea y también cuándo la estaba haciendo sufrir.

—Porque quería hacerlo.

—Jackson Colton siempre es sincero, ¿eh?

Vuelve a apartar la mirada de la mía y la concentra en sus manos. Está claro que mi respuesta no le ha gustado lo más mínimo. Yo sonrío y me incorporo a la vez que le aprieto el culo con las dos manos, con fuerza, para conseguir toda su atención.

Ella suspira, casi gime y rápidamente alza la cabeza.

—Y porque estaba muerto de miedo —confieso.

Lara frunce el ceño imperceptiblemente y me mira confusa, pero al mismo tiempo una sonrisa va curvando sus labios hacia arriba.

Sabía que esta respuesta le gustaría mucho más.

—¿Por qué estabas muerto de miedo?

Sonrío de nuevo. ¿Cómo es posible que no sea capaz de ver el efecto que tiene en mí?

—Por estar perdiendo la cabeza por una cría de veintiún años. Por estar perdiendo la cabeza por la hermana de Allen, por la hija de Easton y Erin. Por estar perdiendo la cabeza por alguien, en general. La lista era larga.

Su sonrisa se ensancha sin ningún disimulo.

Quiero tocarla. Quiero volver a perderme en ella.

—¿Y ahora tienes miedo?

—Ahora estoy donde quiero estar, Ratoncita.

No aguanto más.

Meto la mano entre los dos, la levanto suavemente y la hundo en mí. Joder. Cualquier día acabaré aullando. Ella cierra los ojos y suelta un largo gemido.

—Jackson —murmura.

Está sobrepasada. Necesita un segundo, pero no pienso dárselo. Quiero que se sienta tan abrumada que ni siquiera pueda respirar. Quiero que se sienta como me siento yo cada maldito día desde que volvimos a encontrarnos.

Me siento en el borde la cama y comienzo a darle pequeños besos cortos y húmedos en el cuello, en los hombros. Ella murmura algo en sueños y gime suavemente, pero no se despierta. Bajo la sábana un poco más, su espalda, su cintura. Bajo un poco más...

—Ay —se queja despertándose de golpe y acariciándose el culo justo donde acabo de morderla.

—Es hora de levantarse.

Me fulmina con la mirada, pero al mismo tiempo, y absolutamente en contra de su voluntad, se queda embobada con mi traje.

Estoy seguro de que me he librado.

Regreso a la cocina, saco los dos platos del calienta vajillas y los dejo sobre la barra. Me he levantado temprano y he ido hasta una cafetería en el fondo del maldito SoHo para comprarle tarta de cerezas. No tengo claro que se la haya ganado y probablemente después me cobre el favor de una manera muy interesante, pero hoy es su primer día en Naciones Unidas. Se merece un capricho.

Alzo la cabeza y la veo aparecer en el salón con mi camisa, el pelo revuelto y cara de pocos amigos. Ahora mismo la cargaría sobre mi hombro, me la llevaría de vuelta a la habitación y me la follaría hasta que los dos olvidáramos cómo nos llamamos.

Se sienta en uno de los taburetes y frunce los labios.

—Odio levantarme por las mañanas —se queja.

Yo sonrío. Lo tengo cristalinamente claro. No la he dejado dormir en su cama ni un solo día y tampoco es que le haya permitido dormir mucho en la mía, así que todos los despertares han sido poco amables.

—Te he comprado tarta de cerezas.

La dejo sobre la barra de la cocina y rodeo el mueble hasta quedar frente a ella. Debería dejarla desayunar y vestirse. Tengo muchas llamadas que hacer y debo revisar unos documentos antes de ir a la oficina.

—Muchas gracias, señor Colton.

Esas cuatro palabras cambian mis planes por completo.

Me inclino sobre ella y me humedezco el labio inferior con el único objetivo de centrar toda su atención en mi boca. Cuando se le escapa un suspiro entremezclado con una sonrisa, sé que he conseguido exactamente lo que quiero.

Yo siempre consigo lo que quiero.

—Repítelo.

—Señor Colton.

—Otra vez —susurro contra sus labios.

—Señor Colton.

La beso con fuerza y comienzo a desabrocharle los botones de mi camisa.

Me está volviendo completamente loco.

El chófer detiene suavemente el Jaguar en plena Primera Avenida, justo frente al edificio de Naciones Unidas. Lara suspira y pierde su mirada en la ventanilla. Es obvio que está nerviosa. La forma en la que da golpecitos con los pies contra las alfombrillas de diseño es sólo otra pista más.

—Todo va a ir muy bien —susurro inclinándome sobre ella.

Lara me mira y me dedica una sonrisa radiante. Por un segundo creo que el corazón me late tan rápido que va a caer fulminado. La quiero, joder.

—Nos veremos en tu oficina a las cinco y media —me recuerda bajándose del coche.

Pero, en cuanto lo hace, vuelve a entrar en el Jaguar de un salto y me besa. Yo sonrío contra sus labios, tomo su cara entre mis manos y alargo el beso hasta hacerla gemir.

No para de repetir que, cuando la besé en Atlantic City, cambió su vida; lo que no sabe es que la mía lo hizo mucho más.

Comienza a protestar contra mis labios, algo sobre llegar tarde y la primera impresión el primer día de trabajo, pero no la escucho y continúo besándola hasta que un «Jackson» a medio camino entre la súplica y el gimoteo me hace reír y le concedo la huida.

—Te quiero —dice antes de bajarse del coche.

Nunca pensé que dos palabras pudiesen hacerme sentir tan bien.

—Te quiero —respondo.

Ella vuelve a dedicarme otra sonrisa, gira sobre sus preciosos pies, cuadra los hombros y respira hondo antes de echar a andar. Mi chica es valiente y fuerte. No entiendo cómo ella misma no era capaz de verlo. Lo pasó mal a una edad a la que todos deberíamos ser sólo felices; fue muy duro, pero lo superó al noventa por ciento. Pienso cuidar de ella y construirle un mundo donde sienta ese perfecto ciento por ciento cada minuto de cada día. Las palabras de Allen cuando fui a buscarla a Glen Cove vienen a mi mente: «cuídala o te destrozará la vida». No necesitaba decírmelo.

Desde que este juego empezó, he tenido una necesidad, casi enfermiza, de protegerla, aunque al principio no fuese capaz de entenderlo. Por eso preferí que me odiase cuando rompimos y por eso traté de salir de su vida de una forma casi quirúrgica. Sólo quería que todo el dolor pasase lo antes posible para ella, porque, si era la décima parte del que sentía yo, ya resultaba sobrehumano. Pero entonces la vi llorar en el despacho de Easton y todos mis planes y esperanzas de poder olvidarla algún día se evaporaron por completo. Me llamó cobarde y, aunque estuve a punto de follármela allí mismo para demostrarnos a los dos que se equivocaba, en el fondo supe que tenía razón. Estaba eligiendo no luchar por ella porque creía que era lo mejor, pero ya entonces sabía que la vida que tenía antes de ella, a la que pretendía volver de cabeza, no tenía ningún valor.

Me paso la mano por el pelo. No me gusta recordar aquello. Los dos sufrimos demasiado.

Cuando Lara entra en el edificio de la ONU, le hago un leve gesto al chófer para que emprendamos el camino. Tengo mucho que hacer en la oficina.

Llego a mi despacho relativamente pronto, pero, antes de que haya abierto una sola carpeta, Donovan y Colin entran en mi oficina.

—Me encantaría veros trabajar alguna vez —me quejo.

—Lo dice el que desde hace seis putos días sale escopeteado de aquí a las cinco menos cinco y se pasa todas las reuniones pensando en lo azul que es el cielo —replica Colin.

Donovan asiente y, sin que ninguno de los dos haya sido invitado, se sientan al otro lado de mi escritorio.

Disimulo una sonrisa. Son unos capullos.

—Eso es porque está enamorado —sentencia Donovan.

—Otro que ha caído —bufa Colin—. ¿Qué hay de eso de «sólo follar»? —añade indignado—. Os lo expliqué decenas de veces, incluso os puse unos vídeos; no podéis jugar con las chicas. Si pasáis mucho tiempo cerca de una, os enamoráis. Huelen demasiado bien —concluye riéndose claramente de mí.

—Además, Lara es muy guapa —añade Donovan.

—Y joven, podría matarlo a polvos.

—Oh, juventud, divino tesoro.

Pero ¿qué coño?

—Sí, es preciosa y perfecta y es mía y, si la miráis más de dos segundos seguidos, os disparo —añado conteniendo de nuevo una sonrisa.

—Qué animal.

—Y qué poca clase —sentencia Colin.

—Además, a mí déjame en paz —continúa Donovan tirando de las solapas de su chaqueta—. Voy a ser padre.

Joder. ¡¿Qué?!

Colin y yo nos miramos sorprendidos y después lo miramos a él. ¡Joder, es

fantástico!

—No se os ocurra abrazarme —se queja Donovan viéndonos claramente las intenciones.

—Qué arisco, joder —protesta Colin.

No puedo dejar de sonreír. Me alegro muchísimo por este capullo y por Katie.

—¿Que yo soy arisco? Por favor —contraataca Donovan—, he visto a este gilipollas —dice señalándome. Yo finjo no haber oído el cariñoso epíteto— echarles un polvo a chicas sin sonreír ni una sola vez.

—No se lo habían ganado —respondo socarrón.

—Eso sí que es tener poca clase —sentencia Colin de nuevo.

—Ninguno de los dos tiene tanta como yo —replica Donovan.

—Eso es porque vas a ser padre —contraataca—, ya eres un hombre de familia, y tienes un gato... tu vida está cambiando muy rápido.

Sonrío, casi río. Bajo esa cara de irlandés adorable se esconde un auténtico cabronazo.

—Mi vida es exactamente como tiene que ser.

—Oh, qué gilipollas —me burlo divertido.

Donovan me enseña el dedo corazón y definitivamente rompo a reír.

Un par de minutos después los echo de mi despacho y me pongo a trabajar o, por lo menos, lo intento. Me las apañó para descubrir la nueva dirección de *email* de trabajo de Lara y nos pasamos el resto del día intercambiando mensajes. La mayoría acaban con un «te quiero desnuda en mi cama», aunque la expresión correcta habría sido desnuda y conmigo encima.

Entre el agradable intercambio de correos electrónico y la noticia bomba que nos ha soltado Donovan, y que Colin se ha encargado de difundir por todo el edificio, el reloj marca las cinco y media sin que haya revisado en serio una mísera carpeta de las que abarrotan mi mesa. Un día de estos voy a tener que volver al mundo real y volver a trabajar de verdad.

Lara está a punto de llegar, así que despejo mi mesa, me pongo la chaqueta y salgo de mi despacho ajustándome los gemelos. La encuentro charlando animadamente en el mostrador de recepción con Katie.

Al llegar junto a ellas, no puedo evitarlo. Atrapo su muñeca y tiro de mi chica hasta estrecharla contra mi cuerpo y poder besarla como llevo deseando hacer desde que se bajó del Jaguar esta mañana; en realidad, como todas las veces que tuve que contenerme lo increíble para no besarla y evitar que descubriera que fui yo quien lo hizo en Atlantic City. La culpa es del maldito vestido que lleva, o de cómo huele, o de cómo me mira... joder, qué sé yo, pero la culpa es toda suya.

Los «uuuhhh» y los jaleos absolutamente innecesarios de los cabrones que tengo por mejores amigos me hacen separarme de ella a regañadientes. Pero sencillamente no soy capaz y vuelvo a tomar su cara entre mis manos y la beso una vez más. Me importa bastante poco lo que digan. Por mí, pueden coger unas sillas y sentarse a

mirar, a lo mejor aprenden un par de cosas.

Sin embargo, un instante después recuerdo que eso de dispararles si la miran más de dos segundos seguidos sigue en pie y decido parar. Prefiero que la sangre no corra todavía.

—Dile a estos dos gilipollas que nuestro hijo no va a llamarse Jackson Colin —le pide indignadísimo Donovan a Katie—. Yo ya los he dado por imposibles.

—¿Por qué tu nombre va primero? —protesta Colin.

—Porque tengo más dinero que tú —callo un segundo y finjo caer en la cuenta de algo— y soy más guapo, más inteligente...

—Y más gilipollas —añade Colin.

—Eso no lo dudes —sentencio con una sonrisa.

—Yo había pensado que podíamos llamarlo Donovan —comenta Katie nerviosa por la reacción de su prometido—. Me muero por ver a un Donovan de cinco años que no deje de sonreír.

Él la mira con los ojos muy abiertos. Apuesto a que sin comprender cómo ha podido tener la jodida suerte de encontrarla. La abraza con fuerza y la besa levantándola del suelo.

Yo sonrío sincero. Los vi a los dos pasarlo demasiado mal cuando todo lo que deseaban era quererse. Se merecen ser felices.

—Idos a un hotel —se queja Colin—. No te ofendas, preciosa —le dice a Lara—, pero ¿cómo habéis podido echaros novia a la vez? —me pregunta—. Menos mal que ya quedo yo defendiendo el frente —concluye orgulloso.

En ese momento, una chica llama suavemente a la puerta de cristal y entra con una sonrisa de oreja a oreja. Katie y Donovan dejan de comerse a besos y también le prestan atención.

—Hola, soy Audrey —se presenta—. ¿Estoy buscando el despacho de Charlie Cunningham?

—Es enfrente —responde Katie.

Ella sonrío de nuevo, gira sobre sus pies y se marcha. Colin, embobado, la sigue mientras cruza el pasillo enmoquetado y llega a la otra oficina. Yo doy un paso hacia él y disfruto del placer de devolvérsela.

—Apuesto a que, a ella, sí tienes ganas de olerla.

Me fulmina con la mirada y se marcha visiblemente incómodo. Yo sonrío, cojo a mi chica de la mano y nos vamos a mi despacho. Tiene muchos *emails* que explicarme.

La hago pasar y cierro la puerta. Por un momento me apoyo sobre la madera y la contemplo paseándose por la habitación, observando cada detalle. Es preciosa y perfecta. Es todo lo que podría soñar.

Ahora sé que a veces uno no sabe lo perdido que está hasta que le enseñan el camino que quiere tomar.

Ella es ese camino.

Es toda mi felicidad.
Y no pienso dejarla escapar.

Notas

[1] *Boys wanna be her*, © 2006 XL Recordings Ltd, interpretada por Peaches. (N. de la E.) <<

[2] *Never been in love*, © 2014 Fueled By Ramen LLC for the United States and WEA International Inc. for the world outside of the United States. A Warner Music Group Company, interpretado por Cobra Starship e Icona Pop. (*N. de la E.*) <<

[3] *All night*, © 2013 Record Company TEN, under exclusive license to Atlantic Recording Corporation for the United States and WEA International for the world outside the United States ex Sweden, interpretada por Icona Pop. (*N. de la E.*) <<

[4] *Happy call*, © Summerheat Records, interpretada por Thrust. (N. de la E.) <<

[5] *Last Friday night*, © 2012 Capitol Records, LLC, interpretada por Katy Perry y T.G.I.F. (N. de la E.) <<

[6] *Lush life*, Epic/Record Company TEN, interpretada por Zara Larsson. (N. de la E.)

<<

[7] *La vie en rose*, © 1988 EMI Pathe Marconi, interpretada por Édith Piaf. (*N. de la E.*) <<

[8] *Sugar*, © 2015 Interscope Records, interpretada por Maroon 5. (N. de la E.) <<

[9] *Powerful*, © 2015 Mad Decent, interpretada por Major Lazer, Tarrus Riley y Ellie Goulding. (N. de la E.) <<

[10] *Run away with me*, © 2015 School Boy/Interscope Records, interpretada por Carly Rae Jepsen. (N. de la E.) <<

[11] *Teenage dream*, © 2010 Capitol Records, LLC, interpretada por Katy Perry. (N. de la E.) <<

[12] *Here comes the sun*, © 2015 Apple Corps Ltd, interpretada por The Beatles. (N. de la E.) <<

[13] *Bitch, I'm Madonna*, © 2014 Boy Toy, Inc, interpretada por Madonna y Nicki Minaj. (N. de la E.) <<

[14] *Number One*, Tove Styrke, Carl-Wikström Ask y Janne Kask y RCA, interpretada por Tove Styrke. (N. de la E.) <<

[15] *Earned it*, © 2015 Universal Studios and Republic Records, interpretado por The Weeknd. (N. de la E.) <<

[16] *Moon River*, © 2004 Badman Recording Co., interpretada por The Innocence Mission. (N. de la E.) <<

[17] *Hello Kitty*, MARTIN MUSIC INC, EMI MUSIC PUBLISHING SPAIN S A, EMI APRIL MUSIC INC, 3 WEDDINGS MUSIC, KOBALT MUSIC PUBLISHING LIMITED, ANAESTHETIC PUBLISHING, CANCIONES WARNER BROS, WARNER-TAMERLANE PUBLISHING CO, ALMO-MUSIC CORPORATION, UNIVERSAL RONDOR ESPAÑOLA y AVRIL LAVIGNE PUBLISHING LLC, interpretada por Avril Lavigne. (N. de la E.) <<

[18] *Cold desert*, SONGS OF SOUTHSIDE INDEPENDENT MUSIC PUBLISHING, CANCIONES WARNER BROS, MARTHA STREET MUSIC, BMG RIGHTS ADMINISTRATION SPAIN S L U, FOLLOWILL MUSIC, MCFEARLESS MUSIC y COFFEE TEA OR ME PUBLISHING, interpretada por Kings of Leon. (*N. de la E.*) <<

[19] *On my mind*, © 2015 Polydor Ltd. (UK), interpretado por Ellie Goulding. (N. de la E.) <<

[20] *La vie en rose*, © 2015 Crooked Lid Records, interpretada por Daniela Andrade.
(N. de la E.) <<